

*Francisco Vegas Seminario*

**El honorable  
Ponciano**



PRIMERA EDICIÓN FACSIMILAR  
DE LA PUBLICADA EN 1957 POR  
JUAN MEJÍA BACA & P.L. VILLANUEVA





EL HONORABLE PONCIANO



*Francisco Vegas Seminario*

**El honorable  
Ponciano**



*F. Vegas*



PRIMERA EDICIÓN FACSIMILAR  
DE LA PUBLICADA EN 1957 POR  
JUAN MEJÍA BACA & P.L. VILLANUEVA



---

## Perú. Jurado Nacional de Elecciones

### EL HONORABLE PONCIANO

Francisco Vegas Seminario  
Colección *Rescates bibliográficos*  
Serie *Literatura y democracia*  
Primera edición facsimilar - Lima, 2016  
358 págs.

Narrativa peruana / Literatura política / Partidos políticos / Representación política / Ediciones facsimilares /  
Literatura peruana / Generación del 50 / Literatura regional

---

### EL HONORABLE PONCIANO

FRANCISCO VEGAS SEMINARIO

© Jurado Nacional de Elecciones  
Fondo Editorial  
Av. Nicolás de Piérola 1070, Lima, Perú  
Teléfono: (511) 311-1700  
fondoeditorial@jne.gob.pe  
www.jne.gob.pe

© Academia Peruana de la Lengua  
Jr. Conde de Superunda 298, Lima, Perú  
Teléfono: (511) 428-2884  
academiaperuanadelalengua.apl@gmail.com  
www.academiaperuanadelalengua.org.pe

Dirección del proyecto: Francisco A. Távora Córdova *Presidente del JNE*  
Marco Martos Carrera *Miembro del Tribunal de Honor del JNE*  
Jorge Kishimoto Yoshimura *Asesor de presidencia del JNE*  
Cuidado de edición y corrección de estilo: Enrique Hulerig Villegas *Fondo Editorial del JNE*  
Diseño de carátula y diagramación: Alonso Gonzales Fong *Fondo Editorial del JNE*

Impresión: 1000 ejemplares

*Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización escrita de los titulares del copyright.*

Impreso en Perú, Julio de 2016

Impreso en Perú  
Gráfica Editora Don Bosco  
Jirón Recuay 326, Breña, Lima  
Teléfono 423-7824  
E-mail: administracion@donbosco.com

ISBN: 978-612-4150-60-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-08766



## MIEMBROS DEL PLENO

Francisco Artemio Távara Córdova

*Presidente del JNE*

Jesús Eliseo Fernández Alarcón

Raúl Roosevelt Chanamé Orbe

Carlos Alejandro Cornejo Guerrero

Jorge Armando Rodríguez Vélez

---

Michell Samaniego Monzón

*Secretario General*

Luis Miguel Iglesias León

*Director Central de Gestión Institucional*



# ÍNDICE

## PRÓLOGO

FRANCISCO A. TÁVARA CÓRDOVA..... xi

Partida de nacimiento de Francisco Vegas Seminario..... xxi

Certificado de defunción de Francisco Vegas Seminario..... xxiii

## EDICIÓN FACSIMILAR

*El honorable Ponciano*..... 9



# PRÓLOGO

*“El mejor homenaje que se le  
puede hacer a un autor es leerlo”*

Mario Vargas Llosa<sup>1</sup>

Fue el poeta Marco Martos Carrera (Premio Nacional de Poesía 1960) quien, en algunos de sus discursos pronunciados en diversos eventos organizados por el Jurado Nacional de Elecciones<sup>2</sup>, haciendo referencia a esta novela del escritor piurano Francisco Vegas Seminario, atrajo mi atención y curiosidad por la vida y obra de este excelente y poco difundido autor, pero al mismo tiempo, y de muy particular manera, por esta novela, *El honorable Ponciano* (1957), cuya reedición, en formato facsimilar, por parte del Fondo Editorial del JNE, hoy se convierte en feliz realidad. Así, reconociendo en esas reiteradas citas de Martos el germen que diera lugar a este título, iniciamos esta breve reflexión sobre literatura y política, las cuales hallan un lugar de encuentro en las páginas del libro que hoy prologamos.

## 1

En el capítulo IX de su *Poética*, Aristóteles afirma que la diferencia entre el historiador y el poeta (o escritor, como en este caso) radica en que el primero relata las cosas como sucedieron, en tanto que el otro lo hace tal como pudieron o debieron haber sucedido. De ahí que, según el pensamiento peripatético, la poesía (o ficción) sea más filosófica y de mayor dignidad que la propia historia.

Esta es una de las razones por las que tal vez, a lo largo del tiempo, se ha recurrido tantas veces a la ficción para iluminar, con nuevas luces, aspectos del todo no clarificados por la historia. Y si bien, siguiendo la *teoría de los actos de habla*, hay quienes sostienen que la ficción no refiere al mundo real (sino a un mundo imaginario) y,

<sup>1</sup> Fuente: <http://diariouno.pe/2014/09/17/mario-vargas-llosa/>

<sup>2</sup> Marco Martos, además de poeta, es docente universitario, periodista, crítico literario y miembro del Tribunal de Honor del Jurado Nacional de Elecciones. Ha sido presidente de la Academia Peruana de la Lengua.

por lo tanto, lo que se predica en la ficción no resulta ni verdadero ni falso, no podemos ignorar la estrecha relación que, de continuo, existe entre la literatura y la historia, no solo por su rol compartido de contar historias, sino también por sus implicancias epistémicas, al punto de que hoy tiene gran vigencia, en el ámbito jurídico contemporáneo, hablar de derecho y literatura<sup>3</sup>, como un campo interdisciplinario que permite comprender de mejor modo (como en un laboratorio) los intrincados y a veces velados temas de la problemática jurídica, tanto al nivel de la hermenéutica o interpretación de la jerigonza jurídica<sup>4</sup>, como de la práctica en el litigio y en la impartición de justicia en general<sup>5</sup>.

## 2

Sin embargo, no obstante el importante tratamiento del tema político en la historia de la literatura latinoamericana, en general, y peruana, en particular, son pocos los estudios sistemáticos que se han realizado para ordenar y dar sentido a la visión que la literatura aporta al quehacer político desde la óptica de los escritores, cosa que sí se ha producido con respecto al campo del derecho.

Así, del mismo modo como Carlos Ramos Núñez analiza la visión de los escritores con respecto al derecho, también podríamos vincular el paso de los políticos por la vida partidaria, parlamentaria y estadual, y su visión de esta actividad, tan relacionada tanto a las ideas políticas como a la institucionalidad de los poderes del Estado. De esta manera, ese estudio bien podría comenzar con Mariano Melgar<sup>6</sup> y su *Oda a la libertad*, alusiva a las elecciones gaditanas desarrolladas entre 1812 y 1813 en suelo americano, las biografías y obras de los autores de los himnos nacionales de toda América, los ensayos de Manuel González

---

<sup>3</sup> Importante labor de investigación, así como también de divulgación y socialización de información, es la que realiza al respecto Carlos Augusto Ramos Núñez, quien, además de sus valiosos aportes a la historia del derecho, cuenta entre sus publicaciones obras dedicadas al derecho y literatura, como su ya conocido libro *La pluma y la ley. Abogados y jueces en la narrativa peruana*. Lima: Universidad de Lima, 2007.

<sup>4</sup> Un buen ejemplo de ello lo constituye la reciente publicación del libro *Poesía y derecho constitucional: Una conversación*, de Peter Häberle y Héctor López Bofill, realizada en 2015 por el Centro de Estudios Constitucionales del Tribunal Constitucional del Perú, en su serie editorial Derecho, Cine & Literatura.

<sup>5</sup> Un título que reúne aportes de importantes juristas nacionales e internacionales es el libro *Doce hombres en pugna. Ni castigo, ni perdón. El derecho de dudar*, prologado por Fernando de Trazegnies Granda, compilado por Eddy Chávez, e impreso por la editorial Grijley en su serie Cine y Derecho, en 2015, en la que se analiza la famosa película del mismo título, un verdadero clásico de la filmografía jurídica.

<sup>6</sup> MELGAR, Mariano, *Poesías*, primera edición facsimilar peruana (de la publicada en 1878 por don Manuel Moscoso Melgar, con prólogo de Francisco García Calderón Landa, en la tipografía de G. Crepin-Leblond, en Nancy, Francia), Lima: Jurado Nacional de Elecciones, 2015.

Prada y sus ideas anarquistas, algunas de las tradiciones de Ricardo Palma que refieren los usos y costumbres afines al poder colonial y a los comienzos de la República en el Perú, así como el denostado ensayo que Palma escribiera, *Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, un estudio histórico*<sup>7</sup> –en el que propone la hipótesis del asesinato de Bernardo Monteagudo, dispuesto supuestamente por orden de Faustino Sánchez Carrión (el ‘Solitario de Sayán’) y los integrantes de la Sociedad Patriótica, así como la subsecuente e hipotética venganza por parte del Libertador Simón Bolívar<sup>8</sup>–, todo ello seguido de un interminable etcétera.

Sin ir muy lejos, ya en tiempos recientes, Mario Vargas Llosa desarrolla el tema del poder en *Conversación en la Catedral* (la dictadura de Manuel A. Odría Amoretti), *Historia de Mayta* (la violencia subversiva en el Perú), *La guerra del fin del mundo* (la guerra de Canudos en Brasil), *La fiesta del chivo* (la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina en República Dominicana), *Cinco esquinas* (la dictadura de Alberto Fujimori) o *El pez en el agua* (memorias del proceso electoral de 1990); Guillermo Thorndike lo hace con *Abisa a los compañeros* (llevada al cine por Felipe Degregori, en la que se narra un asalto a un banco peruano por parte de una célula trotskista). Escritores posteriores, como Jorge Eduardo Benavides, también desarrollan este tópico en obras como *Los años inútiles*, *El año que rompí contigo* y *Un millón de soles*, trilogía en la que el tema es la dictadura de Juan Velasco Alvarado y el primer gobierno de Alan García Pérez. Por citar solo algunos ejemplos.

### 3

En esa tradición literaria se inserta la obra de Francisco Vegas Seminario. Periodista, diplomático y escritor, nacido en Piura el 25 de setiembre de 1899<sup>9</sup> y muerto en Lima el 14 de enero de 1988<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> PALMA, Ricardo, *Mis últimas tradiciones peruanas y Cachivachería*, Barcelona-Buenos Aires: Casa Editorial Manucci y Manucci hermanos, 1906, pp. 541-598.

<sup>8</sup> Recientemente, el político, periodista y escritor argentino Miguel Bonasso publicó la novela *La venganza de los patriotas* (Buenos Aires, 2010), donde recrea, en la ficción, la muerte de Monteagudo, con elementos de un thriller político e histórico.

<sup>9</sup> Aunque Luis Alberto Sánchez, en el tomo V de *La literatura peruana*, señala como fecha de su nacimiento el año 1903, en el Archivo Regional de Piura, en el folio 399 del Libro de nacimientos, se halla inscrita, con fecha 5 de octubre de 1899, la partida de José Francisco Aurelio Vegas Seminario, precisándose como hora y fecha de su nacimiento las tres de la mañana del 25 de setiembre de 1899. (Ver SÁNCHEZ, Luis Alberto, *La literatura peruana*, Lima: Banco Central de Reserva del Perú, 1989, tomo V, pág. 1978).

<sup>10</sup> En el folio 18 del Registro de Defunciones de La Municipalidad de Santiago de Surco se registra la muerte de Francisco Vegas Seminario, consignándose el deceso con fecha 14 de enero de 1988 a las 11:00 horas. En el *Diccionario biográfico regional* de Reynaldo Moya Espinoza (Sullana: Genaro Meza Vera y Mario Palomino Medina editores, 1993, p. 300) se señala como fecha de muerte el día 15 de enero, probablemente porque esa fue la fecha del entierro.

Fue precisamente su experiencia diplomática<sup>11</sup> la que probablemente lo haya vinculado con la historia, la literatura y la política. Cuenta Luis Alberto Sánchez que, en un momento de su dilatada carrera diplomática en Europa, a Vegas Seminario le tocó soportar confinamiento, como prisionero de guerra, durante la Segunda Guerra Mundial, en un castillo alemán<sup>12</sup>.

Dentro de la tardía pero prolífica y concentrada obra de Francisco Vegas Seminario figuran el libro de cuentos *Chicha, sol y sangre* (París, 1946, con prólogo de Ventura García Calderón) y *Entre algarrobos* (1955)<sup>13</sup>; así como las novelas *Montoneras* (Lima, 1955, Premio “Ricardo Palma” de Fomento a la Cultura 1955), que da cuenta de los enfrentamientos entre caudillos militares producidos entre 1894 y 1895; *Taita Yoveraqué* (Lima, 1956, Premio Nacional de Novela Mejía Baca-Villanueva), *Tierra embrujada* (1958), *El retablo de los ilusos* (1960), y las novelas históricas *Cuando los mariscales combatían* (1959)<sup>14</sup>, que trata del mariscal La Mar y la guerra con Colombia; *Bajo el signo de la mariscal* (1960), que trata de la vida de doña Pancha Zubiaga de Gamarra, esposa del mariscal Gamarra, y *La gesta del caudillo* (1961), que aborda la vida del general Salaverry, en el marco de la Confederación Peruano-Boliviana<sup>15</sup>.

## 4

En el contexto de la obra de Francisco Vegas Seminario merece lugar especial la novela *El honorable Ponciano* (Lima, 1957, Premio “Ricardo Palma” de Fomento a la Cultura 1958), título que hace un guiño irónico a la astucia política del personaje principal, pero que también alude al recurrido vocativo (“honorable”), tan usado en los diversos discursos dirigidos a los miembros del Parlamento

---

<sup>11</sup> Ingresó a la vida diplomática por designación del general Sánchez Cerro (coprovinciano de Vegas Seminario), cuando aquel ocupa la Presidencia de la República. Vegas Seminario se desempeña en ese servicio en Italia, en 1932, permaneciendo en Europa hasta 1951 o 1952 (Ver SÁNCHEZ, Luis Alberto, *La literatura peruana*, Lima: BCR, 1989, tomo V, pág. 1978).

<sup>12</sup> En su libro *Hotel Dresden* (1999, edición póstuma), Vegas Seminario narra sus recuerdos como prisionero de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Según Reynaldo Moya Espinoza, Francisco Vegas Seminario fue entregado a las fuerzas alemanas de ocupación por las autoridades francesas de Vichy en 1940. “Por espacio de trece meses permaneció en el castillo-prisión de Bad Godesberg, cerca de Bonn, siendo canjeado por cinco agentes alemanes que habían sido internados por el gobierno de Estados Unidos”. Ver MOYA ESPINOZA, Reynaldo, *Diccionario biográfico regional*, loc. cit. Ver también SÁNCHEZ, Luis Alberto, op. cit., P. 1978.

<sup>13</sup> Luis Alberto Sánchez da como fecha de edición de este libro el año 1957. Ver SÁNCHEZ, Luis Alberto, *La literatura peruana*, Lima: BCR, 1989, tomo V, pp. 1980.

<sup>14</sup> Luis Alberto Sánchez da como fecha de edición de este libro el año 1958. Ver SÁNCHEZ, Luis Alberto, *La literatura peruana*, Lima: BCR, 1989, tomo V, pp. 1979.

<sup>15</sup> SÁNCHEZ, Luis Alberto, loc. cit.

durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, incluso por los presidentes de la República de ese periodo<sup>16</sup>, quienes iniciaban sus alocuciones ante el Congreso con el manido “honorables parlamentarios”, tal y como se ve al revisar la obra de Pedro Ugarteche y Evaristo San Cristóbal, citada a pie de página.

La consideración especial que recibe esta novela no se debe solo a la particular atención que mereció por parte de Luis Alberto Sánchez en su monumental historia de *La literatura peruana*<sup>17</sup>, sino porque, a no dudarlo, se trata de una de las más logradas novelas de Francisco Vegas Seminario.

Sin ahondar en demasía en la trama de la obra, podemos señalar que se trata de una historia que tiene como protagonista a un político cuyo nombre da título a la novela: un diputado de una provincia de la sierra peruana, que es el prototipo del congresista de las primeras décadas del siglo XX, terminada la denominada República Aristocrática y en pleno Oncenio de Leguía<sup>18</sup>, que se abre camino en las lides parlamentarias con discursos demagógicos y acomodados permanentes a la coyuntura política del momento. En la novela se tocan directamente temas de carácter electoral, sus entretelones y hasta los fraudes en las urnas que en aquel entonces se producían ante la ausencia de instituciones electorales que cautelasen la voluntad popular reflejada en el sufragio.

Con una historia contada a modo de biografía póstuma y escrita en tono satírico, el cual Vegas Seminario había practicado en su juventud, cuando se inició en la labor periodística, en su lejana Piura, la novela no hace referencia a personajes ni a hechos históricos concretos y puntuales, reconocibles de manera indubitable, aunque, por ciertas similitudes y puntos coincidentes en la bitácora de vida del personaje ficticio de la novela y un personaje político preponderante y mentor de la “Patria Nueva”, no podemos dejar de relacionar al honorable Ponciano de la

---

<sup>16</sup> Ver UGARTECHE, Pedro y SAN CRISTÓBAL, Evaristo, *Mensajes de los presidentes del Perú, 1869-1899*, volumen II, Lima: Librería e Imprenta Gil, 1945.

<sup>17</sup> Ver SÁNCHEZ, Luis Alberto, *La literatura peruana*, Lima, BCR, 1989, tomo V, pp. 1978-1981.

<sup>18</sup> Para esta precisión temporal, baste recordar que, en la historia, el honorable Ponciano frecuenta, con otros contentulios y correligionarios políticos suyos, la heladería Broggi, la cual existió en realidad y que, al igual que El Palais Concert y La Duchesse, fueron famosas confiterías que, siguiendo la moda francesa, se constituyeron en verdaderos centros culturales en la Lima de la endécada leguista. Ver RAMOS NÚÑEZ, Carlos, *Ley y justicia en el oncenio de Leguía*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, p. 44.

ficción con el Mariano Hilario Cornejo Centeno (Arequipa, 1866 - París, 1942) de la realidad<sup>19</sup>. En efecto, las similitudes entre ambos nos permiten suponer que si bien la novela no es una adaptación exacta de la biografía de Mariano H. Cornejo, el autor sí pudo inspirarse en, por lo menos, algunos de los rasgos generales y el derrotero vital fundamental de ese famoso político arequipeño de comienzos de siglo XX<sup>20</sup>.

Sin embargo, con todo, y pese a lo dicho, no cabe duda de que el Perú de *El honorable Ponciano* es un país imaginario, que sirve de escenario, a modo de un mundo posible o de una ucronía novelada, de una biografía que reúne todos los elementos comunes a la vida, obra y costumbres de los políticos de la época, lo que constituye un importante vitral que nos muestra, de manera prístina, crítica y amena, la visión que el público tenía del quehacer político de la época en referencia.

Recordemos, dicho sea de paso, que si bien el Perú republicano logra su independencia en 1821, y en 1822 se inician, a través de las sesiones de la Sociedad Patriótica, las discusiones y debates de índole parlamentario que dieron lugar a la primera Constitución Política del país, así como al primer Congreso Constituyente, presidido por Francisco Javier de Luna Pizarro, es recién en 1872 (es decir, 51 años después de la Independencia) que tuvimos en Manuel Pardo y Lavalle al primer presidente constitucional civil elegido por voto popular en nuestra historia republicana<sup>21</sup> y <sup>22</sup>.

---

<sup>19</sup> Como señala Carlos Ramos Núñez, Mariano H. Cornejo Centeno fue un destacado “[o]rador, diplomático, [...] y varias veces parlamentario. [...] ministro de gobierno del régimen provisional y luego presidente de la Asamblea Nacional. Más allá de la retórica encomiástica que presentan sus discursos y su larga ausencia del país como plenipotenciario en Francia durante casi todo el gobierno de Leguía, la actuación ideológica de Cornejo, sobre todo en su fase inicial, proporciona un lenguaje y un modesto marco conceptual para la acción política [del régimen leguista]” (las negritas son nuestras). Ver RAMOS NÚÑEZ, Carlos, *Ley y justicia en el oncenio de Leguía*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, p. 33.

<sup>20</sup> Conviene recordar que Francisco Vegas Seminario se desempeñó como diplomático en Europa durante los años en que Mariano H. Cornejo ocupó el cargo de plenipotenciario peruano en Francia, muriendo en París el 25 de marzo de 1942. Ver AYLLÓN DULANTO, Fernando, “Mariano Hilario Cornejo Zenteno”, publicado en el sitio web del Museo del Congreso y de la Inquisición, <http://www4.congreso.gob.pe/museo/presidentes/202.S-Mariano-H-Cornejo-1919.pdf>

<sup>21</sup> José de la Riva Agüero (1823), José de La Mar (1827) y José Luis de Orbegozo y Moncada (1833) fueron designados por el Parlamento y no por el voto ciudadano.

<sup>22</sup> José Simeón Tejada, presidente de la Cámara de Diputados, dijo en su discurso de asunción al mando de Manuel Pardo: “Ciudadano presidente: en los cincuenta años que lleva el Perú de nación independiente y soberana, sois el único a quien los pueblos han llevado al mando supremo sin el apoyo de las bayonetas. Estáis colocado, señor, a la cabeza de una época”. Ver BASADRE, Jorge, *Historia de la República del Perú (1822-1933)*, Lima: Ed. El Comercio, 2005, Tomo 7, p. 124.

Y es en las últimas décadas del siglo XIX que surgen, por fin, los primeros partidos políticos reconocidos como tales en la historia política peruana.

Así pues, *El honorable Ponciano* puede considerarse como la novela que, por primera vez, da cuenta de manera abarcadora, del clima social y político que imperaba en aquellos años tempranos de la vida parlamentaria y de los partidos políticos de nuestra patria.

Como dato anecdótico, podemos señalar que, no obstante remitirnos a aquellos años primeros de la política parlamentaria, ya Vegas Seminario incluye escenas que aluden el empleo del término “tránsfuga”, refiriéndose a la común costumbre de los legisladores de entonces (y de ahora) de cambiarse de un partido político a otro, de una bancada a otra, o de trocar, con excesiva facilidad, su lealtad de un líder o caudillo a otro, según el sentido en que soplaban los vientos políticos de cada época e, incluso, de cada momento o circunstancia de la vida pública del país.

De igual modo, Vegas hace referencia a los famosos “anforazos”, por los cuales los seguidores de un partido que temía no contar con el masivo respaldo popular en las urnas, tramaba incursiones violentas, entrando a saco en las plazas o parroquias donde se efectuaba la votación, para apoderarse de las urnas que contenían el voto ciudadano, y reemplazarlas luego por otras, con los votos cambiados, en beneficio propio.

Especial mención merecen las entonces denominadas “Juntas Transitorias de Gobierno” (como las varias que se sucedieron en apenas seis meses, en 1931, por medio de las cuales los golpistas legitimaban su permanencia en el poder, o las “Juntas Electorales Provinciales”, que se creaban exprofeso en cada distrito electoral, sin autonomía, continuidad en el tiempo, ni formación profesional adecuada por parte de sus integrantes, como para garantizar la objetividad e imparcialidad de los comicios, y que constituyen los indicios remotos de la edad de piedra de los actuales organismos electorales profesionales, permanentes y autónomos que configuran el denominado sistema electoral peruano.

No faltan, en palabras de Vegas Seminario, las “prebendas y granjerías”, así como los “viejos miembros de partidos olvidados”, los “propagandistas de bolas” o rumores, así como los “corredores de chistes” y chanzas elucubradas a costa de los políticos contrarios,

o los “militronches de montoneras” y los “escritorzuelos biliosos”, término con el que el autor se refiere a la prensa política de aquella época. En suma, un verdadero mosaico que da vida a aquel fresco político que difícilmente puede ser comprendido por medio de los fríos datos históricos, como sí ocurre gracias a la fácil y amena pluma de este autor, rescatado del olvido gracias a la edición del Fondo Editorial del Jurado Nacional de Elecciones.

## 5

Si bien la saga de novelas históricas del siglo XIX realizada por Francisco Vegas Seminario fue analizada por separado a *El honorable Ponciano* por parte de Luis Alberto Sánchez, vistas estas novelas (que, cabe añadir, son cuatro) desde la óptica interdisciplinaria de la literatura y la política, no podemos dejar de unir las en una sola visión integradora de la vida política en el Perú, pues el trabajo de Vegas Seminario nos permite vislumbrar, a través de su pluma, no solo la actividad política de los primeros años de la República, sino también aquellos que marcaron, con su impronta, el derrotero histórico del país de fines del siglo XIX y de los primeros del siglo XX, con lo cual nos ha legado una importante producción que hoy se constituye en un valioso documento de acercamiento, análisis y reflexión del trabajo político en tierras peruanas, el mismo que, sumado a la producción de otros escritores, nos permite articular una visión compleja y completa del mundo político nacional a lo largo del tiempo republicano, sirviéndonos para ello de la visión original y crítica de novelistas, ensayistas, poetas y dramaturgos, desde el siglo XIX hasta nuestros días.

## 6

Por ello, el Jurado Nacional de Elecciones, en cumplimiento de las funciones que le otorga la Constitución y la ley, entre las que destaca el objetivo de crear conciencia cívica en la ciudadanía a través de diversos programas de educación electoral, se complace en presentar, en formato facsimilar, la reedición de la novela *El honorable Ponciano*, de Francisco Vegas Seminario, como parte de la serie LITERATURA Y POLÍTICA de su Fondo Editorial, como una manera de contribuir a difundir la visión que la literatura registra de una parte importante de nuestra historia política, así como de la manera en que era entendida la política durante la denominada República Aristocrática en nuestro país.

En palabras del propio Francisco Vegas Seminario:

“Saturnino Ponciano no era de aquellos representantes que solo viven para formar quorum en su cámara. El ilustre senador era hombre de consulta, árbitro en asuntos escabrosos, vocero de la mayoría, intermediario entre sus colegas timoratos y el presidente de la República, consejero en arduos problemas económicos, director material y espiritual del Presupuesto y, en general, una especie de dios tutelar del régimen. Nada se hacía sin su consentimiento y sus recomendaciones equivalían a nombramientos”. (*El honorable Ponciano*, p. 303)<sup>23</sup>.

Corresponde al lector adentrarse en las páginas de este libro para juzgar la veracidad y vigencia de esta historia.

Lima, junio de 2016

Francisco A. TÁVARA CÓRDOVA  
*Presidente del Jurado Nacional de Elecciones*

---

<sup>23</sup> VEGAS SEMINARIO, Francisco, *El honorable Ponciano*. Lima: Juan Mejía Baca-P.L. Villanueva editores, 1957, 335 págs.







# CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN

## JOSÉ FRANCISCO AURELIO VEGAS SEMINARIO

APELLIDOS Vegas  
Seminario  
 NOMBRES Francisco

FECHA DE LA DEFUNCIÓN  
14 de Enero de 1988

Declaración identificada con:  
LE # 07710312

REPUBLICA DEL PERU  
 PROVINCIA DE LIMA  
 MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO DE SURCO  
 REGISTROS DEL ESTADO CIVIL  
**DEFUNCIÓNES**  
 AÑO 1988

Partida Número Diecicho  
 Nombres y Apellido Francisco Vegas Seminario  
 Edad 68 años Sexo Masculino  
 Profesión u Ocupación Embajador Sur. P. Diplomático del Perú en  
 Estado Civil Vuelto de Viudo: Melly Mohamamad  
 Natural de Piura Nacionalidad Peruana  
 Domiciliado en Coricancha 461. Montevideo - Surco  
 Lugar del Fallecimiento: Coricancha 461. Montevideo - Surco  
 Fecha del Fallecimiento: Hora 11:00 A.M.  
 Día Calore Mes Enero  
 Año del Nacimiento 1920  
 Causa del Fallecimiento Pero cardiaco  
 Hijo de Don Francisco Vegas  
 y de Doña Lucila Seminario  
 Declarante Victor Oblitas Rosada  
 Edad 50 años Profesión u Ocupación Empleado  
 Natural de Cuzco Nacionalidad Peruana  
 Domiciliado en Sgo. Cuzco 305. Surco  
 Se expone esta partida a Sgo. de Surco a horas 10 de la mañana del día Quince de Enero de mil novecientos Ochenta y ocho  
 Que suscriben:

DECLARANTE

REGISTRANTE

REPUBLICA DEL PERU  
 MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO DE SURCO  
 REGISTRO DEL ESTADO CIVIL

CERTIFICA: Que esta copia concuerda con la partida  
 matriz que se conserva en el Archivo de este Municipio  
 Sgo. de Surco 01 ENTE 1988

MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO DE SURCO

DEFUNCIÓNES

REGISTROS CIVILES

**ES CONFORME**

JOSE BARRANTZ DE CARPIO  
Jefe de Leg. Registro Civil



*Francisco Vegas Seminario*

# *El Honorable Ponciano*

JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores

LIMA - 1957

Copyright 1957, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, Editores  
Jirón Azángaro 722, Lima

El autor declara que no se ha inspirado en ninguno de los personajes de nuestro escenario político del pasado o del presente para crear los que figuran en esta novela. Si algún lector malicioso, espoleado por su fantasía, cree descubrir parecido entre el héroe de este relato u otro tipo del mismo con alguien que haya conocido, debe considerarlo mera coincidencia.



Marcaba el reloj de la Catedral las ocho y dos minutos de la mañana cuando el vehículo del Honorable diputado por Carapoto, Saturnino Ponciano, se detenía frente a la puerta lateral de Palacio. Descendió de él, precipitadamente, el egregio padre de la patria y enfiló de rondón hacia la antesala presidencial, sin preocuparse de contestar los saludos de los guardias apostados a lo largo del pasillo.

Al verlo entrar, el jefe de la Casa Militar se cuadró por costumbre, haciendo resonar los tacones de sus altas botas de varios reflejos, mientras se cuajaba en sus labios una sonrisa irónica.

—Coronel —tartamudeó el Honorable Ponciano con la faz demudada y el cabello en desorden.

—¿Qué lo trae tan temprano, señor diputado?

—Un asunto urgentísimo. Deseo hablar con el señor Presidente.

—¿Sobre algún nuevo cargamento... amarillo?

—¡Por Dios, Coronel! Siempre usted de broma.

E hizo incursionar la recelosa mirada por la estancia, descubriendo, en un estanque de penumbra, varios bultos insignificantes como petrificadas estantiguas. El Honorable Ponciano reconoció a dos de ellos: Doña Celestina y el eterno aspirante a un cargo público, don Goyo Corcuera. De los pliegues de su manta verdosa emergía la vieja y de una jaqué rabicortón el "veterano de varias campañas", según afirmaba él mismo con arres-  
tos de héroe olvidado.

El Honorable Ponciano redobló su ruego:

—Coronel, el asunto que me trae tan temprano es de altísima importancia. Créamelo usted.

—Será de importancia para usted.

—Se equivoca, Coronel, es para el Presidente. Algo más, para la salvación de la patria. Y, más que eso, para la salvación del régimen.

El Coronel tornó a sonreír. Las enhiestas guías de su bigote kaiseriano apuntaban al cielo-raso:

—Tenga paciencia como don Goyo Corcuera. Véalo usted tan sereno y espera allí todos los días desde hace ya tres años.

—Tres años con este Gobierno —suspiró el viejo, aflautando la voz— Porque con el anterior esperé más.

Y adelantó el busto, apoyándose con ambas manos en un bastón de puño de marfil.

—Ya ve, señor Ponciano —dijo el Coronel— el día que erijan un monumento a la paciencia, don Goyo servirá de modelo. Y usted que no quiere esperar una hora.

El diputado por Carapoto se alarmó:

—¿Una hora? Será tarde, Coronel, será tarde.

—Lo lamento, pero Su Excelencia se halla con el señor Ministro de Gobierno.

—Mejor que mejor —arguyó Ponciano— Precisamente deseo ver a ambos.

—Bien sabe usted que a Su Excelencia no le gusta que le interrumpan, y menos cuando está con alguno de sus Ministros. Tenga paciencia, tenga paciencia. Dentro de una hora o un poco más...

—¿Cómo? —chilló doña Celestina, que había permanecido muda— Lo mío es también de interés para el señor Presidente.

El Coronel giró en redondo y fustigó a la vieja:

—No moleste, doña Celes.

—Es que el asunto que tengo entre manos es de sumo interés para...

El Honorable Ponciano protestó:

—No será como el mío, señora —y volviéndose al jefe de la Casa Militar— Y se lo ruego por última vez, Coronel, pues el destino del Perú depende de la entrevista que sostenga ahora mismo con el señor Presidente. Se lo aseguro.

—Ya me ha asegurado usted muchas cosas parecidas desde que le conozco.

—Coronel, cada minuto que pasa obra en razón inversa de la estabilidad del régimen. Usted será el causante de la desgracia que se avecina.

Agitándose en su asiento, doña Celestina gritó como una cotorra asustada:

—No le crea, Coronel, no le crea. Don Saturnino quiere sólo molestar al Presidente con sus eternos pedidos.

El diputado se avinagró, descomponiendo su faz de huaco:

—Modere su lenguaje, señora, que está usted hablando con un representante.

Doña Celestina alzó aún más la voz, confundiendo y alarmando al Honorable Ponciano. El Coronel quiso intervenir para restablecer el orden, pero ya el Ministro de Gobierno había entreabierto la puerta y asomaba su rostro desabrido, en el que se adivinaba un reproche:

—¿Quién hace semejante escándalo? Piensen que el señor Presi. . . . .

El Coronel no tuvo necesidad de responder verbalmente. Su índice señaló a los culpables. Entonces Ponciano, en vez de defenderse, tranqueó como un chasqui y abordó, resuelto, al Ministro:

—Señor, la Providencia se ha encargado de ponerlo ante mis ojos. Necesito hablar urgentemente con usted y. . . .

El Ministro de Gobierno desarrugó el ceño:

—Señor Ponciano, estaré a sus órdenes tan luego termine de discutir un asunto con el señor Presidente.

—Será tarde, será tarde.

—¿Para qué?

—Para lo que debo poner en conocimiento del señor Presidente y de usted. Será tarde. Un minuto de retraso puede ser fatal para el régimen.

El Ministro se sorprendió. Sus manos se crisparon sobre las molduras de la puerta colonial. ¿De qué extrañas cosas le hablaba el diputado por Carapoto cuando en sus hombros descansaba precisamente el régimen? ¿Estaría bromeando?

—Es urgente, muy urgente, señor —continuó Ponciano— Su Excelencia y usted deben oírme al instante.

El Ministro titubeó. Una sombra de angustia vislumbraba en el suplicante:

—Bueno, consultaré con el señor Presidente.

Y cerró la puerta. Don Goyo Corcuera murmuró, aureolado de santa paciencia:

—¡Qué hacer! Me resignaré a esperar más, ya que vengo haciendo lo mismo hace nueve años consecutivos. De todas maneras, aquí se está más abrigadito que en mi casa.

El Honorable no le escuchó. Su espíritu estaba tenso. Su mirada fija en la puerta que, a poco, volvió a abrirse para dejar escapar la voz del Ministro de Gobierno:

—Pase, señor diputado.

\* \* \*

Exagerando su preocupación, el Honorable Ponciano irrumpió en la estancia presidencial. Arrellanado en un sillón, Su Excelencia dejaba traslucir disgusto y desconfianza. Fue el primero en hablar:

—Según lo que me ha manifestado el señor Ministro, usted me trae noticias de carácter urgente.

—Así es, señor. No he pegado los ojos esperando este momento, pues el tiempo obraba en razón inversa de la estabilidad del régimen que usted, señor, preside tan dignamente para el bien de la patria, y al cual pertenezco desde los gloriosos albores de la Cruzada Benefactora, cuyos postulados defiendo en mi escaño.

El Presidente cambió de postura en el sillón. Su nerviosa diestra empezó a jugar con la legetina de oro que le colgaba del chaleco:

—Bueno, espero sus noticias.

—Señor Presidente —entonó Ponciano, tratando de recordar el discurso que había preparado— elementos del más bajo jaez político están tratando de socavar con intrigas e innobles conspiraciones el patriótico régimen que nos trajo la Cruzada Benefactora. Como defensor nato de sus principios, no he titubeado en acercarme a usted para...

La mueca de disgusto que vagaba por el rostro del Presidente se acentuó:

—Lo que me cuenta, Ponciano, no es nada nuevo. Bien sabe usted que no se puede gobernar con el beneplácito de todos los peruanos. Sin embargo, la paz reina y el país marcha por la senda del progreso.

—¡Quién lo duda! —exclamó el Ministro de Gobierno— Y todo esto es el resultado de la tranquilidad que he logrado implantar con energía en toda la república.

Ponciano se atrevió:

—La tranquilidad a que alude usted es aparente.

—¿Cómo?

—No pongo en duda sus desvelos y sacrificios por sostener el orden en la república, pero existen a veces ciertas circunstancias que impiden descubrir lo que queríamos... descubrir.

El Presidente terció molesto:

—El lenguaje obscuro y enrevesado que usa hoy el diputado por Carapoto me parece la consecuencia direc-

ta de no haber podido... pegar los ojos, como acaba de asegurar. Quizás pasó la noche en alguna fiestecita, a las que es muy aficionado.

El Ministro no pudo contener la risa. Entre carcajadas asintió:

—Así es, así es, señor Presidente.

Ponciano olvidó el resto de sus bien pensadas frases para improvisar:

—He venido aquí con el único propósito de salvar el régimen y la vida del señor Presidente.

Este y el Ministro manifestaron su extrañeza, inquiriendo al unísono:

—¿Quéééé?

Ponciano adquirió un aire de importancia, observando el interés de los otros. Más sosegado reinició:

—La prueba de mayor lealtad que puedo ofrecer al Gobierno y, de manera especial, a la persona del señor Presidente, es la de descubrir a tiempo las maquinaciones que urden nuestros enemigos.

El Ministro se encrespó:

—Hace más de diez minutos que el diputado Ponciano habla sólo vaguedades, sin precisar nada. Por lo demás, lo que nos diga no tendría más importancia que la de los rumores callejeros que propalan los deslenguados y holgazanes. Por eso considero, como lo considerará el señor Presidente, que lo que alarma tanto al señor Ponciano carece de fundamento.

—¿Que carece de fundamento? Señor Ministro, a pesar de la estimación que me merece usted debo declarar que mientras la policía corre tras pistas falsas por barrios apartados y provincias, aquí, en el corazón de Lima, se trama una conspiración peligrosa.

El Presidente frunció el ceño. La seguridad con que hablaba Ponciano lo confundía. Miró unos instantes al Ministro y le espetó luego:

—¿Y qué me dice usted de esto?

—Que son falsedades. La conspiración a que se refiere el señor vive sólo en su mente alucinada.

Saturnino Ponciano se creció al sentirse apoyado:

—¿Y si le pruebo al señor Presidente que en este momento se hallan reunidos los complotados a una cuadra de Palacio, listos para dar el golpe, y que parte de la guarnición de Lima está pronta a rebelarse?

El Presidente se puso de pie. Vago temor le invadía. Su voz se volvió temblorosa:

—Si lo que dice el señor representante es cierto, pues tendremos que convenir que la policía no sirve para nada y que todos somos unos inocentes de cuenta.

—Pero, señor —protestó el Ministro— ¿va usted a dar pábulo a los cuentos fantásticos del diputado? ¿Qué pruebas aduce? ¿Qué clase de complot es el que ha descubierto?

El Presidente recapacitó:

—En verdad, sin pruebas no podemos tomar en cuenta sus aseveraciones, señor Ponciano.

—Señor Presidente, ¿no le basta la palabra de uno de sus más fieles colaboradores, del hombre que vela por el prestigio de su Gobierno y que sería capaz de derramar la última gota de su sangre en defensa del sagrado pendón que enarbola la Cruzada Benefactora?

—Pruebas, Ponciano, pruebas —insistió el Mandatario.

—Ya que usted me las pide, pronto estoy a dárselas. En este instante los conjurados se encuentran en una casucha del Callejón de Petateros, listos para dar el golpe. Varios militares de alta graduación están comprometidos.

El Ministro de Gobierno no se dió por vencido. Tenía una triste opinión de Ponciano:

—Señor diputado, de esa clase de rumores está empedrado mi Despacho.

—Pero el mío no es rumor. ¡Es una verdad absoluta!

—¿Y considera buena la fuente de donde proviene?

El de Carapoto se descubrió para grande la partida al Ministro:

—La fuente soy yo mismo. ¡He visto y oído todo!

—¿Cómo? ¿Quizas decir entonces que usted ha formado y forma parte de ese complot? Pues principiare por apresarlo.

Ponciano se sintió perdido. ¿Cómo negar ahora su participación en la conjura cuando acababa de confesarse culpable por un descabellado alarde motivado por la tartamudez del Ministro en no creerle? Volvióse al Presidente y se encontró con su mirada dura e inquisitiva. Y tembló al oír:

—¿Y podría usted explicarnos qué hacía usted entre esos malos parvianos?

—¡Señor...!

—¡Hable!

—Señor —volvió a tartamudear el diputado, recurriendo a la única tabla de salvación que le quedaba — fingí tomar parte en la conjuración, para informarlo a usted de su desarrollo y objetivo con precisión y exactitud. Y fue sólo anoche que supe que a las diez de la mañana de hoy se levantará Santa Catalina, la guarnición del Callao y...

El Ministro de Gobierno no quiso oír más. Abandonó la estancia de cuatro sillas, mientras el Presidente partía en otra dirección.

Al ver salir al Honorable Ponciano, el jefe de la Casa Militar se asomó al Despacho presidencial y, viéndolo vacío, gritó a los que esperaban:

—Su Excelencia ha suspendido las audiencias.

Ranguacha don Goyo Carouera al dejar la antecala:

—Mediana será otro día. Tal vez tenga más suerte que hoy.

— . . . . y ha sido sólo gracias a la noble inspiración de nuestro primer Mandatario, que conduce al Perú hacia altos destinos históricos, y a la elogiabile perspicacia y ciega decisión del señor Ministro de Gobierno, que pudo evitarse el caos en nuestra patria al descubrirse a tiempo las tortuosas maquinaciones de un protervo grupo de bucaneros políticos que pretendía sembrar la anarquía, impulsado por su perenne ambición de adueñarse del poder. Yo, desde este escaño que ocupo por mandato unánime de mis conprovincianos, condeno de la manera más enérgica y vibrante esta conjuración que, de no haber sido descubierta oportunamente, hubiera llevado a la república por las rutas del desastre. Una vez por todas debían desengañarse los ilusos que pretenden subvertir el orden, que se requiere paz y trabajo para que se desenvuelvan todas las actividades públicas al ritmo adecuado que reclama el férvido anhelo de la ciudadanía, a fin de que el Perú ocupe el elevado sitio que le corresponde entre los países más prósperos y felices del orbe.

Una tormentosa salva de aplausos — así lo señalaba al día siguiente un diario — premió estas rotundas expresiones.

La voz del egregio representante por Carapoto continuó adquiriendo sonoridades patrióticas:

— Es un hecho innegable que merecen sanción los delitos de los que trafican arteramente con el destino de nuestro país; pero es igualmente innegable, señores, que a veces existen en la vida de los pueblos

ciertas circunstancias que deben inclinarnos a abrazar ese noble signo de generosidad cristiana que se llama clemencia. Por eso yo, que he repudiado y repudio las desorbitadas pretensiones de esos alucinados, que ya se hallan felizmente en manos de las autoridades, quiero tocar a las puertas de la magnanimidad de los llamados a juzgarlos para que, cerrando los ojos y desatendiendo el imperativo de su conciencia rectilínea, usen una vez más de tolerancia y eviten aplicarles todo el rigor de la ley, poniendo así de manifiesto que nuestro Gobierno es fuerte, grande y de una ilimitada generosidad.

La ovación se extendió como una onda en el hemisiciclo de la Cámara, sostenida por la oposición que se sumó a los defensores del Gobierno. Agobiado por estrujones y abrazos, el Honorable Ponciano se enjugaba el sudor del rostro con albo pañueio. Sus colegas se sentían conmovidos. Había unificado el pensamiento de su Cámara, ofreciendo una lección de civismo y de alta táctica política al censurar, por un lado, los desbordes de los que intentaron desquiciar la sólida obra gubernamental y, por el otro, reclamando clemencia para los mismos.

\* \* \*

Un reflejo de cúpricos metales hirió las pupilas del Honorable Ponciano al ingresar al Panóptico. El pétreo edificio le recibió con una vaharada invernal de humedad malsana. El guardia estacionado en la entrada lo escurdiñó con mirada oblicua, e impresionado por su petulante desparpajo le permitió avanzar hasta el Despacho del Director. El padre de la patria empujó la puerta y, quitándose el sombrero de fieltro con ademán mosquesteril:

—Señor Comandante Joaquín del Toro, me complace en saludarlo.

El Director del penal levantó la mirada de sus ojos desvaídos, de un gris cambiante al golpe de la luz. Se

rascó luego con la diestra la pelambre cenicienta que le cubría los descolgados carrillos y adelantó el cuerpo levemente para escuchar mejor. Ponciano prosiguió en tono declamatorio:

—Me trae a sus dominios, estimado Comandante, un deseo que bien podría juzgarse de capricho. Usted debe haber leído en los diarios de hoy mi intervención en la Cámara. Me aseguran mis colegas y otros amigos que ha sido uno de mis mejores discursos parlamentarios.

—No he tenido todavía tiempo de leerlo —moduló, displicente, el Director del Panóptico, abrochándose uno de los pocos botones que quedaban en su chaquetón azul de vagas reminiscencias militares —Eso lo dejo para las noches.

Y no mentía el Comandante del Toro. Durante el día, sus lecturas favoritas eran los novelones guerreros, que lo inducían a evocar sus correrías revolucionarias.

Ponciano comenzó el asedio:

—Usted que ha sido militar...

—Que lo soy y lo seré hasta mi muerte —protestó el Comandante, torciendo su faz biliosa.

—Bueno, usted que es militar hasta la médula comprenderá mejor que nadie las normas de conducta que se deben usar con los vencidos.

Brutón y desalmado, del Toro creyó coincidir con Ponciano:

—Sí, claro que las conozco. A los vencidos hay que exterminarlos para que no vuelvan a levantar cabeza.

—¡Comandante, me sorprende su razonamiento! Los vencidos merecen compasión. La Cámara entera estuvo de acuerdo en apoyar mi pedido de clemencia.

—¿Para quién?

—Para los conjurados.

Del Toro cambió de postura, moviendo el anca adiposa. Le irritaba y sorprendía que un parlamentario hablara de piedad para los hombres que no hacía todavía

cuarenta y ocho horas habían caído en las garras del Gobierno, acusados de grave delito. Tamizando sus expresiones rudas y carcelarias por tratarse de un padre de la patria, barbotó:

—Usted debía mejor meterse en un convento.

Ponciano atacó por el otro flanco:

—Créame, Comandante, que yo he sido el primero en condenar acerbamente los desatinos revolucionarios de esa canalla. Los diarios de hoy se lo ratificarán. Pero existen móviles humanos que inclinan al perdón cuando los revolucionarios han obrado inconscientemente.

Del Toro volvió a repasar con la mirada torva la desmirriada figura del Honorable Ponciano, deteniéndose en su rostro, donde se advertía, siempre vivo, un gesto tribunicio. Luego golpeó la mesa con la palma de la mano antes de rezongar extrañado:

—¿Y a qué vienen tantas explicaciones, señor diputado? Vaya al grano.

—Pues allá iba. Deseo entrevistarme con el Coronel Ramírez Quiñónez.

—¿Qué? ¿Pretende hablar con el mismísimo jefe del movimiento subversivo? Pues pide peras al olmo. ¿Ignora acaso que está incomunicado?

Ponciano precisó un conato de altivez:

—¿Incomunicado también para el representante por Carapoto, baluarte de los principios que sostiene nuestro ilustre Mandatario, portaestandarte de la Cruzada Benefactora y uno de los líderes de la mayoría parlamentaria? ¿Cree usted que es la amistad la que me obliga a visitar a un traidor redomado, que ha querido erigirse en tirano y convertir el Perú en una satrapía? No, Comandante, vengo simplemente con una misión de carácter confidencial que se me ha confiado.

El Director del Panóptico se desconcertó. Volvió a rasparse la cenicienta barba de tres días, y después de meditar unos instantes concedió:

—Ha debido usted comenzar por decir eso.

Y se levantó con esfuerzo para guiar a Ponciano por los laberintos del penal. Sus pantuflas de lana, agujereadas por los juanetes, resbalaban en el piso duro. Ponciano le seguía de cerca, hilvanando frases para ganar la segunda batalla: la más peligrosa.

—Aquí tiene usted al sujeto —oyó que le decía el Comandante del Toro, indicándole una celda— Hable con él.

—¡Cómo! ¿Así? Necesito entrar.

Mansamente, del Toro se volvió a uno de los guardias:

—Encierra aquí al señor.

Por las ramificaciones nerviosas del Honorable Ponciano corrió un desagradable estremecimiento. Su conciencia le gritaba que él merecía también la misma suerte de sus compañeros de conjuración.

Chirrió la llave al violentar la herrumbrosa cerradura y el guardián, después de abrir la puerta de la celda, empujó hacia adentro al diputado, creyéndolo seguramente preso político.

—Cierra rápido —se apresuró a ordenarle del Toro— No quiero complicaciones.

El padre de la patria experimentó la misma sensación que debe experimentar el aspirante a domador al verse de pronto en la jaula de los leones. En un remanso de penumbra distinguió al Coronel Ramírez Quiñónez tendido sobre un camastro, el brazo tras la nuca de novillo, a manera de almohada. El Honorable Ponciano, con el mismo temblor en la voz que cuando iniciaba un discurso, tartajó:

—Coronel...

Sin moverse del sitio, el militar alzó su vozarrón de bajo moscovita:

—Presentía su encarcelamiento a pesar de las ende-

chas laudatorias que le endilgó a los tiranos en la sesión de ayer.

—Coronel . . .

—¿Le sorprende que lo sepa? Pues no estoy tan in-comunicado como lo supone. Manos amigas me hacen llegar "El Comercio".

Ponciano se revistió de valor para defenderse:

—Coronel Ramírez Quiñónez, usted, lamentablemente, no ha penetrado en el profundo sentido de mi discurso. Debido a él le he librado del pelotón de fusilamiento. Mi llamada a la clemencia es una obra maestra.

—¿Y por eso lo han traído aquí para que me haga compañía?

—Coronel, muy a mi pesar debo sacarlo de su error. He venido sólo a visitarlo.

Ramírez Quiñónez se puso de pie con movimiento felino. Estaba sorprendido y extrañado. En su mente poco flexible no cabía la idea de que uno de los conjurados se paseara libremente cuando los demás sufrían prisión. Y es que tenía un concepto demasiado amplio de la lealtad y el compañerismo, virtudes que cultivaba con la testarudez del fanático.

Al Honorable Ponciano se le extendió el miedo por el espíritu. Sabía como pocos que el Coronel Ramírez Quiñónez arrastraba una bárbara reputación forjada en cuartelazos, duelos, estropicios, fusilamientos y evasiones. Sus enemigos le llamaban El verdugo del Cañón del Gallo, y sus admiradores El león de Punta Amarilla. Levado de su carácter intolerante y semianárquico, servía de espadón a los politicastros descontentos y arribistas, que le buscaban para presidir conspiraciones, de las que se aprovechaban después. Era alto y recio. Sobre su fuerza descomunal corría una leyenda ingenua que vibraba en el alma popular con fragor de fanfarrias. Era el hombre que mataba una mula de un puñetazo, que barría en

una pelea a diez contendores, que había estrangulado a un gigantón huanuqueño.

Ponciano repitió con marcada afonía:

—Sólo a visitarlo.

—No me extraña —expresó de nuevo la voz de bajo moscovita— Ustedes los políticos saben mantenerse en la cuerda. No me extraña. Y usted es uno de los mayores equilibristas que conozco. ¿Cómo, demonios, hizo para librarse del carcelazo?

El Honorable Ponciano se aferró a un recurso salvador, única manera de aplacar la irritación del Coronel:

—¿Acaso ha olvidado usted, mi ilustre amigo y jefe, que los representantes gozamos de inmunidad? Es debido a ella que he podido lanzar desde mi escaño...

—...alabanzas al Gobierno. ¿Es cierto?

—No sea ingrato, Coronel. He lanzado mi solemne invocación a la clemencia, disimulándola con una que otra frase laudatoria para que hiciera el efecto de miel en la boca de los que tiranizan al pueblo.

—Pues ha hecho usted mal, Ponciano, muy mal. A mí me suena a debilidad aquello de clemencia. La clemencia está buena para las mujeres lloronas y tímidas y no para los hombres como yo. Ha debido usted mejor ponerse una mordaza y compartir la suerte de sus compañeros.

El Honorable Ponciano cambió de táctica:

—Ese fue mi propósito, Coronel, pero mi espíritu, inclinado siempre al bien, me empujó a escuchar el gemido...

—¿El gemido de quién?

—El gemido de los familiares de las víctimas —rectificó a tiempo el representante, tragando saliva— Porque hombres como usted no se arredran ante los desmanes de los déspotas, pues guardan en su conciencia la satisfacción de haber cumplido con un alto deber en aras del sacrosanto amor a la patria.

En los carnosos labios de Ramírez Quiñónez se vislumbró la primera sonrisa:

—No olvide, Honorable por Carapoto, que esta celda no es su Cámara; esa Cámara de micos donde usted presume de orador. Y le repito, sacrifíquese y comparta la suerte de sus compañeros.

—Ese es mi mayor deseo —afirmó, rotundo, Ponciano, alzando el garabato de su diestra, donde el índice se agitaba imperativo— pero, como vuelvo a manifestarle, desgraciadamente un precepto constitucional lo obstaculiza: el de la inmunidad.

El Coronel Ramírez Quiñónez se quedó pensativo, como si le preocupara otra idea. Dió varios pasos por la celda y luego se detuvo para decir:

—Desde que estoy aquí no he dejado de pensar un solo momento en algo que me intriga, como debe intrigar también a mis compañeros de infortunio, o sea la manera cómo descubrieron las autoridades nuestros planes.

Ponciano volvió a temblar. El Coronel le arrastraba a terreno pantanoso. Sin embargo, su desfachatez lo mantuvo firme:

—¡Qué coincidencia! Igual idea me atribula.

—¿No habría entre nosotros algún traidor?

—¿Se le ocurre algún nombre?

—Muchos he barajado. ¡Hasta el suyo!

Poco le faltó a Ponciano para respingar. Si la luz de la celda hubiera sido más viva, el Coronel habría notado en su rostro una tremenda lividez. Dominándose tartamudeó:

—¿El mío? Usted bromea, Coronel.

—¿Bromear? ¿Por qué? Pensé esta mañana que usted podía ser el denunciante al leer su vergonzosa loa al tirano y a su Ministro de Gobierno.

—¿Y después?

—Después caí en la duda. De todas maneras, no pararé hasta no dar con el canalla que nos vendió.

—Cuenta con mi ayuda. He jurado también arar mar y tierra para descubrir al que desfloró esa esperanza nacional. Me valdré hasta de las mismas autoridades para ello.

—Haga usted lo que le parezca, que yo recurriré a otros medios más efectivos, si es que no me deportan o me refunden en la selva. Ya verá usted cómo doy con el traidor. ¡Porque los traidores merecen que se les mate a palos como a perros!

Por la columna vertebral de Ponciano corría un estremecimiento, unas veces hacia arriba, otras hacia abajo, como el mercurio en un termómetro sometido a distintas temperaturas. No podía domeñar el terror que le causaba ese militarote rudo, cuya sed de venganza llegaba a límites insospechados. Finalmente se apercibió que cruzaba la cerradura y que el guardián le indicaba:

—Ya es tiempo de salir, señor. Así lo ordena el Comandante del Toro.

A pesar de su vehemente deseo de escapar de la celda, el Honorable por Carapoto tuvo ánimo para inquirir:

—Cómo, ¿tan pronto? —y extendió su mano helada y sudorosa al detenido—. Hasta luego, Coronel. Insistiré en mi pedido de clemencia. Ya bulle en mi mente un discurso que hará época.

Ramírez Quiñónez se encolerizó:

—No sea porfiado y estúpido. La clemencia se ha hecho para los cobardes. Vaya usted con Dios y no adule más a esos canallas, que sus propias frases laudatorias lo pueden ahogar. Sea usted un representante digno, ya que la casualidad lo llevó de la mano a la Cámara.

—Me ofende usted, Coronel — se encrespó teatralmente el Honorable Ponciano, viéndose ya fuera de la celda — No fué la casualidad, sino la unánime decisión del glorioso pueblo de Carapoto.

—Le repito que fué la casualidad y, si desea, el Des-

tino, que a veces se disfraza de casualidad. Todo el Perú lo sabe.

—¡Coronel...!

Y el Honorable Ponciano no siguió replicando. Desde la madriguera de su subconsciencia, el miedo obraba en su favor, frenándole un mal pensamiento.

Como lo afirmara el Coronel Ramírez Quiñónez, realmente el Destino había buscado, años atrás, a Saturnino Ponciano para conducirlo, como una hada madrina, hacia el sendero de la fama. Y esto sucedió en Carapoto, villorrio con pretensiones de ciudad, adormilado, al igual que una inmensa tortuga de caparazón escarlata, en el centro de un valle de esmeralda, donde ramonean gráciles llamas de elástico cuello y andar majestuoso. En medio de esa serenidad provinciana, el joven Saturnino mantenía relaciones formales con las musas. Todo el pueblo le conocía como "el vate Ponciano". El Director de "El Faro" acogía sus sonetos para dar matiz poético a las páginas dominicales de su bisemanario, siempre enfangadas por editoriales rastrosos y "Se dice" calumniosos.

El vate de Carapoto dormía de día y, al atardecer, cuando el hombrecito picado de viruelas del Municipio empezaba a encender los escasos faroles de las calles, salía a departir con sus amigos en la Plaza principal, tocado con un sombrero alón y envuelto en espeso poncho para resguardarse de los vientos helados que soplan de la cadena de cerros oscuros y abruptos que rodean el valle.

Los versos de Saturnino Ponciano eran de un romanticismo meloso. Escribía elegías a "novias muertas", "cuartetas a "gacelas desdeñosas y esquivas", madrigales frescos y lozanos a "vírgenes de mirar acariciante" o poemas en los que relataba amores en germinación. Todos ellos precedidos por un "Dedicado a..." Y aquí las iniciales

de nombres y apellidos que intrigaban a los numerosos lectores de "El Faro", pues nunca coincidían con los de las mujeres del lugar. La verdad era que Ponciano cantaba a amadas imaginarias, porque nadie le conocía inclinación definida por alguna soltera o casada. Pero esta larga etapa, en la que exprimió su numen por seres inexistentes, tocó a su fin cuando llegó a Carapoto el nuevo Subprefecto, Arístides Mendocilla. Traía una mujer abundante en carnes, torturada siempre por el frío y las jaquecas menopáusicas, y una hija pródiga de arrumacos y coloretos, ignorando tal vez que las mejillas se encienden solas en las alturas.

Mendocilla era malhumorado y renegón, y presumía de valiente. No toleraba réplicas de nadie y se irritaba por insignificantes motivos. Desafiando el frío y las costumbres del lugar, usaba jaqué de breves faldones, que se tornaba verdoso bajo el sol, y un hongo anticuado. Varias veces al día luchaba con filosófica paciencia para atraerse hacia la cúspide de su brillante calva la madeja de cabellos que le crecía por detrás de la cabeza. E igualmente para mantener enhiestas, con ayuda de un cosmético barato, las guías de su bigote. Usaba ajustados botines de alto tacón, que espejeaban, y su diestra apretaba con dignidad un bastón de empuñadura de oro.

La llegada de la hija de Mendocilla alborotó los sueños del poeta Ponciano. Su exuberante inspiración se desbordó como torrente bravío, anegando las páginas de "El Faro" con decenas de producciones, dedicadas todas a C. M.: Carolina Mendocilla. Hasta descendió de su torre de marfil para montar guardia en la esquina de la Subprefectura, sin temor a los vientos glaciales que cortan como cuchillos en esa callejuela retorcida y negra como un cuerno ahumado. Todas las noches, a las ocho, cuando las lechuzas comenzaban a graznar en los aleros de los tejados rojizos, Ponciano se situaba frente al Despacho de la autoridad política y bajo el farol que des-

pedía mortecino fulgor. Si la pintarrajeada adolescente advertía o no su presencia, eso lo ignoraba. Pero tenía fe en su propia constancia y en la eficacia de sus versos.

Infortunadamente para Saturnino Ponciano, el primero que se dió cuenta de sus apasionadas intenciones fué el Subprefecto, quien ordenó al policía que vigilaba esa calle que le conminara a retirarse de ella. Inútil fué que el poeta protestase. La esquina resultó vedada a su asedio desde esa noche. Sin embargo, no se arredró. Y juzgando que el halago quebranta rebeldías y morigera intolerancias, a los pocos días publicaba en "El Faro" un poema, en el cual cantaba, con toda clase de fuegos de artificio, la labor de Aristides Mendocilla. Las metáforas, engarzadas en tercetos —al estilo de la "Divina Comedia", según afirmaba— refulgían como piedras preciosas entre el incienso de la loa. Pero el Subprefecto no se conmovió. Y a la noche siguiente, cuando reapareció Ponciano, creyendo que sus versos habían eliminado obstáculos, escurrióse estremecido de furia por la puerta falsa y ordenó al Mayor de Guardias que le apresara.

Pero es aquí donde empieza a intervenir el Destino, como lo recordara en el Panóptico el Coronel Ramírez Quiñónez. Esa misma noche, Aristides Mendocilla recibía una visita inesperada: la del telegrafista. El individuo temblaba. Entre el índice y el pulgar de su diestra sostenía un sobre amarillento.

—Noticias —balbuceó, todavía acezante por la velocidad con que había corrido.

A pesar del valor que se atribuía, el Subprefecto se inquietó. La actitud del telegrafista lo había desconcertado. Antes de apoderarse de la comunicación, inquirió:

—¿Me destituyen?

—Peor que eso.

—¿Cómo?

—¡Ha estallado la revolución en Lima, señor!

Temblorosas las manos, tenso el espíritu, Mendocilla abrió el sobre y leyó. El alma le volvió al cuerpo:

—Pero este telegrama es de mi mismo jefe, el Director de Gobierno. ¿Por qué se alarma entonces? La revuelta no ha triunfado. Vamos mejor a su oficina. Necesito más noticias.

\* \* \*

Durante seis horas consecutivas, el Subprefecto se dedicó a torturar al telegrafista con las más inauditas exigencias. Hasta pretendió atribuirle complicidad en la conspiración, imaginando que usaba de refinado ardid para ocultarle lo que le trasmitía la Dirección de Gobierno. El desdichado hombre, comprendiendo que su felicidad futura dependía de unos puntos y rayas, continuaba teclando afanosamente, sin obtener resultado. Ya en la madrugada se agotó su paciencia, escuchando el nervioso tranquear de Mendocilla por la pieza y sus juramentos tabernarios, y decidió mandarlo al diablo e irse a descansar. Pero, afortunadamente para él, cuando la apacible Carapoto despertaba entre la alegre diana de los gallos serranos, tuvo la suerte de comprobar que el aparato daba señales de existencia. ¡Por fin! Ya podría librarse de los ataques insidiosos y virulentos de aquel terco funcionario. Mas, ya sea porque no hubiese conseguido captar bien el mensaje, debido a la zozobra y al esfuerzo realizado, o por otras circunstancias, la verdad es que ni él ni el Subprefecto lograron descifrarlo. Era una maraña vaga de frases. Se citaban nombres plagados de consonantes y se describían sucesos tan truculentos como si hubieran acontecido en otro planeta, tal la confusión de fechas y lo enrevesado de lugares y nombres.

En la cúspide de la desesperación, Arístides Mendocilla, revestido ya del temerario valor de que se jactaba,

echó a los vientos una frase que el telegrafista grabó en su memoria por considerarla notable:

—Si ha de morir Sansón, que muera con todos los filisteos.

Y abandonando la oficina telegráfica enrumbo calle arriba en busca del Mayor de Guardias.

\* \* \*

Se desperezaba el desconfiado y cazurro jefe de la policía cuando entró en su dormitorio el Subprefecto, con los faldones del jaqué coleando y el hongo de medio lado sobre el arabesco capilar. Una hembra semidesnuda saltó del camastro y escurrióse tras el cortinaje floreado que dividía la habitación, dejando en el aire un acre y bravío olor de axilas.

—¡Benditos los que pueden dormir a pierna suelta cuando el volcán arde! —exclamó Mendocilla.

—¿Qué volcán? —preguntó el Mayor de Guardias, poniéndose de pie sin reparar que sólo lo cubría una camiseta que le llegaba al ombligo.

—¡Qué volcán ni qué volcán!

—Usted lo ha dicho, señor.

—Se trata de una revolución que ha estallado en Lima y que parece haber triunfado.

El Mayor recurrió a su filosofía mundana:

—Y si ha triunfado, ¿por qué se altera? A lo mejor los nuevos gobernantes son sus amigos.

El Subprefecto sacó a relucir su honradez burocrática:

—Amigos o enemigos, poco me importa. Lo que me interesa es defender al Gobierno que me confió el cargo. Por lo tanto, sírvase detener, en el menor tiempo posible, a los nueve individuos enemigos del régimen que figuran en la lista que le entregué hace poco.

Ansioso seguramente de disfrutar mayor tiempo de su compañera de lecho, el policía insinuó:

—Señor Subprefecto, me permito recomendarle que tenga usted paciencia. No le conviene precipitarse. Esperemos mejor, pues si actúo de acuerdo con sus deseos nos expondremos, mejor dicho, se expondrá usted a hacer un papel desairado y hasta peligroso, sosteniendo lo insostenible. Piense que es usted padre de familia.

—Mayor, sus consejos huelgan. Hemos jurado respetar la Constitución y las leyes de la república y nuestro deber es morir defendiéndolas, si llega el caso.

—Calma, señor, calma.

—Mayor, proceda a cumplir mis órdenes, porque de lo contrario lo acusaré de desacato, desidia y traición al régimen.

En un rígido saludo militar, el Mayor de Guardias se llevó a la sien la mano con que se cubría las vergüenzas.

\* \* \*

A las nueve de la mañana, el jefe de la policía encontró al Subprefecto en su oficina rebosando contento. Acababa de recibir un telegrama del Director de Gobierno en el le comunicaba que la revolución había sido debelada "gracias a la rápida intervención de las autoridades y a la actitud digna y noble del Ejército". Reinaba tranquilidad en toda la república y al Presidente se le aclamaba y vitoreaba delirantemente por las calles.

El Mayor de Guardias abombó el pecho para asegurar:

—No hay duda que el Supremo Gobierno cuenta con servidores de calidad en todo el país. Nuestra decisiva y oportuna actuación es clara prueba de ello. Ya tengo entre rejas a los diez conspiradores.

—¿Diez? ¿Y de dónde ha sacado usted el décimo?

—Las cuentas son bien claras. Nueve que apresé esta mañana y el que me mandó capturar anoche. Los despacharé mañana mismo a Lima.

Un pensamiento maligno relampagueó en la mente de Aristides Mendocilla:

—Tiene usted razón —afirmó, emboscando una sonrisa diabólica—. La cuenta es exacta. Había olvidado precisamente al cabecilla de los revoltosos de esta provincia. Pues vigílelo usted de cerca y, en castigo de su delito, principie por tenerlo en ayunas hasta la hora de la partida. Por mi parte, recomendaré al Director de Gobierno que lo mande a veranear a la selva. Allí podrá inspirarse mejor y dedicarle versos al lucero del alba. No olvidaré tampoco, señor Mayor, el poner en conocimiento de la superioridad sus valiosos servicios.

\* \* \*

Los acontecimientos políticos no habían transcurrido como informara la prensa afecta al régimen. Cierto fue que el golpe fracasó por falta de organización y que sus autores, así como buen número de inocentes, llenaban las prisiones, donde se les sometía a procedimientos expeditivos y poco gratos para hacerles “cantar”; pero el Gobierno, a pesar de todo, no había quedado firme. El descontento crecía; corrían nuevos aires de borrasca; por calles y plazas se hablaba, ya sin ningún temor, que el régimen se sostenía por un milagro de equilibrio.

Estos persistentes rumores, que agravaban la perenne inquietud del Subprefecto Mendocilla, se convirtieron en realidad un día. El “tirano” cayó suavemente, sin que fuese necesario disparar un solo tiro. Una Junta de Gobierno le reemplazó. Y los que sorbían ávidamente de las ubres fiscales pasaron a la oposición y los triunfadores ocuparon su lugar.

“El Faro”, que había exhibido en sus últimos tiempos un descarado tinte gubernamental, debido a cierta secreta subvención, atacaba ahora despiadadamente al “ominoso Gobierno que precipitara al país en el caos administrativo, deteniéndolo en su marcha hacia el progreso”. Bise-

manalmente, los carapotenses devoraban sus páginas, donde se atropellaban las noticias telegráficas procedentes de Lima, tal la fugaz sucesión de acontecimientos: El júbilo era indescriptible; los banquetes y fiestas se realizaban con inusitada frecuencia; el Mandatario derrocado —se insistía en llamarle “El tirano”— viajaba a Europa; los detenidos políticos abandonaban las prisiones demacrados, ojerosos, harapientos y con luenga barba nazarena, En las declaraciones que emitían restallaban, fragorosos, los vocablos “libertad”, “ideales”, “torturas”, “tiranía”, “oprobio”, etc. A todos ellos se les colmaba de agasajos, se les ofrecían cargos públicos, se les proporcionaba apoyo pecuniario para que candidateasen en los próximos comicios, se les retrataba en todas las posturas. Y naturalmente con la barba, que estos buenos patriotas cuidaban de mantener completa y enmañada para exhibirla como un pendón de lucha, como un emblema de martirio, como un inconfundible documento identificador.

Fatigadas de cosechar las muestras más notorias de exaltación patriótica, muchas de las víctimas del pasado régimen regresaban a sus ciudades y aldeas, ávidas de recibir el cálido homenaje de sus futuros electores. Saturnino Ponciano también retornó a su pueblo. Llevaba bajo el brazo un ejemplar de su obra escrita en versos libres: “La Balada del Panóptico”, en la cual relataba su largo martirologio. En la portada aparecía su retrato con esta leyenda: “El célebre poeta Saturnino Ponciano, en cuyo rostro enjuto y marchito, alargado por caprina barba, se descubre el rigor de las torturas físicas y morales a que fuera sometido en el lúgubre penal”. Todos los carapotenses estuvieron de acuerdo en que estas frases correspondían a la realidad. Lo único que consideraron exagerado fue lo de “caprina barba”, pues a Ponciano no le habían crecido más de veinte pelos largos y ásperos en el mentón durante sus meses de encierro. Parecía un Mandarín.

Ni los centenarios del lugar recordaban haber visto un recibimiento más entusiasta que el que se tributó al "Hijo predilecto de Carapoto", como le llamó un orador, al "Máximo exponente de nuestros héroes políticos", como le llamó otro. Las calurosas voces de congratulación hicieron eco en la cadena de cerros abruptos y oscuros que rodea el valle. "El Faro" lanzó una edición extraordinaria exaltando "las virtudes cívicas, el fervor patriótico y la pureza espiritual del consagrado vate, lumbrera de esta sagrada tierra y gloria poética del Continente".

\* \* \*

Antes que se produjera este desborde público de admiración a Ponciano, Arístides Mendocilla, acompañado de su familia, había huído a lomo de mula por escarpados senderos. Fiel a sus rígidas normas de conducta, el Mayor de Guardias le persiguió para hacerle sufrir la misma suerte que a las víctimas del extinguido régimen. Pero fue tarde. El ex-Subprefecto había tenido el buen cuidado de adelantársele varias horas, a pesar de las protestas y quejidos de su mujer.

\* \* \*

Por inmensa mayoría, Saturnino Ponciano fue elegido representante. No hubo necesidad en esta ocasión de emplear los consabidos métodos de pasados comicios, aunque el Presidente de la Junta Electoral Provincial se empeñó en conseguir la unanimidad, retirando de las urnas los votos contrarios al popular candidato y sustituyéndolos con los que fabricara previamente.

Y una mañana feliz, cuando el valle de esmeralda se encendía de sol y nubes viajeras cercenaban las cúspides de los montes, Saturnino Ponciano montaba en enjaezada mula y se despedía de una muchedumbre emponchada "con frases brillantes y emotivas, que quedarán grabadas con caracteres indelebles en el alma de todos los carapotenses". ("El Faro" del 21 de mayo de...)

Una sombra de melancolía nublaba el optimismo sonriente del Honorable Ponciano, recordando esta época gloriosa de su vida política, mientras esperaba a sus colegas Samuel del Riesco y Carlos Domingo Pujares en una mesa de Broggi para tomar, como de costumbre, el aperitivo. ¡Cuántos años transcurridos desde que el pueblo de Carapoto le despidió apoteósicamente! ¡Siete años! Tres vividos al rescoldo del anterior Gobierno, tres, hasta la fecha, con el actual, y uno bastante amargo en pleno cubileteo electoral. Pero su segunda elección, ¡qué distinta a la primera! ¿La unanimidad? Un mito. ¡Cosas de la política! Si el Subprefecto no recibe a tiempo orden de apoyarle, su contendor resulta elegido. La leal y austera autoridad tuvo que luchar a brazo partido para conseguirle sufragantes. Los buscó hasta en el cementerio donde buen número de fantasmas se prestó a participar en el comicio. ¡Cuánto tiempo transcurrido! Siete años laborando por “un Perú mejor”, como él repetía en casi todos sus discursos, y, ¿por qué no decirlo?, por su propio bienestar. Al fin y al cabo, la política es siempre un rico filón digno de explotarse. “¡Siete años! —repetía Ponciano mentalmente, saboreando a sorbitos el *bitter* batido —¡Siete años!”

Los Honorables del Riesco y Pujares encontraron a su colega abstraído. El primero le preguntó, palmeándole la espalda:

—¿Buscando un nuevo tema para su próxima intervención?

—¿O puliendo tal vez un madrigal?— agregó Pujares.

—Si he de confesarles, estimados colegas, ni una ni otra cosa. Vagaba sencillamente en la añoranza.

Del Riesco esbozó socarrón:

—Conocemos su actual inclinación sentimental. No sólo de... política vive el hombre.

El Honorable Ponciano encubrió con una sonrisa la alusión. Luego ofreció protocolario:

—¿Un *bitter*, ilustres colegas?

Los diputados del Riesco y Pujares se agrupaban en la mayoría parlamentaria adicta al Gobierno. Las intervenciones del primero —abogado sin clientela— se resumían a aprobar, mediante sonoro y enérgico carpetazo, los proyectos del Ejecutivo. Se vanagloriaba de haber obtenido apreciables sumas para la refacción de una iglesia y la creación de un Centro escolar. Su colega Pujares no le iba a la zaga. Parecidas ventajas había conseguido para su terruño, donde tenía innumerables compadres que le abrumaban con telegramas de felicitación por sus “valiosas gestiones en beneficio de la ilustre provincia que representaba.” No hacía mucho, uno de los líderes de la mayoría le había confiado un puesto de honor en la defensa de cierto proyecto que podía ser atacado por distintos puntos. A él le correspondía defender el aspecto económico. Su afición a las estadísticas le acreditaba para el caso. El Honorable Pujares recordaba con emoción aquella tarde como el torero que lidió un Miura feroz o el atleta que hubo de recurrir a todas sus energías y artimañas para triunfar, pues los oradores de la oposición se empecinaron en criticar el proyecto desde el punto de vista económico. Uno tras otro agotaron razones, deslizando también frases mordaces y golpes efectistas de tremenda rotundidad. Entretanto, los representantes de la hueste gubernamental no cesaban de manifestar su admiración por la pasmosa serenidad de que alardeaba el flemático colega, suponiendo a la vez que troquelaba conceptos para la réplica. Pero el líder de la mayoría no pensaba del mismo modo, y cuando

el más agresivo de los oradores de la oposición recrudeció el ataque, acudió con gesto apremiante a Pujares. Obediente a la consigna, éste se puso de pie, hundió luego en la endrina melena los cinco dedos de su mano a manera de peine, y fulminó:

—¡¡Protesto!!

Como un ladrido destemplado y agudo atronó el vocablo en la sacrosanta casa de los padres de la patria, después de lo cual se produjo un silencio profundo que presagiaba tormenta. Sin embargo, no sucedió lo que se esperaba. Los de la oposición, ya sea porque no concedieran importancia al airado gesto del Honorable Pujares o porque se les habían agotado los argumentos, no contestaron nada.

El éxito de Pujares corrió como un bólido por la mayoría. “¡Los ha exterminado usted! —le dijo el Honorable del Riesco— Sus palabras son de cuño espartano. No nos volverán a molestar”.

Y el Honorable Pujares abandonó la Cámara con un resp'andor en el espíritu: el del triunfo.

Ante el delicioso *bitter*, Ponciano expresó tajante:

—Creo que con el arresto de los autores de la payasada revolucionaria, dirigida por el Coronel Ramírez Quiñón, el Gobierno se ha consolidado. Cuando no germinen conspiraciones como ésta, el Ministro de Gobierno debería inventarlas. Yo se lo aconsejaré.

—Es una verdad indiscutible, estimado colega— afirmó del Riesco— pero, desgraciadamente, el Ministro echará en saco roto su admirable sugerencia. No tiene dedos para organista.

Pujares añadió:

—Los hombres puros, que mantenemos enhiestos los principios de la Cruzada Benefactora, pediremos al señor Presidente su designación como Ministro en la primera crisis. Usted es el único que podría mantener a raya a los últimos soñadores que pretenden todavía desquiciar el

régimen. Felizmente, el Coronel Ramírez Quiñónez purga ya su pecado en estrecha celda.

—Lo cual considero un grave error del Ministro de Gobierno— dijo del Riesco.

El Honorable Ponciano aprobó:

—Está usted en la razón. A estas horas, yo lo tendría tomando aires en la orilla de alguno de nuestros grandes ríos. Por allá se le quitarían las bravatas. Y no les sorprenda, queridos colegas, que esta opinión no marche de acuerdo con mi pedido de clemencia; pero, como adivinarán ustedes, él fue sólo una jugarreta maestra para acallar los histéricos gritos de la oposición.

Del Riesco, con un guiño malicioso de perfecta comprensión:

—Todos lo entendimos así, colega, ya que usted es uno de los baluartes del régimen.

Pujares esbozó, sin querer, su temor:

—No quisiera caer en las manos de semejante fiera. ¡Ramírez Quiñónez es un hombre terrible! Me fusilaría sin piedad.

Ponciano se estremeció, pero, acostumbrado a encubrir sus emociones, sonrió afectado:

—No es tan fiero el león como lo pintan. ¿Verdad, colega del Riesco?

—¿Y la luctuosa tarde del Altillo y los fusilamientos del Cañón del Gallo no revelan acaso sus sentimientos perversos?

—Sin duda, sin duda— aprobó Pujares, la voz opaca, el espíritu decaído —El Coronel nos trucidaría.

Aunque se hallaba más conturbado que sus colegas, el Honorable Ponciano insufló ánimo:

—La mayoría del país está con los héroes de la Cruzada Benefactora. Ya han visto ustedes la lluvia de telegramas de congratulación que cayó en Palacio por la debelación oportuna del protervo complot.

Los Honorables del Riesco y Pujares se tranquiliza-

ron. Cuando Ponciano afirmaba aquello, razón tendría. Y, llenos de fe, brindaron:

—Salud, colega.

—Salud. Y ahora, con el permiso de ustedes, me retiro. Debo comer temprano para asistir a la tertulia de las Lártiga del Molino. Hace una semana que no veo a esta noble familia.

Pujares deslizó meloso:

—Tenía entendido que usted la visitaba todas las noches.

—No, no, colega —protestó, envanecido, Ponciano— Todavía no. Cuando se formalicen las cosas. Adios.

Y el diputado por Carapoto se arregló la corbata, alisó el cabello y se puso el hongo. Con presumido esguince comprobó luego el brillo de sus zapatos de charol y la pulcritud de sus escaquineros grises, y se alejó por Espaderos con gesto petulante y garbo gitano.

\* \* \*

Las Lártiga del Molino se habían estancado en el tiempo. Eran dos señoronas beatas que abrían semanalmente su alma ingenua al confesor, aunque sus únicos pecados consistían en murmurar a veces del prójimo y en guardar devota veneración por sus antepasados. Las genealogías se atropellaban en sus labios descoloridos y una fuga de sombras nobiliarias alteraba sus sueños. Los retratos que prestigiaban su caserón vestían casacas de Brigadier o manteos de Obispo. Por estos dioses tutelares suspiraban María de la Luz y María del Rosario Lártiga del Molino Candiota Cienfuegos y del Corral.

Aunque no le faltaron en su ya lejana juventud cortejadores que codiciaran su sólida dote, ahora menguada, María de la Luz, por un voto que hiciera a cierto santo, mantuvo su virginidad bajo siete llaves. Pero María del Rosario casó con Tomás Francisco del Nogal y Roca de

Sifuentes, mozo despreocupado y algo cínico, que sólo llevó al matrimonio sus apellidos y un raro deseo de jugarse el dinero de su mujer. Siempre indolente y apático, vegetaba en el caserón, requebrando a las criadas o leyendo novelas picarescas. Los sábados, cuando María de la Luz y María del Rosario abrían sus salones, don Tomás Francisco se entretenía jugando tresillo.

De este matrimonio, en el que sólo se amalgamaron apellidos de relumbrón, nació Eloísa Cristina, a quien sus amistades incluían entre las Lártiga del Molino, olvidando su apellido paterno.

Eloísa Cristina había heredado de su padre el ardor sensual, de su madre la fealdad simpática y de una de sus abuelas cierta picardía limeña, cascabelera y sutil. Oía misa todos los días y rezaba el Rosario en la capilla familiar, que refulgía de oros bajo el resplandor de los cirios.

Hacia doce años que Eloísa Cristina había adquirido mayoría de edad y, a pesar de su gracia risueña y de la armonía de sus curvas incitantes, no convertía en realidad todavía su único ensueño: el de casarse. Por eso ahora, desengañada ya de los mozos de sociedad, que sólo se limitaban a celebrar sus agudezas y a rodearla amables, democratizaba sus inclinaciones, aceptando gustosa a pretendientes que ansiaban fundir su sangre plebeya con la nobiliaria de su estirpe. Uno de estos era el representante por Carapoto, en cuyos cálculos entraba un entronque de tal naturaleza. Pero, ¡cuan difícil era vencer el orgullo tradicional de esa familia! Sin embargo, el Honorable Ponciano contaba con valiosos factores que obraban en su favor. Entre ellos el político, sin duda el más decisivo para su encumbramiento social. Gracias a él disfrutaba ya de la tolerante simpatía de don Tomás Francisco del Nogal, de quien se dejaba ganar unas cuantas libras en las partidas de tresillo, dinero que le servía al vejete para comprar el amor de las criadas.

Eloísa Cristina, si bien al principio se burló de las pretensiones de Saturnino Ponciano, ahora le trataba con mayor deferencia y hasta elogiaba su aspecto físico y sus condiciones morales. Su madre coincidía con ella en tal apreciación. Pero doña María de la Luz, adivinando el secreto propósito de su sobrina, no ahorra dicterios para denigrar a "ese politicastro mal nacido que se honra demasiado pisando una noble casa, donde habían bailado gavotas y minués varios virreyes". Eloísa Cristina hacía poco caso de los saetazos de la gruñona. Si mucho apuraba, podía alegar su mayoría de edad y salirse con la suya. Los tiempos habían cambiado mucho.

\* \* \*

Deliberadamente, el Honorable Ponciano llegó a la casa de las Lártiga del Molino a las nueve de la noche, es decir, una hora más tarde de la señalada. Un chino soñoliento le abrió el portón y lo condujo a la sala, donde empezó a estrechar manos y repartir sonrisas a la veintena de personas allí reunidas.

Pesados cortinajes color grana, grandes espejos de marco dorado, en los que jugueteaban angelotes mofletudos y sonrientes entre complicadas guirnaldas; consolas con incrustaciones de nácar, cubiertas de figulinas de porcelana; y muebles de tipo victoriano adornaban el salón. Amortiguaba las pisadas espesa alfombra floreada, y un piano de cola mostraba su dentadura amarillenta. El típico olor de las cosas prestigiadas por la pátina de los siglos y las tradiciones nobiliarias flotaba en el caserón de las Lártiga del Molino.

En vocinglero corro de primos y primas, Eloísa Cristina, llamada cariñosamente Tina, se divertía con un juego de charadas y acertijos. Cuando el Honorable Ponciano, todo engominado y dengoso, le extendió la diestra, ella se apresuró a decirle:

—Papá ha preguntado varias veces por usted. Le falta un jugador para su partida.

Con marcada cicatería, el diputado pensó: "Y varias libras más en el bolsillo". Luego floreó:

—Usted, Eloísa Cristina, saldrá seguramente airosa en todos los acertijos.

—Si usted me ayudara, tal vez....

Y sintiéndose incómodo en el alegre grupo, Ponciano pidió permiso y se fue en busca de don Tomás Francisco.

El vejete bostezaba en amplio sillón. Su peluquín azafranado adquiría reflejos de oro bajo la araña de múltiples luces, y el habano que fumaba, inmóvil en su mano ennoblecida por las armas de los Roca de Sifuentes incrustadas en el anillo, se convertía lentamente en ceniza. Frente a él, dando cabezadas, se repantigaba su viejo compañero de colegio y de escandalosas francachelas con co-ristas de zarzuela, don Mauricio del Carril.

A don Tomás Francisco se le encendieron los flácidos carrillos cuando el Honorable Ponciano formó el terceto y barajó el naípe con sabiduría de prestidigitador. Cordial dijo:

—Le hemos esperado desde las ocho.

—Muy honrado, señor.

—Mi hija es testigo de lo que digo.

—Lamento no haber sido puntual, pero una inapla-zable conferencia con el Presidente del Consejo me retuvo.

—¡La política, la política! —exclamó don Mauricio del Carril, saliendo de su sopor— Deme cartas, diputado. Cuando sea usted Ministro las cosas andarán mejor. ¿Y fue cierto lo de la conspiración del Coronel Ramírez Quiñónez?

—Mauricio, Mauricio —le reconvino, con cazurrería, don Tomás Francisco— Este Gobierno adolecerá de ciertos defectos como todos, pero es honrado en sus actos. El Coronel Ramírez Quiñónez es un profesional del com-

plot. Ha conspirado hasta en el seno de su madre. El día que un vendaval político lo lleve a gobernar. . . .

—Dios no lo quiera— susurró el Honorable Ponciano.

El diputado se consolaba de sus pérdidas cambiando miradas a la distancia con Eloísa Cristina, que seguía echando al aire el cascabel cristalino de su risa entre el corro de primos y primas. Los dos vejetes, más despiertos que nunca, aguzaban su ingenio para desplumar a su compañero de juego.

En el linde de la medianoche, el piano despertó bajo las breves y blancas manos de una invitada, que interpretaba con mecanismo de principiante el Claro de Luna de Bethoven, siguiendo, en lánguida melopeya, a un joven melenudo que lloriqueaba al declamar el "Nocturno" de José Asunción Silva. La voz del vate se quebraba en sollozo al entonar: ". . . y era una sola sombra larga, y era una sola sombra larga. . . .", perturbando a los vejetes e inquietando a Ponciano, que quería también probar su diapasón en aquel concierto juvenil y bohemio. En un rincón cuchicheaban María de la Luz y María del Rosario con señoras de su innumerable parentela. El tema saltaba del franciscano predicador que alborotaba la feligresía con su oratoria desconcertante, al tenor italiano que deleitaba en el Teatro Principal con sus falsetes dulzones; y de las locuras del Gobierno al rumor que corría sobre los devaneos de la señora de A. Cada dama emitía su comentario favorable o desfavorable, mientras se refrescaba el rostro con el abanico prestigiado con escenas pastoriles y madrigales galantes.

Cuando más entretenido se hallaba en la reunión, Saturnino Ponciano empezó a escuchar un desagradable ronroneo, que subía y bajaba como los acordes de un órgano grandioso: En el centro del salón pontificaba en tono mayor Claudio Venegas, hombre tallado en granito, quien alimentaba ideales puros. Dirigía "La Fragua", semanario que execraba la indolencia nacional y fustigaba duramente

a los políticos venales. Sus editoriales quemaban como un cauterio y su verba ampulosa y convincente, llena de imágenes patrióticas, era escuchada con deleite por la juventud ávida de una total renovación. Muchos hombres del régimen, entre ellos Ponciano, eran víctimas de sus despiadados ataques. Y nadie se atrevía a desafiarle en duelo por el temor que inspiraba su maestría para manejar las armas. Impávido y gallardo, el viejo periodista despotricaba en toda ocasión que se le presentaba. Y esa noche, ante un auditorio que desdeñaba la frivolidad de los juegos de prendas y los versos decadentes, vociferaba iracundo contra "la podredumbre nacional y la carencia de honradez de los áulicos de oficio". Su discurso cobraba matices rotundos:

—Desde los albores de la república, el caudillismo político nos mantiene en lamentable estancamiento. Las energías populares, contenidas hasta ahora por la violencia y la intemperancia de los tiranos, no encuentran cauce abierto para cumplir su destino histórico, como verdaderas propulsoras de la grandeza del país. Pero llegará el día en que se desborden, arrollando a su paso todos los obstáculos que encuentren.

El Honorable Ponciano, atento al cañoneo de Claudio Venegas, seguía jugando mal y perdiendo sin cesar ante la sorpresa de los dos vejetes que, sordos a la peroración, no comprendían el motivo de su desconcierto mental. Para consolarlo, don Mauricio del Carril cacareó socarrón y cursi:

—Fatal en el juego, feliz en amores.

—No, no, de ninguna manera —protestó, más alentado, el de Carapoto.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —acentuó, complaciente, del Nogal.

El órgano de altibajos solemnes siguió perturbando el espíritu de Ponciano:

—Los postulados de la democracia que nos legaron

nuestros héroes de la gesta libertaria y que deberían mantenerse incólumes sobre las bases de la verdad y la justicia, son mancillados sin rubor por los déspotas. Las masas de indios, tan peruanas o más peruanas que quienes las aherrojan y humillan, viven en degradante esclavitud en sus pueblos andinos, esperando que surja el que las redima y las adapte a la civilización con amplio espíritu de solidaridad humana. Y no son tan sólo las masas de indios las que sufren la esclavitud. Nosotros también la padecemos. Y si vibramos en un anhelo de libertad, el brazo del esbirro nos sumerge en la mazmorra.

Saturnino Ponciano ardía en cólera. Las cartas bailoteaban ante sus ojos. "Conque clamas por libertad y la tienes amplia y generosa, viejo canal'a. No está lejos el día en que te lamentarás de tu suerte".

\* \* \*

A las dos de la madrugada, cuando había recuperado ya varias libras, el Honorable Ponciano oyó que le decía un criado:

—Lo buscan dos señores.

—¿A mí? ¡Qué extraño! ¿Y no se identificaron?

—Sí, señor. Me dijeron llamarse Pujares y del Riesco.

—¡Qué extraño! —repitió el carapotense— ¿A estas horas? Diles que no...

Y se detuvo, comprendiendo que un embuste de esa naturaleza sonaría mal a los dos ancianos. Don Tomás Francisco le insinuó:

—¿Y por qué no los hace pasar?

—No, no —apresuróse a responder Ponciano en un arrebató egoísta, temiendo que sus colegas llegaran a disfrutar también del calor nobiliario de esa mansión —Tal vez desean comunicarme algo secreto. Si usted me lo permite, les atenderé unos instantes en el patio.

—Magnífico, magnífico —aprobó don Tomás Fran-

cisco— Pero regrese pronto, que el tiempo vuela y usted todavía no se ha resarcido de sus pérdidas.

Con aire inquieto, el Honorable Ponciano salió a ver a sus compañeros de Cámara. Los encontró impacientes ante la reja del zaguán:

—¿Ha sucedido algo, colegas?

—Sí, algo grave —repuso Pujares, enlutando la voz.

—Sí, grave —repitió del Riesco— Hace una hora se escapó del Panóptico el Coronel Ramírez Quiñónez con sus cómplices.

—¿El Coronel...? —gritó más que habló el Honorable Ponciano— ¡Imposible! Ustedes bromean.

—¿Por qué le sorprende si no es la primera vez que lo hace? —dijo del Riesco— A individuos como ése no conviene encarcelarlos, sino fusilarlos. Son un peligro público.

—¿Y cómo logró fugarse? ¿Sería con la complicidad del imbécil de del Toro?

—Poco importan los detalles, colega. Lo cierto es que el enemigo más terrible del régimen se halla libre como los pájaros y, sin duda, acariciando deseos de vengarse.

—Así es, así es —sofocó un lamento el representante por Carapoto.

Y sin pensar en despedirse de los dueños de casa, pidió hongo y bastón al criado, que desde el zaguán contemplaba la escena, y ordenó:

—Colegas, al Ministerio de Gobierno. Conviene rodear y aconsejar en estos difíciles momentos al Ministro. La situación no admite dilaciones. Esta misma madrugada, la policía debe prender de nuevo a Ramírez Quiñónez. De lo contrario...

Los Honorables del Riesco y Pujares siguieron a Ponciano, el que, recordando sus proezas infantiles, cuando corría como un chasqui por los pétreos caminos de su provincia, se comía las calles neblinosas.

La evasión de los conspiradores suscitó un gran alboroto en Lima. En las calles centrales, los transeúntes arrebatában los periódicos a los vendedores. Sobre todo "La Fragua", cuyo candente editorial justificaba la fuga, asegurando que el complot había sido urdido en el Ministerio de Gobierno por funcionarios expeditos en esta clase de farsas políticas.

Sorprendido por tan inesperado contratiempo, el Presidente de la República abandonó su aparente serenidad y explotó contra el Ministro de Gobierno, llegando en su ofuscación a exigirle la renuncia. Y el Ministro de Gobierno, amargado por la reconvencción, no titubeó en descargar su centelleante cólera en el Director del Panóptico, creyendo confundirlo e incitarle a seguir las huellas de los prófugos. Pero el viejo militar limitóse a rascarse la barba de cuatro días y a exclamar como un maestro en filosofía criolla: "Al mejor cazador se le va la paloma. Ya volverá por aquí el Coronelito".

La noche de la evasión, Ponciano vió llegar las luces del alba en el Ministerio de Gobierno, esperando ansiosamente recibir de un momento a otro la noticia de la detención del Coronel Ramírez Quiñónez; pero cuando los agentes de La Secreta retornaron con las manos vacías, después de haber husmeado por todos los rincones de la capital, su energía se derrumbó. Y atribulado por el miedo de ser víctima de una venganza, optó por emigrar a Carapoto. Lo disuadió de tan peregrino propósito el he-

cho de saber que los fugitivos se dirigían hacia el sur con la intención, seguramente, de atravesar la frontera.

Tranquilizado por esta información, Ponciano marchóse a su casa, deseoso de tenderse en el lecho y dormir doce horas de un tirón. Mas cuando introducía la llave en la cerradura de su puerta, un individuo, a quien creyó reconocer como del equipo de La Secreta, se le acercó de pronto. Llevaba sombrero ladeado, bufanda de cuadros y una colilla adherida al labio inferior. Despedía un inconfundible olor a prepotencia y abuso:

—Señor diputado —moduló, haciendo el ademán de descubrirse— El Director de Gobierno desea hablar con usted.

—¿El Director? Dirá usted el Ministro.

—No, señor, el Director.

—¿No se habrá usted equivocado?

—No, señor; bien claro me dijo que condujera al diputado Saturnino Ponciano.

—¿Que condujera? —gruñó el de Carapoto, desbordando altanería —¿Qué clase de orden es ésa? Dígale que si quiere verme, que aquí me tiene a su disposición.

—Disculpe, señor diputado, si no me he explicado bien. El señor Director le ruega que vaya a su Despacho. Tal vez desea que le proporcione usted algún dato importante. Nada más. Y como él está tan ocupado...

El tono comedido empleado mañosamente por el agente convenció al fin a Ponciano, quien extrajo la llave de la cerradura y, denotando fatiga y sueño, subió de nuevo a su coche con el de La Secreta.

\* \* \*

El Honorable Ponciano advirtió al instante que en el esférico rostro del Director de Gobierno no se precisaba la falsa sonrisa que lo endulzaba siempre cuando departía con altas personalidades políticas. Esto lo intrigó sobremanera.

Conservando su adustez, el funcionario ministerial revolvió papeles antes de decir:

—Tome asiento, señor diputado.

Ponciano se sentó en el borde de la desvencijada silla que se le ofrecía como el colegial que va a rendir examen ante un hosco jurado. Su conciencia estaba alerta. El Director de Gobierno continuó:

—Lo he molestado por un asunto que le incumbe muy de cerca. De la exhaustiva y concienzuda investigación que he llevado a cabo con motivo de la fuga de los revolucionarios, resulta que usted, según lo afirma el Director del Panóptico, se empeñó hace poco en entrevistarse con el Coronel Ramírez Quiñónez, invocando móviles poco claros. ¿Qué responde a ello?

Con voz chillona, plagada de gallos, Ponciano contestó, irguiendo el busto:

—Lo que deba exponer al respecto lo haré ante el Ministro.

—No vale la pena, señor diputado, pues, precisamente, el Ministro me encargó la desagradable misión de hacerlo traer. . .

—Creo, señor Director, que se ha propasado usted en sus atribuciones. Si hubiera descubierto desde el primer momento su intención, pues sencillamente no habría venido. Soy un representante a Congreso, defensor tesonero de los principios que proclama la Cruzada Benefactora, como usted debe saber.

—Así es —concedió el Director— Pero esas virtudes y funciones, que le honran indudablemente, no establecen incompatibilidad con mi pregunta. Pregunta a la que le ruego responder, ya que sólo se trata de un mero acto formalista que me ha recomendado cumplir el señor Ministro. Así que espero encontrar en usted comprensión.

El funcionario se detuvo, satisfecho de haber expresado textualmente las frases que había preparado desde que recibió el encargo. Sin embargo, como el Honorable

Ponciano permaneció en silencio, atendiendo las voces de su discreción, continuó:

—Lo único que nos importa, señor diputado, es saber qué interés le movió a hablar con un reo de alta traición. El Comandante del Toro me dijo que usted le manifestó algo sobre una misión confidencial... ¿Podría explicarme quién se la confió?

—¡Mi conciencia, mi conciencia! Tenía la obligación, como firme baluarte que soy del régimen, de aconsejar al Coronel Ramírez Quiñónez que enmendara rumbos, que abandonase sus protervas ideas, que se acogiese a la clemencia. Usted, señor Director, debe haber leído en los diarios mi pedido en este sentido, el cual, como no escapará a su aguzado criterio, está encaminado a aflojar la tensión reinante. No olvidemos que los cuervos de la oposición...

—Todo está bien, señor diputado — le interrumpió el funcionario— pero, ¿cómo me puede probar que fue eso lo que lo llevó a entrevistarse con el Coronel, sabiendo, como lo sabemos todos, que es tan testarudo e irreductible?

—Señor Director —saltó de la silla Ponciano— ¿Es posible que se atreva usted a dudar de mis afirmaciones? Invoco el derecho que me concede la inmunidad parlamentaria para que ponga fin inmediatamente a su agravante interrogatorio.

El Director de Gobierno sonrió por primera vez. En su sonrisa vagaba la ironía:

—Jamás me hubiera atrevido a dudar de sus palabras si no existiera de por medio una circunstancia. Si mal no recuerdo, el señor Ministro me dió a entender que usted había participado en ciertas reuniones...

—El señor Ministro no ha podido decirle semejante cosa, pues es un ciudadano honrado y noble, incapaz de hacer circular, como monedas de cinco centavos, los altos secretos de Estado. Elevaré mi queja al señor Presidente.

El Director de Gobierno morigeró el tono:

—No es para tanto, señor diputado, no es para tanto. ¿Para qué ir tan alto? De aquí no deben pasar estas cosas, sobre todo cuando ya le he comprendido con toda claridad. Usted obra en un plano superior, con la mente puesta en la constante defensa del régimen. Disculpe una vez más la molestia y siga rompiendo lanzas por nuestros principios, que la patria se lo agradecerá. Ahora mismo informaré al señor Ministro de su declaración.

—¿Declaración? ¿Me confunde acaso con un delincuente?

—Usted interpreta mal mis palabras, señor diputado. Mi intención no ha sido otra que...

—Déjese usted de evasivas ridículas, señor Director de Gobierno. Usted no podrá negarme que ha hecho víctima de serios agravios a un representante en pleno ejercicio, que goza por lo tanto de todos los derechos que le otorga la Constitución. Mañana mismo daré cuenta a mi Cámara de este inaudito atropello que vulnera la dignidad del Poder Legislativo.

—Señor diputado —clamó el Director de Gobierno— No lleve un asunto baladí a semejantes extremos. Piense usted que puede estropear la carrera política de...

—Pero...

—Cálmese, cálmese, señor diputado, ya le he presentado mis disculpas, y usted, noblemente, debe aceptarlas. Y créame que me ha sido muy grato tenerlo en mi Despacho. Guardaré un vivo recuerdo de su visita. Y ya sabe, me tiene usted a sus órdenes hoy y mañana.

Satisfecho de haber escapado de una situación peligrosa, Ponciano se despidió con una inclinación de cabeza y salió displicente, dejando al funcionario de Gobierno en un piélagos de inquietud. Al acomodarse en su coche, estiró las piernas y ordenó al auriga negro:

—A casa.

\* \* \*

El Honorable Ponciano vivía en una casita de pobre aspecto exterior, decorada por los palomillas del barrio con símbolos fálicos, pero con interiores lujosos y jardín recoleto, casa que había adquirido con el producto de sus ahorros, como lo aseguraba con la mano en el pecho. En ese refugio lejano del Cercado recibía a sus colegas para discutir problemas políticos, así como a sus conprovincianos y a ciertas admiradoras románticas de sus arres-tos. Un criado bilingüe —español y quechua— cuidaba del orden y limpieza de las cinco habitaciones de la casa, sobre todo del escritorio, diminuto santuario donde Pon-ciano escribía sus discursos y, a veces, algunos sonetos, aunque él lo negaba, pues creía erróneamente que la poesía no armoniza con la función parlamentaria.

\* \* \*

La misma serenidad que nimba el sueño de los jus-tos hacía más profundo el del Honorable Ponciano a la una de la madrugada del día siguiente. Su respiración era suave y su inmovilidad absoluta. Dormía desde las nueve de la noche, hora en que el cansancio llegó a vencerlo. Pero, de pronto, precisamente cuando soñaba que le ce-ñían la banda de Ministro, su subconsciencia se alertó con ruido de disparos lejanos. En la locura de su sueño, el diputado se sintió herido por un anarquista y respingó en el lecho, llegando a chocar con el velador. Como conse-cuencia del recio golpe, el candelero de plata cayó al sue-lo y el reloj despertador adelantó su tintineo siete horas. El de Carapoto abrió los ojos sin explicarse donde se ha-llaba y en qué momento vivía, permaneciendo buen rato en ese estado, hasta que logró recobrar parcialmente su lucidez. Entonces recogió el candelero, encendió la vela y dijo al mirar el reloj: “¡La una! ¿Para qué, diablos, se le ocurriría a este indio de Mamani jugar a jugar con el des-pertador?”.

Como si hubiera oído su nombre, el criado apareció

en el dormitorio a medio vestir. Sin un ápice de temblor en la voz preguntó:

—¿Oíste, *siñor*?

—¿Que me crees sordo? Y todo por meterte con el reloj.

Mamani descompuso su faz de huaco:

—Tú estás dormido *tudavía*, *siñor*. ¿De *quí riloj* me hablas?

—De éste. ¿De cual otro podría ser?

—*Siñor*...

—Tú debes haberte emborrachado.

—*Siñor*, yo *ti prigunto* si oíste los *teros*.

—¿Qué tiros?

—Los *teretos* que sonaron *haci ratito aquícito* no más.

—¿Tiros? —se sorprendió el Honorable Ponciano. Mas luego recordó que él también los había escuchado en sueños y se quedó silencioso unos instantes, temblando bajo la larga camisa. En seguida reaccionó:

—Tienes razón, Mamani. Seguramente algún individuo correteaba a los cacos. ¡Como la policía es una nulidad! Anda y acuéstate.

Se aprestaba el criado a regresar a su cuarto cuando volvieron a resonar varios disparos. Y como si existiera una lógica concatenación en todos los alarmantes ruidos de esa noche, tres golpes lentos y acompasados dió alguien en la puerta, parecidos a los que habían convenido tiempo atrás los miembros del fracasado complot para ingresar a su guarida del Callejón de Petateros, golpes que Saturnino Ponciano conocía de memoria. Con la mirada fija en su patrón, Mamani tartajó:

—¿Abro, *siñor*?

—No, no, espera. Hay que ser prudentes.

No había acabado de hablar Ponciano cuando se oyeron otros tres golpes, esta vez más apremiantes, como si el que tocara se encontrara en serio aprieto.

—¿*Qui* hacemos, *siñor*? —consultó Mamani con el tono que empleaba para dirigirse al sargento durante su época de soldado— Hay que abrir, pues.

—Bueno... —titubeó el diputado, convencido de que la policía le tendía una celada— déjame recapacitar.

—*Siñor*, yo abro —se creció Mamani, creyendo cumplir un deber.

—Pero dí al que sea que no me encuentre en casa.

No tardó mucho el criado en atender la orden y, a poco, regresaba al dormitorio, donde su patrón, después de haberse enfundado en una bata de rayas moradas, intentaba deslizarse hasta el jardín para saltar una pared y refugiarse en la casa vecina.

—*Siñor* —le gritó Mamani— Es don *Pachico*. Ha *intrado* ligerito y ha *cirrau* la puerta lueguito. Dice que tú estás aquí.

—¿Y no le explicaste, animal...?

—Disculpe amigo —terció con sorna Ramón María Pacheco, cubriendo casi totalmente la pequeña entrada que conducía al dormitorio— ¿No pensaba verme más por aquí?

Ponciano disimuló, hasta donde pudo ayudarle su energía, la terrible sorpresa que le causaba la presencia del mismísimo secretario del abortado complot, hombre misterioso y turbulento:

—Pues si le confieso la verdad, no. Las noticias que circulaban por Lima y a las que presté fe, eran que, tanto usted como los demás amigos habían fugado hacia el sur.

—Eso pensamos, pero no nos fue posible. Cordones de policía en los caminos nos lo impidieron. Eso bien lo sabían los sayones del Ministerio de Gobierno. Sin embargo, repartieron la voz que huíamos rumbo a Chile, lo cual creyó también usted porque le convenía.

—¡Ramón María...!

—Sí, sí, usted, muy lógicamente —y Pacheco acen-

tuó con deliberado refinamiento el adverbio— no quería sufrir nuestra suerte. Y no se lo censuro. Más bien lo felicito y me felicito.

—Créame, mi amigo —Ponciano levantó el tono hasta convertirlo en chillido— que soy tan víctima como usted en este desaguisado. Cuatro horas permanecí ayer en la Dirección de Gobierno, sufriendo un interrogatorio ofensivo a mi dignidad. Y todavía no puedo considerarme libre, pues se me sigue los pasos de cerca. Lo que todavía detiene a esos canallas para apresarme es la inmunidad parlamentaria de que disfruto.

—Bueno, amigo Ponciano, no es el momento para explicaciones de esa naturaleza. El tiempo apremia y quiero que nos ayude en un caso de fuerza mayor. Por lo demás, es su obligación. Acaban de herir al Coronel Ramírez Quiñónez. Se halla cerca de aquí, en una casa que puede ser materia de revisión en cualquier momento y . . .

—¡El Coronel . . .!

—Sí, el Coronel.

Ponciano no pudo mantener un segundo más su aparente ecuanimidad. Una honda helada le corrió por todo el cuerpo, estremeciéndolo y anonadándolo. ¿Qué infernal destino lo ponía de nuevo en contacto con esa maldita gente, a la cual había denunciado por patriótico mandato de su conciencia? ¿Y qué clase de servicio podría prestar cuando se había convertido igualmente en sospechoso? Lívido, con lividez lamentable, que acentuaba el mortecino fulgor de la vela, Ponciano tartamudeó:

—Yo, en verdad, no sé que . . .

Pacheco se tornó exigente:

—Vístase rápido, Saturnino, que un solo minuto perdido podría echar por tierra nuestra última probabilidad de salir con vida de esta aventura. Y ordene a éste —señaló a Mamani— que vaya en busca de su cochero para que enganche a la brevedad posible y venga.

—¿Mi coche? ¿Y para qué? —inquirió, aterrado, Saturnino Ponciano, vistiéndose automáticamente.

—Para que nos conduzca al Callao.

Lo desconcertante del pedido sulfuró al diputado:

—¿Que está usted loco, Pacheco? ¿Cómo se le ocurre que pueda yo prestarme a semejante desatino, precisamente en esta noche, cuando el barrio está cercado? ¿Quiere que me agujereen a balazos o, en el mejor de los casos, que den con mis huesos en el Panóptico o en Casamatas?

Pacheco intentó conmover a Ponciano:

—Si no lo hace por mí, hágalo por nuestro jefe que se halla herido. La policía podría rematarlo sin piedad.

—Pero mi vida también peligraría. . .

—No importa —atronó la voz del revolucionario, presagiando una tempestad— Usted está obligado a prestarnos ayuda, puesto que juró permanecer a nuestro lado en las horas buenas y en las malas. Y no discutamos más. A ver tú —volvióse a Mamani— haz traer el coche del diputado.

—Pero, Pacheco, usted no debe cometer esa locura. Nos expondría a caer en la redada. Mejor es que el Coronel se quede donde está y que usted vele por su salud. A dos cuadras de aquí hay un médico.

—El médico ya le vendó la herida. Ahora necesitamos llevarlo al Callao en un vehículo que no inspire sospechas a fin de embarcarlo en la chalana que nos espera.

Ponciano se empecinó, impulsado por el natural temor de poner en juego su brillante situación y hasta su propia vida:

—Ramón María, usted me pide imposibles.

El prófugo se ensombreció. Bajo el matorral de sus cejas, los ojos le fulguraban terribles. Sin mucho titubear extrajo del bolsillo un pistolón y amenazó al reacio:

—Si dentro de un cuarto de hora no está aquí su

coche, dese usted por muerto. ¡Basta ya de negativas innobles! Por lo menos, nos precederá en el viaje a la eternidad.

Conociendo demasiado las reacciones de su patrón, Mamani no necesitó ninguna orden para salir a la calle en busca del auriga. Catorce minutos después, el vehículo se detenía ante la residencia del Honorable Ponciano. Entre las tinieblas de la calle, violadas tímidamente por la pálida luz del farol de la esquina, el auriga negro apenas se veía. Sólo cuando bostezaba refulgía el marfil de su dentadura africana como un teclado nuevo.

\* \* \*

Se desarrugó el rostro de Ramón María Pacheco. La esperanza volvía a reconfortarlo. Con amarga sonrisa dijo a Ponciano, despojando de dureza su vozarrón:

—Me apena haber tomado con usted una actitud tan expeditiva, pero no había otra forma de ablandar su testarudez. Y ahora, vamos en busca del Coronel.

—¿Cómo? ¿Además de mi coche reclama usted también mi compañía? Veo que insiste en perderme.

Las palabras del Honorable Ponciano reflejaban de nuevo honda angustia. Durante el último cuarto de hora había adquirido resignación, imaginando una artificiosa defensa para el caso de que sorprendieran a los prófugos en su coche. Pensaba alegar, con la complicidad del auriga, que los amigos del Coronel Ramírez Quiñónez lo habían conminado, revólver en mano, a entregarles el vehículo. Pero ahora cambiaba de golpe la situación ante la peregrina exigencia de Pacheco, que sólo atribuía al perverso deseo de comprometerlo y aniquilarlo.

—A su descabellado capricho no cederé —continuó realmente enojado— No es indispensable mi presencia en este viaje al Callao.

—¿Que no la es? —se sorprendió Pacheco sin alte-

rarse— ¡Qué torpe! ¿No comprende usted que se convertirá en nuestro salvoconducto? Ningún esbirro molestará en el camino al Honorable Ponciano y . . . familia. Acceda, pues, a acompañarme de buen grado.

—Señor Pacheco, usted quiere desconocer que soy un hombre a quien la policía sigue los pasos de cerca. Ya le informé que estuve ayer cuatro horas detenido. Y no le sorprenda que se hallen afuera los agentes de La Secreta esperándonos tranquilamente.

Convencido de que cualquier otro argumento que esgrimiera caería igualmente en el vacío, Pacheco, con ademán campechano y sonrisa burlona, tomó del brazo al Honorable Ponciano y lo condujo hacia la calle, sin hacer caso de sus protestas. Luego lo obligó a subir al coche y ordenó al negro que se dirigiera al callejón de La Marquesa.

Minutos después encontraban al Coronel Ramírez Quiñónez. El fiero revolucionario dormía profundamente bajo los efectos de la morfina que, para calmarle los dolores, le había inyectado el médico. Entre Pacheco, Ponciano y el auriga lo cargaron con gran esfuerzo hasta el coche, y después de acomodarlo en su interior de la mejor manera, lo cubrieron con un grueso capote.

La noche era húmeda y fría. Suspendida como un telón vaporoso, la neblina impedía la visibilidad, favoreciendo la emocionante aventura. El auriga negro, sin que mediara recomendación alguna, se alejaba de las calles peligrosas, dando un gran rodeo para alcanzar la ruta que conduce al Callao. En el fondo del coche, el sombrero sobre los ojos y la bufanda cubriéndole media cara, el Honorable Ponciano se encomendaba al santo patrono de Carapoto. En cada bulto le parecía reconocer un guardia armado y en cada ruido el grito de alerta.

Después de complicadas vueltas y revueltas, el coche llegó casi una hora más tarde a la Plaza Dos de Mayo sin incidente alguno. Esta feliz circunstancia alentó a Ponciano, al punto de suponer que sus invocaciones y ruegos

habían sido atendidos con generosidad. Pero cuando el vehículo enrumbaba en dirección al Callao por el polvoriento camino, tres soldados surgieron inesperadamente de un silo de neblina y se plantaron ante él, obligando al auriga a sofrenar el caballo. Ponciano tembló de cabeza a pies. Y su inquietud se elevó a extremos inconmensurables cuando un sargento, fusil en mano, hundió su curiosa mirada en el interior del coche y gruñó agresivo:

—¿Adónde van ustedes?

Serena la voz, Pacheco repuso:

—Al Callao.

—A ver, sus documentos.

—No son necesarios.

—¿Que no son necesarios? ¡Qué insolencia!

—Claro que no lo son, porque este coche es del diputado por Carapoto.

—¿Del diputado...? ¿Y cual es?

A Ponciano no le quedó otro recurso que decir con un hilo de voz:

—Yo.

El sargento cambió bruscamente de tono y maneras:

—Muy bien, señor diputado. No es la primera vez que lo veo, pero, ¿me permite preguntarle por los dos que le acompañan?

Pacheco se adelantó a responder:

—Yo soy su primo, y esta persona —señaló al Coronel— es una señora que no desea ser reconocida por razones que usted debe imaginar.

—¡Ah! —exclamó el sargento con buena dosis de picardía, haciendo un guiño malicioso— Pueden continuar viaje. Ojalá lleguen con suerte al Callao, porque parece que el caballo no ha comido desde hace una semana. Buenas noches.

El auriga hizo restallar el látigo y el pobre penco partió al galope.

—¿Tuve o no razón en afirmarle que usted era un

magnífico salvoconducto? —le decía Pacheco, poco después, al Honorable Ponciano, soltando un torrente de carcajadas.

—Así es, así es. Y me complace mucho haberles prestado este apreciable servicio. Le ruego hacérselo presente al Coronel cuando despierte. Es conveniente que conozca mi intervención en un episodio que recogerá nuestra historia republicana.

\* \* \*

La lívida claridad del alba encendía de pálidos oros la lámina del mar, erizada de mástiles. El abigarrado caserío surgía tras un ve'lo vaporoso, mostrando sus lacras de siglos. Por las callejuelas retorcidas y fangosas rodaba el coche de la aventura hacia un embarcadero de tablones carcomidos. A medida que avanzaba, las luces matinales coloreaban el panorama marino, anclando nuevamente la zozobra en el espíritu del Honorable Ponciano. Le parecía imposible que los evadidos remataran su fuga terrestre a través de lugares recorridos a esa hora por obreros madrugadores, marineros rezagados y bravucones del hampa. Más de uno tendría que sorprenderse al ver tres hombres sospechosos cargando a un cuarto, a quien, seguramente, creerían muerto. Angustiado por esta suposición, Ponciano concibió el proyecto de escapar de cualquier forma, pero, en ese instante, varios individuos se apresuraron a rodear el coche. Por su aspecto descuidado daban la impresión de haber permanecido en vela toda la noche. Uno de ellos, agestado y atlético, se dirigió a Pacheco en tono descomedido:

—¡Vaya, por fin! Hacía día y medio que esperábamos.

—Lo siento, Roberto —se lamentó el revolucionario, alzando los hombros, pero la culpa ha sido de la policía. Vea usted en el estado que traemos al Coronel.

—¿Está enfermo?

—No; herido en un brazo, que es peor. Duerme.

El llamado Roberto hizo una señal a sus compañeros y, en escaso tiempo, cargaron a Ramírez Quiñónez hasta un bote que se balanceaba amarrado a la orilla, en cuyo fondo lo depositaron. Pacheco se despidió con un ligero ademán de Ponciano, que se hallaba acurrucado en el coche contando angustiosamente los segundos, y subió también a la embarcación. Dos de los hombres le siguieron.

Un largo suspiro escapó del endeble pecho del diputado tan luego vió partir la pequeña embarcación y exclamó luego con honda sinceridad:

—¡Ya salí de esto!

\* \* \*

Tirando del coche por la carretera soleada, el caballo corría nervioso, incitado por el látigo del negro, mientras el Honorable Ponciano, arrellanado cómodamente, gozaba del supremo bien que proporciona la serenidad. Debido a hábiles finteos y acrobacias, que denotaban su vasto genio político, habíase mantenido en perfecto equilibrio en este último conflicto. El Gobierno le era deudor del descubrimiento oportuno de un complot peligroso, y el Coronel Ramírez Quiñónez de su salvación. Había quedado bien con Dios y con el diablo, como corresponde a un hombre superior que aspira a llegar muy lejos. Optimista en grado sumo, gracias al feliz resultado de la aventura, el Honorable Ponciano paseaba la mirada henchida de infinita bondad por los sembríos extendidos a ambos lados del camino. ¡Tenían el color de su esperanza!

Encendidos de luz vespertina, los rasgados ojos del Honorable Saturnino Ponciano recorrían la cadena de cerros, coronados de nieves, que rodean Carapoto, y los campos de esmeralda de su hacienda, donde empezaban a adensarse las sombras. Sí; de su hacienda. Acababa de heredarla de una tía nonagenaria, llamada en vida Dorotea Ponciano. La caprichosa vieja sólo había descendido al pueblo en contadas ocasiones, la última para testar en favor de su famoso sobrino.

Saturnino Ponciano recordaba haber tratado una semana a esta señora avara y renegona, que jamás quiso pronunciar una palabra en castellano por desprecio tradicional a los blancos. Siendo aún niño, su madre lo mandó al ható de la orgullosa parienta por un camino zigzagueante que parecía terminar en el cielo. Su memoria retenía el tipo de doña Dorotea, mujer amojamada y hosca que trataba rudamente a sus servidores. A él mismo le amargó sus breves vacaciones, obligándolo a efectuar trabajos impropios de su edad y castigándolo por tan nimios motivos que al fin tuvo que huir de su lado. Su madre lo vio regresar fatigado, hambriento y con los pies heridos por las breñas del sendero. Escuchó emocionada sus quejas y juró no enviarlo más al predio de su cuñada.

Hacía veinte días que el Honorable Ponciano disfrutaba de su heredad en medio de una paz virgiliana, remozando sus relaciones con las musas. Embozado en espeso poncho de lana, internábase en los campos, donde admiraba la gracia señorial de las llamas con un senti-

miento distinto del malsano que había conturbado su pu-  
bertad calenturienta. Sin torturar su numen, las églogas  
afloraban a sus labios con armonía nueva, inclinándolo a  
ratos a abominar de la política. ¡Cuan dichoso se sentiría  
allí hasta el crepúsculo de su existencia, arrullado por el  
lamento de las quenas! Envejeciendo como su tía, sin aso-  
marse al gran mundo de las ciudades donde priman las  
ambiciones bastardas. ¡Lástima que este sueño no pudiera  
convertirse en realidad! Sus sacrosantos deberes le obli-  
gaban a volver a Lima para laborar por el bienestar de  
Carapoto y, en general, por el de la patria.

El Honorable Ponciano advertía con tristeza que la  
licencia de un mes que le concédieran llegaba a su término.  
Sólo le restaban cinco días. Cinco días para ambular por  
sus campos ubérrimos, para gozar con la serenata de  
los pájaros y la bárbara canción de las cascadas. ¡Sólo  
cinco días! Luego bajaría a Carapoto a conectarse con  
sus electores y a recibir de su generoso espíritu nuevas  
muestras de adhesión y reconocimiento. También aprove-  
charía para escuchar con aguzado oído sus necesidades a  
fin de atenderlas oportunamente, puesta la mirada —¿por  
qué no decirlo?— en una probable reelección: la segunda.

Infelizmente, estos proyectos del Honorable  
Ponciano se quebraron por un cambio brusco de las es-  
trellas que regían en aquel momento el destino del Perú.  
Una mañana llegó a La Dorotea —así había bautizado la  
hacienda en recuerdo de su finada tía— su condiscípulo,  
el telegrafista de Carapoto, a quien extendió los brazos en  
ademán cordial:

—Cuan amable eres, querido Cucho, en subir hasta  
mi refugio rural.

—Era mi obligación —el acento del telegrafista arras-  
traba un dejo quejumbroso inconfundible— Traigo no-  
ticias de Lima.

—¿De qué naturaleza?

—De naturaleza grave.

Ponciano se sobresaltó, y lo primero que le vino a la mente fue:

—¿Ha caído el Gobierno?

—Tú lo has adivinado. Lee.

Y le entregó la copia de varias circulares telegráficas dirigidas a la Subprefectura, en las cuales el nuevo Director de Gobierno comunicaba la constitución de una Junta que ofrecía respetar las leyes y convocar a elecciones tan luego se restableciera totalmente el orden, así como otras promesas del mismo jaez.

Saturnino Ponciano pasó a leer el segundo mensaje, pero ya las letras bailaban ante sus ojos una furiosa zarabanda y las manos le temblaban.

—¡Maldita sea mi suerte! —exclamó, descubriendo su terrible inquietud— ¿Y quién, diablos, ha dado el golpe?

—Deben ser los que figuran en la nueva Junta.

—¿Pero quiénes?

—Al único que conozco es al Coronel Ramírez Quiñón, que ha asumido la Cartera de Gobierno.

—¿De Gobierno? ¡Dios nos valga! Qué malas noticias me traes, Cucho. Mejor me las hubieras ocultado.

—¡Qué ingrato eres! ¿No comprendes el favor que te hago? Te aconsejo que bajes a Carapoto a la brevedad posible, antes que la noticia se difunda por el pueblo y los descontentos reaccionen de manera violenta.

Aunque en la mente de Ponciano proliferaban muchos pretextos para dilatar el viaje hasta que se aclarase el panorama político, su intuición y el consejo del telegrafista lo indujeron a ir a Carapoto. Calculó que mejor era sortear la tragedia allá, donde podría encontrar una solución airosa a su problema, que permanecer bloqueado en un picacho, huérfano de noticias y expuesto a serios contratiempos. Y más atribulado que cuando huyó del lado de su tía Dorotea, Ponciano abandonó sus tierras en com-

pañía del telegrafista, renegando de su "Destino traidor", como titulara años atrás uno de sus sonetos.

\* \* \*

Desde que ingresaron los dos jinetes a la calle principal del pueblo advirtieron un tremendo alboroto, como si todo el mundo conociese la caída del Gobierno. Saturnino Ponciano se alarmó y, más que él, Cucho, quien murmuró aterrado: "Mi esposa ha repartido la noticia". Y no se equivocaba, pues esta señora, que pecaba de deslenguada e indiscreta, no había tenido reparo en descubrir el contenido de las comunicaciones a su vecina, la mujer del boticario, recomendándole que mantuviera el secreto. Pero la mujer del boticario no había tardado tampoco en transmitirlo a varias personas, entre ellas, desde luego, a su marido. Y éste, que presumía de bien informado, voló a contárselo al peluquero "Tijeretas", con el que mantenía estrecha amistad. Lo que sucedió después lo conoce todo Carapoto. "Tijeretas" se echó a correr por las calles y no paró hasta llegar a la Municipalidad, donde relató el importante acontecimiento político al Alcalde, con las deformaciones y amplificaciones que creyó necesarias. Le aseguró que en Lima habían corrido ríos de sangre y que los corifeos de la Cruzada Benefactora se balanceaban en las torres de la Catedral. El Alcalde consideró la noticia como la más grata que recibiera en su vida. Odiaba al Subprefecto con toda la furia que puede odiar un hombre, y apenas escuchó los detalles más importantes del extraordinario suceso, salió a repartirlos a gritos de casa en casa. Esto dió lugar a que las gentes desafectas al régimen y otras que, hasta horas antes, proclamaban sus excelencias, se arremolinaran en la Plaza principal para exteriorizar sus deseos de repetir en Carapoto lo acontecido en Lima, según la versión de "Tijeretas".

Dándose cuenta un poco tarde de su error, Ponciano hincó espuelas, y aunque no alardeaba de jinete, condujo

su mula al galope hasta el local de la Subprefectura, donde casi cae abaleado, pues los gendarmes no lo reconocieron. El telegrafista ya había tomado la ruta de su casa, seguro de que nadie le molestaría.

Sorprendido de verlo aparecer en semejante momento, el Subprefecto gritó a Ponciano desde la puerta:

—No lo creía tan hombre. Apéese, señor diputado.

—Ex-diputado, dirá usted, amigo Rengizo —repúsole Saturnino con amarga ironía.

—¿Tan pronto capitula usted?

Rengizo pertenecía a esa especie de autoridades cerriles, ensoberbecidas por el mando y endurecidas por la costumbre de cometer abusos y desmanes. Era chato, cuadrado y musculoso. Y fiel como un perro chusco. El cargo se lo debía a Ponciano, aunque ya en anteriores ocasiones había servido con otros gobiernos.

Descendió Saturnino de la mula y penetró en la casucha de paredes agrietadas y techos de tejas que servía de Subprefectura, seguido de la autoridad —todavía lo era— la que continuó picándole el amor propio:

—El hombre que se atreve a enfrentarse al peligro sin armas, porque creo que usted no las carga, merece el calificativo de macho.

—Siempre lo he sido, Rengizo, siempre lo he sido.

—Por eso imaginaba que iba a venir usted para impartirme órdenes.

—¿Qué clase de órdenes?

—Pues las que reclamamos en toda la república los que no queremos caer de modo ignominioso.

—¿Desea usted convertirse en héroe con un puñado de gendarmes? —ironizó, displicente, Ponciano.

—Dice usted bien, señor: con un puñado de gendarmes, que podrían detener a todo un ejército en el Paso del Guanaco.

—Los Leonidas ya pasaron de moda, amigo Rengizo.

—¿Quiere decir entonces...?

—Nada, nada, que hay que observar primeramente el desarrollo de los acontecimientos antes de aventurarse a actuar. Es un principio de táctica bastante conocido. Esperemos nuevas de Lima. Cucho no tardará en traérnoslas.

—¿Esas son sus órdenes? —inquirió la autoridad con desaliento.

—No las tome como órdenes, sino como consejos.

—¿Así que cree usted que lo más oportuno es esperar y, en último caso, huir como liebres?

Sentado en una silla coja, Ponciano desgranaba su malhumor:

—¿He hablado acaso de huir? ¿Cómo supone, Rengizo, que quien, como yo, abandona la tranquilidad de La Dorotea para acompañarlo en este ingrato momento pueda pensar en semejante cosa?

El Subprefecto recapacitó antes de contestar:

—Pero es el caso, señor, que debemos aplastar ahora mismo a los bochincheros. De lo contrario repetirán la hazaña de esta mañana, que me obligó a corretearlos a balazos.

—¿A balazos? —Ponciano saltó de su asiento todo demudado— ¿Ha llegado a masacrar a mi pueblo? ¡Usted se ha extralimitado en sus funciones!

La arremansada cólera de Rengizo se volvió agresiva:

—Si no hubiera procedido de esa manera, me asesinan. Y asesinan a mis guardias. La canalla que capitanea el Alcalde es capaz de todo.

Conducido por un gendarme entró en la pieza el director del Centro Escolar nº 333. Era un hombrecillo esmirriado, de modales untuosos, que no podía disimular su temor. Sus constantes conferencias sobre los beneficios de la Cruzada Benefactora le impedían sumarse a las huestes del Alcalde.

—Señor Subprefecto, vengo en busca de asilo —ex-

presó— Mi vida peligra. El pueblo está cometiendo desmanes. He escapado de milagro a su furia.

Rengizo se volvió a Ponciano:

—¿Lo oye? Aquí lo único que conviene es tomar una decisión y no esperar nuevos telegramitas.

Ponciano se sentía víctima de la peor de las desdichas. ¿Cómo escapar de aquel atolladero en el que había caído ingenuamente? Las penurias que experimentara con el desagradable asunto de la conspiración le parecían ahora insignificantes si las comparaba con las que vivía en esos momentos. Ya no culpaba de su infortunio a los hombres que constituían el nuevo Gobierno, ni al telegrafista que en mala hora le buscó, ni al Alcalde que dirigía la masa popular, sino al Subprefecto. Ese hombre torpe e intemperante era el objeto de su rencor. ¿En qué desgraciada hora se le había ocurrido nombrarlo? Semejante debilidad le pesaba ahora como un remordimiento.

\* \* \*

Las últimas luces de la tarde agonizante se escapaban de la pieza como si las ahuyentara la timidez, y sobre hombres y cosas se amontonaban las sombras. Por el vidrio roto de una ventana, Saturnino Ponciano contemplaba la ciudad, adormecida bajo un cielo diáfano, alucinado de luceros. A sus oídos llegaba el rugido lejano del pueblo de Carapoto, empeñado en desvirtuar sus ansias libertarias con estropicios salvajes.

De las tinieblas surgió la voz de Rengizo:

—Ya ve usted, diputado, que no llega todavía ningún telegramita.

—Eso me prueba que la Junta se ha consolidado.

—Lo cual no me hace cambiar de opinión respecto a las medidas que hay que adoptar aquí para exterminar a esa canalla.

Por la estrecha calle tapizada de pulidas piedras se

dilataba un rumor salvaje como de ganado en fuga, del que sobresalían estridentes gritos. Automáticamente, los gendarmes se echaron el fusil a la cara y Rengizo desenfundó su revólver con fiero ademán. La turba, embrutecida por el alcohol, avanzaba, avanzaba. La luz de los faroles que colgaban de los dinteles la bañaba de resplandores rojizos. A la cabeza, garrote en mano, caminaba un hombre barrigudo, de piernas cortas y andar de gorila: el Alcalde, don Evaristo Carhuasi.

Ponciano captó con mayor precisión los desaforados gritos. Eran los mismos que se repiten cada cierto tiempo en casi todos los pueblos de la América Latina: "¡Viva la libertad!", "¡Viva el nuevo Gobierno!", "Mueran los tiranos!"

Con intenciones aviesas, los indios avanzaban, avanzaban, sin temor a los mausers. Poco les importaba morir en ese frenesí patriótico, alimentado con aguardiente.

Cuando llegaron a una treintena de metros de la Subprefectura, Rengizo dispuso que se les amendrentara con una descarga al aire. Los gendarmes desviaron cinco centímetros hacia arriba el cañón de sus armas y tiraron del gatillo. El uniforme estruendo les detuvo unos instantes, mas, alentados de nuevo por los feroces alaridos del Alcalde, continuaron impertérritos, esperando que una bala les abriera las puertas de la inmortalidad.

Rengizo perdió los últimos restos de paciencia:

—¡Soldados, apunten...!

Pero no tuvo tiempo de dar la voz de "fuego". Saturnino Ponciano, en un arranque digno de un héroe de Plutarco, le cubrió la boca con la mano y ordenó heroico y sublime:

—¡Soldados, no dispareis contra el pueblo, porque el pueblo es sagrado!

El desconcierto dominó de golpe a la turba. Fue algo como si una corriente eléctrica la hubiera paralizado. Esa voz destemplada y chillona la conocían todos. Tenía un

inconfundible matiz que les evocaba viejas jornadas patrióticas, que les removía cálidos ideales. A su ritmo habían palpitado, unidos por los mismos sentimientos, por los mismos anhelos de mejoramiento social.

Cuando más grande era la confusión, alguien —fue una suerte— lanzó la primera frase con la misma inconsciencia que hubiera lanzado la primera piedra:

—¡Es nuestro Saturnino Ponciano!

Y los indios, sin recapacitar un instante —masa al fin— en que campo político actuaba el ilustre carapotense, estremecieron la calle con vivas estentóreos. Y allí no se detuvo su delirio. Violando las órdenes del Alcalde, que se desgañitaba en aclararles el error, invadieron como un torrente la Subprefectura, cargaron en hombros a Ponciano y le condujeron a la Municipalidad, ansiosos de oír su palabra.

Greñado y desarreglado por los estrujones, Saturnino Ponciano apareció en el balcón entre frenéticas aclamaciones, y después de alargar los brazos, demandando silencio, alisóse el cabello con ademán tribunicio y echó al aire el “bronce de su cálido verbo”, como aseguró al día siguiente “El Faro”:

—Conciudadanos: Esta eclosión de fe revela que el pueblo de Carapoto no ha perdido sus virtudes y que vibra lleno de emoción en los grandes acontecimientos nacionales. Y yo, que he escuchado el eco de tal eclosión en las majestuosas cumbres de los Andes donde me hallaba, no he titubeado un instante en descender a mi heroica tierra, atendiendo la llamada perentoria de mi conciencia para confundir mi regocijo con el de vosotros en esta etapa histórica de nuestra vida republicana. Y la califico de histórica porque tiene el significado epopéyico de una segunda liberación. Los principios que rigen nuestra Democracia, tan firmes y luminosos como los Mandamientos del Decálogo, eran hollados por los eternos mercaderes de la política. De nada valían los esfuerzos que, con

el pensamiento puesto en la patria, derrochábamos los hombres honestos para señalarles la ruta de la honradez y del patriotismo. De nada valían nuestros desvelos, nuestras angustias, nuestro perenne clamor. La rapacidad y la ambición se habían enseñoreado del alma de los déspotas. Fue necesario que vuestras fuerzas se aunaran a las nuestras para derribar el edificio carcomido de la tiranía.

—Ilustres conciudadanos: La lección que estais dando os dignifica. Servirá de ejemplo a otros pueblos del Perú y de legado espiritual a vuestros hijos, que venerarán vuestra memoria, recordando que mantuvisteis siempre enhiestos los ideales de justicia, que ennoblecen el alma de los hombres rectos.

—Como hijo de este hermoso pueblo me siento orgulloso de vosotros. Os habeis erguido en esta jornada cívica de inmensas proyecciones al igual que nuestros antepasados, aquellos paladines que lucharon denodadamente por salvarnos de la ominosa esclavitud, y cuyos nombres fulguran con caracteres indelebles en las páginas de la historia. Sin asomo de temor por vuestras preciosas vidas, habeis desafiado con arrogancia las iras de la reacción que intentaba dominarnos todavía, derramando traidoramente sangre inocente, como lo hizo. ¡Bendita sea esa sangre! Sangre de mártires, que engrosará los torrentes que se han vertido en el mundo para que fructifiquen las ideas nobles.

—Conciudadanos: Hermoso día el de hoy, pues hemos probado que en nuestras almas generosas palpita, con ritmo de eternidad, un sentimiento diáfano y puro: el amor a la libertad. ¡Viva el Perú!

—¡¡Vivaaa!!

—¡Viva Carapoto!

—¡¡Vivaaa!!

—¡Viva el nuevo Gobierno!

—¡¡Vivaaa!!

Saturnino Ponciano no recordaba haber presenciado

una manifestación igual a la que le tributaban esa noche los carapotenses. No bien terminó su discurso, que mereció los aplausos más delirantes, fue abrazado y estrujado sin compasión y conducido nuevamente en triunfo por las principales calles, hasta que, al filo de la medianoche, el largo cortejo, con muchos de menos, que se habían quedado celebrando la jornada patriótica en las cantinas, llegó a su casa, donde esperaban ya los notables del lugar.

Libre de la tiranía de sus admiradores, de quienes se despidió con palabras impregnadas de emoción, Saturnino estiró las piernas entumecidas y llenas de verdugones, arreglóse la vestimenta arrugada y carente de botones, compuso el nudo de su corbata y penetró en la sala, donde no se pudo librar tampoco de las melosas expansiones de los presentes.

\* \* \*

En medio del corro adúlador, presidido por el cura, don Feliciano Cárrizal, y al que se había adherido el Alcalde, Saturnino Ponciano giraba con pasitos de minué. Llenos todavía los oídos del griterío infernal de los manifestantes, fingía escuchar a unos y a otros. La criada trajo un ponche caliente, y todos se apresuraron a beberlo para contrarrestar el rigor del frío. Ya entonado, Ponciano rellenó el silencio con una frase espiritual:

—No hay duda que el pueblo es el verdadero tirano. Hoy lo he experimentado.

Los notables de Carapoto rieron estrepitosamente, sobre todo el cura, que soltó una atronadora carcajada, terminada la cual dijo:

—Así es, señor diputado, así es.

Acentuando su tono jocosos, Ponciano corrigió, henchido de conformidad:

—Sea más veraz, señor cura. Sólo soy ahora....

ex-diputado por obra y gracia de mis propios correligionarios. ¡Que valga el sacrificio!

Todos volvieron a reír, mientras el Síndico de Gastos exclamaba:

—¡Magnífica paradoja! El mundo está lleno de ellas.

Arrastrando sus enormes pies juanetudos, que se negaban ya a soportar tantos quilos de carne, el cura, con áspero ademán, ordenó a la criada que sirviera otro ponche. La circunstancia de ser el inventor de tal mejunje le confería tal derecho. Cuando tuvo en la mano el humeante vaso, descargó con socarronería:

—Es un hecho evidente que el señor dipu. . . perdón, digo Ponciano, ha sido el héroe del día, pero no dejemos de reconocer que nuestro Alcalde ha dado a conocer también sus cualidades de conductor de masas. ¡Con qué dominio ordenaba, según me contaron, el asalto de las casas de los adictos al viejo régimen!

El Alcalde se mosqueó:

—Se equivoca, señor don Feliciano. La sanción popular fue espontánea, aunque incompleta.

—¿Incompleta? —inquirió con sorna el cura, que no le perdonaba a Carhuasi sus ideas volterianas y su empecinamiento en negarse a venderle un terreno colindante con la iglesia.

—Sí, incompleta —terció don Patricio Basombrío, individuo largirucho y bilioso, que desempeñaba la Inspección del Cementerio, cargo que le confirieran tomando en cuenta su aspecto fúnebre— Piensen que se salvó de la sanción el Subprefecto, o sea el peor de los reaccionarios.

El Síndico de Gastos adujo:

—Se salvó por la intervención del señor Ponciano.

—No confunda las cosas, hombre —se defendió el ex-diputado— Yo a quien salvé fue al pueblo. Y de eso estoy muy orgulloso. Los gendarmes ya iban a disparar, y si no es por mi oportuna intervención, a estas horas estaríamos lamentando la muerte de muchos desdichados.

—Esa es la verdad —afirmó el cura, rematando el segundo ponche— Y ahora yo me pregunto: en el caso de haber sucedido esa desgracia, ¿a quién hubiéramos tenido que atribuírla? ¿A los gendarmes que estaban en la obligación de defenderse para no perecer o a los atacantes?

—Ese es un asunto que no nos corresponde discutir —intervino sagazmente el boticario— Contentémosnos con que las cosas, gracias a Dios, no pasaran de allí.

El Alcalde puso en movimiento el compás de sus piernas estevadas y se detuvo a medio metro del boticario. Su puño se agitaba como una maza:

—¿Así que está usted satisfecho, señor... diplomático, de que las cosas no hayan pasado de allí, a pesar de que existe todavía en la ciudad un baluarte del antiguo régimen? ¿Qué sanción efectiva se ha efectuado? ¿Cree usted que el susto que se llevaron cuatro canallas compensa en algo la sangre derramada?

—Señor Alcalde... —se alarmó el boticario.

—¿Ha olvidado usted tan pronto las vibrantes frases del señor Ponciano sobre la sangre derramada traídonamente, sangre de mártires que engrosará los torrentes que se han vertido en el mundo para que fructifiquen las ideas nobles?

El cura Carrizal se apresuró a limpiarse la grasa de la boca, que le dejaran las butifarras de pavo, para aclarar:

—Estoy seguro que el señor Ponciano usó esos conceptos como simples figuras retóricas en un momento de exaltación patriótica y porque desconocía seguramente que las heridas de las dos... víctimas no pasaban de ser rasguños.

—De acuerdo, señor cura —replicó el Alcalde— pero pudieron ser mortales, y la sangre de ellas y de muchos otras correr a torrentes, como dijo el señor Ponciano.

—Deje por favor en paz al señor Ponciano.

—Bueno, le complaceré, aunque estoy convencido que al señor Ponciano no le ha disgustado mi alusión.

—De ninguna manera —declaró, engallado, el ex-representante— Más bien le ruego al señor Alcalde que, valiéndose de su privilegiada memoria, repita íntegramente mi improvisación a fin de tomar nota de ella y agregarla al libro que tengo en preparación.

Bastante irritado, el Alcalde desvió el tema hacia lo que le interesaba:

—En otro momento hablaremos de eso, señor. Ahora sólo quiero recordar a los presentes, valiéndome también de mi... privilegiada memoria, que la revolución que ha echado por tierra el régimen no se ha consumado en Capoto.

—¡Válgame Dios! —exclamó el cura, mayormente reconfortado por otro ponche caliente— ¿Le parece poco lo de hoy?

—Naturalmente que sí, pues la autoridad política del anterior Gobierno sigue en su cubil, lo cual me obligará al fin a desenvolverme solo, informando telegráficamente al Ministro de Gobierno sobre el particular, ya que no espero encontrar ayuda en ustedes.

Saturnino Ponciano escapó de la modorra que le producían el cansancio y los ponches:

—¿Quién le ha dicho que no encontrará ayuda en nosotros cuando bien sabe usted que alimentamos todos el mismo propósito? Créame, señor Alcalde, que ese foco reaccionario, sostenido tercamente por el ex-Subprefecto, será eliminado hoy mismo.

—¿Y quién le pone el cascabel al gato? —inquirió el Síndico de Gastos, que en toda oportunidad mencionaba la filosófica observación de la conocida fábula?

Un hondo y penoso silencio se produjo, silencio que, después de unos instantes, violó el boticario:

—Yo.

La sorpresa paralizó a todos, pues el que anunciaba tan audaz determinación tenía fama de pusilánime y no

había hecho más daño al prójimo que las pocas veces que se equivocó despachando recetas.

—¡Usted! —exclamó Ponciano.

—Sí, yo. Naturalmente que no pienso convertirme en héroe, cerrándome a balazos con el Subprefecto y sus gendarmes, sino persuadir al sargento, quien me debe muchos favores, de que obre en el ánimo de sus subalternos para que desconozcan la autoridad de Rengizo. Confío en que ustedes aprueben mi plan.

Como ninguno deseaba arriesgar la vida, atacando al Subprefecto, dieron amplias facultades al boticario para que actuase de la mejor manera.

\* \* \*

En la tarde de ese mismo día, los gendarmes, convencidos por el sargento de la inutilidad de la resistencia, sorprendieron a Rengizo en su dormitorio y lo encerraron en un calabozo, poniéndose en seguida bajo las órdenes del Gobernador del Cercado, viejo gotoso, que por fin veía coronadas sus aspiraciones de tener mando efectivo.

Consumado el acto, Saturnino Ponciano entregó a Cuchó dos telegramas con la recomendación expresa de que los transmitiera al instante. Uno para el Presidente de la Junta de Gobierno, felicitándolo por “el glorioso acto de derrocar a la corrompida dictadura” e informándolo de “la grandiosa epopeya del pueblo de Carapoto”; y otro dirigido al nuevo Ministro de Gobierno, Coronel Ramírez Quiñónez, que decía: “Nuestros justos y patrióticos anhelos de conducir patria cauces justicia y austeridad administrativa que fueran despiadadamente combatidos por tiranía se han convertido en realidad gracias a nuestra perseverante y tenaz actitud rebeldía Punto Carapoto fiel tradiciones cívicas aclamóme unánime en inolvidable jornada paseándome triunfo Punto Diarios elogian mi oportuna intervención desarmar fuerzas reacción cuyas últi-

mas descargas derramaron sangre generosa y mi discurso pronunciado balcón Municipio entre delirantes aplausos Punto Pueblo celebra su designación Ministro Gobierno y yo abrázolo conmovido Saturnino Ponciano”.

Después de esperar tres días angustiosamente, Ponciano recibió respuesta del Presidente de la Junta. Decía: “Muy agradecido”. Como a cualquier hijo de vecino. La sequedad de este mensaje, que contrastaba con la efusión del suyo, le desilusionó. Sin embargo, consolóse pensando que el nuevo Secretario del Presidente había incurrido en semejante descortesía debido a su escaso conocimiento de las prominentes personalidades políticas del país o al desorden reinante. Pero lo que realmente le amargó fue el no obtener noticia alguna del Coronel Ramírez Quiñónez, considerando este descuido o deliberada intención un notorio signo de ingratitud, ya que él lo había salvado en su coche.

Todavía permaneció Ponciano unos días más en Carapoto, echando las bases de su futura campaña eleccionaria y recibiendo agasajos, hasta que emprendió viaje a Lima, deseoso de conectarse con las figuras del nuevo régimen. Aglomerados en las afueras del pueblo, los carapotenses vieron partir a su hijo predilecto con una congoja que se diluía en lágrimas.

Saturnino Ponciano atravesaba lentamente el Portal de Botoneros. Venía de Palacio, donde, por cuarta vez, había dejado su tarjeta en la Sala de Edecanes, como un visitante cualquiera, como un simple aspirante a modesto cargo público. Caminaba con fatigado paso de valetudinario, mientras un revuelo de campanas —las de la Catedral!— anunciaba el Angelus. La tristeza de la tarde invernal contribuía a enlutarle el espíritu. El frío le flagelaba las carnes, le taladraba los huesos, a pesar del abrigo color ladrillo —su color favorito— que llevaba. De la pizarra gris del cielo se desprendía una llovizna helada. Hormigueaban de gente los Portales y la Plaza de Armas, en cuyo centro balbuceaba añoranzas coloniales la fuente de Salvatierra. Ponciano ponía mieles en su sonrisa cuando tropezaba con algún conocido, pero advertía con pena que la efusividad de sus saludos no encontraba correspondencia.

Paso a paso avanzaba Saturnino por el jirón bullicioso y pinturero, deshebrando su rencor contra esa “cáfila de ingratos que gobernaba el país”. Al que más zahería mentalmente era al Coronel Ramírez Quiñónez, aunque a ratos justificaba su extraña conducta para con él atribuyéndola al hecho de haber descubierto sus turbios manejos en el asunto de la conspiración. Varias veces había pretendido verlo, obteniendo sólo, como único resultado, un dolor en las posaderas de tanto esperar en un miserable taburete del Ministerio de Gobierno. Las disculpas que invocó siempre el Secretario para negarle au-

diciencia fueron las mismas: El Señor Ministro estaba ocupado o ausente o no recibía ese día. “¡Qué tal canalla había sido Ramírez Quiñónez! —repetía, iracundo, Ponciano— Y pensar que a mí me debe la vida...”

Aturdido por el ajetreo y tropezando con unos y otros a lo largo de la estrecha arteria, el carapotense llegó a la esquina sur de Juan Simón, e iba a continuar su recorrido cuando la masa gris del Panóptico, que emergía de entre las primeras sombras, le despertó una vaga sensación de miedo, haciéndole cambiar de propósito. Giró rápido y volvió por sus pasos. Ya eran las seis y media y pronto acudirían a Broggi Carlos Domingo Pujares y Samuel del Riesco, que habían permanecido fieles a él, confiando en su próxima ascensión.

Cuando entró en el renombrado establecimiento, sus antiguos colegas reconfortaban el decaído espíritu con un *bitter*. Ambos se pusieron de pie, el rostro iluminado por gesto cordial:

—Le estábamos extrañando, Saturnino —le dijeron casi al unísono. Y Pujares, agregó, rebosante de malicia:

—Y hasta pensábamos que no vendría hoy. Como lo vimos pasar tan distraído... Tal vez alguna aventura.

Ponciano negó enfático y cursilón:

—Se equivoca, Carlos. No iba detrás de ninguna chica. Soy de aquellos que cultivan un solo cariño. Otra intención llevaba cuando me vieron.

—¿Misteriosa? —insinuó del Riesco.

—Pues ha acertado usted. Me había citado —y aquí bajó la voz— con cierta persona que tiene entre manos los hilos de un complot y...

Sorprendido, Pujares le interrumpió:

—Pero, Saturnino, no me explico su rara manera de proceder. Si son auténticos los informes que nos han proporcionado, usted intenta vincularse con los hombres de la Junta. Lo ven con frecuencia en Palacio.

—¿En Palacio?

—Sí; nos lo dijeron hace un rato.

Ponciano afrontó la situación:

—Si mi memoria no me traiciona, creo que les conté hace poco que el Presidente de la Junta me llamó la semana pasada para ofrecerme un alto cargo.

Pujares y del Riesco desfloraron una sonrisa de satisfacción, frotándose a la vez las manos:

—¡Ah!

—Pero no supongan que ceda a las seducciones de esa canalla corrompida y pérfida como la serpiente bíblica. Mi fidelidad a los postulados de la Cruzada Benefactora es inquebrantable. No soy de aquellos que, habiendo compartido por igual glorias y sinsabores de un régimen tan ignominiosamente derribado, corren ahora a Palacio a depositar su carga de incienso a las plantas de los tiranos. Porque esos hombres son los verdaderos tiranos. Proclamaban desde la oposición su disconformidad con nuestros métodos de gobierno, reclamando amplia libertad para maniobrar a sus anchas y conseguir lo que consiguieron, y en los actuales momentos atropellan todos los derechos.

Pujares recorrió con mirada henchida de recelo a los que ocupaban la mesa vecina y rogó a Ponciano:

—Baje la voz, Saturnino, que en estos tiempos el que menos es un devoto de la soplonería.

—Discúlpeme, amigo, si la ira santa que me arrebató me hace olvidar la serenidad. La razón le asiste a usted. Hay que medir las palabras en esta época de extravíos, más aun cuando el Coronel Ramírez Quiñónez nos tiene entre ojos.

—¿Cree usted que el Coronel... —deslizó, tembloroso, del Riesco.

—¿Lo pone en duda? Ese ogro es nuestro peor enemigo.

Contagiado del mismo temor que del Riesco, Pujares esbozó un reproche:

—Pues a buena hora nos da usted tan... grata noticia. Estábamos seguros que usted mantenía, a pesar de todo, magníficas relaciones con el Coronel Ministro.

—Relaciones aparentes, sólo aparentes, que no son ninguna garantía y que más bien inclinan a la desconfianza.

Del Riesco se insufló ánimo:

—Pero usted es amigo del Presidente de la Junta, según nos acaba de manifestar. ¿Qué podría intentar el Coronel existiendo de por medio ese vínculo?

—Señores —afirmó Ponciano— la desconfianza se impone, pues en la política priman más las arterías y canalladas que las virtudes. Maquiavelo nos ha dado una magistral lección sobre el asunto. Por lo demás, el Coronel tiene razón en recelar de mí. Sabe que soy un hombre de principios, un connotado patriota, que no estará nunca de acuerdo con esta Junta de aspiraciones... vitalicias, que ha asegurado cien veces que convocaría a elecciones. Y aquí estamos viviendo todavía de esa engañosa esperanza, sostenida indefinidamente con fútiles pretextos como el de la intranquilidad pública, los desbordes de la demagogia, los avances izquierdistas y otras zarandajas ridículas. Por eso yo, que conozco hacia donde van esos aventureros de la política, no he de quedarme impasible.

—¿A qué se refiere? —inquirió del Riesco con raro temblor en la voz.

—A lo que debe ya suponer. Y usted también, Pujares: A procurar hacer lo que ellos hicieron sin razón. Felizmente las cosas, gracias a Dios, están más adelantadas de lo que se imaginan. El golpe es una realidad. Estén, pues, preparados para ocupar un sitio de honor en este resurgimiento nacional.

Pujares y del Riesco cambiaron involuntariamente de postura. Una incontrolable inquietud les desazonaba.

Nunca habían manifestado inclinación por las situaciones de fuerza. Su máxima actividad en el terreno político había sido circunscrito a propiciar enjuagues de mala ley durante los últimos comicios, con la complicidad de las autoridades de sus respectivas provincias. Nada más.

—Amigo Ponciano —rogó del Riesco— no hay necesidad de llevar las cosas tan lejos. El Gobierno, tarde o temprano, convocará a elecciones. Esperemos mejor. El Presidente de la Junta es un hombre respetable.

—Así es, así es —asintió Pujares— Esperemos.

Ponciano fustigó:

—Jamás pensé que dos hombres de honor, despojados de manera inicua de su investidura parlamentaria por los actuales déspotas, manifestaran semejante resignación.

—Pero es que... —balbuceó del Riesco.

—Señores —declaró el carapotense— invoco vuestro patriotismo, invoco vuestros preceptos éticos y la amistad que nos liga para que os sacudáis de prejuicios y temores y marchéis erguidos hacia la reconquista de vuestros derechos, porque así lo reclaman la patria y los principios de la Cruzada Benefactora.

—Lo pensaremos, lo pensaremos —ofreció Pujares, poniéndose de pie— Dar una respuesta inmediata no sería cuerdo. Lo pensaremos. Y ahora me disculparán que los deje. Un pariente me espera a comer. Me voy hacia los barrios altos.

—¡Qué casualidad! —exclamó del Riesco— Yo también tengo que emigrar hacia esas regiones. Lo acompañaré. Hasta luego, Saturnino. Y busque mejor una conexión con el Gobierno. De lo contrario no lo ubicará. Hasta luego.

Y cogiendo del brazo a Pujares, se alejó con él. Ambos huían de Ponciano, cuya chifladura revolucionaria les asustaba y comprometía. No pensaban volver a Broggi mientras existiese ese peligro.

\* \* \*

Sobre el mostrador de la florería escribió Ponciano en una de sus tarjetas: "Esas rosas, tan frescas como sus mejillas, le llevarán mi mensaje de felicidad por sus nuevas Primaveras". Introdujo el cartoncillo galante en un sobre, cerró éste y se lo entregó a la empleada, recomendándole que escogiese cincuenta de las mejores rosas blancas y rojas —siempre con el pensamiento en el emblema de la patria— y las enviara a la señorita Eloísa Cristina del Nogal y Lártiga del Molino, que cumplía años ese día.

En la noche, a golpe de nueve, Saturnino Ponciano ingresaba en la nobiliaria casona, donde se realizaba un festín, al cual había sido invitado una semana antes, a pesar de la obstinada oposición de doña María de la Luz. Todo resplandecía de luces. Los concurrentes —eran ya muchos— se multiplicaban en los espejos coloniales resguardados por angelotes mofletudos. Por los ámbitos del lujoso salón arrastraban un aristocrático frufrú de sedas y rasos las Lártiga del Molino. Eloísa Cristina mantenía una sonrisa triunfal en sus labios ligeramente coloreados. Primorosas alhajas, extraídas ese día del cofre familiar, la llenaban de destellos. En el mismo rincón de siempre desgranaba su aburrimiento don Tomás Francisco bajo su peluquín azafrañado. Pocas esperanzas tenía de conseguir un tercer jugador, pues en las últimas tertulias, Saturnino Ponciano había rehuído participar en el tresillo las más de las veces, y en las que intervino desplumó sin rubor a los dos vejetes, tomando en cuenta su situación de desocupado y los exiguos fondos que le remitía el mayordomo de La Dorotea.

Saturnino Ponciano se introdujo en el anillo juvenil que rodeaba a la festejada. Un brevísimo madrigal en prosa le brotó de los labios al reiterar su congratulación. Eloísa Cristina le repuso:

—Mil gracias por sus flores. ¡Son lindas!

—Como usted —se atrevió Ponciano ante el grupo, que celebró el cumplido con retintín irónico.

—Usted siempre tan galante. En premio de ello lo relevaré de jugar con papá. Le puede reemplazar tío Juan Tiburcio, que es tan aficionado a las cartas, aunque confunde unas con otras, por su escasa vista, y se duerme pronto.

—Su cordialidad me abruma. Me entretendré con sus juegos de prendas.

—No, no, por Dios, no habrá nada de eso. En mis cumpleaños se ríe y conversa.

—Pues desde ahora la comprometo para lo último.

—No sea tan egoísta.

Viendo los del alegre grupo que el diálogo se prolongaba, decidieron alejarse. Esto dió oportunidad a Saturnino para atacar con mayor audacia:

—Creo que me asiste el derecho de monopolizarla esta noche.

Eloísa Cristina emitió la escala cristalina de su risa con alegría zumbona:

—¿Derecho? No vuele tanto, Saturnino.

—Sí, derecho —afirmó Ponciano, adoptando un aire en armonía con la situación— Me lo da la fidelidad que le guardo desde hace tiempo. Eso bien lo sabe usted, pues me ve montando guardia todas las noches en una esquina de esta calle.

Eloísa Cristina rió aun más:

—¿Usted en la esquina como un colegial?

—El amor nos conserva siempre en la adolescencia.

—Pues ignoraba lo que me cuenta. Por lo demás, ¿cómo me iba a figurar que rondara usted mi casa al igual que un policía? ¿Y con qué objeto?

—Esperando que se asomara a la ventana y me permitiese dialogar con usted.

—¡Qué romántico me ha resultado! ¿Así lo acostumbraba en Carapoto?

—Es la primera vez que me someto a esta costumbre —mintió Ponciano, pues recordaba bien las veces que se

había situado en la esquina de la Subprefectura de su pueblo con la esperanza de ver a la Mendocilla— Y ya lo sabe: si abre usted su ventana cualquiera de estas noches, me verá. . . .

—No sea. . . extravagante —se le escapó decir a Eloísa Cristina, mas luego añadió complaciente— Le prometo hacerlo alguna vez para comprobar si es verdad lo que me cuenta.

—Se lo agradecería toda la vida.

\* \* \*

En el ángulo escogido por las viejas, doña María de la Luz sentía agudas punzadas en el hígado. El coloquio de su sobrina con el carapotense le irritaba en extremo. “Si resucitasen mis padres —murmuraba, torciendo el gesto goyesco— se caerían de nuevo muertos”.

—¿Qué hablas sola, mujer? —la reconvino su hermana.

—Digo que esta casa se ha democratizado mucho.

—No reniegues de esa manera, María de la Luz. La vanidad te enferma.

—Que me condene si tu hija no anda en coqueterías con ese individuo salido de sabe Dios dónde.

—Exageras, mujer, exageras. Eloísa Cristina conversa con él como con cualquier otro. Además, no tiene la culpa que el señor Ponciano se incline a ella.

—Y ella a él. Lo veo, como tú también lo ves y. . . toleras.

Doña María del Rosario descubrió su pensamiento:

—Mi hija ya no es una niña. Tiene más de treinta años de edad, suficientes para que una mujer piense por su cuenta. ¿Qué podría hacer yo si se le ocurriese casarse con ese señor?

—Señor, señor. . .

—Sí, señor, y político de gran porvenir, como dice

Tomás Francisco. En su Cámara fue siempre una lumbrera. Todos lo aseguran. Cuando leas sus discursos, admirarás su talento.

—Talento, talento... Lo que tiene es audacia y cinismo. Lo leo en sus ojos.

—Es tu rencor el que habla.

—¿Y la opinión de Claudio Venegas?

—Claudio es un amargado.

—Que dice las verdades, porque es un hombre puro.

—Pero apasionado. Sus editoriales contribuyeron a derribar al Gobierno. Y allí lo tienes de nuevo hablando pestes del actual, lo que prueba que es un hombre anárquico y destructor. Todo le parece malo, aunque venga del Cielo.

—Le parece malo, lo que es malo. Por eso su opinión es respetada en todo el país.

—Bueno —cortó doña María del Rosario, impotente para modificar el criterio de su hermana— Ni tú ni yo podemos remediar las cosas. Aquí, a la única a quien toca decidir es a Eloísa Cristina. Y te repito, Ponciano no es un cualquiera. A su gran talento se agrega una sólida posición económica. No hace mucho heredó inmensas tierras de su tía Dorotea, la que, según aseguran, fue una dama de gran devoción y largueza para socorrer a los menesterosos. Viajó mucho por Europa y recibió distinciones hasta del Papa. Ya lo sabes.

—Pero Claudio Venegas no piensa lo mismo que tu... futuro hijo político.

—Te repito, Claudio es un destructor. Allí lo tienes despotricando de todo el mundo.

\* \* \*

Rodeado como siempre de admiradores, el viejo combatiente político campaneaba catilinarías con su melodiosa voz de órgano:

—Nuevamente contemplamos el penoso espectáculo que se viene repitiendo desde los tiempos del primer virey. Las conocidas legiones de aduladores acuden en devota peregrinación a la casa de Pizarro para cantar en coro sus loas más rastreras. Ayer denigraban en todos los tonos a Ramírez Quiñónez y compañía, y los hubieran visto fusilar con agrado en la Plaza de Armas, pero ahora les rinden pleitesía, esperando prebendas y granjerías. Pero no bien pierdan la esperanza de obtenerlas, les volverán las espaldas.

—Estremece contemplar las oleadas de servilismo con que cubren Palacio. Con algunas excepciones, muy elogiables por cierto, son los mismos individuos los que acuden siempre a incensar al nuevo amo. No hay más que revisar las listas que aparecen en los diarios en cada ascensión y compararlas con las anteriores. Y a veces se repite este triste espectáculo en brevísimo tiempo. Debemos combatir, pues, con toda energía y valor el arraigado hábito de inclinar la cerviz y entonar arias ditirámicas a los que, por voluntad popular o revuelta, alcanzan el poder. Y también combatir a quienes, habiéndolo alcanzado, olvidan de pronto su falsa cantinela democrática para convertirse en peores déspotas que sus antecesores, pisoteando la Constitución que juraron respetar, reiniciando las persecuciones y llenando las cárceles de presos y de oro sus bolsillos.

Saturnino Ponciano hacía prodigios para sostener su diálogo romántico con Eloísa Cristina y escuchar a la vez el himno wagneriano del periodista. Pero cuando éste entró a juzgar a los hombres de la Junta, especialmente al Coronel Ramírez Quiñónez, aguzó tanto el oído que tuvo que caer, a pesar de su esfuerzo mental, en una serie de contradicciones y descortesías, las cuales no supo a qué atribuir la del Nopal. Escuchaba:

—El Coronel Ramírez Quiñónez es un soldado de fortuna, en cuyas buenas intenciones creyó ingenuamente

el pueblo. Pero ha resultado como tantos otros: Lobo de la misma camada. Conspiraba día y noche y se quejaba de que le alojaran en el Panóptico. Se creía una esperanza nacional e invocaba en tono mayor los principios democráticos, pero apenas ocupa un Ministerio, imita y sobrepasa en rigor a los que derribó. ¿En quién vamos a tener fe entonces? Yo mismo me equivoqué sobre las cualidades de este hombre, que parecía poseer sólida base moral y nobles propósitos de sanear el país. Pero es como todos, como todos.

Aunque estaba a punto de obtener el consentimiento de Eloísa Cristina para solicitarla en matrimonio, Saturnino Ponciano, al escuchar estas apreciaciones, balbuceó una disculpa y acudió al lado de Claudio Venegas, olvidando los saetazos de que le había hecho víctima. La oportunidad era única.

—¡Bravo! —exclamó, adúlón y cortesano— Hago míos sus justos conceptos, señor Venegas. No podía pensar de otra manera el patriarca del periodismo nacional, el paladín de las ideas puras, el dirigente de las causas dignas, el héroe de la cruzada...

—Ese será usted, que pertenecía a la Benefactora —repúsole, sonriente, el periodista, tolerando su presencia por saberlo caído.

Ponciano se dió cuenta de que había ganado la partida, ya que Venegas no era rencoroso, y abundó en las mismas frases de dura crítica, enjuiciando la conducta política del famoso Coronel.

Poco antes de despedirse, Ponciano hizo un rápido balance de su situación, obteniendo como resultado que la fiesta le había sido propicia: Eloísa Cristina al borde de aceptarlo y Claudio Venegas convertido en su amigo. En lo único en que no había estado feliz era en el juego. Asediado al final por don Tomás Francisco y del Carril para que les acompañara a rematar la velada frente a las cartas, ya que don Juan Tiburcio se había dormido, hu-

bo de aceptar de mal talante, llegando a perder todo su dinero. Pero en cambio escuchó ciertas insinuaciones de valioso significado: Del Nogal le rogó que visitara su casa tres veces a la semana. Naturalmente, para jugar tresillo.

Intencionadamente, Ponciano fue el último en abandonar la mansión. Estaba ebrio de alegría y Oporto. Sin temor alguno retuvo varios segundos en sus manos las nerviosas y suaves de Eloísa Cristina, mientras le decía:

—He desistido de montar guardia en la esquina. Su señor padre me ha invitado a jugar tres veces a la semana.

—¡Qué lástima! Y yo que quería verlo aplanar mi calle...

Y volvió al salón con las mejillas tornasoladas. Un murmullo se escapaba de sus labios risueños: "Si no fuera tan cursi, Saturnino sería completo".

Obediente al grito de sus desmedidas ambiciones, Saturnino Ponciano seguía merodeando por Palacio, aunque su pretensión de ver al Presidente de la Junta encajaba en la negativa de los Edecanes. Estos le volvían siempre la espalda con protocolarias disculpas, como a don Goyo Corcuera, como a doña Celestina. Y Ponciano abandonaba amargado el viejo caserón.

Al carapotense no sólo le arrastraban a Palacio sus ambiciones, sino también el miedo de perder la libertad a corto plazo. ¡Como sabía que se le observaba de cerca! Varias veces había sorprendido a individuos de inconfundible tipo siguiéndole los pasos. ¿Y por qué no iba a ser así cuando, desde hacía meses, se dedicaba tenazmente a tramar conspiraciones descabelladas? Sostenía coloquios con altos galonados sin mando de tropa, con politicastos del régimen caído, con simples desplazados de puestos públicos, imaginando que sus desembozadas maquinaciones atemorizarían al Gobierno al punto de ofrecerle un cargo de importancia, mientras se convocara a elecciones. Imaginaba igualmente que, el día menos pensado, amanecería en Palacio otra gente como consecuencia de un golpe urdido en alguna Guarnición. Y en este desasosiego y desorientación andaba jugando a cara o cruz en el tapete político nacional.

Con frecuencia, Ponciano sentía la irresistible tentación de huír a Carapoto. Calculaba una triple ventaja en este viaje: poner tierra de por medio entre los esbirros de La Secreta y su persona; dar la impresión de ausen-

tarse con fines sospechosos, lo cual prestaría mayor realce a su figura; y esquilmar personalmente a los indios de La Dorotea con nuevos tributos. Pero detenía siempre la realización de este plan la esperanza de un estallido revolucionario, así como sus relaciones, ya formales, con Eloísa Cristina, cuya casa visitaba casi diariamente.

\* \* \*

Cuando Saturnino Ponciano supo que Samuel del Riesco había sido detenido, apresuróse a refugiarse en su domicilio, con miras a escapar por los techos en un caso dado, y ordenó a Mamani que no abriera la puerta a nadie. Absolutamente a nadie. Luego se dispuso a abandonar Lima. Incineró algunos documentos comprometedores y escribió una desgarradora carta a Eloísa Cristina, rogándole que tuviera resignación y fe mientras durase su ausencia, y que si el Gobierno llegaba al extremo de suprimirlo del escenario nacional por considerarlo un obstáculo peligroso para el afianzamiento de sus métodos despóticos, moriría de pie, con el pensamiento en la patria y en ella. Pero, escrita ya esta misiva y hechas las maletas, Ponciano cambió repentinamente de idea. Y es que su intuición, nunca desmentida, le obligaba a tentar un nuevo malabarismo político. Peinóse cuidadosamente, cogió sombrero y bastón, desatrancó la puerta y dijo al criado:

—Si no regreso dentro de tres horas, lleva esta carta a la niña Eloísa Cristina y averigua después en cual comisaría o cárcel me encuentro para que me llesves ropa, si es que te lo permiten.

Mamani asintió con la cabeza. Luego le consultó:

—¿Tí hago traer *il* coche?

—No, no, de ninguna manera. No quiero que sepan adonde voy.

Saturnino salió de su casa apresuradamente y en-

rumbó hacia el Ministerio de Gobierno, resuelto a morderse las asentaderas hasta que el Coronel Ramírez Quiñónz lo recibiese. En esta ocasión pondría en práctica sus más refinadas artimañas a fin de penetrar a su Despacho.

Ya en la Pescadería, su optimismo menguó. Le faltaba aquel resorte mágico que empujaba antes su audacia: la inmunidad parlamentaria. Temía, y con razón, que el terrible Coronelazo, el Director de Gobierno o cualquier funcionario subalterno lo hicieran detener sin escucharlo previamente.

Subiendo las escaleras que conducían a las oficinas ministeriales, Ponciano se sentía un zorro que se encamina mansamente a una trampa. Sin embargo, cuando llegó a la antesala recobró de pronto fuerzas, como si maniobrara ya en terreno conocido, e innumerables recursos afluyeron a su mente. Pero, por una circunstancia providencial, no necesitó usar esta vez de ninguno de ellos: El nuevo secretario de Ramírez Quiñónz era nada menos que de Carapoto e hijo de uno de sus mejores amigos y capituleros. Lo reconoció al instante. Lo mismo el mozo a él. Y, todo arrebolado por la emoción de ver a uno de los prohombres de su tierra, lo hizo pasar al Despacho ministerial, violando el orden de las audiencias.

Tarde fue cuando el Coronel quiso reaccionar. Ya Ponciano había entrado garboso e impávido como en sus mejores tiempos.

—¡Mi ilustre amigo! —exclamó vibrante al distinguir al Ministro tras el escritorio enchapado, único mueble apreciable en la estancia— Qué difícil es saludar a un viejo correligionario de aventuras revolucionarias.

Sorprendido por tanta audacia, Ramírez Quiñónz emitió una especie de gruñido, mientras el enojo se asomaba a su faz de troglodita. Ponciano prosiguió:

—Naturalmente que las largas y aburridas antesalas que he hecho no han mellado mi paciencia. Me daba

cuenta que las recargadas labores que abruma a los dirigentes...

—Observo con pena que todavía no ha perdido usted su garrulería parlamentaria —le interrumpió el Ministro, con el aire sombrío y la vista baja— ¡Vaya con el ex-diputadito!

—Y forjador también de este Gobierno transitorio.

—¿Forjador? ¿Dónde se hallaba usted cuando la revolución?

Ponciano acentuó su desfachatez:

—En Carapoto, pero antes había salvado su preciosa vida para que la encabezara.

Ramírez Quiñónez suspiró:

—Si hubiera procedido siquiera espontáneamente...

—¿Lo duda?

—No creo que exista espontaneidad con un revólver al pecho. ¡Y todo para prestar un miserable coche!

—Y también mi vida. Estuve a punto de ser abaleado por el camino al Callao.

El Coronel se quedó pensativo. Luego hizo un extraño ruido con los labios y se puso de pie, insinuando así la terminación de la breve entrevista. Pero Saturnino, viejo baquiano en estas lides, no se arredró, satisfecho en lo más íntimo de que Ramírez Quiñónez ignorase todavía su traición:

—Coronel, permítame...

La voz de bajo moscovita se tornó imperativa:

—Cien asuntos más importantes que su visita me obligan a despedirlo. Debo luchar día y noche con muchos canallas.

La coyuntura se le presentó mansa al carapotense:

—Justamente le venía a esbozar un plan para destruir a la oposición.

—¿Cómo? ¿Consejitos? —se burló el Ministro— Déselos mejor a quienes los necesitan. Por ejemplo, a esos

conspiradores de salón como Claudio Venegas. Porque a los que inspiraban algún temor ya los tengo maniatados.

—Claudio Venegas es también de cuidado, Coronel. Habla y escribe con saña. Y como él hay varios más sueltos que, a mi modo de ver, son terriblemente peligrosos.

—¿Se refiere a los de su camarilla? Ya me ocuparé de ellos oportunamente.

—Coronel —protestó Ponciano— ninguno de mis excolegas o amigos es desafecto al Gobierno, lo cual no obsta para que se les aprese.

—¿Aprese? Usted sueña.

—Entonces tendrá usted que convenir en que sus subalternos obran de *motu proprio*. Anteayer ha sido detenido Samuel del Riesco.

El Ministro rió con risa estentórea:

—¡Ah! ¿Ese mequetrefe? Habrá sido para que proporcionara algunos... informes. Como suelta la lengua fácilmente... Hoy o mañana lo tendrá de nuevo en su mesa de Broggi.

—No acostumbro alternar con sospechosos, Coronel. Y del Riesco ya lo es.

—¿Entonces no ha venido a pedir por él?

—No, Coronel. Mi visita se debe a una cuestión de orden eminentemente político, de conveniencia para el Gobierno, como ya he tenido el gusto de...

El Ministro se intrigó:

—¡Hable, pues!

Luego de carraspear y de pasarse la diestra por la lustrosa cabellera, Ponciano entonó:

—No es ningún secreto que los verdaderos enemigos del Gobierno...

—¿Los canallas de la Cruzada Benefactora?

—Coronel, le ruego abandonar la ironía, que el momento es crucial para el Destino de la actual Junta.

Ramírez Quiñónez se tornó cruel:

—¿Me quiere denunciar algún complot?

A pesar de su dura caparazón espiritual, Ponciano sintió el golpe bajo:

—No acostumbro semejantes ruindades. Soy un hombre puro, un patriota reconocido, que luchó denodadamente por derribar el pasado régimen, sacrificando su situación parlamentaria, exponiendo su vida y salvando la de otros. A lo que he venido es —ya se lo dije— a tratar con usted un asunto de orden eminentemente político, inducido por el interés que me merece el Gobierno y la amistad que me liga a usted. Todo el mundo sabe que los eternos perturbadores del orden público continúan en su pernicioso campaña, sin que hasta la fecha se haya podido exterminarlos. Excitan a los estudiantes, propalan doctrinas demagógicas, promueven huelgas, urden intrigas y, en general, siembran la intranquilidad y la confusión. No le regateo méritos, Coronel, ni mediatizo su fecunda actividad, pero observo con cierta inquietud que por el camino que va no conseguirá nada.

—¿Y qué es lo que sugiere? —inquirió, siempre con un dejo de ironía, Ramírez Quiñónez, repantigándose en el sillón.

—Muchos planes.

—Pues principie por uno.

—Coronel, conviene asestarle, a la brevedad posible, un golpe de muerte a esa morralla levantisca, poniendo al descubierto sus crímenes, sus maquinaciones protervas, sus planes anárquicos.

—No cuento con pruebas suficientes.

—Invéntelas.

—¿Inventarlas? Se necesitaría demasiada imaginación para hacer algo de lo inexistente.

—Pues para eso estoy yo aquí —proclamó Ponciano, sintiéndose triunfante— Yo tengo recursos para todo. Hay que desprestigiar a los enemigos.

—¿Más de lo que están?

—Sí, Coronel. Desprestigiarlos ante la opinión pública, atribuyéndoles delitos. Por ejemplo, el asesinato de... alguien que...

—...me encargue yo de hacer mandar al otro mundo. ¿No es cierto? ¡Usted debe estar rematadamente loco, hombre de Dios! —el Coronel se levantó de su asiento— Me parece demasiado peregrina su idea de convertirme en criminal.

Ponciano sonrió con pretenciosa suficiencia:

—Su ingenuidad y honradez me conmueven, Coronel. La víctima propiciatoria no... estaría viva.

El Ministro empezó a perder la paciencia:

—No lo entiendo, Ponciano. Usted hilvana muchas estupideces a las que cubre con un manto retórico.

—Las cosas son bien claras, Coronel. Una de estas noches hará explotar una bomba en la puerta de su casa...

—¿Para hacer creer que me quisieron matar? No, no. El recurso está muy gastado. Nadie lo creería y ni siquiera inspiraría yo compasión en el caso que realmente me hicieran añicos.

—Pero un niño sí la inspiraría.

—¿Me quiere convertir entonces en un vulgar Herodes?

—Coronel, no se alarme. El niño estaría previamente muerto. Muerto de muerte natural. Yo me encargaría de conseguirlo en algún hospital o en la Morgue, declarando que soy su padre. Se colocaría el cadáver junto a la bomba y lo demás ya puede usted imaginarlo: Una conmoción nacional, la prensa comentando furiosa el inaudito atentado contra el Ministro de Gobierno y la muerte de una inocente criatura que pasaba casualmente por allí; el Gobierno fulminando excomunión mayor contra los eternos enemigos de la democracia en amplio Comunicado; luego las declaraciones de los testigos, naturalmente falsos, y la confesión de los... culpables, extraída por medio de métodos infalibles, en fin...

—¿Y después? —preguntó el Ministro, masticando rabiosamente las sílabas.

—¿Después? Fácil es imaginario también. La reacción unánime de todos los elementos sanos del país contra esa clase de iniquidades.

—¡Bravo, bravo! —gritó Ramírez Quiñónez, sarcástico— La exposición de su diabólico plan es formidable.

Ponciano se restregaba las pálidas y nerviosas manos. Su voz cobraba inflexiones desconocidas:

—Me alegra sobremanera su opinión, Coronel. Una vez más me convenzo de que usted es un hombre comprensivo e inteligente.

—Sí, inteligente, sobre todo para darme cuenta de ciertas cosas...

—No lo comprendo —expresó con manifiesto recelo Saturnino Ponciano— Mi plan, diabólico o no, tiende de manera inequívoca a beneficiar a la Junta. Con un poco de pólvora y un cadáver —ingredientes de poco precio— puede usted aniquilar al resto de sus enemigos.

El Coronel-Ministro empezó a jugar con el carapostense como el gato con el ratón:

—¿Así que cree usted que con la explosión de una bomba y la profanación de un cadáver se resolvería el problema?

—¡Quién lo duda! Mi plan se basa en normas maquiuélicas, aceptadas por los genios políticos.

—Ajá. ¿Y usted sería el director de escena de esta obra maestra?

—Si usted me lo permite.

—Bueno, bueno, lo pensaremos.

—Urge proceder, Coronel. El momento es oportuno, porque...

Mientras exponía Ponciano una serie de argumentos sobre la conveniencia de apurar el plan, Ramírez Quiñónez —el fuerte puño en el mentón, la mirada fija en un ángulo de la estancia— rumiaba estas reflexiones: "Cuan-

tos meses me he quebrado la cabeza por descubrir al malvado que denunció mi primer complot y ahora, sin haber realizado el menor esfuerzo, creo tenerlo al frente. Pues quien sugiere sin escrúpulo alguno un plan tan canallesco y macabro, es capaz, no digo de denunciar una conspiración, sino hasta a su propia madre. Con estirar los brazos podría apretarle fuertemente el pescuezo y hacerlo pagar su felonía”.

Rescató al Coronel de su abstracción la demanda apremiante de Ponciano:

—¿Entonces me da usted su asentimiento para proceder?

—Sí, sí —afirmó Ramírez Quiñónez— Entrevístese con el Intendente, a quien pondré al tanto del asunto ahora mismo, a fin de que le preste las facilidades del caso.

Ponciano abandonó el Despacho ministerial con un resplandor en el espíritu. A su lado, Maquiavelo le parecía un pobre diablo.

\* \* \*

Por un dédalo de pasillos centenarios, impregnados de humedad y moho, Saturnino Ponciano avanzaba airoso, el abrigo al brazo, la larga boquilla ambarina en los labios, sosteniendo perfumado Abdullah. Lo guiaba un empleado de melosos ademanes, con la pluma en la oreja y el fondillo agujereado.

—Aquí es —le dijo, señalándole el Despacho del Intendente.

—Gracias, gracias —le repuso Ponciano, deslizando sabiamente dos soles en su mano, que se crispó rápida. Luego penetró en una destartada pieza, en cuyo fondo se hallaba el funcionario. Era un hombrecillo miope. Los gruesos vidrios de sus lentes le engrandecían y deformaban los ojos de batracio. Se preciaba de astuto y su impiedad colindaba con la inconsciencia. Por Ramírez Quiñónez guardaba veneración y hasta presumía de ser su

consejero. Sin responder al saludo de Ponciano, estiró el brazo y le señaló una silla. Y continuó tranquilamente, quitando y poniendo comas al oficio que corregía. Cuando concluyó, introdujo la pluma en el tintero, entrelazó los dedos en actitud de orante y se lamentó:

—Este amanuense me va a volver loco con sus faltas de ortografía. Y no se diga nada de las de sintaxis. ¡Qué hacer! Es un recomendado del Ministro y goza por ello de ciertos privilegios. Hay que respetárselos. ¿No es cierto? Sabe, el humo me desespera, sobre todo el de esos cigarrillos de... mujer mala que fuma usted. Son insoportables y envenenan el aire. ¿No es cierto? Y hacen daño a la salud. Y a todo esto, ¿me puede decir a qué motivo se debe su grata visita? A lo mejor me lo ha mandado el señor Ministro.

—Pues ha acertado.

—¿Entonces será usted... ese... ese Ponciano, del cual acaba de hablarme?

El carapotense se sulfuró:

—El señor Ponciano, dirá usted. Ex-diputado y amigo personal y correligionario del Coronel Ramírez Quiñónez.

—Sí, sí, nadie lo duda. Recuerdo ahora que, debido a la oportuna recomendación de usted, le dieron a mi jefe un tratamiento especial.

—¿Tratamiento especial?

—Vaya, vaya, ¿no lo recuerda entonces? ¡Qué memoria la suya! Me refiero al tratamiento que le dieron al Coronel en aquel hotel de lujo que hizo construir el Mariscal Castilla y que se llama Panóptico.

Ponciano tragó saliva:

—Ah, ah, ya recuerdo. Claro, en ese tiempo tenía yo el honor de representar por segunda vez al ilustre pueblo de Carapoto y me fue fácil recomendar al Coronel.

—Así es, así es. Y le felicito por ello. Pero me sorprende todavía que su memoria adolezca de otra laguna.

—Señor Intendente, yo he venido aquí por insinuación del señor Ministro para tratar con usted de un plan de alta importancia nacional y no para hablar de mi memoria.

—Pues eso es lo que quería escucharle, señor Ponciano —expresó el funcionario de Gobierno, restregándose las manos— y por eso recurro a su comprensión para que me explique el motivo que lo indujo a favorecer la entrada del Coronel en el hotel de lujo de que hemos hablado.

Ponciano se levantó como impulsado por un resorte secreto. Por fin comprendía que ese individuo, cuyo tipo de lunático era inconfundible, le tendía una celada. ¿Cómo habría sabido su actuación en el complot? ¿Estaría aleccionado por Ramírez Quiñónez? Reponiéndose del impacto, optó por una estratégica retirada:

—Señor Intendente, ya que me he convencido hasta la saciedad que con usted no se puede discutir mi plan, pues desvía la conversación hacia temas abstractos, me entenderé directamente con su jefe, el Coronel Ramírez Quiñónez.

—No tiene usted por qué molestarse en hacerlo. El Ministro, según acaba de manifestarme, no acepta su extraordinario plan.

—¿Ha cambiado tan pronto de opinión?

—No.

—¿Entonces?

—Es que no pensó seriamente en él. Lo que le interesaba y le interesa es saber de manera categórica qué clase de razones de... alta política le obligaron a usted a desbaratar de un soplido aquel complot que iba a estallar una hora más tarde, pasándose con armas y bagajes al enemigo.

Desconcertado y pálido por tan seria acusación, que correspondía a la realidad, Ponciano insistió en escapar de esa pieza donde se le torturaba mentalmente:

—Señor, desde hace rato advierto con desagrado que

usted pone en práctica conmigo repudiables métodos, que debe usar seguramente con los delincuentes comunes. En vista de ello me niego a permanecer un instante más aquí.

El Intendente enarcó las cejas. Tras los gruesos lentes, sus ojos de batracio despedían reflejos malignos:

—Lo siento, Ponciano, pero debo cumplir al pie de la letra las órdenes que se me imparten, y en este caso me corresponde obtener de usted una declaración. . .

—¿Cómo? —chilló Ponciano— ¿Se trata de una extorsión? Esto es inconcebible. Invoco los principios democráticos proclamados por la Junta, los derechos humanos. . .

—No se altere, hombre, que no tiene objeto. Sea usted cuerdo. Piense que el pobre Coronel ha vivido obsesionado muchos meses por saber cómo y por qué se descubrió la conspiración, cuyas consecuencias usted conoce. Y ahora que cree haber vislumbrado la clave del enigma, no es propio que lo defraude.

—¡Usted se burla de mí, Intendente! —protestó Ponciano— Yo no puedo declararme culpable de una infamia. El Coronel padece seguramente de alucinaciones. Yo no sólo levanté en la Cámara mi voz, pidiendo clemencia para él y sus cómplices, sino que le salvé también la vida, conduciéndolo al Callao en mi coche cuando se hallaba prófugo y herido. Su ingratitud, pues, no tiene nombre.

El Intendente empezó a impacientarse. Otros asuntos le reclamaban:

—Mire, Ponciano, su cacareo lírico es improcedente. Si no desea complacer al Coronel, relatándole ese interesante pasaje de su vida, o sea cuando usted dió el soplo del complot, que en buena hora sea. Después no se queje.

—¿Me amenaza?

—No; lo prevengo.

Conturbado por un sentimiento extraño, mezcla de

miedo y de cólera, Ponciano se puso de pie y avanzó hasta la puerta, desde cuyo umbral dijo al funcionario:

—No olvidaré este agravio. Hasta otra ocasión, señor.

—Hasta otra ocasión —silabeó el Intendente, transpirando socarronería— Y que conste que he hecho todo lo posible para evitarle molestias.

Luego presionó el botón de un timbre que había bajo su escritorio y se entregó a corregir tranquilamente otro oficio. Cuando agregaba a él una cuarta coma, oyó la colérica protesta de Ponciano. Venía del pasillo, donde el carapotense se debatía entre dos agentes de La Secreta que intentaban conducirlo a una Comisaría.

Debido quizá al frío o al merodear rumoroso de una rata fisgona, Saturnino Ponciano se despertó, y lo primero que hizo fue darse vuelta en el lecho porque un agudo dolor en la espalda le atenazaba. Palpó el desnudo tablón donde se hallaba tendido y los recuerdos empezaron a invadir su mente como bandada de murciélagos. Recordó que estaba preso. Preso en una Comisaría, aunque ignoraba en cual. Dos agentes le habían conducido desde la Intendencia hasta allí en un vehículo negro y chirriante. Aparecía también nítida en su memoria la escena de su entrada en aquel tenebroso lugar. Los de La Secreta lo habían entregado a un teniente ventrudo, de torvo ceño, con la polaca desabrochada y el kepís ladeado, quien, después de interrogarlo con vozarrón aguardentoso y de vaciarle los bolsillos, lo llevó al patio, donde le propinó un puntapié en las posaderas para que aligerara el paso, y lo encerró en una inmunda celda. Aunque Saturnino Ponciano no visitaba por primera vez una prisión —la cárcel de Carapoto era testigo de ello— sintió un desgarramiento interior, y como carecía de ánimo para recapacitar sobre su situación en tan penoso momento, echóse a llorar amargamente en una de las dos tarimas existentes en la pieza, hasta que se quedó dormido.

Inmóvil en medio de las tinieblas, Saturnino Ponciano sentía todavía dolor en la espalda. Y cuando intentaba conciliar nuevamente el sueño, el aullido de los centinelas apostados en el tejado le sobresaltaba. A ratos le parecía percibir un rumor de chillidos o lamentos que

venía del fondo del ruinoso caserón, y se estremecía imaginando lo que podrían hacer también con él. Porque escasas esperanzas guardaba sobre su suerte, dadas la conocida ferocidad vengativa del Coronel Ramírez Quiñónez y la falta de piedad de los esbirros de la Comisaría: No le eran extrañas las pavorosas leyendas que corrían sobre los procedimientos empleados con los presos políticos.

Cuando la luz del alba se coló sigilosa por la alta ventana, Ponciano practicó un minucioso reconocimiento visual de su celda, descubriendo, en la otra tarima, un bulto. Indudablemente un nuevo preso, llevado allí mientras él dormía. También vió en el centro una mesa —no lo había advertido el día anterior— y en un rincón un depósito de zinc, destinado seguramente a ciertas necesidades corporales. Poco después cantaron los gallos de algún corral vecino, y la luz se volvió más viva, confortando su espíritu, ya que la obscuridad había contribuído a desesperarlo aun más. Luego se consoló pensando que tal vez existía algo de providencial en su actual situación: Bien podía constituir también ese carcelazo la antesala de un nuevo éxito político, como le sucediera años atrás en Carapoto, cuando lo apresó injustamente el Subprefecto Mendocilla.

A las siete, Ponciano oyó chirriar la cerradura de su celda y un soldado soñoliento entró pausadamente y puso en la mesa dos tazas de café aguado y algunos trozos de pan, marchándose en seguida sin mover los labios.

A esa hora, Ponciano observó que su compañero de encierro daba señales de existencia. Todavía con los ojos cerrados, desperezábase lentamente, emitiendo sonidos guturales de íntima satisfacción, como si se encontrara en el mejor de los mundos. Con ritmo cadencioso proyectaba los brazos hacia arriba y encogía y estiraba las piernas, echando a un lado la rotosa frazada que lo cubría. Pero, de pronto, fijó la vista en el cielo-raso y saltó de la tari-

ma bruscamente, con la greña revuelta y los tirantes caídos a manera de rabo.

—¿Dónde, demonios, estoy? —se preguntó angustiada. Mas, el ver a Ponciano, el gesto que deformaba su rostro se transformó en uno de sorpresa:

—¿Usted aquí, don Saturnino? ¡Dios me valga! ¿Y qué hacemos en este lugar?

—¿Que no lo sabe, Cabrerita? —contrapreguntó el carapotense, reconociendo a su compañero de celda, a quien suponía víctima de un repentino ataque de locura como consecuencia de las torturas que pudieran haberle infligido.

El llamado Cabrerita tornó a recorrer la celda con la mirada e insistió desalentado:

—¿Pero cómo he venido a caer en este chiribitil?

—¿En verdad no lo recuerda?

—¿Cómo lo voy a recordar si anoche me pasé de copitas donde la Querendona y la cabeza se me hizo un lío. A las dos de la mañana ya no sabía de mi persona. Naturalmente, ¡el maldito pisco! Pero usted no estaba allí...

—Claro que no.

—Y entonces, ¿por qué amanecemos juntos en este mismo cuarto? ¿Qué casa es ésta, por Dios?

Y de un salto llegó a la puerta y empezó a remecerla, poniendo en acción sus débiles músculos, hasta que Ponciano le detuvo:

—Pierde su tiempo, hombre. Usted, como yo, está preso. Preso en una Comisaría y, seguramente, por asuntos políticos.

—¡Maldita sea mi suerte perra! —gritó, lloroso, Cabrerita, mesándose los alborotados cabellos— Y Dios quiera que no esté en la Comisaría de Polvorazo.

—¿Polvorazo? —se conturbó Ponciano.

—Sería nuestra mayor desgracia.

Aunque afectado por el impacto de aquel nombre,

que evocaba escenas nocturnas de crueldad infinita, el carapotense acudió al tono declamatorio y al consejo paternal para disimular su terror:

—No se alarme, amigo. Las tiranías son siempre implacables con sus enemigos. Por lo tanto, no nos resta más que conformarnos con nuestro destino. ¡El martirio también engrandece a los hombres!

Impotente para modificar su situación, Cabrerita se tendió de nuevo en la tarima, y después de cerrar los ojos, cruzó los brazos sobre el pecho.

Nocharniego, jugador y jaranista, Rodolfo Cabrera, llamado por todo Lima, Cabrerita, poseía un espíritu casabelero y burlón. Era rápido y agudo en la réplica, y sus chistes políticos, cargados de mordacidad, circulaban por clubs y bares. Una de sus víctimas preferidas era el Coronel Ramírez Quiñónez, y a ello se debía sin duda su detención. Como buen trasnochador, Cabrerita no hacía nada durante el día, a no ser dormir, y por la noche derrochaba su ingenio en compañía de mozos adinerados, a quienes entretenía con sus gracias y arrastraba a orgías exóticas con hembras ávidas de quemar su juventud en la llama de todos los vicios.

\* \* \*

A las nueve, cuando el pálido sol de noviembre doraba ya la celda, formando en el piso de ladrillos rojos una rara figura geométrica, chilló de nuevo la cerradura y entró el mismo soldado para mascullar condescendiente:

—Pueden dar sus vueltecitas por el patio hasta las once y media. Afuera, pues.

De mala gana, Ponciano y Cabrerita salieron de la jaula y se echaron a caminar por el sórdido cuadrilátero, donde se entremezclaban los detenidos políticos de las últimas redadas con rateros avezados y matones de oficio.

Con un solo vistazo, Ponciano se dió cuenta que el

Coronel-Ministro había espigado en diversos campos, sin un plan preconcebido. Ateridos todavía por la humedad y el frío, vagaban por aquí y por allá ex-representantes del pasado régimen, viejos miembros de Partidos olvidados, propagandistas de "bolas" y corredores de chistes, militronches de montoneras, escritorzueros biliosos, en fin, una cáfila de víctimas propiciatorias de la dictadura, entre las que descollaban personajes de relieve como Claudio Venegas.

Al carapotense le subió el ánimo varios grados al reconocer a sus amigos Pujares y del Riesco. Derrochando efusión, abalanzóse sobre ellos con los brazos extendidos, en ademán histriónico, ansioso de desalojar de su mente algunas figuras retóricas adecuadas al solemne momento que vivía. Pero ambos se alejaron a paso de fuga, temerosos de agravar su propia situación.

Disgustado por semejante desaire, que revelaba una increíble ingratitud, Ponciano tendió la mirada hacia los rincones del patio, donde ya los presos se habían dividido: Los del hampa se aglomeraban en un ángulo sombreado para blasfemar en su jerga pintoresca, concebir proyectos de fuga y apostar al monte el dinero que les traían sus amantes; y los detenidos políticos formaban vocinglero corro alrededor de la figura prócer de Claudio Venegas, que se destacaba como un baluarte de perenne rebeldía. Ponciano no titubeó en acercarse a él. Al verlo llegar, el viejo periodista no pudo esconder un gesto de satisfacción:

—¡Usted también por estos lares! Yo lo creía con su viejo correligionario, el Coronelazo de marras.

Ponciano entonó, siempre teatral:

—Aquí tiene usted a su buen amigo y admirador como una prueba viviente, que contradice cualquier infundada suposición. Hemos sido y somos, mi ilustre don Claudio, los verdaderos paladines de la democracia y no arriaremos bandera ni en los instantes más difíciles de nuestra existencia.

—¿Ni cuando los torturadores de este antro cavernario los cuelguen? —inquirió, sarcástico, un panfletario roñoso, envenenado de lecturas anarquistas.

El carapotense sintió que la sangre se le helaba en las venas. Sin embargo, se sostuvo entero:

—¡Quién lo duda! La política, caro amigo, tiene también su martirologio.

—Bien dicho —afirmó Venegas, que en el fondo era crédulo, como la mayoría de los hombres honrados— Nos pueden atenazar la carne y romper los huesos, pero nuestro espíritu permanecerá en alto como una antorcha libertaria.

Cabrerita intentó condimentar un chiste adecuado a las circunstancias, mas el temor le paralizó la lengua. Sabía de sobra que los sayones del gobierno transitorio pasaban la noche arrancando confesiones a los presos por medio de procedimientos inquisitoriales, bajo la hábil dirección del Comisario Escobedo, apodado Polvorazo.

Claudio Venegas advirtió que sus últimas frases habían abierto un paréntesis de silencio e inyectó aliento a los timoratos:

—Estoy convencido que esta canalla rastrera no dispondrá de valor ni de tiempo para cometer con nosotros iniquidades porque el gobierno caerá muy pronto. Mis últimos informes al respecto son precisos.

Esta vez, Cabrerita pudo articular:

—¿Lo cree usted? Pero es que Polvorazo nos puede esta noche...

—No, no —le interrumpió uno de los córifeos de la Cruzada Benefactora, sin poder ocultar su inquietud— No se atreverá a...

La amarga experiencia del panfletario anarquista se desbordó, alarmando de nuevo a muchos del grupo:

—Que le aliente la esperanza, señor... cruzado. Desgraciadamente, yo no tengo la misma suerte. Cada vez que he entrado en este lugar de veraneo me ha ido

tan bien, que sólo lo he abandonado para ir directamente al hospital, lo cual prueba que el tratamiento aquí es inmejorable.

Cabrerita se escurrió todo medroso. Semejante clase de expresiones derretían su innata frivolidad. Pero Ponciano, aunque estremecido por funestos presentimientos, permaneció al lado de Venegas, como si este hombre de granito fuera para él un apoyo moral. Sus restos de optimismo hablaron:

—No creo que Ramírez Quiñónez pueda permitir tan abominables crueldades.

—Mejor es esperar todo lo malo de ese tipo —filosofó el viejo periodista, olvidando su lección de virilidad ante el recuerdo del Coronelazo— El Ministro de gobierno desconoce el noble significado de los derechos humanos. Su mentalidad es igual a la de ciertos caudillejos americanos, que gobiernan con métodos cavernarios.

Fatigados de ambular por el patio, cogidos del brazo, Pujares y del Riesco se acercaron cautelosos al grupo. Mas cuando al poco rato oyeron exclamar a Cabrerita: "Allí viene el Comisario Polvorazo", se escurrieron rápido, mientras los demás, involuntariamente, insinuaban un conato de dispersión, la vista baja, las manos en los bolsillos, tal era el terror que les inspiraba el renombrado policía. Sólo Claudio Venegas se quedó inmóvil, sofrenando su ira.

El Comisario Escobedo caminaba a pasos menudos por el soleado patio, agitando en su mano regordeta, cuajada de sortijas, un vergajo con empuñadura de plata. Su mirada avizora recorría el amplio compartimento, ávida de descubrir incorrecciones y rebeldías. Llegóse al sitio donde jugaban cartas los hampones y su voz se dislocó en ruidoso ladrido:

—Ya les he dicho, canallas, que está prohibido jugar. Ustedes no se hallan aquí en un lugar de recreo. La próxima vez los voy a colgar de donde más les duela. A ver, Lagartija, dame ese naípe inmundo.

—Señor Comisario —pidió el ratero con gesto suplicante— Si sólo apuntamos botones.

—Así es —afirmaron dulcemente los otros.

Polvorazo, que no aceptaba ruegos y menos negativas, exigió rotundo:

—Dame esas cartas, Lagartija, o te las hago comer una tras otra.

—Sería un abuso —refunfuñó un zambo larguirucho, que esperaba su décima condena por haberle agujereado el pellejo a un rufián.

Al Comisario se le subió la sangre al rostro:

—¿Qué hablas, negro de m...? ¡Repítelo, perro!

Pese a su fama de corajudo, el mulato recapacitó antes de responder:

—Que es un abuso que nos quite hasta los naipes con que nos entretenemos.

Justificando su reputación de desalmado y cruel, que él cuidaba de cultivar en todo momento, Polvorazo no esperó mucho para descargar el vergajo una y varias veces sobre la espalda y el rostro avinagrado del matón. Los otros presos pretendieron intervenir para que cesara el flagelamiento del compañero, que se retorció de dolor, pero varios policías armados se apresuraron a rodearlos y conducirlos a golpes a sus celdas. El zambo larguirucho quedó en el suelo, escupiendo dientes y blasfemias. Su cara morena era un manantial de sangre.

Con paso de zorra astuta, el Comisario Escobedo continuó su recorrido, barbotando maldiciones. La cólera le ahogaba. Acercóse casualmente a Cabrerita, que tranqueaba alarmado, y le llamó imperativo:

—Oye, tú, ¿a dónde vas tan ligero? ¡Saluda, bellaco!

El chistoso se detuvo al instante e hizo una genuflexión ridícula, a la vez que modulaba:

—Buenos días, señor Comisario.

—A ver, ¿cuáles son las nuevas "bolas"?

—Las desconozco, señor.

—Conque desconoces tu propia obra... Ya me las pagarás todas.

E interrogó en seguida al panfletario, que exhibía más allá su gesto amargo:

—¿No te recomendé la última vez que abandonararas tus viejas actividades? Parece que no escarmientas. Habrá que exprimírte al fin como limón. ¿No te parece?

Y como el preso no le respondiera:

—¡Perro sucio, saca las manos del bolsillo y habla, antes que te rompa las costillas a fuetazos!

El mozo obedeció con desgana. Parecía un niño amonestado. Luego susurró:

—¿Y qué le voy a contestar?

—Tienes razón. Lo que tengas que decir, ya me lo dirás oportunamente. Hasta una de estas nochecitas.

Y prosiguió su marcha hacia un banco, donde, en actitud expectante, se hallaban Pujares y del Riesco, quienes, al ver al energúmeno frente a ellos, se pusieron de pie como autómatas y le saludaron al unísono con canto de colegial.

El Comisario los repasó con mirada fiera, de abajo a arriba y de arriba a abajo, y les escupió:

—¿Y quiénes son ustedes, esperpentos? Si no me equivoco, pertenecen a la recua de representantes del pasado régimen. Esa cara de pajarracos sospechosos que tienen los denuncia. Ya les quitaré la manía de conspirar.

—¿Conspirar? —tartamudearon ambos— Nunca lo hemos hecho ¡Somos inocentes!

—Y entonces, ¿por qué están aquí?

—Por error, seguramente —repuso Pujares, agregando su compañero— Por error. Somos inocentes y devotos admiradores de la labor constructiva de la Junta. Nos han confundido. ¡Un lamentable error!

Polvorazo se golpeó el ancho pantalón waterloo con el vergajo. Tenía las venas del cuello hinchadas como mangueras de irrigador.

—Sí, sí, un lamentable error —repitió. Pero, de repente, cuando los ex-diputados creían haber probado su inocencia, el policía les espetó:

—¡Bellacos del diablo ¡Aquí los únicos que han errado son ustedes al creer en las farsas y estúpidas conspiraciones de Ponciano!

Pujares se defendió:

—Señor Comisario, yo conozco apenas a ese individuo. Más bien mi amigo del Riesco...

—¿Yo? —protestó el aludido— Se equivoca usted. Sólo lo veía de lejos en la Cámara. Más bien usted...

Escobedo volvió a golpearse el pantalón con el vergajo, signo inconfundible de que su rabia se mantenía latente:

—Ustedes son un par de mentirosos que merecen ser despellejados vivos. Quiero ver si me dicen lo mismo esta noche.

—¡Esta noche! —exclamaron, aterrados, los ex-representantes, presintiendo en esa velada amenaza el principio de una larga agonía— ¡Somos inocentes!

—Los declararé como tales cuando me descubran ciertos secretitos del fiel amigo de ustedes: Saturnino Ponciano.

Fuera de sí, del Riesco afirmó:

—No es mi amigo, señor Comisario. Tal vez del señor Pujares...

Y no pudo alegar más, porque Polvorazo se alejó murmurando: "¡Bellacos! ¡Cobardes!"

Desde hacía rato, el carapotense había vuelto a su celda espontáneamente.

El Comisario Escobedo, alias Polvorazo, era un virtuoso del sadismo. Jamás cometía el error de interrogar a un preso en la cámara secreta apenas llegado. Lo dejaba en su celda devanando suposiciones y presentimientos. Era una forma de tortura mental que le evitaba muchos trabajos penosos. Porque el preso, por más robustez moral que poseyese, se ablandaba en la soledad y el silencio, imaginando lo que podría hacer con él aquel hombre misterioso, reputado como el más cruel de la tiranía. Las más de las veces, Polvorazo no necesitaba pasar a la segunda etapa de la tortura, o sea la corporal que, con frecuencia, traía graves consecuencias a las víctimas. Consecuencias que afectaban también al Gobierno, pues existían en la oposición individuos inaptos para resistir los procedimientos de la cámara secreta: Se desvanecían a cada exagerado tirón de la cuerda o se quedaban en la prueba. Por eso, el hábil Comisario empleaba al tiempo como cómplice. Dejaba que el detenido llegase a un punto de maduración tal, que las confesiones afluyesen a sus labios como las aguas de un manantial. Y esto aguardaba de Saturnino Ponciano, aunque con él había puesto en práctica también otro sistema: el de hacerlo acompañar en su celda por un mozo como Cabrerita, que más podía inficionar miedo que valor, y a quien una noche —la del quinto día— había hecho cortar el pelo al rape, completando así su obra maestra de amedrentamiento paulatino de la víctima principal.

Cuando Ponciano vió regresar a su compañero todo

lloroso por haber perdido su hermosa cabellera endrina, casi sufre un desfallecimiento. Y apenas repuesto de la impresión, corrió a su lado para consolarle y conocer lo sucedido. Pero Cabrerita sólo pudo mascullar:

—¡Horrible, horrible! En el infierno son más piadosos.

Impulsado por la curiosidad, Saturnino le palpó brazos y piernas, creyendo encontrar las huellas de las torturas y, al notarlos intactos, acabó consolándose a sí mismo con la idea de que se habían exagerado sin duda los métodos criminales de Polvorazo, porque no existía un ápice de crueldad en el hecho de despojar del cabello a un detenido. Llegado el caso, él no se resistiría a sufrir tal pena, pues, en lugar de constituir una afrenta, le serviría para probar, cuando estuviese libre, su calidad de mártir de la tiranía. Esa madrugada, después de despedirse del inconsolable Cabrerita, el carapotense volvió a su lecho y se quedó profundamente dormido hasta la hora en que el soldado entró con el desayuno. Un gran peso se le había caído del espíritu.

\* \* \*

Tal era el desconcierto mental de Saturnino Ponciano ocho días después, que no lograba ordenar sus recuerdos, a pesar de que Cabrerita lo acosaba a preguntas, arrodillado junto a su tarima. Al iniciarse la madrugada, dos subalternos de Polvorazo, de agrio ceño y groseros modales, habían penetrado en su celda para conminarlo a levantarse. Y así, en paños menores, porque no le permitieron vestirse, lo llevaron a la cámara secreta. Ni siquiera tuvo tiempo de comunicar a Cabrerita este desgraciado suceso: El mozo roncaba con la cara vuelta a la pared.

En medio de los dos sayones, el carapotense atravesó el patio húmedo de lluvia, temblando bajo su ligera vestimenta, pero erguido y arrogante, creyendo ingenuamen-

te que sólo sacrificaría el cabello. Luego siguió por un largo callejón, que desembocaba en otro patio, en el fondo del cual se erguía una especie de galpón de paredes deslucidas, al que se le introdujo por una puertecita que crujió al ser empujada. Allí lo sujetaron de los brazos sus acompañantes y lo condujeron a presencia del Comisario, que se hallaba tras una mesa, todo él envuelto en sombras. La pantalla de la lámpara, que colgaba de una viga del techo, impedía el paso de la luz hacia ese rincón. A su lado oficiaba un amanuense roñoso, de ojos adormilados, enfundado en un viejo abrigo. Su diestra empuñaba la pluma, pronta a garabatear frases emponzoñadas sobre la blancura de las cuartillas. Los dos agentes salieron.

Experimentado en ganar siempre la partida a sus interlocutores, mediante frases altisonantes y protestas airadas, Ponciano disimuló el terror que le producía encontrarse en esa misteriosa estancia y alzó la voz:

—Señor Comisario, me sorprende mucho que se me despierte a medianoche para traérseme a este lugar...

—Hable cuando se le pregunte —le interrumpió Polvorazo con gravedad de juez inquisitorial.

—Pero...

—¡Silencio!

Y el Comisario se quedó inmóvil y mudo, actitud que acostumbraba adoptar para infundir miedo a sus víctimas. Entretanto, Ponciano buscaba la manera de salir airoso del interrogatorio. Imaginaba el rumbo que tomaría.

Transcurrido un rato, en el que sólo se oyó la respiración silbante del amanuense, Polvorazo preguntó:

—Usted es Ponciano, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y su nombre?

—Saturnino Efraín.

—Bien, bien. Apunte, Taracena —ordenó al amanuense— porque a veces usted se olvida hasta de su apellido. ¿Y qué profesión tiene usted, Ponciano?

—Ahora agricultor. Poseo una hacienda en Carapoto.

—Tome nota, Taracena. Esto es muy importante. ¿Y a qué se dedicaba antes?

—Era representante elegido espontáneamente por todos los electores de mi provincia.

—Bien, bien. ¿Y a qué se ha venido dedicando en estos últimos tiempos?

—A muchas actividades.

—¿También a la de conspirar? —el tono de voz de Polvorazo se hizo más áspero— Escriba, escriba, Taracena.

Ponciano protestó, elevando el brazo, el cual quedó desnudo al bajarse la manga de la camisa:

—Se equivoca, señor Comisario. ¿Cómo se le ocurre que me dedique a ello cuando soy uno de los legítimos artífices de esta Junta? Tuve el honor de conspirar contra el pasado gobierno al lado de mi ilustre amigo, el Coronel Ramírez Quiñónez. No es, pues, lógico suponerme enemigo de una Junta, cuya paternidad me corresponde en parte.

—Sin embargo, existen pruebas que contradicen su afirmación.

—¿Pruebas? Serán simples calumnias de mis enemigos, pues los tengo como todo hombre público. En estos últimos tiempos, poco contacto he tenido con elementos políticos. Con las únicas personas que he alternado de vez en cuando ha sido con mis ex-colegas del Riesco y Pujares.

El Comisario se dirigió al amanuense:

—¿Ya escribió eso, Taracena?

—Ya, señor Comisario.

—Bien, bien. ¿Y qué le parece la confesión que ha escuchado?

—¡Magnífica!

—Así es, magnífica, porque viene a corroborar lo que me manifestaron los mismos señores nombrados por el acusado.

—¿En qué sentido, señor Comisario? —gritó Ponciano con sincera irritación.

—¡Cállese, le he dicho! Usted sólo debe hablar cuando se le pregunte. Taracena —volvióse de nuevo al amanuense— Pase por alto esta interrupción imprudente del acusado. Y ahora dígame, Ponciano, ¿cómo puede usted negar su campaña subversiva y su afán de atraerse adeptos para conspiraciones descabelladas cuando sus propios amigos del Riesco y Pujares lo aseguran?

—Eso es absurdo.

—Taracena, que no se le escape esta falsa negativa del acusado. Es de importancia. Bien, bien.

Y Escobedo inclinó el cuerpo sobre la mesa, lo que permitió a Ponciano examinar mejor su rostro, cuyos ojos chispeaban bajo la caricia de un pálido haz luminoso.

—Conque lo niega —continuó luego el policía, resregándose las manos de satisfacción— Usted es dueño de decir en rueda de amigos las mentiras que le vengan en gana, pero no ante la autoridad. ¿Lo comprende? Porque hay personas que lo pueden desmentir.

—Señor Comisario —se lamentó Ponciano— Usted ofende a un hombre de honor. Testigo es el Coronel Ramírez Quiñónez de mis esfuerzos y desvelos para derribar al pasado Gobierno, a pesar de que su caída perjudicaba mis intereses, pues era diputado. Pero más importante fue para mí en ese momento la salud de la patria que mis beneficios personales.

El Comisario hizo un gesto de impaciencia que, como un mico, imitó el amanuense:

—Vamos a transigir, Ponciano. Acepto por ahora que el Coronel fue testigo de tan buenos propósitos, pero acépteme, por su parte, que del Riesco y Pujares han sido también testigos de sus actividades políticas contrarias a la Junta.

—No pueden ser testigos esos señores de cosas que no han existido.

—Taracena, pruébele a este rebelde que es un desmemoriado.

El amanuense, que conocía a la perfección las argucias y manera de proceder de su jefe, por haberlo acompañado noche tras noche en ese sórdido laboratorio policial, no titubeó en rebuscar entre un legajo de papeles. Luego extrajo uno y dijo:

—Aquí está la prueba principal, señor Comisario.

—Entonces entone la voz y lea de corrido. Y usted, Ponciano, escuche en silencio.

Taracena leyó: “Declaramos solemnemente que don Saturnino Ponciano ha tratado repetidas veces de convencernos para que tomemos parte en un complot contra la actual Junta de Gobierno, a la que califica de despótica y...

—¡Eso es falso! —aulló Ponciano, arrebatado por la rabia.

Sin inmutarse, Polvorazo ordenó:

—Taracena, continúe.

—...despótica y traidora a los intereses sagrados del país. Declaramos igualmente que el citado Ponciano realiza parecida labor persuasiva entre otras personas y que...

—Señor Comisario —volvió a protestar el carapotense— esa declaración o es falsa o ha sido arrancada a la fuerza, que es lo mismo.

—Prosiga, Taracena.

—...y que no es ningún secreto su estrecha amistad con Claudio Venegas, lo cual prueba también su desafecto al Gobierno.

Ponciano se encrespó aun más:

—¡Eso es falso, mil veces falso! Pujares y del Riesco han obrado bajo amenaza de torturas.

Escobedo tornó a mandar, sin perder la calma. Su frialdad de ofidio era una de sus más bellas cualidades:

—Taracena, siga leyendo.

—Y que conste de manera expresa que esta declaración la formulamos de *mutuo propio*...

—*Motu proprio* —corrigió Polvorazo.

—...que la formulamos de *motu proprio*, con el pensamiento en el bien del país y sin que haya mediado la más insignificante exigencia del señor Comisario, don Narciso Escobedo. Firmado. Samuel del Riesco, Carlos Domingo Pujares”.

Polvorazo se repantigó, volviendo su maciza silueta a esfumarse entre sombras. Estaba contento de su labor, considerándola perfecta, aunque juzgaba que sólo había recorrido medio camino. Todavía le faltaba el tramo más difícil.

—¿Y qué dice de todo esto? —preguntó a Ponciano con risita sardónica.

El carapotense midió sus palabras. No le convenía exasperar al policía:

—Que usted es un hombre que conoce su oficio, lo que no es impedimento para que yo siga tan inocente como hace un rato.

—Taracena —ordenó Polvorazo— no consigne tampoco esa confesión. Es insustancial. Y archive lo expuesto por el acusado.

A Ponciano se le escapó un suspiro de alivio, lo cual satisfizo en extremo a Polvorazo. Y era natural que así fuese. El detenido empezaba a amoldarse suavemente a su táctica. Ahora podría templar, con mayor sadismo, sus cuerdas nerviosas, flojas por el resultado del primer interrogatorio, haciéndolo descender de nuevo hasta el infinito abismo de la angustia. Apoyando los codos en la mesa, masculló paternal:

—Vea, Ponciano, el hecho de que conspire me tiene sin cuidado, porque usted no pasa de ser un conspirador de salón, tonto e inofensivo, que ataca a la Junta con la indudable intención de conseguir algo. Por ejemplo, un puesto.

Ponciano se creció:

—¿Y entonces por qué se me ha detenido si me consideran inofensivo?

—Por un asunto que me interesa averiguar.

Ponciano se dió cuenta hacia donde iba Polvorazo, pues mantenía vivo el recuerdo de su diálogo con el Intendente, y empezó a sortear los peligros del nuevo temporal:

—Señor Comisario, vagamos en un círculo vicioso, sin lograr comprendernos. ¿No le parece?

—Tengo la seguridad que dentro de un momento nos entenderemos a las mil maravillas, porque usted es un hombre de talento. Y no me defraudará como al señor Intendente. Ya sabe a lo que me refiero. Y no ponga esa cara de sorpresa. Se trata sólo de complacer un caprichito del señor Ministro. Así que no perdamos tiempo y comience su declaración. Taracena —gritó al amanuense, quien daba ya cabezadas, agotado por las sucesivas malas noches— Prepare nuevo papel, que el señor desea descubrirme un secreto de importancia.

Saturnino Ponciano se creyó perdido entre las redes pegajosas de esa araña monstruosa que, desde las sombras, le atrapaba más y más, sin compasión alguna. Y entonces sintió brotarle del espíritu una oleada de rebeldía, de aquella rebeldía heredada en línea recta de uno de sus antepasados, cierto cacique altanero que se sublevó contra el Inca Huayna Cápac, según lo aseguraba su tía Dorothea. Y se enfrentó a Polvorazo:

—Comisario, usted está tratando, como lo pretendió el Intendente, de arrancarme la confesión de un pecado que no he cometido, con el exclusivo fin de complacer a un maniático, a quien se le ha ocurrido que yo, Saturnino Ponciano, delaté un complot al pasado Gobierno. ¿No es eso? Pues dígame o hágale decir a ese maniático que soy un caballero desde que nací y, por lo tanto, incapaz de cometer tales ruindades, y que pierde su tiempo en hacerme interrogar.

Esta vez, el famoso Polvorazo fue el que se creyó perdido. Sus diabólicos métodos, que él consideraba infalibles, no le daban el resultado apetecido. Saturnino Ponciano, a quien suponía ya blando para moldearlo a su manera, conservaba una dureza espiritual inesperada. Y entonces puso en práctica un recurso de mayor efectividad, que hubiera querido evitar en previsión de que el carapotense volviese a encumbrarse, pues le reconocía condiciones de hombre público. Y, para ello, principió por fingir indiferencia:

—Ponciano, usted tiene razón en decirme que pierdo mi tiempo en interrogarlo. Efectivamente, lo estoy perdiendo, pues debía ocuparme de otro asunto. Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Ya me he fatigado mucho y, en cuanto a mi amanuense, el pobre no cuenta ni con ánimo para escribir. Vamos, Taracena, despierte, hombre de Dios, que nos aguarda todavía otro trabajo más pesado.

—A sus órdenes, señor Comisario.

—Bueno, vaya y vea si ese tipo rebelde ha vuelto de su desvanecimiento.

Con estudiada parsimonia, Taracena encaminóse hacia una puerta, opuesta a la de entrada. La abrió con dificultad, y después de penetrar en una especie de túnel, estrecho y oscuro, y de dialogar con uno de los dos individuos misteriosos que se hallaban allí, cuya borrosa silueta distinguió vágamente Ponciano, regresó para informar al Comisario:

—Parece, mi jefe, que esta noche no podremos ir más lejos. El panfletario es duro de pelar, y cada vez que lo hacen volar como un angelito, se desmaya.

Real o fingida, Polvorazo tomó una actitud colérica. Levantóse rápido, arrojando su silla hacia atrás, dió varios golpes en la mesa con el vergajo y ordenó a Taracena:

—Traiga lámpara y recado de escribir, que con el Comisario Escobedo nadie se juega.

—¿Y qué hacemos con Ponciano?

—Que se quede donde está. A ver tú, Cochinillo —le gritó a uno de los sayones, mientras entraba con el amanuense en la otra pieza— arrójale agua fría a ese perro para que no duerma en tan ridícula postura. Ligerito, ligero, que el día se avecina.

Luego Taracena cerró la puerta con violencia y Saturnino Ponciano se quedó en medio de la obscuridad sin saber qué hacer. Su desconsuelo era inmenso. Por su cuerpo estremecido corría el sudor y en sus labios se atropellaban las invocaciones al santo patrono de Carapoto. Creía oír confusamente quejidos y lamentos. Pero lo que en realidad percibía eran los bramidos salvajes de Polvorazo, escupiendo denuestos contra su víctima. Al fin, cuando ya su desesperación lo impulsaba a escapar, advirtió que la puerta del infernal tugurio se abría y que el Comisario gritaba a los sayones:

—Descuelguen a ese tipo y llévenlo a su celda. Y vuelvan pronto, que les espera otro trabajito de importancia.

Ponciano comprendió que Polvorazo tenía la proterva idea de aplicarle el mismo procedimiento que al panfletario anarquista y se adelantó a defenderse:

—Señor Comisario, usted pretende manchar su conciencia...

—No gaste palabras inútilmente y evacúe su declaración a la brevedad posible. De lo contrario me obligará a usar métodos poco gratos.

—Señor Comisario —se lamentó Ponciano— soy tan inocente como usted de lo que se me atribuye.

La gravedad de Polvorazo se acentuó:

—Le doy dos minutos para que atienda mi pedido. A ver, Taracena, entinte la péñola y aguace el oído.

Si el cruel policía contaba con recursos inagotables para esta clase de situaciones, Ponciano no le iba a la zaga, y no bien calculó que había transcurrido el tiempo se-

ñalado, empezó a temblar de modo alarmante hasta que terminó desmayándose. Desgraciadamente, su caída careció de la debida naturalidad, pues el instinto de conservación lo salvó de romperse un hueso sobre la dureza del piso. Entonces los sayones trajeron sendos baldes de agua y le bañaron de cabeza a pies. Al sentir la frialdad del agua, el carapotense se irguió como pudo para protestar, pero Polvorazo dispuso que lo condujeran a la pieza vecina, sin prestar atención a sus chillidos que, seguramente, llegaban hasta los más apartados ámbitos de la Comisaría.

Quando Saturnino observó que los torturadores pretendían amarrarle los pulgares, esgrimió sus postreros arrestos:

—¡Comisario Escobedo, sus métodos criminales serán conocidos en todo el país y en el extranjero!

Polvorazo titubeó. Su plan de obtener la confesión de Ponciano sin aplicarle tortura volvía a peligrar. Pero como su práctica en estos abominables menesteres era vasta, fue más lejos, jugándose su reputación:

—¡Idiotas! —insultó a los sayones— De los pulgares no. ¡De donde ustedes saben!

Fue demasiado para el carapotense. Arrió bandera en seguida. Sus últimas energías se quebraron:

—Un momento, Comisario. Estoy pronto a firmar la declaración que usted desee.

—Bueno, bueno, así me gusta —respiró Polvorazo— Véngase acá y trataremos el asuntito como amigos. Al fin le entró a usted la sensatez.

Y regresó a su Despacho inquisitorial. Ponciano le siguió temblando de miedo y frío.

Sentado de nuevo, el policía se tornó dulce:

—Ya ve usted, mi amigo, que mejor es arreglar las cosas como caballeros. Me ha hecho perder toda la ma-  
drugada, cuando pudo usted hacer al principio lo que, de buen grado, hará al final ahora. A ver, suelte de una vez la lengua, que Taracénita aguarda.

Ponciano quiso cazarrear todavía:

—Ya le he dicho, señor Comisario, que estoy pronto a firmar la declaración que usted dicte.

—Vuelve usted a complicar el asunto, hombre —se molestó Polvorazo— Si yo supiera lo que sucedió con lo de la conspiración, no me habría molestado en traerlo aquí. Proceda, pues, a dictarle al amanuense su confesión, antes de que pierda la paciencia y lo deje en manos de mis subalternos. Y entonces ya no tendrá usted a quien volver los ojos. ¿Estamos?

Comprendiendo Ponciano que no le quedaba ni la más insignificante tabla de salvación de donde agarrarse, relató en forma sucinta su actuación en el complot y la “manera capciosa y criminal” como había sorprendido su secreto el Ministro de Gobierno del pasado régimen. Polvorazo se dió por satisfecho —no podía exigir más— y le pidió que firmara. Pero en el momento de hacerlo, Ponciano sintió en la mente un chispazo providencial. Tomó la pluma y, sin titubear, garabateó su nombre. Despidióse luego del Comisario y salió con paso firme, emboscando una sonrisa socarrona. Todavía oyó que desde su rincón tenebroso, el sádico policía le rogaba:

—Disculpe estas enojosas molestias, señor Ponciano, y prepárese a abandonar esta su casa al rayar el día. Guardaré un recuerdo muy grato de su cordura. Adios.

Un gesto de disgusto precisóse en la pálida faz del Intendente cuando enfocó con sus ojos de batracio la declaración de Saturnino Ponciano. El Comisario Escobedo, que se la había entregado con dengue triunfal, en espera de una calurosa felicitación, expresó su sorpresa:

—¿No está de acuerdo con su deseo, señor Intendente?

—El texto si, pero existe un . . . pequeño detalle que la anula.

—¿Es posible?

—Señor Comisario, creí que fuera usted mas astuto. Este documento es inútil. Mejor hubiera usted fabricado uno. La firma no es de Ponciano.

Polvorazo sonrió con displicente suficiencia. ¿Cómo no iba a ser del ex-diputado la firma cuando podía certificarlo como un notario? Sin duda el Intendente, por costumbre inveterada, ponía con él en juego la artificiosa dialéctica que empleaba en sus interrogatorios. Golpeándose el pantalón waterloo con el vergajo, esta vez suavemente, adujo:

—Señor, si ésa no es la firma de Saturnino Ponciano, tampoco es Narciso Escobedo el que le está hablando.

El Intendente se lo quedó mirando unos instantes. A sus ojos de batracio, llenos de reflejos malignos, se asomaba la conmiseración. Luego dijo:

—Comisario Escobedo, usted no me ha entendido. El hecho de que un individuo escriba su nombre en un documento no quiere decir que firme.

—¡Sigo sin entenderlo! —gritó, más que habló, Polvorazo, justificando su apodo.

Sintiéndose dueño de la razón, el Intendente fustigó una vez más:

—Así es. Sigue usted sin entenderme, Escobedo, lo que prueba que hoy no tiene la mente lúcida. Cosa, por otro lado, muy natural, puesto que ha trasnochado para obtener una declaración falsa...

—¿Falsa?

—Falsa de principio a fin, pues Ponciano no confiesa en ella su culpabilidad y, en segundo lugar, no firma.

—¿Y la que está allí? —se sulfuró aun más el Comisario, avanzando un paso— ¿O es que necesita usted telescopio para verla?

—Como verla, la veo, y bien, pero no la reconozco. Ponciano no ha firmado, lo cual ya me lo figuraba. Se ha limitado sólo a escribir su nombre, y todavía desfigurando la letra. ¿Me entiende ya?

Polvorazo retrocedió. Un mazazo en plena nuca no le hubiera hecho tanto efecto. El, que había dedicado toda su sabiduría y experiencia policial para arrancar la ansiada declaración, encontrarse al final de tanto esfuerzo con que carecía de valor... Y esto no sería todo. Al disgusto del Intendente se sumarían otras consecuencias desastrosas, agravando su propia situación: la cólera olímpica del Coronel, el menoscabo de su reputación, la burla de las gentes de su oficio, etc. Era para volverse loco. ¡Ah, no tener a su alcance al maldito Ponciano para torcerle el cuello! Pero lo buscaría hasta debajo de la tierra para arrancarle una legítima confesión de su pecado, no por cierto con engaños ridículas, sino con procedimientos expeditivos que superarían a los que relata Octavio Mirbeau en "El Jardín de los Suplicios".

Al observar su confusión, el Intendente se mostró compasivo y generoso:

—No se preocupe por tan poco. Este pequeño fracaso no desdora sus relevantes méritos, señor Comisario.

A Polvorazo no le consolaron aquellas frases melosas. La cólera y la vergüenza le estremecían el espíritu. Arrebatado exclamó:

—¡Qué dirá de todo esto el Coronel Ramírez Quiñónez!

—Nada, nada —moduló el Intendente— nada. El Coronel-Ministro no piensa, por el momento, ocuparse de Saturnino Ponciano. Otras preocupaciones lo agitan.

—¿Algún nuevo complot?

—Nada de eso. Aunque estamos siempre sobre un volcán, vivimos tranquilos. Bella paradoja, ¿no es cierto? Este es el perenne drama de nuestro país. Una constante carga a la bayoneta contra los que gobiernan, quienes, entretanto, deben mantenerse en la trinchera, afilando sus armas para usarlas desde la oposición cuando los venzan. ¿No le parece?

Ya más dueño de sí mismo, Polvorazo enderezó una interrogación:

—¿Y entonces por qué supone que el señor Ministro no desea ocuparse más de Ponciano?

—No he dicho “más”, sino “por el momento”. Hay barruntos de crisis, mi amigo. Un nuevo capricho del Coronel. No le gusta llevarse bien con Dios ni con el diablo. ¡Allá con él! Abandonará el portafolio mañana o pasado. No congenia con el Presidente de la Junta. ¿Me comprendió al fin?

—Yo comprendo al instante todo cuando me hablan claro —repuso Polvorazo; y se despidió del Intendente de mal talante. La satisfacción de que su fracaso iba a pasar inadvertido no compensaba en nada el golpe que había desquiciado su orgullo profesional.

\* \* \*

Saturnino Ponciano no dió crédito a la noticia cuando se la comunicó Mamani en el estrecho y sucio chiribitil donde se había escondido. Pero al ratificársela un correigionario político, echóse a correr por esas calles, camino de su casa, sintiéndose tan libre como los que se hallaban, algunas décadas antes, en la Plaza de Armas de Lima cuando San Martín proclamó la Independencia. ¡Por fin libre! El terrible Coronel no volvería a encumbrarse. Sus barbas e intransigencias habían cavado ancho surco en la conciencia nacional. Todo el país le repudiaba ya, considerándolo un enemigo de los principios que defendiera cuando se abrió paso a empujones para llegar al poder. El mismo Presidente de la Junta había experimentado un gran alivio al conocer su renuncia, y para congraciarse con la opinión pública y justificar su inocencia en los desmanes cometidos, se apresuró a ordenar la libertad de los presos políticos.

Libre Claudio Venegas, "La Fragua" reapareció con mayor dosis de acritud. Su editorial, escrito a vuela pluma, echaba las últimas paletadas de tierra en la tumba de Ramírez Quiñónez.

Uno de los primeros en acudir a la imprenta donde se editaba el tan leído periódico fue Saturnino Ponciano. Estrechó entre sus brazos al "digno y noble maestro", como llamó a Venegas delante de las numerosas personas que habían ido a felicitarle, y le pidió que relatara "el ominoso cautiverio padecido por ellos en mazmorras medioevales". El viejo periodista le ofreció complacerlo, destacando primordialmente la entereza moral demostrada por los presos, a pesar del rigor que usaron los esbirros del Gobierno. Y a los pocos días escribía una jugosa crónica, en la que figuraba Ponciano como "uno de los hombres representativos de la oposición, cuyo valor, demostrado en todo momento, era un ejemplo digno de imitarse, pues no había claudicado ante las amenazas". (Saturnino había tenido

buen cuidado de no referir sus tribulaciones en la cámara secreta.)

Con esta patente de civismo, el carapotense recorrió ufano el Jirón de la Unión, relatando bulliciosamente sus peripecias y atribuyéndose heroicos gestos de rebeldía durante el tiempo que estuvo en las garras de Polvorazo. Por varios días fue uno de los hombres más populares en los círculos políticos.

\* \* \*

La noble casa de las Lártiga del Molino se engalanó de fiesta al llegar a sus umbrales Saturnino Ponciano. Eloísa Cristina, ataviada de rosa, iluminó de nuevo su rostro con cándidas sonrisas. Su voz cantarina cobró lánguidos y quejumbrosos matices al decirle:

—¡Cuánto le hemos extrañado, Saturnino! (Por una invencible reserva todavía no le tuteaba.) Figúrese que ya dudábamos de volverlo a ver. ¡Como es tan cruel esa canalla del Gobierno!

Reteniéndole las manos, Ponciano la escuchaba embelesado. En la tonalidad de su acento encontraba dulzuras turbadoras. La del Nogal prosiguió:

—Figúrese que ya le habíamos preparado una caja con nueces de nogal y merengues para mandársela a la prisión. Queríamos mitigar en alguna forma su tragedia.

Ponciano pudo al fin agradecer, mientras se le humedecían los mongólicos ojos:

—La mejor compensación a mis horas de infortunio la encuentro en sus palabras. Se lo aseguro, Tina. Y créame también que su recuerdo me alentó en esos interminables días, cuando la muerte me asechaba. Muchas baladas escribí en los muros de mi celda, evocando los encantadores momentos que pasara en esta casa, que es para mí un hogar espiritual.

—¡Pobre Saturnino! —suspiró Eloísa Cristina, retirando discretamente las manos.

—¡Pobre! —canturreó doña María del Rosario, que había escuchado las últimas frases de Ponciano y se lanzaba a felicitarlo.

El carapotense se enjugó las lágrimas antes de saludar a la noble señora. Su solemne actitud —gravedad del rostro, silencio elocuente— era la misma que adoptaba para expresar su pesar a los deudos de un difunto en cualquier sepelio. La madre de Eloísa Cristina no sólo le apretó la diestra, sino que, olvidando sus hábitos cortesanos, le palmeó también la espalda como a un hijo pródigo.

Desde el fondo del salón, donde jugaba un solitario, don Tomás Francisco percibió la llegada de Ponciano y apresuróse a darle la bienvenida. El golpe de su bastón marcó en el piso un ritmo acelerado:

—¡Por fin podré jugar una buena partida de tresillo! —exclamó el vejete al acercarse, rengueando, al grupo.

Bastante avergonzada, Eloísa Cristina esgrimió un sincero reproche:

—Papá, ¿eso es todo lo que tienes que manifestar al señor Ponciano? Piensa que viene, como quién dice, del infierno. Es un milagro que le veamos de nuevo.

—Verdad, verdad —expresó don Tomás Francisco, haciendo memoria— Me dijeron que usted había caído en la última redada del Coronel Ramírez Quiñónez. Y a propósito, ¿es cierto que ha renunciado? Porque...

—Pero, hombre de Dios —le atajó su mujer— si aquello apareció en todos los periódicos y hasta lo hemos comentado en la mesa.

—Verdad, verdad —asintió del Nogal con brusco movimiento de cabeza, que puso en peligro la estabilidad de su peluquín azafranado— Claro, lo recuerdo, pero es que después han sucedido tantas cosas... Ahora si podremos golpear fuerte a del Carril, que nos estaba esquilmando. ¿Verdad, Saturnino? ¿Y cómo lo trataron en el Panóptico?

Ponciano corrigió:

—No estuve allí, sino en una tétrica Comisaría con nuestro amigo Claudio Venegas.

—¿Con Claudio Venegas? Ya me explico ahora por qué no venía a casa. El es muy entretenido. ¿Verdad? Pero quién lo aguanta cuando despotrica del Gobierno. ¿Y recibió usted los dulces?

—No hubo tiempo de enviárselos —terció Eloísa Cristina.

Ponciano mantuvo en alto su emoción:

—No importa, no importa. Me bastaba con saber que se me recordaba en esta casa, lo cual me confortó siempre, así como la idea de que, tarde o temprano, tendría que modificarse el destino político de nuestro país. Porque tengo entendido que la Junta, haciéndose eco del clamor público, convocará muy pronto a elecciones. Entonces volveré a representar a mi provincia, hoy huérfana de apoyo.

—¡Quién lo duda! —manifestó don Tomás Francisco— ¡Quién lo duda! Usted es uno de los hombres que llegará lejos. Así se lo he dicho siempre a ésta —y señaló a su mujer— y también a la otra, a la testaruda de mi cuñada.

Doña María del Rosario se le encaró:

—Qué modo de hablar el tuyo. Acomodas las cosas a tu manera, interpretando el pensamiento de los demás.

—Te equivocas. María de la Luz sigue tan empecinada en que...

—Bueno, bueno —cortó rápida Eloísa Cristina, toda ruborizada —Esas apreciaciones no vienen al caso, papá, y menos ahora que mamá y yo queremos escuchar la odisea de Saturnino.

—Como quieras, hijita —transigió el vejete y se fue a su rincón para rematar el solitario, mientras Ponciano comenzaba a hilvanar:

—Todavía me estremezco al recordar esas noches de

angustia, martirizado por el insomnio y el clamor de los torturados. . . .

—¡Qué horror! —corearon Eloísa Cristina y su madre— ¡Qué horror!

\* \* \*

Aulico por naturaleza y educación política, Saturnino Ponciano buscaba afanosamente la forma de entrevistarse con el Presidente de la Junta. Pretextos no le faltaban. El de agradecerle su liberación era el que más le agradaba. Y decidió explotarlo, seguro de que se le recibiría en Palacio con los brazos abiertos. Pero se equivocó también como en las veces anteriores. El Presidente se negó a concederle audiencia. Y no porque guardara determinada prevención contra él, sino porque el maléfico grupo de paniaguados le censuraba ácremente su generoso gesto de haber vaciado las prisiones políticas, considerándolo más bien un signo de debilidad que aprovecharía la oposición a corto plazo para atacar con mayor ensañamiento.

Ponciano aguardó inútilmente más de dos horas en la antesala presidencial, entretenido en pasar revista visual a la cáfila de gentes, ilusionadas como él, en ser recibidas por el Mandatario. No le sorprendió distinguir a don Goyo. Le encontró más viejo y flaco, durmiendo en un rinconcito, y soñando tal vez con un próximo nombramiento. Descubrió también a doña Celestina, envuelta en manta de seda y luciendo un bello anillo de brillantes, que despedía mágicos reflejos. Esta vez, la vieja lo miró con cierta picardía, mientras en su boca se estereotipaba una mueca, que pretendía transformarse en sonrisa. El carapotense supuso que aquella "estantigua", como la apodaba, se burlaba de él, y la maldijo mentalmente. Sin embargo, cuando advirtió que uno de los Edecanes la llamaba para ingresar al Despacho presidencial, le señaló un lugar en la tabla de valores de su deferencia.

Curioso en extremo por conocer el resultado de tan extraña entrevista, Ponciano se quedó allí un rato más, hasta que doña Celestina salió paso a paso, con suave contoneo senil, para que los presentes comentaran mayor tiempo su suerte de haber franqueado aquella difícil barrera que separaba una estancia palaciega de otra. Al pasar cerca del carapotense se detuvo para preguntarle:

—¿Usted por aquí, don Poncianito? ¡Tiempo que no le veía! ¿Ha estado ausente?

—Sí, sí, señora —silabeó, disgustado, Ponciano— He pasado algún tiempo en mi provincia.

Doña Celestina acentuó con ironía:

—Pues debe tener usted un hermano mellizo.

—¿Por qué?

—Porque siempre ven en la casa de las Lartigueta uno parecido a usted.

El orgullo dominó a Ponciano:

—Señora, el que visita esa casa soy yo, pero eso no le va ni le viene.

—Entonces le felicito, le felicito. Me gusta que los buenos amigos progresen. ¡Una familia de alcurnia como ésa! Y además con tantos callejones y tierras. Le felicito, Poncianito. ¿Cuándo me visita?

—Cuando disponga de tiempo, señora.

—De todas maneras, aquí tiene usted mi tarjeta.

Y le entregó un cartoncito ribeteado de negro, que el carapotense aceptó para escapar a la melosidad de la anciana.

\* \* \*

Alentado por una lejana esperanza, Saturnino Ponciano repitió sus visitas a Palacio con el mismo resultado, hasta que supo la verdad: El Presidente esquivaba recibir a las víctimas del Coronel Ramírez Quiñónez, que él mismo había libertado, para complacer a sus amigos,

creyendo ingenuamente que éstos representaban a la mayoría del país. Pero Ponciano no se arredró. El hecho de que hubiese fracasado en su intento no significaba que no pudiera hablar con el Presidente de la Junta en otro lugar.

La oportunidad tan ansiada se le presentó mansamente una semana más tarde cuando el Jockey Club le invitó a unas carreras de gala en Santa Beatriz, donde se correría el Clásico "Presidente de la República".

Para ponerse a tono con el ambiente sajón que dominaría en la tribuna presidencial, Ponciano vistió un jaqué gris, corbata del mismo color y un pantalón de rayas, que descendía, impecable, hasta los escarpines plomo oscuro. Completó su indumentaria un sombrero de pelo, igual al que usaba el Ministro de Su Majestad Británica.

Aquel domingo, los miembros de la Junta se arracimaban en la tribuna, huérfanos de popularidad. No los aplaudían ni los agentes de La Secreta, enviados por el Intendente con ese fin. Pero los áulicos, embriagados de vanidad, mariposeaban en derredor de ellos. Al que más acosaban era al Presidente, disputándose la gracia de complacer sus más insignificantes deseos. Unos le ofrecían datos sobre ciertos caballos o le explicaban el desarrollo de las carreras; otros deslizaban en su oído cuentos insulsos sobre los políticos de la oposición o pretendían hacerle creer que toda esa masa que bramaba a sus pies o en las demás tribunas, excitada por el aristocrático deporte, mantenía inalterable fervor por su persona.

Saturnino Ponciano esperaba emboscado tras un grupo de palaciegos rezagados. No quería dar un paso en falso que pudiera echar a perder su plan. Al fin le llegó la gran oportunidad cuando uno de los miembros jóvenes de la Junta, que había admirado en otra época sus arresos teatrales, le saludó cortés. Esto le abrió el camino para infiltrarse en el grupo y dirigirse al Presidente con zalemas y cumplidos, sembrando el desconcierto entre los

favoritos. Uno de estos, más audaz que los otros, recobró contacto con el Mandatario, afirmándole que poseía un dato valioso para la próxima carrera. Puso ante su bobalicona mirada el programa y le señaló un caballo. La puntiaguda uña de su índice trazó una raya bajo el nombre del animal.

—¿Cree usted que gane? —le preguntó el Presidente de la Junta, desflorando una sonrisa de incredulidad— Sus datos, mi querido doctor, están resultando hueros esta tarde. Quienes se los proporcionan padecen de ingenuidad o explotan la buena fe de usted, lo cual no es de extrañar si se toma en cuenta que los propietarios son unos ilusos, los preparadores esquivan decir la verdad y los jockeys aseguran siempre que el caballo que correrán ganará indefectiblemente, aunque a menudo apuestan a otros.

Saturnino Ponciano se jugó entero. A cara o cruz. Acercóse aun más al Jefe de la Junta y no tuvo reparo en señalarle también un caballo, el primero que vió en el programa, cuyo nombre no había oído jamás:

—Señor Presidente, su desconfianza tiene base sólida, pero a veces se logran captar, a través de esa espesa urdimbre de misterios y falsedades, ciertos informes de apreciable valor. Por ejemplo, sé de manera positiva que Hesperión V ganará esta carrera. Razones me asisten para asegurarlo. Mire, lleva sólo cuarenta y nueve kilos, lo monta un jinete magnífico y ha sido preparado admirablemente.

—¿Cree usted...?

—¿Cómo suponer que pierda, señor, cuando es hijo nada menos que de Hesperión IV y de Lady Godiva, la famosa yegua que ganó varios clásicos y por la cual pagó una suma fabulosa el Maharajá de Kapurtala? Hesperión V ganará. No lo dude. Es infinitamente superior al lote y su *pedigree* es real. Desciende del incomparable Hesperión I, que honró las cuabras del Príncipe de Gales.

Ante la catarata de datos, nacidos en su mayor parte en la fecunda imaginación del que los citaba, el Presidente de la Junta no titubeó. Extrajo de su bolsillo unas cuantas libras y se las entregó a Ponciano, pidiéndole que las apostara al renombrado crack. La ambición de recuperar lo perdido en las anteriores carreras lo precipitaba a aceptar tan brillante sugerencia, desoyendo los consejos de sus amigos.

Cuando Ponciano desapareció, echando al aire los faldoes de su jaqué gris, uno de los adictos al Mandatario no pudo disimular su disgusto:

—Ese tipo, señor Presidente, podrá saber mucho de alpacas y guanacos, pero es incapaz de distinguir un caballo de una yegua.

—Así es —afirmó otro, y lo mismo un tercero y un cuarto.

Flemático y socarrón, el Presidente se defendió con la ironía:

—No hablen mal de ese señor, que los ha anonadado con su erudición *turfística*. Ustedes resultan a su lado unos neófitos. Ya verán como Hesperión V gana de punta a punta. Y aprovechen de apostarle antes que sea tarde.

Ansiosos de coincidir en todo con el ínclito ciudadano que presidía la Junta, los áulicos descendieron en tropel la escalerilla, en camino hacia el expendio de boletos.

Cuando Ponciano regresó a la tribuna, en el partidior se daba la largada. Y un instante después, siete caballos se lanzaban desenfrenadamente por la pista.

Seguro de ganar, el Presidente enfocó con el binóculo el pelotón, tratando de descubrir al famoso vástago de Lady Godiva, mientras Saturnino Ponciano, situado en estratégico lugar, rogaba a todos los santos para que su vaticinio se realizase. Ni siquiera seguía el desarrollo de la prueba. ¿Y para qué lo iba a hacer cuando no conocía a ninguno de los animales? Luego, cuando menos lo imaginaba, observó que el Presidente de la Junta retiraba de

sus ojos el binóculo y volvía el rostro para buscarle con la mirada. Esto lo hizo cobrar ánimo. ¡El milagro se estaba realizando! Sin duda, Hesperión V galopaba a la cabeza fácilmente. Y su convencimiento se afianzó al sentir por segunda vez la caricia visual del hombre público, como un signo evidente de aprobación y agradecimiento, augurándole sin ambages su rápida reincorporación a la vida política. Sin embargo, cuando más alto trepaba su optimismo, oyó voces importunas que le desazonaron: "¡Trampolín! ¡Trampolín!" Voces que coreaban los palacios con inconfundible sorna. Ponciano miró el programa y ¡oh, sorpresa!, el maldito Trampolín estaba allí, entre los siete competidores. Era el que, indudablemente, iba adelante. ¿De qué le había valido, pues, tanto esfuerzo? De nada. Su proyecto de entablar relaciones con el Gobierno habíase deshecho como una pompa de jabón al leve soplido de la brisa.

Ponciano se quedó inmóvil y helado, ansiando que la tierra se abriese y se lo tragara, hasta que percibió, por tercera vez, la mirada del Presidente, pero ya no como en las anteriores, henchida de comprensión y reconocimiento, sino fulgurante e iracunda. Era el instante en que Trampolín atravesaba la meta, ganando a sus competidores por varios cuerpos. Entonces Saturnino Ponciano, presintiendo un aluvión de justos reproches y burlas, huyó de la tribuna presidencial, mientras el público de la *pelouse* estallaba en ensordecedoras rechiflas. Eran las que le dedicaban a Hesperión V, que recién terminaba la carrera. En su atolondramiento, Ponciano creyó que iban dirigidas a él.

En la tribuna se estrechaba el cinturón de paniaguados en derredor del Mandatario. Todos repetían triunfantes:

—¿No se lo advertimos, señor Presidente, que ese Ponciano sólo sabía de alpacas y guanacos?

Para olvidar su fracaso, Saturnino Ponciano se recluyó en su casa en espera de mejores días, consolado por la idea de que en el Perú cambia el panorama político como las estaciones. Nuevos individuos vendrían a reemplazar pronto a los impopulares que tiranizaban al país, a cuyo alrededor medraba una horda de arribistas, especializada en ganar indulgencias al calor del fogón gubernamental. Entretanto, continuaría redactando sus Memorias. Evocaría en ellas los innumerables episodios que había vivido últimamente, los complotos en que tomara parte y uno que otro hecho patriótico, para que las generaciones futuras lo catalogaran entre los héroes nacionales. También se dedicaría a pulir el "manejo de sonetos" —así lo calificaba— escrito en honor de Eloísa Cristina. Estos dos libros, el de memorias y el de versos, le ayudarían a conquistar la inmortalidad.

En las mañanas se encerraba en su biblioteca y bo-rroneaba cuartilla tras cuartilla, satisfecho de que la naturaleza le hubiera dotado de tan altas condiciones intelectuales para entrelazar la verdad y la ficción. La labor de pulir sus poesías la realizaba de noche, aprovechando de que las Lártiga del Molino veraneaban en Chorrillos. Encontraba en sus sonetos hondura sentimental y vigor humano, comparable sólo al que palpita en los de Shakespeare y Petrarca.

Así pasó Ponciano cerca de un mes, engarzando metáforas y buscando consonantes rebeldes, hasta que sintió aletear de nuevo en su espíritu el ansia de vincularse

con la Junta. El Presidente, según calculaba, no podría guardarle rencor por el simple hecho de haberle recomendado un mal caballo, ya que otros también le habían sugerido esa tarde parecidos dislates. El mismo incidente del Hipódromo le serviría de pretexto para pedirle disculpas y comentar con él aquella escena ridícula que, sin duda alguna, le produciría hilaridad al recordarla. Basado en estas consideraciones, el carapotense resolvió volver a Palacio, imaginando que los Edecanes le acogerían cordiales. Pero, una vez más, sus cálculos fallaron. Ninguno lo tomó en cuenta.

Al retirarse desengañado, Saturnino descubrió en su sitio de costumbre a don Goyo Corcuera y, por asociación de ideas, pensó en doña Celestina. Y fué entonces cuando le relampagueó en la mente un pensamiento atrevido. Extrajo de su cartera la tarjeta de la vieja y leyó su dirección: Calle Carapoto, 13. "¡Caramba!! —exclamó en alta voz, sin importarle que le oyeran— La coincidencia puede ser providencial". Y abandonó a grandes trancos la antesala presidencial, acallando en su conciencia el rubor que le producía recurrir a la veterana alcahueta.

\* \* \*

Saturnino Ponciano distinguió el número 13 sobre una puerta pintada de verde. Transpuso el umbral con cierto temor y penetró en un zaguán estrecho y húmedo, limitado por una cancela parecida a la de los conventos, a uno de cuyos lados caía la cuerda de la campanilla. El carapotense titubeó en tirar de ella. No olvidaba todavía la manera cómo lo había tratado la última vez doña Celestina. Pero acabó repiqueteando. El tañido opaco se difundió por la casa y, a poco, la mismísima vieja se asomaba por la ventanilla. Su chillido de cotorra se quebró colérico:

—¿Quién es?

—Señora, su amigo de siempre.

—¡Ah, ah, don Poncianito! ¿Y qué buenos vientos le traen por aquí?

—El deseo de visitarla, como se lo prometí. Pero ábrame, que no es propio que me hable usted en actitud de Madre Abadesa.

La vieja dió vuelta a la llave y abrió la cancela. Ponciano enfiló hacia un patio lleno de tiestos y enredaderas, que trepaban por las paredes hasta la azotea.

—Venga, venga —le pidió doña Celestina, conduciéndolo a una salita— y tú, Bartolo, quédate quieto —reconvino en tono cariñoso a un faldero lanudo, que dormía sobre la alfombra.

El perro abrió los ojos pitañosos y azulencos, gruñó luego y volvió a quedarse inmóvil.

—Siéntese, don Poncianito, aquí, en este sofá. Estará cómodo. Bartolito no muerde a mis amigos. Los conoce. ¡Ah, los perros saben más que la gente! Y son más fieles. ¿No le parece?

El carapotense paseó la mirada por la estancia. Frente al sofá, donde se sentaba con la vieja, habían dos sillones de telas floreadas. De las paredes colgaban varias fotografías, entre ellas la de doña Celestina con treinta años menos. Se le podía reconocer, a pesar de que aparecía regordeta, con el cabello negrísimo, dividido en bandós, y una sonrisa giocondesca, agraciando su boca de labios carnosos y sensuales. En aquel entonces era la honrada viuda del Capitán Bencerros, muerto heroicamente en un combate, cuyo nombre olvidó de recoger la Historia. A la entrada de la salita erguía su frágil contextura una sombrerera negra, y en un ángulo se destacaba un altarcito colonial con la efigie de Fray Martín de Porres. Cuatro cirios lo convertían en ascua de oro.

—Pues aquí me tiene, doña Celestina —dijo Ponciano— lo que prueba que no la olvido.

—Así lo veo, don Poncianito. Que Dios le guarde siempre su buena memoria. ¿Y no ha vuelto por Palacio?

—Precisamente estuve allá esta mañana y me sorprendió no encontrarla.

En los labios de la anciana se dibujó la reminiscencia de una sonrisa, parecida a la del retrato:

—Es que ahora estoy para que me visiten. ¿Le parece mal?

—Al contrario, y la felicito por ello. ¡Quién como usted!

—No me quejo. Esta modesta casa es honrada a veces por personas de calidad.

Ponciano deslizó:

—El sebo será tentador.

—Naturalmente. Y de primera. ¡Hasta pimpollos!

Y la vieja se estremeció como conmovida por una emoción recóndita: la misma del comerciante que elogia sus buenas mercancías. Ponciano suspiró:

—¡Ay! Me pesa no haberla visitado antes.

—Nunca es tarde. Su servidora está siempre dispuesta a complacerlo.

Un campanillazo alertó a la anciana:

—Están tocando —dijo— Espere, que ya vuelvo.

Y salió arrastrando las chancletas, sobre las que caían en acordeón las medias negras. Abrió luego la ventanilla de la cancela y formuló la misma pregunta de antes: “¿Quién es?” Del otro lado surgió una voz dulce, pero enérgica, de mujer engreída: “¿Qué no me ve, señora? ¿O es que la vista se le ha nublado? Abra pronto, que no quiero que me sorprenda aquí un tipo que me viene siguiendo”. Rechinó la llave y un vivo taconeo resonó en la casa.

Curioso por naturaleza, Ponciano inclinó el cuerpo para poder abarcar con la mirada el patio y vió entrar, toda garbosa y zandunguera, una moza bien plantada, que le pareció haber admirado alguna vez en el Jirón de

la Unión. “¿No ha venido todavía?” —oyó que inquiría a la vieja, mientras avanzaba hacia una pieza situada frente a la salita, en cuyo fondo lanzaba reflejos dorados un ancho catre adornado con cortinas, almohadones y cintajos cursis. “No; todavía no ha venido, Domitila. Espéralo adentro y cierra la puerta”.

Doña Celestina volvió al lado del carapotense, derecho melindres:

—Pues me siento feliz de tenerlo en mi casa, don Poncianito. Porque a mí me gusta la gente honorable y de... porvenir.

—¿Político?

—¡Quién se ocupa ahora de la política! A usted le aguarda otra clase de porvenir. Un porvenir más positivo, duradero y con mucho... sonante donde las Lartiguita del Molino. Y a propósito, me parece haber leído en no sé qué periódico que están de temporada en Chorrillos. Vaya, vaya, también tienen casa en Chorrillos. Creo que usted es, don Poncianito, el llamado a administrar la fortuna de esa familia para que se acuerde de vez en cuando de sus buenas amigas.

—No necesito manejar bienes ajenos para recordarla, señora, pues también poseo lo propio. Heredé hace poco una hermosa hacienda al morir mi inolvidable tía Dorotea.

—Que de la gloria goce —tartajeó la vieja, persig-nándose.

—Así que, cuando tenga alguna necesidad...

—Siempre existen en el hogar de las pobres, don Poncianito. Pero no está demás advertirle que aquí todo es bien recompensado con agradecimiento y con... amor.

Ponciano se apresuró a aclarar:

—No reclamaría ni lo uno ni lo otro. El agradecimiento podría usted guardárselo, y el amor, aunque viniera de muchachas como la que acaba de entrar, no lo

aceptaría en mi situación actual. Me traería complicaciones.

Doña Celestina se extrañó:

—¿Y entonces cómo querría que compensase su... desprendimiento?

—Con algo que está a su alcance y que motiva primordialmente mi visita.

Doña Celestina afeó aun más su rostro con un gesto de incompreensión:

—Explíquese mejor, que ustedes los políticos hablan un lenguaje...

—Señora, ya que usted lo desea, seré claro. Bien sabe usted que los hombres de este Gobierno no quieren reconocer mis méritos y menos recordar que fuí uno, y quizá el más activo, de los que les llevaron al sitial que ocupan. Próximamente convocarán a elecciones, pues el país entero las reclama, y si no mantengo buenas relaciones con ellos, ubicarán y proclamarán en mi provincia al primero que se les ocurra, aunque yo cuente con el noventa y nueve por ciento del electorado.

—Entonces busque su amistad.

—Ya la he buscado mucho, pero deben existir en el seno de la Junta o fuera de ella algunos perversos que me envidian o temen y que ponen obstáculos a tal deseo.

—¿Y por qué no se vale de alguno de sus amigos para aclarar las cosas?

—Porque todos son enemigos del Gobierno. Usted es la única que...

—¿Y qué podría hacer yo en este asunto? —cacareó doña Celestina, sin adivinar todavía el propósito de Ponciano, a pesar de su aguda perspicacia.

—Mucho, mucho. Más de lo que imagina. Usted es amiga y servidora de varios encumbrados y podría propiciarme una entrevista aquí con alguno de ellos.

La anciana se puso de pie y lanzó uno de sus gritos de cotorra alborotada:

—¿Que está loco, Poncianito? ¿Cómo se le ocurre que vengan a mi casa esos señores?

—¡Doña Celestina, por los clavos de Cristo! —el carapotense juntó las manos en actitud implorante— No pretenda ocultarme que cultiva relaciones con altos personajes. Usted misma me lo dijo hace un rato.

—Bueno, bueno —divagó la vieja, envanecida por las frases que acababa de escuchar— No le negaré que me visitan algunos. Por ejemplo...

—¿Quién, quién? —la vehemencia de Ponciano recrudecía.

—El Secretario del Presidente. Es viudo como yo.

—¿El doctor Ignacio Castella? ¡Magnífico! Entonces avíseme cuando venga, que yo caeré por aquí de sorpresa. Usted fingirá negarme la entrada, pero yo penetraré hasta esta sala, fingiendo también ignorar la presencia del Secretario. El resto corre de mi cuenta.

La vieja movió la cabeza como un peleele mecánico. Le irritaba la osadía del visitante y más aun el figurarse semejante encuentro en su propia casa, cuya sólida reputación elogiaban muchas gentes respetables, debido a su ambiente de honestidad y corrección. Volviendo a tomar asiento, doña Celestina inició su defensa como cuando el Capitán Bencerros intentó seducirla:

—Poncianito, usted ha tocado en una falsa puerta. Un lío de la naturaleza del que me propone arruinaría este hogar decente. ¿Qué diría don Ignacio si le viera entrar aquí?

—Es que usted se lavaría las manos, inculpándome de que penetré sin su consentimiento.

—Esos son cuentos para párvulos. No pretenda sacrificar la respetabilidad de mi casa, donde todo se hace con recato y discreción.

—Señora —Ponciano sacó a relucir sus gestos y ademanes tribunicios— ponga condiciones, que yo no me quedaré corto.

Doña Celestina empezó a sentir las tentadoras punzadas de la codicia:

—Usted no podría compensarme debidamente el daño que me hiciera.

—Ya le he dicho que ponga usted condiciones. Necesito conquistarme al Secretario. El tiene que ser mi lazarillo.

—Pues mal sitio escoge usted para eso. Don Ignacio no viene aquí a perder el tiempo en conversaciones políticas.

—Eso no debe importarle. Es asunto mío.

La vieja cedió al fin, dado el monto de la suma ofrecida por Ponciano, de la misma manera que cuando el Capitán Bencerros le ofreció matrimonio a corto plazo, lo cual cumplió sólo al cabo de varios años. El carapotense convino en venir dos días después, a las nueve de la noche, calculando que ya estuviera adentro el Secretario. Entretanto, doña Celestina dilataría el diálogo con él en espera de su "ahijada preferida", cuya llegada retrasaría una hora.

Poco le faltó a Saturnino Ponciano para besar a la vieja. El plan concertado le abriría el camino de la Cámara. Un funcionario como Castella, que presumía de honesto y correcto en todos sus actos, no rehuiría atenderlo y escucharlo, después de haber sido descubierto en ese cubil secreto. Algo más, se sentiría obligado a comprometerle su discreción a cambio de la solemne promesa de introducirlo en las esferas palaciegas.

Antes de salir, Ponciano abrazó a doña Celestina, le hizo una caricia al faldero y enrumbó en dirección de Broggi, tarareando un yaraví.

\* \* \*

Elegante y acicalado, como si fuera a visitar a las Lártiga del Molino, Saturnino Ponciano se encaminó a

las ocho de la noche a la casa de doña Celestina, creyendo emplear una hora en el recorrido. Pero llegó a la calle Carapoto en catorce minutos. La inquietud que le dominaba había impulsado sus elásticas piernas de chasqui. Como la cita era a las nueve, dió dos vueltas a la manzana, procurando caminar despacio. Luego se situó en la esquina más cercana al nido galante y consultó su Omega: las ocho y media. La calle estaba solitaria y en la masa negruzca del firmamento titilaban algunos luceros. Un foco de luz mortecina repartía reflejos rojizos sobre las fachadas ruinosas de las casas. Una jauría trashumante seguía en silencio la fuga coquetona de una perrita en celo. Ponciano pensó en Bartolo, el casto faldero de doña Celestina, que con algunos años de menos y un poco de libertad hubiera andado igualmente en el séquito. En seguida consultó de nuevo el Omega y, al suponer que no transcurría el tiempo en su órbita, se lo llevó al oído para comprobar si marchaba. Sólo las nueve menos veinte. ¡Todavía esperar tanto! El carapotense reinició sus paseos, pero esta vez en la misma calle. Le parecía demasiado recorrer la manzana. Y tornó a ver su reloj una y diez veces más, hasta que la manecilla señaló las nueve. Entonces salvó de cuatro zancadas la distancia que lo separaba del hogar de doña Celestina, cuya puerta transpuso airoso y confiado. En su mente bullían las frases que había preparado para la escena del encuentro con el Secretario. Mas, de repente, de las sombras del zaguán emergió un individuo sospechoso que detuvo sus pasos. Aunque la claridad que venía de fuera era escasa, Saturnino Ponciano, gracias a su magnífica vista, logró distinguirle hasta el rostro. Era un tipo alto, recio, bigotudo y de ceño torvo, con aspecto de boxeador. Lo primero que se le ocurrió fue que aquel intruso era un novio o marido celoso que esperaba a alguna mujer. La forma como le habló vino a confirmarle esta suposición:

—¿Qué quiere usted aquí? —la voz del desconocido

era grave, aunque se observaba que disminuía adrede su intensidad para evitar seguramente un escándalo.

A pesar del susto, Ponciano se creció:

—¡Eso mismo le pregunto yo a usted!

—Pero es el caso que aquí el único que tiene derecho de interrogar soy yo.

—¿Quién le ha dado ese derecho?

—No pregunte mucho y regrese por donde vino.

—Oiga, señor —alzó el tono el carapotense, irritado por no poder concurrir a tiempo a la cita— como debe saber de sobra, salvo que sufra usted un lamentable error, esta casa pertenece a la señora Celestina viuda de Ben-  
cerros. Así que sólo ella podría impedirme la entrada.

—Se equivoca.—repúsole el hombretón, echándose el sombrero hacia atrás y poniendo los brazos en jarras— Yo también lo puedo.

La impaciencia de Ponciano tomó caracteres de desesperación:

—Déjeme pasar, hombre, que la señora Celestina me ha mandado llamar urgentemente para discutir un asunto de importancia. No crea que me trae otro motivo.

—No es hora de hablar con esa señora.

—Créame que le digo la verdad. Yo no vengo por ninguna mujer joven, y menos por la que le interesa a usted.

El hombretón del ceño torvo empezó a usar su lenguaje más florido:

—Oiga, mequetrefe, lo único que me interesa es que usted se retire al instante, porque de lo contrario lo pondré de un empujón en medio de la calle. Ya lo sabe.

El ansia de hablar con el doctor Castilla prestó mayor audacia a Ponciano:

—Usted no me puede impedir la entrada en esta casa, que es como la mía, tal la amistad que me une a su dueña. Y lo de mequetrefe aplíquesele a sí mismo, que bien lo merece.

El individuo no requirió poner en ejercicio sus fuerzas de gorila para sacar a Ponciano del zaguán. Limitóse a cogerlo del brazo, quizás para no promover una algazara, y lo condujo a la calle, donde le dijo en son de disculpa:

—Procedo así porque tengo orden de no dejar entrar aquí a nadie. ¿Ya lo comprendió?

Recién cayó en la cuenta Ponciano que ese individuo era el guardaespaldas del Secretario del Presidente, quien lo había llevado tal vez en previsión de algún contratiempo o para que impidiera la entrada de cualquier importuno. A pesar de todo, insistió, poniendo en juego sus incomparables recursos histriónicos:

—Pues, hombre, si usted se da a conocer desde el primer momento, nos hubiéramos evitado un diálogo penoso. Yo, en verdad, no vengo a ver a doña Celestina como le afirmé, sino al doctor Ignacio Castilla, que me ha citado aquí. Soy su mejor amigo. Pero no quería decirselo por la natural discreción que se debe guardar en estos casos.

El agente titubeó. El problema que se le presentaba salía de la órbita de sus alcances intelectuales. Pero al fin, después de cavilar buen rato, durante el cual su mirada recorrió varias veces de arriba a abajo, y viceversa, la endeble figura de Ponciano, tiró con ademán rudo del ala de su sombrero, para echárselo sobre la frente, y dijo, sin reducir ya la intensidad de su voz por encontrarse en la calle:

—¡Usted miente! El señor Secretario me dió orden de no dejar entrar aquí a nadie. ¿Lo oye? Y ahora, retírese, antes que pierda del todo la paciencia y se me vaya la mano, que la tengo pesadita.

Todavía Saturnino Ponciano quemó su último argumento:

—El hecho de que el doctor Castilla haya olvidado prevenirle que iba a venir yo, no significa que sea falso

lo que afirmo. Y prueba de que mis palabras reposan en la verdad absoluta, es que sabía que él se encontraba en esta casa.

Nuevamente vaciló el agente. El razonamiento de Ponciano lo desconcertaba, encontrándolo lógico. Mas, de repente, le asaltó un recuerdo:

—Usted sabía que estaba aquí porque lo vió entrar. Bien lo reconozco ahora. Usted es el individuo que venía en esta dirección cuando descendió del coche el doctor. Yo todavía no había bajado.

—Pero si yo no ví a nadie. . .

—¡Cállese y retírese pronto!

Y como Ponciano continuara debatiéndose en explicaciones absurdas, le llevó hasta la esquina y le despidió de mala manera.

—*Tí* buscan, *siñor*.

Con la mano que sostenía la pluma, Saturnino Ponciano golpeó, colérico, el escritorio de caoba. La blanca cuartilla, donde se cuajaba un soneto, llenóse de caprichosas manchitas negras:

—¿Y no te he repetido mil veces, estúpido, que no estoy para nadie? —Los rasgados ojos de sajino del carapotense taladraron a Mamani —¿Y a quién se le ocurre buscarme a estas horas?

El criado se quedó con la respuesta entre los dientes verdosos. Cabrerita entró con el hongo ladeado y luciendo una corbata chillona. Su diestra jugueteaba hábilmente con un bejuquillo.

—Perdone que le interrumpa, ilustre Saturnino, pero su conducta me preocupa. ¿Qué le retiene tanto en su torre de marfil?

Antes de responder, Ponciano escribió al final de un terceto la palabra "brisa" para hacerla consonar con "Eloísa":

—Si le he de confesar la verdad, querido Cabrerita, el mundanal ruido me aburre y desespera. En esta soledad olvido mis penas.

—Pero también las gentes se olvidan de usted. Y un político de su categoría debe estar siempre en la palestra, lanza en ristre, y no pluma en mano, componiendo versos llorones.

—Los versos son mi desahogo espiritual, la expresión máxima de mis recónditos pensamientos. La poste-

ridad los juzgará así —La voz de Ponciano era una campana bronca sonando a difuntos.

—Pues yo quería llevármelo por allí...

—Pues ha perdido usted su tiempo. No pienso abandonar mi refugio hasta que no soplen nuevos aires. Déjeme usted mejor soñar aquí.

Un gesto de contrariedad bailoteó en las facciones del tunante:

—¡Lástima! Y yo que deseaba proporcionarle un rato agradable...

La curiosidad de Ponciano salió a flote:

—¿Y qué pian se traía entre manos?

—Poca cosa. Llevarlo a la fiesta que ofrecen esta noche unas damas de alcurnia, que le conocen y admiran.

Ponciano se puso de pie. Dentro de su nueva bata obscura parecía un lego de convento pobre. Manteniendo su serenidad, masculló:

—¿Que me conocen y...? Demasiada honra para un infeliz enclaustrado. ¿Y cómo se llaman mis admiradoras?

—Le seré franco: son las Pechonas.

Ponciano se desplomó sobre la silla, haciéndola crujir. El desaliento volvía a empañar su fugaz alegría:

—Ay, Cabrerita, Cabrerita, usted no se enmienda. ¿Cómo se le ocurre tentarme a visitar una casa de esa naturaleza? ¿Yo, yo —se golpeaba el pecho solemnemente— acudiendo a jaranas y alternando con gente de esa ralea para que mañana lo comente medio Lima y llegue el chisme donde las Lártiga...?

Cabrerita protestó:

—Se equivoca, ilustre Saturnino, pues el elemento es de calidad social. Me refiero, naturalmente, al masculino. En cuanto al femenino, también es de... primera. ¡Qué hembras! Allí deben estar ya Julia la Bien Plantada, la Potranca, la Colmillo de Oro, la China Susana y, desde luego, las tres Pechonas. Una de ellas, Pepa, que

cumple años hoy, me rogó que le llevase, aunque fuera arrastrado. Dice que usted le aloca; que su palabra es más brillante y convincente que la de un predicador jesuíta.

—Agradézcale, agradézcale, y dígame que alguna vez iré por allí.

—Saturnino, no me desespere, que la jarana debe estar que arde. Un político de sus quilates, se lo repito, no puede permanecer mucho tiempo en la sombra. Además, tenga en cuenta que donde las Pechonas encontrará usted varias personas relacionadas con el Gobierno.

—¿Con el Gobierno? —Ponciano hizo un ruido despectivo con los labios— Pues poco me interesan. Bien sabe usted, mi buen amigo, que espero mejores tiempos, o sea cuando toda esa canalla haya sido arrojada por la borda.

Cabrerita adoptó una actitud teatral:

—Bueno, que consten siquiera los esfuerzos que he hecho inútilmente para convencerlo. Le diré a Pepa que usted ha preferido pulir un soneto que aceptar...

—No se precipite tanto —cazurreó Ponciano— que todavía no he dicho mi última palabra. Déjeme tiempo, por lo menos, para considerar las ventajas y desventajas de esta aventura. Creo, como lo creerá usted también, que a las Pechonas les halagaría sobremanera mi presencia en su fiesta. Por otro lado, tendría yo la oportunidad de reencontrarme con el mundo y de disfrutar toda una noche de la inapreciable compañía de usted. Además...

—...se vincularía usted con gente que podría reabrirle las puertas de... Bueno, ilustre Saturnino, enumeradas por usted y por mí las ventajas que le reportaría el ir donde nuestras amigas, las desventajas se resumirían al presunto desgrado que... podría ocasionarle a las Lártiga del Molino su asistencia a esa jaranita.

Ponciano se puso nuevamente de pie, y mientras empezaba a desanudarse el cinturón de la bata:

—Aunque sus argumentos no me han convencido del todo, estoy pronto a descarriarme esta noche por usted, nada más que por usted. ¡Mamani! —gritó al criado— Prepara mi terno color marrón. Nada más que por usted saldré de mis casillas, querido Cabrerita. Espero que aprecie en toda su magnitud este sacrificio. ¿No es cierto? ¡Mamani, saca del primer cajón de la cómoda mis escarpines plomos! ¿Cree usted, Cabrerita, que me irá bien?

—Naturalmente.

—Ojalá le asista la razón. ¡Mamani, no olvides de poner un clavel fresco en la solapa del saco! Entonces, Cabrerita, tenga paciencia y aguárdeme unos diez minutos. Nada más que diez minutos.

\* \* \*

Bronco clamor de guitarras y cálido vibrar de voces resonaba en la casa de las Pechonas cuando Saturnino Ponciano y Cabrerita atravesaron su estrecho zaguán, donde las enredaderas multicolores enroscaban sus jugosos tentáculos, trepando hasta el techo.

Me enajena, mujer encantadora,  
la luz de tu mirada arrobadora.

La dulzona melodía del vals criollo espoleaba la sangre de los bailarines, haciéndolos girar atropelladamente por la sala en un cálido deseo de lucir la arrogante estampa y el gracioso contoneo en las vueltas y revueltas y en el cadencioso paso matizado con punta y talón.

La tardía llegada de ambos suscitó una estruendosa algazara de saludos, gritos destemplados y vivos aplausos en los que se abstenían de bailar. Pero Rodolfo Cabrerá, más popular en ese medio que Ponciano, vióse ase-

diado por mujeres y hombres y conducido en triunfo hasta el comedor, donde se hallaba Pepa, la "dueña del santo". Al verlo, la morena distendió los carnosos labios, descubriendo una dentadura alba y recia, y sus ojos saltones de caballo de carrousel se dilataron jubilosos y radiantes, mientras extendía los mórbidos brazos para estrechar a Cabrera:

—¡Rodolfito, por fin se te ve! Creía que me habías olvidado. Cómo me dicen que ahora sólo andas de arriba pa bajo con ése que fue diputado...

—¡Schsss, mujer! —la veloz diestra de Cabrerita se convirtió en mordaza, cubriendo la abultada y provocativa boca de la mulata— No murmures de ese modo de un amigo que, precisamente, he traído para que te corteje.

—¿A mí? Pues perdería su tiempo el pobre. No me gusta esa clase de tipos. Recomiéndaselo mejor a la Colmillo de Oro. A ella le alocan.

—Pepa, te propasas —le censuró, sonriente, Cabrerita— Piensa que Saturnino Ponciano, a quien ves allá, ha venido exprofesamente a felicitarte por tu cumpleaños. ¡Ilustre Saturnino! —llamó a éste— Véngase acá, que nuestra hermosa anfitriona quiere verlo de cerca.

—El que desea verla y admirarla es un servidor —moduló, ceremonioso, el carapotense, acercándose a la morena y tomándola de las manos— Créame, estimada Pepa, que desde que Cabrerita me recordó ayer esta solemne fecha, he estado luchando afanosamente para desligarme de varios compromisos y poder venir aquí a fin de sumarme a los tantos amigos que...

—Se agradece, se agradece. ¿Quiere tomar algo?

—Tratándose de usted, lo que guste. Quebrantaré el voto que hice de no probar licor hasta que...

—...cayera el Gobierno —completó la frase Cabrerita.

—Usted lo ha dicho.

La Pepa terció:

—Pues hace bien en violar su voto, pues se iba a quedar sediento muchos años. La Junta se ha prendido de pies y manos a...

—Vean quien está aquí —interrumpió la charla un Teniente largirucho e impávido, señalando al carapotense— Suponía que te hallabas en La Dorotea sembrando olluco y ordeñando alpacas.

—Siempre con tus bromas, Gallito —repuso, todo confundido, Ponciano, mirando el rostro anguloso y rojizo del oficial, donde el espolón de la nariz sobresalía atrevido y dominador como el de Cyrano de Bergerac.

—¿Conque conocías a mis Pechonas?

—¿Pechonas?

—Claro, Pechonas. ¿O quieres llamarlas finamente “Señoritas Olivar”?

—¿Y por qué no, si así nos apellidamos? —protestó Juanita, la menor de las hermanas, moza abultada de pecho como las otras, con una mata de cabello moteado, salpicada de jazmines, que le formaba risitos en la nuca, y una anca turbadora, cuyos movimientos acentuaba adrede para despertar malsanos deseos.

El de caballería insistió:

—Para mí y para todos los que las queremos, ustedes serán siempre las Pechonas. Por lo demás, no es un remoquete, sino un elogio de lo que mejor lucen. ¿Verdad, Pepa?

—Si tú lo dices, Gallito...

—Y a propósito de pechos, ¿han preparado buen rancho en esta casa? Porque la vez pasada tuve que ir a rematar donde el japonés de la esquina.

—¿Cómo? —gruñó la Pepa— Si precisamente aquí es el único lugar donde comes bien. Y ahora, ven conmigo y convéncete de lo que hay para que no hables.

Y la morena cogió del brazo al Teniente y lo condujo a la cocina, en la cual, tanto él como quienes les siguieron,

admiraron, sobre varias mesas, una serie de fuentes repletas de anticuchos, carapulca de conejo, locro de patitas, señoritas en limón, pollo en alioli, chicharrones, causa, camarones, pavos rellenos, chivos y lechones. Además, otras viandas hervían en el fogón, despidiendo incitante olor. Dirigía las labores culinarias Tomasita, la segunda de las hermanas y tal vez la más agraciada.

—¡Aquí hay para tres días! —cacareó el oficial— Vayan preparándome la mejor cama familiar, que de esta casa no salgo ni aunque tenga guardia en el cuartel. ¿Se cocina tan bien en tu tierra, Saturnino?

—Bueno —titubeó el aludido— Creo que como la señorita Tomasa...

—¡Y dale con lo mismo! Dí "la segunda de las Pechonas"... ¿O te parece que lo que exhibe ésta no justifica todavía el apodo?

La Tomasita se irritó:

—No seas insolente, Gallo, que si sigues fregando te voy a sacar de aquí a cucharonazos. Cabrerita, mi amor, llévate a este descarado antes que pierda la paciencia y haga con él lo que acabo de hacer con uno de La Palizada.

Ante la amenaza, todos regresaron al comedor. Allí prosiguió el Teniente lastimando con sus chanzas y chistes a Saturnino Ponciano, quien, al fin, se vió precisado a desplazarse a la otra pieza, donde se había concentrado la "Guardia Vieja": Veteranos de miles de jaranas, cuya élite la constituía la famosa Palizada, que esa noche formaba alegre corro en derredor de la China Susana, la Colmillo de Oro, la Bien Plantada y otras mozas aficionadas al trago y al amor. Presidía el grupo un Coronel de gallardo porte, gesto desdeñoso y altanero y bigote enhiesto, que arrastraba una tremenda reputación adquirida en revoluciones, asonadas, amoríos y duelos. A ratos llevaba la voz cantante y las mujeres se conturbaban al influjo de sus palabras. Mariposeaba a su lado y al de otros

altos galonados en retiro, un Capitancito, breve de cuerpo, rozagante y de aspecto juvenil, cuyo ingenio era múltiple. Tan pronto condimentaba un chiste o improvisaba un verso, como cantaba con sentimiento y hacía gemir la guitarra. Para todas las muchachas tenía un piropro a flor de labios, y cuando bailaba le formaban rueda para ver cómo se cimbreaba en las revueltas de un vals o se movía garboso en los pasos de una marinera.

Saturnino Ponciano pasó inadvertido como tantos otros que se acercaban a ese rescoldo criollo en busca de notoriedad. Inútil era que empleara frases espirituales, creyendo provocar la risa, o que la emprendiera con temas serios. Ninguno de aquellos sibaritas le prestaba atención. Y menos las mujeres, a las cuales prodigó elogios buen rato, todo dengoso y amanerado, hasta que una de ellas, desesperada de oírle, acalló sus arrestos verbales, llamándole "aburrido" y "pesado".

En silencio, Saturnino Ponciano volvió a la sala y sentóse en un sofá, donde se sintió también huérfano de cordialidad, ya que todos se entretenían en ese momento en revolotear por el salón al compás de los vales que interpretaban tres músicos, cuyas voces se rajaban cada vez más debido al alcohol y al esfuerzo que realizaban para emitirlos. ¿Y Cabrerita? ¡Ah, el tunante! Ni siquiera se había vuelto a ocupar de él, absorbido seguramente por las gracias de alguna mujer o asediado por los amigos para que contase aquellos chascarrillos picantes que, como los del Gallo, suscitaban tempestuosas carcajadas. ¿Qué objeto tenía, pues, continuar en esa fiesta, aislado de todo el mundo? Preferible era mil veces retornar a la mística soledad de su escritorio para pulir sonetos.

Dominado por esta idea, el carapotense acercóse a la sombrerera, tomó el hongo y dirigióse a la puerta principal, cuidando de que nadie advirtiera sus intenciones. Mas cuando se hallaba ya en la calle, se dió cuenta que el hongo que llevaba no era el suyo: Se le bajaba hasta

las crejas. Entonces regresó presuroso para cambiarlo. Afortunadamente —así lo juzgó horas después— tropezó en el zaguán con Pepa, la cual, por consejo de Cabrerita, corría tras él para impedir su fuga.

—Conque se nos escapaba el doctorcito —le reprochó la morena, cogiéndolo del brazo —Esto merece un serio castigo. ¡Cuatro copas al hilo!

Ponciano se defendió meloso:

—No me trate así, Pepa. Yo sólo salí un momento a comprar cigarrillos en la pulpería del japonés de la esquina. Prueba de ello es que me encuentra regresando.

—Entonces que sea por eso — y arrastróle al comedor, donde lo obligó a beber, con la aprobación jubilosa de los que allí se hallaban, varias copas dobles de Locumba, que le trastornaron la mente.

Desde esa hora hasta la madrugada, Saturnino Ponciano olvidó su recato. No supo en buena cuenta lo que hizo. Giró como en un torbellino incontenible, escanciando pisco sin medida, bailando huaynitos —él creía que eran valeses— y requebrando descaradamente a todas las mujeres. Lo volvió a situar al fin en la realidad Cabrerita al señalarle con el índice a un individuo regordete y calvo, que se adormecía en un sofá de la pieza vecina, abrazado a Juana:

—¿Lo reconoce, ilustre Saturnino?

—Pues si le confieso la verdad, no. Me parece... bueno, creo que... Espere. ¡Claro que le conozco! ¿No es el viejo ése de La Palizada? No, no puede ser. ¡Caramba! Cómo nublan la vista las copitas. Si no me equivoco, ella es una de las Pechonas.

—Claro, la Juana, pero yo me refiero a él. Es increíble que no le reconozca. Acerquémonos. ¿Acertó ahora?

—Si estuviéramos en otro lugar le diría que es...

—Su amigo Ignacio Castilla. ¿No es cierto?

—Sí, sí; pero, desgraciadamente, no puede ser él.

—¿Por qué no?

—Porque Castilla no vendría aquí aunque lo amenazaran con despellejarlo.

Al ver a Cabrerita a pocos pasos de su persona, la Juana zafóse de los brazos de su pareja y se precipitó sobre él.

—¡Mi amor! Hace rato que te busco como loca. Felizmente has venido a tiempo para librarme de este tipo, que ya me ha puesto las piernas moradas de tanto pellizcármelas.

—¡El doctor Castilla! —exclamó Ponciano, creyendo soñar.

—El mismísimo —repúsole el nombrado con esa rara serenidad y desparpajo que insufla el alcohol— ¿Le sorprende encontrarme aquí?

—No, no, doctor.

—¿O cree que debo estar siempre en mi fría oficina de Palacio?

—De ninguna manera, doctor, de ninguna manera. La vida es muy corta para pasarla como galeote abrazado a los remos.

—¿Se refiere a los muslos de Juanita?

—No, doctor, no. Usaba sólo una figura retórica.

—Bueno, déjese ahora de filosofías baratas y siéntese a beber aquí conmigo una copa, ya que me ha ahuyentado a Juanita. ¡A mi Juanita! ¿Le gusta? Y qué dura es. Si la tocara usted, ex-padre de la patria... Y qué piel tan satinada tiene, sobre todo de las rodillas para arriba. ¡Caramba! Si da gusto. Véala ahí con el badulaque de Cabrerita...

Ponciano estaba alarmado. Hasta suponía que la persona que le hablaba no era el Secretario del Presidente de la Junta, sino un bromista de cuenta, parecido a él. Pues, ¿cómo concebir que tan honesto y honorable funcionario se hallase en esa casa al igual que cualquier mozo jaranista y pendenciero, embriagándose con hembras de

dudosa reputación y profiriendo frases vulgares? Dudando que su mente pudiera haber recobrado ya completa lucidez, inquirió por lo bajo a Cabrerita, que se contorsionaba entre los fuertes brazos de Juana:

—Dígame, mi amigo, ¿este señor es realmente el doctor Castella?

Al tunante le hizo tanta gracia la ingenua pregunta que, en vez de responderse, volvióse al mismo Secretario del Presidente:

—Doctor, Saturnino no cree todavía que usted es... usted.

—¿Y por qué? —se encrespó Castella.

—Son bromas de este joven —apresuróse a intervenir Ponciano— Tan luego lo ví entrar, doctor, lo reconocí, pero no quise alterar...

—Muy mal hecho, pues desde temprano hubiera tenido yo el gusto de dialogar con un hábil político. Y ahora, bebamos por usted.

—¿Por mí...? Gracias, doctor, gracias, no vale la pena. Mejor hagámoslo por el ilustre hombre público que nos gobierna.

El doctor Castella hizo un gesto de desagrado como si la copa que tenía en la mano contuviese aceite de castor. Luego dijo:

—Ya que usted lo quiere, que en buena hora sea. Pero la segunda será por usted, la tercera por Juanita y la cuarta por... mí. ¿Estamos de acuerdo?

Y rió con risa campanuda y contagiosa, mientras palmeaba el asiento del sofá, creyendo quizás que era el mórbido cuerpo de la menor de las Pechonas. El carapotense cobró ánimo y empezó su labor persuasiva antes que lo interrumpiera algún importuno. Mas su temor resultó infundado. Castella permaneció con él hasta el alba, absolviendo sus necias preguntas, alentándolo en sus aspiraciones políticas y refiriéndole anécdotas históricas con envidiable amenidad, a pesar de que Ponciano, envene-

nado de fervor áulico, hacía girar siempre el diálogo alrededor de la figura del Presidente de la Junta, interesado en conocer hasta sus datos familiares.

—Esos poco importan —se empeñaba en esquivar el tema Ignacio Castilla— Suficiente es que el Presidente valga lo que vale por sus propios méritos, ya que es uno de aquellos hombres que los norteamericanos llaman *self made man*.

—De acuerdo, doctor, de acuerdo —insistía el carapontense— Pero, además de sus virtudes cívicas innatas, ha de poseer otras heredadas. Estoy seguro de que por sus venas corre sangre de guerreros, de caudillos, de patriotas, de santos. Las leyes de la herencia son inmutables. Bien lo sabe usted, mi querido doctor. Nuestro Mandatario cuenta sin duda con antepasados gloriosos. De lo contrario no mantendría en todos los actos de su vida tan sólida firmeza de carácter y una nobleza espiritual que lo enaltece.

Confundido por la argumentación, Castilla limitábase a alzar los hombros y a proyectar el labio inferior, indicando que en realidad ignoraba que el Presidente de la Junta tuviese algún antepasado digno de figurar en la historia. Pero más tarde, después de haber incitado la memoria con el Ocucaje de la cena, trajo la conversación al mismo punto:

—A propósito de lo que hablábamos hace un rato, el Presidente tuvo un abuelo que, si bien carece del relieve de nuestras grandes figuras históricas, fue, por lo menos, un militar que supo cumplir con su deber en un momento difícil de la vida nacional.

Ponciano saltó del sofá todo eufórico:

—¿No se lo decía, doctor? Ya ve usted que no me equivocaba. No podía ser de otra manera. Por las venas de nuestro insigne Mandatario corría la sangre de un héroe.

—Cálmese, Saturnino, cálmese —le rogó Castilla,

arrepentido de haber tocado de nuevo el tema— El abuelo del Presidente a que me refiero no fue un personaje importante, de aquellos que merecen el bronce, sino un simple Mayor de gendarmes, honrado y caballeroso, que se distinguió de modo notable combatiendo en Catibamba contra un grupo de facciosos a quienes aniquiló.

—¿Y le parece poco, doctor, lo que hizo aquel héroe? ¿Qué sería ahora de nuestro país si no hubiesen existido hombres de esa envergadura moral, que expusieron su vida por salvarnos del caos y la anarquía? ¿Y cómo se llamaba ese héroe, doctor? Es necesario que la historia — suegra siempre ingrata— recoja su nombre para que sirva de ejemplo en esta época en que se bastardean hasta los sentimientos más puros.

—Bueno, bueno —repúsole Castella, lleno de paciencia— Es difícil que lo recuerde esta noche, sobre todo con la cantidad de copas que... me han obligado a beber. Pero no se preocupe; yo se lo diré en otra ocasión.

La exigencia de Ponciano se agudizó:

—No, doctor, le ruego que torture su memoria si fuese necesario. Me interesa saberlo hoy mismo.

Forzado por Ponciano, Ignacio Castella permaneció buen rato con la mirada fija en el cielo-raso, como si esperara distinguir allí el nombre del abuelo del Presidente de la Junta, hasta que al fin se palmeó la frente y dijo:

—Si mal no recuerdo, el Mayor se apellidaba Torredales.

—Bien, bien, ¿y el nombre?

—¡Caramba! Usted desea saberlo todo. Pues se llamaba algo así como Alberto. No, no. ¿Roberto? Tampoco. ¡Mamerto! No, ¡qué horror! Mamerto, no. Algo así como... Rigo... Rigo

—¿Rigoletto?

—No sea bárbaro, hombre. Rigo... ¡Rigoberto! Eso es: Rigoberto.

—¿Y si no es molestia, doctor, ¿podría indicarme

también la fecha en que tuvo lugar ese famoso encuentro?

—Me parece que fue en agosto de 1857. Mi memoria es menos frágil para las fechas que para los nombres.

—Muy bien, doctor, ¿y el día?

—¡Ah, no! —se sulfuró Castilla— Eso averígüelo usted con su señora abuela.

Y se fue en busca de Juanita.

La luz violeta de la madrugada anegaba la casa. Los cantores seguían desgañitándose y los invitados, repartidos por aquí y por allá, bailaban, bebían y devoraban las aves horneadas y los lechones rollizos. En medio de animado corro, Cabrerita y el Teniente Gallo continuaban agotando su repertorio de cuentos picantes.

Ciareando el alba, Saturnino Ponciano y Cabrerita abandonaron la casa de las Pechonas, cogidos del brazo para sostenerse mutuamente. Las calles cobraban vida al son de los pregones y el chirrido de las carretas. Una fina garúa, como polvillo de cristales, humedecía la ciudad. Los gallinazos iniciaban sus revuelos matutinos y una legión de beatas acudía a las iglesias.

—Conque héroe de Catibamba —iba murmurando Ponciano— Conque héroe de Catibamba. No haberlo sabido antes.

—¿Decía algo, ilustre Saturnino? —tartamudeó Cabrerita, intrigado por las expresiones misteriosas del carapotense.

—Nada, nada; que ignoraba hasta hace dos horas que el abuelo del Presidente de la Junta había combatido denodadamente en Catibamba.

—¿Catibamba? ¿Y qué combate fue ése?

—Bueno, hombre, el de... Catibamba.

La curiosidad se filtró entre las nieblas mentales de Cabrerita:

—¿Y dónde queda eso?

—Ya le he dicho, joven amigo, que en Catibamba.

—¿Y qué le importa a usted que el abuelo del Presidente haya peleado en ese lugar?

Ponciano soltó el brazo de Cabrerita y se detuvo. En sus facciones jugueteaba un gesto ambiguo:

—¡Cómo! ¿Le extraña que me ocupe con tanto interés del héroe que acabo de descubrir? Joven amigo, es

un noble deber de todo buen patriota el dar a conocer a nuestros héroes para que los honren las generaciones presentes y futuras.

El alcohol ingerido en grandes dosis habló en Cabrerita:

—Pero eso suena a adulación, ilustre Saturnino. Piense que el señor a que se refiere, y cuyo nombre ignoro, era abuelo del tirano.

—Eso no viene al caso. Lo valiente no quita lo cortés. Rendiré tributo de admiración al héroe con el mismo apasionamiento que ataco al tirano. Y usted, mi amigo, me acompañará a exhumar el recuerdo del famoso héroe de Catibamba. No me negará su concurso.

—¡Catibamba, Catibamba! —empezó a repetir Cabrerita, prolongando su aburrida cantinela a lo largo de las calles, mientras se tambaleaba al igual que Ponciano— ¡Catibamba!

\* \* \*

A las nueve de la mañana del día siguiente, la Biblioteca Nacional se honraba con la presencia de Saturnino Ponciano, quien irrumpió en la sala de lectura, que se hallaba vacía a esa hora, y pidió a un empleado la colección de "El Comercio" del año 1857. Apenas la tuvo en su mano se entregó a revisar nerviosamente los ejemplares correspondientes al mes de agosto, ansioso de encontrar la noticia del reñido combate de Catibamba. Dos veces escudriñó en las viejas páginas, desde el 1º de dicho mes hasta el 31, sin encontrar el menor rastro del acontecimiento. Y fué sólo en el número del dos de septiembre, y cuando ya perdía la paciencia, que descubrió, entre dos avisos mortuorios, lo que buscaba con tanto afán desde hacía rato. Avidamente leyó en alta voz, sin preocuparse del empleado que le observaba sorprendido: "Catibamba, 16 de agosto. En la madrugada de ayer, varios jinetes

penetraron en el pueblo y recorrieron las calles al galope, disparando sus armas y promoviendo terrible algazara, después de lo cual se entregaron, ante el estupor de los vecinos, a saquear tiendas y cantinas. Al ser informado del inaudito hecho el Mayor de gendarmes, don Rigoberto Torredales, que se encontraba con un pelotón de soldados en las afueras del pueblo, regresó precipitadamente y sostuvo reñido combate con los desalmados invasores, derrotándolos y persiguiéndolos hasta una llanura cercana, donde acabó de aniquilarlos. Se ignora si los asaltantes eran montoneros o bandidos”.

Gozoso y febril, Ponciano copió la noticia. Le bastaban estos ingredientes para condimentar una leyenda: la del heroísmo del Mayor Torredales en el tremendo combate de Catibamba. Precisamente se avicinaba el aniversario de esa gloriosa fecha.

Ese mismo día, Ponciano convenció a Cabrerita de que debía valerse de sus relaciones amistosas con ciertos periodistas para dar ambiente al acontecimiento. Pensaba colocar una lápida en la casa donde había venido al mundo el héroe de Catibamba. El tiempo se estrechaba. Sólo faltaban veinte y cinco días para el 15 de agosto.

Desde su lecho —todavía no se había levantado, a pesar de ser la una de la tarde— Cabrerita hizo a Ponciano una pregunta desconcertante:

—¿Y sabe usted, ilustre Saturnino, dónde nació ese héroe de Plutarco?

Ponciano no pudo fingir. La observación del renombrado tunante le había dejado helado. ¿Cómo no había pensado antes en ello?

Al verlo en situación embarazosa, Cabrerita le aconsejó:

—Entrevístese ahora mismo con el doctor Castilla. El puede ayudarlo. Si no conoce este dato, se lo preguntará al mismo Presidente.

—¿Y si se opone el Presidente a que saquen del

olvido a su abuelo? Recuerde que es melindroso para aceptar agasajos y honores. De esto se puede deducir que se manifestará intransigente tratándose de uno de sus antepasados.

—Recomiéndele a Castella que guarde la debida discreción hasta que aparezca la noticia en los diarios y el Presidente ya no pueda impedir la ceremonia.

—¡Magnífica idea! Tenga por seguro que compraré la discreción de Castella designándolo miembro del Comité organizador. Así se verá obligado a ayudarme, sobre todo en lo referente a la colecta que se hará para pagar la lápida. Sí, ilustre Cabrerita. Y no le alarme mi proyecto. Abandone, pues, el lecho y apresúrese a visitar los diarios. Oportunamente le entregaré a usted la biografía del héroe para que la haga publicar.

Cabrerita se extrañó:

—¿Y cómo piensa obtener los datos?

—¡Qué ingenuo es usted! La vida de todos los Mayores de gendarmes sigue siempre la misma trayectoria. ¡Es desesperante! Arriba, pues, que yo me voy a Palacio a hablar con Castella.

\* \* \*

El Secretario del Presidente no invocó ningún pretexto, como acostumbraba con otras personas, para recibir a Ponciano. Recordaba que el carapotense había sido un testigo peligroso de su insólito comportamiento de la noche anterior, durante la cual se olvidó de los sólidos principios morales de que hacía gala en toda ocasión.

Al doctor Castella se le cayeron los anteojos —se le hubieran hecho añicos si no los tiene adheridos a una cinta negra— tal la transfiguración que sufrió su rostro cuando Ponciano le comunicó el proyecto. Hasta tentado estuvo de retirarle su amistad y despedirlo. Pero se con-

tentó con recriminarle, mientras se mesaba los escasos cabellos:

—¡Esas son las consecuencias que obtengo por des-  
carrirme! ¡Maldita sea la hora en que acepté la invita-  
ción!

Ponciano procuró sofrenar la cólera del Secretario:

—Me sorprende su actitud, doctor Castilla. Usted es un hombre de méritos reconocidos, que tiene veneración por la Historia. ¿Cómo es posible entonces que niegue su concurso para ensalzar un hecho tan importante, que ha permanecido hasta ahora en la obscuridad, debido sólo a la ingratitud y estupidez de los llamados a velar por nuestro sacrosanto pasado? ¿Y que sea usted, precisamente usted, el que rehuse glorificar el combate de Catibamba, cuando su héroe fue nada menos que el Mayor Rigoberto Torredales, digno abuelo de nuestro Mandatario, a quien presta usted apreciables servicios?

El Secretario no sabía qué responder. Dos fuerzas contrarias lo inmovilizaban. Por un lado la aversión a resucitar un acontecimiento sin relieve nacional, y por el otro el temor de impedirlo cuando estaba de por medio un antepasado del Jefe del Estado. Aprovechando de su desconcierto, Saturnino Ponciano continuó exponiéndole un sinnúmero de razones, hasta que, viéndolo vencido, le disparó:

—Mi doctor necesito saber dónde nació el héroe.

—¿Héroe?

—Sí, héroe, pues quien defiende la vida y el patrimonio de sus conciudadanos es un héroe. Ruégole, pues, decirme en qué lugar vió la primera luz.

—Aquí, aquí, en Lima —gruñó Castilla, ansioso de salir cuanto antes de Ponciano.

—¡Gracias a Dios! ¿Y no sabe en qué calle?

—¿También quiere saber eso?

—Y entonces, ¿dónde colocamos la lápida?

—¿Colocamos?

—Sí, doctor Castella: colocamos —afirmó el carapotense, dueño ya de la situación— Dígame, pues, en qué calle nació el Mayor Torredales.

El Secretario cedió:

—Recuerdo que una vez oí decir al Presidente que los Torredales ocupaban una casa de altos en la calle de Las Brujas.

—¿Podría indicarme qué casa?

—¡Por Dios, hombre! Lo ignoro, como lo ignorará el Presidente.

—Muy bien, doctor; entonces escogeré la mejor casa de esa calle para colocar la lápida. El discurso corre a mi cargo. A usted le concederé el honor de encabezar la lista...

—¿Qué lista?

—La de los erogantes. Oportunamente se la enviaré. También le informo que dentro de poco aparecerá en los diarios la noticia de la próxima ceremonia.

—¿Y si se opone el Presidente?

—Usted se encargará de convencerlo de lo contrario. Su ilustre abuelo debe salir a la luz pública con categoría de héroe, porque lo fue.

—¿Lo cree usted? —inquirió, confundido, Castella.

—Naturalmente. Y ahora, mi querido amigo, me voy. Tengo que entrevistarme con el escultor y correr a la calle de Las Brujas. Adiós.

\* \* \*

Al salir del Despacho del Secretario y pasar por la antesala, Saturnino Ponciano descubrió en su rincón de siempre a don Goyo Corcuera. El viejo dormía plácidamente, lo cual no era de sorprenderse. Para eso iba allí. El carapotense se detuvo como si algo extraño le impidiera avanzar. Y era que una idea había empezado a germinar en su mente. Una de esas geniales ideas que, con

mucha frecuencia, le resolvían los problemas más complicados. Acercóse sin vacilar a don Goyo y le sacudió suavemente varias veces sin resultado alguno. Entonces, viendo que el anciano no hacía más que ronronear como un gato, le sopló al oído:

—Don Goyo, el Presidente le aguarda.

Fue suficiente para que el viejo abriese los ojos, se pusiera de pie y echara a andar en dirección del Despacho presidencial. Tuvo Ponciano que detenerlo por un faldón del verdoso jaqué y explicarle:

—El que quiere hablar con usted soy yo.

—¡Ah, señor diputado!

—Ya no lo soy, pero eso no importa. Véngase conmigo, que bien ha de caerle una copa de pisco.

—Claro, claro —afirmó el viejo, siguiendo los pasos de Ponciano— Para este friecito no hay como el jugo de Ica. Cuando yo estaba en el Ejército...

—Pues de eso le voy a hablar.

Y se lo llevó a una chingana de la calle Desamparados, donde don Goyo no tuvo escrúpulo de beberse cuatro copas, mientras refería sus aventuras militares.

Cansado de oírle disparatar, Ponciano le dijo:

—Amigo Corcuera, me han asegurado que usted estuvo en el combate de Catibamba.

—¿Catibamba? Claro que estuve —repuso el viejo con la misma naturalidad que hubiera asegurado que formó parte del Ejército libertador en Ayacucho o que era almagrista en la batalla de las Salinas.

—¿Entonces usted combatió al lado del famoso Mayor Rigoberto Torredales en aquel 15 de agosto de 1857, cuando aniquilaron a varios cientos de revolucionarios que habían entrado a saco en Catibamba? ¿Usted sería Alférez entonces?

—Claro, Alférez; bien lo recuerdo.

—Pues sepa usted que el señor Presidente de la Junta es nieto de su denodado jefe.

—¿Nieto de...?

—¡Cómo son las cosas de la vida! Si usted le hubiera recordado a su glorioso abuelo, ya le habría recibido.

—Claro, claro, se lo voy a mandar decir — y don Goyo apuró una quinta copa de pisco— Claro, Torredales, bien lo recuerdo. Eso fue en la época de Balta.

—No, no, don Goyo, de Castilla.

—Ah, claro, de Castilla, ahora lo recuerdo. Yo era Alférez y mi jefe el Comandante...

—No, don Goyo, Mayor Torredales, el héroe de Catibamba.

—Claro, de Catibamba.

—Pues sepa que el 15 de agosto se colocará una lápida en la casa donde nació Torredales. Quiero que usted esté presente, como el único sobreviviente de ese famoso combate. Vestirá usted el uniforme de Alférez y nos acompañará en la ceremonia. Asistirá el Presidente de la Junta.

Al viejo le relampaguearon los ojos. El proyecto le seducía. Lo único que le mortificaba era el recordar que no poseía uniforme de Alférez, porque nunca pasó de sargento. Pero Ponciano, previendo tal circunstancia, se apresuró a manifestarle que ese asunto corría de su cuenta.

En vez de volver a Palacio, don Goyo Corcuera se dirigió a su casa, íntimamente satisfecho de que por fin le hubiera sonreído la fortuna, después de esperar tantos años. Por el camino iba hablando solo: "Claro que me acuerdo de Torredales. Murió como un buen soldado en Catibamba. No, no murió. Ese fue otro. ¿Y dónde, demonios, queda ese lugar? Ah, ya recuerdo. Pero no; no es por allí. La cabeza me está fallando. Catibamba. 1857. Torredales. Ah, el cholo Castilla, revoltoso como él solo. El diputado Ponciano me salvará. ¡Viva Catibamba".

\* \* \*

En contra de lo que imaginaba el doctor Ignacio Castella, el Presidente de la Junta tuvo una inmensa alegría al saber que su abuelo había sido héroe y que se colocaría una lápida en la casa donde nació. Sin embargo, una duda vino a preocuparle:

—Dígame, doctor —le preguntó al Secretario— ¿Y saben cual es la casa?

—Naturalmente, señor —se apresuró a mentir Castella— Saturnino Ponciano posee todos los datos al respecto.

El Presidente sonrió bonachonamente, asaltado por un recuerdo de carácter hípico:

—Sí, sí, siempre posee buenos datos. Ojalá éste no sea como el de Hesperión V. ¿Recuerda que se lo conté?

—Sí, señor Presidente. Tal vez él fue también víctima de un engaño. Los “tongos” son inevitables en las carreras.

—Tiene usted razón. No había caído en la cuenta. Hubo indudablemente “tongo”. Porque un caballo, hijo de Hesperión IV y de Lady Godiva, y descendiente del famoso Hesperión I, que honró las cuadras del Príncipe de Gales, no podía perder legalmente. Hubo “tongo”. ¿Y cree usted que debo asistir a la ceremonia?

—Naturalmente, señor.

—¡Caramba, caramba! Conque mi abuelo había sido nada menos que héroe de Catibamba. ¿Y por dónde queda ese lugar, mi querido doctor?

La inesperada pregunta sorprendió a Castella, a quien se le había escapado averiguar este importante dato:

—Queda en los primeros contrafuertes de los Andes, en un valle fértil y de gran porvenir agrícola.

—Bueno, bueno, procuraremos hacer algo por Catibamba antes de dejar las riendas del poder.

—Muy acertado, señor. Se habla también de erigirle un busto allá a su glorioso abuelo.

—¡Magnífico! Son conmovedoras las reacciones de esas sencillas gentes. ¡Catibamba! ¡Catibamba! No disponer de tiempo para realizar un viaje hasta allá. Y a propósito, ¿cuántos días se emplean en ir a Catibamba?

De nuevo volvió a ponerse en ascuas el doctor Castilla. El maldito Catibamba acabaría por traerle alguna desgracia. Y otra vez divagó:

—Según, según, señor Presidente.

—¿Cómo según?

—Bueno, si uno hace parte del viaje en barco...

—Ya, ya comprendo. Usted siempre se pone en todos los casos. Es admirable. ¡Lo que vale la experiencia en la vida! Pues diga a la Comisión organizadora de la ceremonia que concurriré de buen grado para descorrer el velo de la lápida.

—Discúlpeme, señor, pero el presidente de ella, que es Saturnino Ponciano, le ha encomendado esta misión al señor Alcalde.

—Bueno, no anduvo descaminado. Le corresponde al Alcalde. Y a todo esto, ¿qué perseguirá Saturnino Ponciano?

—Poco, señor: Ser diputado, para lo cual cuenta con el noventa por ciento de los electores de su provincia.

—Y, desde luego, con el apoyo del Gobierno. Dígaselo así. Hombres como Ponciano merecen ser recompensados.

—Así es, señor Presidente.

—¿No fue él también una de las víctimas del endemoniado Coronel Ramírez Quiñónez?

—Sí, señor. Se cometió con el desdichado un serio abuso, a pesar de haberse mantenido leal al Gobierno. Pero el Coronel...

—No me hable de ese hombre —el Presidente hizo un gesto de repugnancia— Me ha dado muchos dolores de cabeza con sus rebeldías, intemperancias y caprichos. Ah, estos militares no debían salir de sus cuarteles, pero

a muchos de ellos les gusta politiquear. Y volviendo a lo de la lápida conmemorativa, vaya preparándome un discurso adecuado al acto en respuesta del que pronunciará el Alcalde.

—Perdone, señor Presidente, el discurso correrá a cargo de Saturnino Ponciano. El Alcalde se limitará a descubrir la lápida.

—Bueno, bueno, que sea así. Y no olvide de deslizar algún elogio a Ponciano. Lo merece.

\* \* \*

Bajo persistente garúa, una cincuentena de personas, de inconfundible cariz gubernamental, se apiñaba frente a una casa de balcones moriscos, amplio portón y patio florido: la cuna del héroe de Catibamba. Con admirable criterio, Saturnino Ponciano la había escogido entre otras de menor importancia de la calle Las Brujas, calculando que una familia de alcurnia como la Torredales no podía haber habitado sino en ella. Y, sin escrúpulo alguno, hizo colocar la lápida en su fachada, previo permiso del propietario.

Incómodos dentro de sus abombadas y albas pecheras, los áulicos no lograban disimular su irritación. Y era lógico que así fuese. No se explicaban cómo había conseguido "ese tipo de la Cruzada Benefactora" exhumar un personaje de ínfima categoría para robarse la voluntad del Presidente de la Junta. ¿Por qué no se le había ocurrido a alguno de ellos escarbar en los antecedentes familiares de los Torredales antes que lo hiciera un advenedizo, viejo enemigo del Gobierno, que intentaba ahora tocar con precisión y maestría las cuerdas emotivas del Presidente, presentándole un abuelo de pálida figuración histórica? Esto los tenía desesperados, más aun cuando ni siquiera habían podido intervenir en la organización del homenaje.

Cuando el Presidente llegó a la casa patricia de sus antepasados, el Alcalde y Ponciano se acercaron a la puercecilla del coche para saludarle, mientras una banda de música interpretaba la Marcha de Banderas.

El Mandatario descendió del vehículo repartiendo sonrisas y agitando en la diestra su sombrero de pelo de siete reflejos, para corresponder a la estruendosa salva de aplausos que se le tributaba, y avanzó hacia la lápida, que cubría el bicolor nacional. Dos de sus Ministros se colocaron a su lado, despejando a la parvada de paniaguados que, en su afán de estrechar la mano del Presidente, se aglomeraba a su alrededor. En medio del grupo, y sostenido por Cabrerita, don Goyo Corcuera lagrimeaba de emoción bajo su indumentaria militar. Ponciano había pasado amargas horas buscando un uniforme de la época, hasta que, por consejo de cierto amigo, sobornó al portero del Museo para que le cediera uno por cuarenta y ocho horas, pues necesitaba adaptarlo previamente al desmirriado cuerpo de don Goyo y suprimirle algunos galones. Las medallas que colgaban del pecho del improvisado Alférez, así como el sable que arrastraba, los había alquilado Cabrerita a un anticuario.

Acallados los acordes de la Marcha de Banderas, Saturnino Ponciano extrajo de uno de sus bolsillos el discurso que había preparado y, luego de extender la mirada por el compacto grupo y de alisarse la retinta melena, empezó a leer. Su engolada voz de tenorino repercutió en la calle:

—Excelentísimo señor Presidente, señores: Uno de los acontecimientos históricos que honran a la peruanidad es la de rescatar de la nebulosa del olvido la figura epónima de uno de nuestros más egregios héroes, cuya actuación gloriosa en el combate de Catibamba rememoramos hoy ante la presencia de uno de sus nietos, el ilustre Mandatario que nos gobier...

Vibrantes aplausos restallaron unánimes, deteniendo

al orador. Afiebrado de emoción, el Presidente de la Junta volvió sus humedecidos ojos hacia él, inficionando, sin querer, mayor dosis de envidia en el espíritu de los palaciegos.

—Ha sido debido sólo a la constante y tesonera labor investigadora de los pocos que nos preocupamos por reparar los errores del pasado y restablecer la verdad en nuestra historia nacional —continuó Ponciano— que reaparece en el escenario patrio, con resplandores de eternidad, para ocupar el sitio que le corresponde entre los manes de los héroes, el Coronel...

—¿Coronel? —masculló el Presidente, bastante sorprendido.

—...el Coronel —repitió el orador— don Rigoberto Torredales, el que, esclavo siempre de los sacros deberes militares, enfrentó en la llanura de Catibamba a efectivos superiores el 15 de agosto de 1857.

Una nueva salva de aplausos rubricó las anteriores frases. Teatralmente conmovido, Saturnino Ponciano enjugó con el pañuelo el rostro empapado de lluvia. Y continuó:

—Pero su extraordinario valor compensó la desigualdad de fuerzas. Parecía que Marte cabalgaba a la grupa de su corcel de guerra en la cruenta epopeya, dirigiendo su brazo armado. Las crónicas de la época lo cuentan y los testigos lo afirman. Aquí teneis a uno de ellos: este anciano glorioso que viste el mismo uniforme que llevaba en la sangrienta contienda. Por sus labios habla la Historia. Era entonces Alférez y con igual grado lo veis ahora, debido a la incuria de los llamados a recompensar a los héroes.

Un hilillo de voz aflautada escapó de la garganta del viejo:

—Así es, así es. El Mayor Torredales...

—Coronel, dirá usted —le sopló Ponciano.

—Sí, sí, Coronel.

Todavía continuó el orador relatando la famosa carga de caballería dirigida por Torredales, la cual comparó con las de Aníbal en las guerras Púnicas, la de Ney en Waterloo y la no menos famosa de Suárez en Junín, hasta que remató su elocuente discurso elogiando la labor de la Junta, "a cuya cabeza se halla un ciudadano iluminado por las mismas virtudes cívicas que el héroe de Catibamba".

Violando sus hábitos protocolarios, el Presidente abrazó a Saturnino Ponciano, mientras el Alcalde, sin poder avasallar sus nervios, descubría la lápida antes de tiempo, impidiendo que coincidiera este solemne acto con la interpretación del Himno de Catibamba, compuesto por un conocido músico nacional.

Un ¡oh! de sorpresa escapó de la boca de los presentes cuando admiraron la lápida, en cuyo centro aparecía el busto del héroe en alto relieve, esculpido por un artista del cincel, de acuerdo con las indicaciones de Ponciano, quien le aconsejó copiar los rasgos fisonómicos del Mandatario, suponiendo que el nieto se parecería al abuelo. Las leyes de la herencia fallaban poco. Y era así cómo la efigie del Mayor Torredales, ascendido a Coronel por el carapotense, tenía extraordinario parecido con el Presidente de la Junta. Era el Presidente de la Junta con mostachos borgoñones y quepis. La leyenda de la lápida decía: "En esta solariega casa vino al mundo el que, andando los tiempos, sería el famoso héroe de Catibamba, cuyas hazañas causaron la admiración de sus contemporáneos y fueron un ejemplo para las generaciones futuras. La Nación agradecida."

Ponciano había troquelado estas frases, sonoras y bellas como monedas recién acuñadas. La fecha del nacimiento de Torredales se la brindó uno de los libros parroquiales de la iglesia de San Sebastián.

Tan turbado estuvo el Presidente de la Junta que, en lugar de leer el discurso que le había preparado Castella, improvisó uno entre tartamudeos, agradeciendo el home-

naje rendido a su ilustre abuelo. Luego cogió del brazo a Ponciano y lo condujo a su coche en medio de un diluvio de aplausos.

Sofocados por el rencor, los áulicos se apresuraron a ocupar sus vehículos para seguir al Presidente.

Don Goyo Corcuera y Cabrerita se quedaron todavía allí buen rato, rodeados de los curiosos del barrio.

La marejada cada vez más creciente de la oposición y dos pequeños motines, dominados a tiempo, obligaron al fin a la Junta de Gobierno a cumplir su promesa de realizar comicios. Esta decisión tan esperada despertó entusiasmo en el país. Cientos de candidatos, ansiosos de contar con el favor gubernamental, se lanzaron a Palacio, llevando en el espíritu pebeteros llenos de incienso, como aseguraba "La Fragua".

Saturnino Ponciano engrosaba ya la lista de los áulicos. Sus visitas a la Casa de Pizarro las registraban cotidianamente los diarios. Se le consideraba consejero del Presidente, y los aspirantes a representaciones y cargos públicos le asediaban hasta en la residencia de Eloísa Cristina, que se había convertido en una especie de hada madrina para muchos de ellos.

Las Lártiga del Molino habían regresado de Chorrillos, precisamente el día en que Ponciano consagró en la calle de Las Brujas al héroe de Catibamba. La noticia las encendió de alegría. Desde luego, doña María de la Luz no participó de tal regocijo. A pesar de su buena intención, no lograba todavía digerir al carapotense. Estaba de acuerdo en que tenía ingenio, pero le despreciaba por su condición social, considerándolo uno de los tantos advenedizos que se empeñaban en corromper, por medio de entronques desiguales, la pureza de sangre de las pocas familias de clara estirpe que quedaban todavía en el Perú.

Aquella noche, Saturnino Ponciano visitó a la noble familia, observando con mirada bruja que Eloísa Cristina

había cobrado belleza después de dorar su piel en la aristocrática playa.

Doña María del Rosario le abrazó efusiva, reprochándole dulcemente:

—¡Por fin se le ve, Saturnino! ¡Le hemos extrañado tanto!

—Así es, así es —coreó, afónico, don Tomás Francisco— De eso debe usted estar convencido.

—Pero... —balbuceó Ponciano, deseoso de expresar la disculpa que había preparado.

—No cabe defensa alguna —dijo Eloísa Cristina, exagerando un mohín gracioso— ¡Se ha hecho usted acreedor a un tremendo castigo!

—Por Dios, trátenme con un poco de tolerancia. Piensen que una serie de trabajos y preocupaciones para rescatar del olvido a un héroe auténtico, ha absorbido mis horas.

Don Tomás Francisco cacareó entusiasta:

—Mandaré llamar ahora mismo al viejo badulaque de del Carril para reiniciar nuestro juego.

—¡Jesús con Tomás Francisco! —protestó su mujer, levantando los brazos cuajados de pulseras— ¿Que no puedes vivir tranquilo sin las benditas cartas? Tenemos hoy que conversar mucho con Saturnino. ¡Tanto tiempo que no disfrutábamos de su compañía!

—Cierto —afirmó Eloísa Cristina— pero hay que precisar que no ha sido por culpa nuestra. Saturnino no ha querido tomarse el trabajo de ir a Chorrillos. Su comportamiento no tiene disculpa.

Pero, en realidad, si la tenía. Ponciano había evitado, por natural pudor, exhibirse en la playa en traje de baño, temiendo que Eloísa Cristina se desilusionara de su pobre figura, que contrastaba con la de tantos atléticos bañistas.

Don Tomás Francisco volvió a inmiscuirse en la conversación:

—Así que, mi buen Saturnino, está usted de nuevo

en el candelero. Bien, bien. Lo tendremos pronto de diputado. ¿No es así?

—Naturalmente. Mi provincia lo reclama.

Ponciano fue invitado a hacer los honores a la comida familiar, durante la que desgranó amenas anécdotas, muchas de ellas de su propia invención. Doña María de la Luz invocó el pretexto de su jaqueca para no sentarse a la mesa.

Concluída la comida, una de las criadas anunció a Claudio Venegas, lo cual produjo en Ponciano serio malestar. No se había imaginado que el viejo periodista visitara la casa en un día que no fuese de recibo. Doña María del Rosario ordenó a la muchacha que le hiciese pasar al comedor para que les acompañara a tomar el café, y Venegas entró erguido y arrogante, la alba melena revuelta y la negra corbata anudada al desgaire. Parecía uno de aquellos actores españoles que han cosechado aplausos durante muchos años, representando dramones de Echegaray. Saludó a todos, y antes que el carapotense le endilgara la consabida retahíla de elogios, le dijo irónico:

—Su actuación de esta mañana ha sido un modelo de volubilidad política.

Ponciano no se inmutó. Por lo menos, aparentemente. Sabía que Venegas no extremaría sus censuras delante de damas. Remató su taza de café y repuso sonriente:

—Mi ilustre maestro, usted se ha formado seguramente una falsa idea sobre mi línea de conducta política. Créame que no soy de aquellos apasionados que toman la parte por el todo o el todo por la parte para juzgar las cosas. Combatí con tremenda vehemencia al Coronel Ramírez Quiñónez, como le consta; pero cuando el Coronel Ramírez Quiñónez se alejó o fue alejado del Gobierno, consideré innecesario llevar mi enañamiento más lejos, atacando a un grupo de hombres que, como todo el mundo sabe, mantiene sanos propósitos de conducir al país hacia la más amplia democracia.

Venegas refrenó su indignación:

—Sería capaz de aceptarle el argumento que aduce, pero me parece intolerable su actitud de esta mañana, removiendo las cenizas de . . .

—Claudio, Claudio —intervino don Tomás Francisco— tus palabras son injustas. Saturnino hace bien en acercarse al rescoldo. Tiene una diputación en puertas.

—¿Entonces lo guía el interés?

—Sí, el interés de servir a la patria —se entonó Ponciano— Y en cuanto a las cenizas del Coronel Torredales, debo declarar que no existe pecado en sacarlas a la luz pública, porque son las de un héroe. Me he quemado las pestañas investigando su gloriosa vida.

—Bueno, bueno, le aceptaré también este peregrino argumento, pero en calidad de broma —transigió Venegas, temeroso de que la discusión se caldeara más y que doña María del Rosario y Eloísa Cristina entraran en la palestra en defensa del carapotense— Lo calificaré a usted de humorista. Y en verdad tiene gracia el acto que preparó ante una casa que perteneció desde la Colonia a otra familia.

Don Tomás Francisco apuró una copa de vino y empezó a reír, cubriéndose la boca con la servilleta: Ji, ji, ji. ¡Qué gracioso! Por eso pensé siempre que este Saturnino era hábil. Muy hábil. Y la porfiada de María de la Luz . . .

—¡Hombre de Dios! —le regañó su mujer— No debías abusar del vino a tus años, pues te hace hablar tonterías.

Obligado por las circunstancias, Ponciano adoptó una actitud ambigua:

—¿Entonces, mi querido maestro, le ha disgustado la ceremonia conmemorativa del famoso combate de Catibamba? Y yo que pensaba ingenuamente que "La Fragua" la comentaría a tres columnas.

—Pierda cuidado que lo hará, aunque no como usted lo desea.

—No discutan, no discutan —aconsejó doña María del Rosario, agregando su hija:

—Claudio, tome su café, que se le enfría. Y ahora que me acuerdo, ¿por qué nos olvidó también en estos dos últimos meses? Ni una sola vez fue a Chorrillos, como si quedara a cien leguas de distancia.

Preocupado en disculparse, el periodista abandonó el tema de la ceremonia de aquella mañana. Luego llegó del Carril, y Ponciano respiró fuerte, aceptando jugar tresillo con los dos viejos, aunque en el fondo hubiera preferido dialogar con Eloísa Cristina.

Durante la partida, don Tomás Francisco no cesó de reír, asaltado por el recuerdo del héroe de Catibamba y de su feroz carga de caballería, que había saboreado leyendo un resumen del discurso de Ponciano en el diario de la tarde. Ji, ji, ji.

Gemía el viento cargado de lluvia en la noche alucinada de relámpagos. Al redoble de los truenos, tres viajeros avanzaban lentamente por el sendero zigzagueante que conduce a Carapoto, confiados en el instinto de sus mulas, cuyos cascos repiqueteaban en las piedras. La mole gigantesca de los Andes surgía a ratos al fulgor de los destellos estelares, ciclópea, granítica, estriada de surcos profundos, como un obstáculo invencible, amedrentando a los jinetes. Sobre todo al que iba último, prendido fuertemente del arzón de la montura y tiritando bajo el poncho. El desdichado había cerrado los ojos, creyendo aislarse así del mundo, y de sus labios escapaba un rumor de rezos. Cuando el terror le crispaba los nervios, llamaba a gritos a uno de sus compañeros:

—¡No me deje tan atrás, amigo!

Su voz retumbaba en los montes, amplificándose en ecos interminables.

—No se preocupe, Cabrerita —le respondía Ponciano, porque no era otro el que iba un poco más adelante, igualmente impresionado por la grandiosidad de la naturaleza desenfundada y estremecido por el temor de despeñarse en el precipicio que abría sus fauces tenebrosas al borde del camino encharcado y resbaladizo.

—¡Maldita sea la hora en que me decidí a acompañarle! —renegaba Cabrerita, alterando sus oraciones.

—Pique espuelas, que pronto llegaremos —le gritaba Ponciano para infundirle valor e infundírselo a si mismo,

pues en los años que llevaba de existencia, jamás había presenciado una tempestad parecida, en plena noche, a semejante altura y en una ruta escabrosa, plagada de peligros.

En la mañana de ese día, Saturnino Ponciano y Cabrerita habían desembarcado casi al atardecer en una caleta con pretensiones de puerto, donde contrataron los servicios de un guía y alquilaron mulas para proseguir precipitado viaje a Carapoto. De nada habían valido los consejos sensatos y los ruegos de Cabrerita, quien presintió desde el primer momento el peligro de atravesar de noche la cadena de cerros azules que se veía al fondo del paisaje andino, y cuyos picachos parecían perforar el cielo. Saturnino Ponciano no le había prestado oídos, obsesionado por la idea de llegar al amanecer al pueblo, como lo anunciara a sus partidarios políticos en vibrante telegrama.

A medida que subían en dirección del Paso del Guanaco, escuchando el bufido de las cabalgaduras, que se resistían a avanzar hacia aquel elevado desfiladero, la tempestad recrudecía. El bombardeo de los truenos cobraba ritmo acelerado y el continuo relampagueo descubría a los viajeros abismos insondables.

Ponciano soportaba una dualidad de emociones: por un lado alentaba a Cabrerita para que mantuviera enhiesto el espíritu, y por el otro torturaba a preguntas al guía. Pero éste, preocupado también por su propia situación, contestábale con vaguedades o permanecía mudo, alarmándolo más.

Por un milagro de equilibrio, Cabrerita se mantenía sobre la montura. Además de sufrir los rigores de la tempestad y el justo temor de caer en un precipicio al primer mal paso de su cabalgadura, donde serviría de manjar a los buitres, llevaba las asentaderas llagadas, las piernas entumecidas por el frío y las ropas saturadas de humedad. Sus lamentos se tornaban más frecuentes:

—Saturnino, ¿tenemos esperanzas de llegar?

—Aguante, aguante, que nos falta poco —le consolaba

Ponciano con sus restos de voz, porque la afonía— consecuencia del resfrío adquirido en el viaje— le impedía gritar.

Cuando el guía transpuso el renombrado paso, respiró fuertemente. Detuvo su mula y volvió el rostro para comunicar el acontecimiento a Ponciano, quien, a su vez, apresuróse a transmitírselo a Cabrerita. Ya juntos los tres jinetes en el lomo del picacho, contemplaron el exuberante valle, abriéndose a sus pies como un abanico, al centro del cual se apiñaba el caserío de Carapoto.

Al llegar a los alrededores del pueblo, Ponciano sufrió tremenda desilusión al no ver alma viviente, cuando él esperaba encontrar una masa compacta de saturnianos, como llamaba a sus partidarios una hojilla biliosa. Mas luego se consoló pensando que tal vez, debido a la hora y a la lluvia, lo estarían aguardando en su casa. Y alentado por esta esperanza, encaminó su mula hacia allá. Desgraciadamente, sólo halló en la cocina a su fiel criada, preparando ponches calientes y un abundante desayuno.

A Cabrerita hubo que bajarlo de la bestia, tal era la postración y el relajamiento de los músculos que padecía.

A las ocho de la mañana, cuando Ponciano y Cabrerita reposaban en la sala, envueltos en sendas frazadas, después de haber devorado varios succulentos platos, llegó el cura, don Feliciano Carrizal. Sobre la sotana traía un poncho listado y en los enormes zapatos dos libras de barro.

—¡Mi buen don Saturnino! —exclamó al reconocer a Ponciano en el individuo que se adormilaba bajo varias coberturas— Pensé venir más temprano, pero no podía prescindir de la santa misa.

—Hizo usted muy bien, señor cura —asintió Ponciano, saliendo de su envoltorio— Primero es Dios que un pobre mortal como yo, tan desamparado. . .

—¿Desamparado? —interrumpióle don Feliciano, fingiendo extrañeza— Ya verá usted dentro de poco esta casa repleta de gente. No se queje. ¿Y quién es el que duerme allí?

—Un amigo que ha querido molestarse en acompañarme en esta nueva aventura. Se llama Rodolfo Cabrera. Me servirá de mucho en la campaña eleccionaria.

—Bien, bien. ¿Y recibió usted mi carta?

—No tuve ese honor.

—Lástima. En ella le describía el nuevo panorama político de Carapoto.

Ponciano se intrigó. Algo extraño leía en la faz esquiva de don Feliciano. ¿Qué necesidad había tenido el buen cura de enviarle noticias cuando nunca lo acostumbraba? Resuelto le preguntó:

—¿A qué nuevo panorama político se refiere? ¿Ha cambiado algo la situación desde que me fui?

—Bueno —titubeó el eclesiástico— Como cambiar, no ha cambiado mucho. Pero usted sabe que... Bueno, usted está bien abrigadito aquí, mientras que yo vengo de esas malditas calles que parecen ciénagas. Me caería bien un ponchecito. A ver, Candelaria —le gritó a la criada— tráeme algo de beber. Tú ya sabes qué cosa.

Ponciano completó la orden:

—Y no demores mucho, que el señor cura necesita de fuerzas para repetirme la carta que no me llegó a tiempo. ¿Verdad, don Feliciano?

—Bueno, me refería en ella al hecho de que a don Evaristo Carhuasi se le ha despertado la ambición de candidatear. Pero eso no progresará. De todas maneras, bien ha hecho usted en venir pronto para despejar incógnitas y llamar a su lado a los transfugas.

—¿Transfugas?

—Sí, sí, muchos de nuestros amigos han sido tentados por el diablo y siguen en su quimérica empresa política a ese infeliz volteriano, que lo único que ha hecho aquí es desempeñar la alcaldía, y eso muy mal. Pero usted sabe, mi buen don Saturnino, como son ciertas gentes. Las atrae el liberalismo como la luz a las mariposas. No faltan des-

carriados que comulgan con sus ideas y que se empeñan en convertirlo en nuestro representante.

—Entonces... —balbuceó Ponciano, desconcertado por la noticia.

—No, no se alarme. Las gentes conscientes y de principios morales están con usted. Y ellas son mayoría.

La criada trajo el ponche y don Feliciano lo terminó de tres tragos, a pesar de estar casi en ebullición. Luego contrajo el rostro con gesto de repugnancia, como si hubiera bebido aceite de castor u otra medicina amarga, y escupió en su pañuelo de cuadros. Después dijo:

—Pues como le manifestaba, aquí las fuerzas del orden triunfarán. No se desanime, pues, mi don Saturnino. Piense que el Apostol Santiago arrasó con los herejes.

En ese instante entró Cucho, el telegrafista, destilando agua. Venía de las afueras del pueblo, donde había esperado a su viejo amigo buen rato, junto con otras personas, suponiendo que llegaría más tarde. Cuando acabó de saludar a Ponciano, el cura buscó su ayuda, sabiéndolo sincero y franco:

—A buen tiempo llega usted. Precisamente explicaba a nuestro candidato la situación que ha creado el ateo de Carhuasi, pretendiendo disputarle la representación. Naturalmente, esto no reviste importancia. Siempre los mantenedores de la fe resultaron triunfantes en todas las lides desde el advenimiento de Nuestro Señor.

Cucho no estuvo de acuerdo con tan floreciente optimismo:

—Desgraciadamente, en este caso no se trata de asuntos religiosos...

—¿Cómo que no? ¿Acaso no representamos nosotros el espíritu del bien y aquellos liberalotes el del mal?

—Pero lo grave aquí, señor cura, es que Evaristo Carhuasi, además de contar con el Municipio, se ha conquistado a los mayores contribuyentes y, a la hora de las verdades, los señores de la Junta Electoral Provincial designarán

miembros de las mesas receptoras a personas de su confianza para que realicen el enjuague y...

A pesar de la temperatura polar que reinaba, Ponciano sudaba a chorros, alarmado por los informes del telegrafista. ¿De qué le había valido entonces ganarse con tanto esfuerzo la voluntad del Presidente de la Junta de Gobierno y emprender un penoso viaje cuando su opositor contaba ya con todos los recursos para vencer, después de haber empleado en su ausencia el soborno y la propaganda demagógica? En un arranque muy suyo exclamó:

—¡Qué torpe fui impidiendo que los gendarmes abalearan a ese canalla!

El cura se vió precisado a recomendarle serenidad:

—Repórtese, mi don Saturnino; no está bien que labios que han pronunciado tantas bellas oraciones políticas se manchen con blasfemias. El triunfo será nuestro. Dios está con nosotros.

Cucho disintió nuevamente:

—Hay un proverbio que dice: "Ayúdate, que Dios te ayudará". De acuerdo con él, nos corresponde actuar desde hoy mismo a fin de convencer al pueblo que Saturnino no cuenta con el apoyo del Gobierno, como asegura Carhuasi, basándose en que propició una ceremonia en recuerdo del abuelo del Presidente.

Ponciano se defendió:

—No niego que la propicié, pero lo hice impulsado por mis aficiones históricas, sin tomar en cuenta que aquel héroe fuera ascendiente del Mandatario.

—Sin embargo, "El Faro" lo aseguró así.

—¡Cómo! ¿También está en contra mía? Veo que la ingratitud crece aquí como las malas yerbas.

Cabrerita, que había oído la conversación, intervino de pronto sin moverse de su asiento ni abrir los ojos:

—Saturnino, hipoteque La Dorotea y cómprese a los miembros de la Junta Provincial.

—¿Quién es ese individuo? —inquirió el telegrafista, que recién advertía la presencia del mozo.

Ponciano apresuróse a presentarlo:

—Es el gran Cabrera, director en jefe de mi campaña.

Cabrerita se desperezó entre quejidos, y después de cambiar de postura varias veces y de palparse las asentaderas doloridas, se puso de pie, pidió un ponche y saludó a los visitantes.

A Cucho le pareció acertada la sugerencia de Cabrerita y así lo expresó con entusiasmo. Sin embargo, Saturnino Ponciano, siempre formalista y teatral, reaccionó:

—¡Jamás! Que el pueblo elija al que desee. Hay que ceñirse a lo establecido por la Constitución.

—Bueno, bueno —osciló don Feliciano, midiendo sus palabras— En esto estoy de acuerdo. La Constitución debe ser respetada. Qué duda cabe. Pero juzgando las cosas con serenidad, yo me pregunto, ¿vamos a dejar que la oveja descarriada, en este caso el pueblo de Carapoto, continúe...

—Señor cura —le interrumpió Cabrerita, sintiéndose de nuevo alegre y entonado merced al breve sueño reparador y a la fuerte bebida— ¿podría usted decirme en qué se parece la Constitución a una cortesana?

—¿Cortesana?

—Sí, a una cortesana o, para ser más claro, a una meretriz.

Don Feliciano enarcó las gruesas cejas, que semejabán gallinazo en vuelo, y alzó los hombros todo confundido:

—En verdad, no comprendo, joven, lo que me dice. ¿Qué clase de comparaciones profanas hace usted? Nunca había oído tan descabellado dislate. ¿Parecerse la Constitución a una pecadora?

—¿Entonces no lo sabe usted, señor cura? Pues se lo diré: En que a ambas las viola cualquiera.

El telegrafista precisó un conato de risa, pero lo contuvo al oír máscullar a don Feliciano:

—¡Bellaco!

A poco empezaron a entrar los amigos de Ponciano, que habían esperado hasta ese momento en las afueras del pueblo, y el incidente se diluyó entre aclamaciones jubilosas y abrazos cordiales.

\* \* \*

A la semana de vivir en Carapoto, Cabrerita conocía y trataba a todo el mundo. Esto no era de extrañar: el mozo irradiaba simpatía y los habitantes de aquel pueblo heroico no eran muy numerosos. En ese entonces sólo ascendían a cinco mil doscientos veinte y tres, repartidos en unas cuantas calles angostas y descuidadas. Uno de sus mejores amigos era "Tijeretas". Desde el primer momento se propuso atraerlo a su causa, creyéndolo devoto de Carhuasi. Pero su sorpresa fue grande al descubrir que el peluquero odiaba al candidato radical porque le impedía casarse con una de sus hermanas, basándose en que era de "baja condición social", como proclamaba a voz en cuello, olvidando sus discursos demagógicos.

Con este valioso aliado, que manejaba con igual maestría la tijera y la lengua, Cabrerita adquirió optimismo. Diariamente recorría con él el pueblo y sus aledaños en valiente campaña proselitista, enumerando a los electores los proyectos que haría aprobar en la Cámara Saturnino Ponciano cuando fuese elegido. Los más importantes eran los encaminados a dotar a Carapoto de algunas obras públicas, como luz eléctrica, agua y desagüe, escuelas, hospitales, hospicios, paseos, teatro, gimnasio etc. Además, el candidato tenía el propósito —lo afirmaban seriamente— de hacer rebajar a cinco los días útiles de la semana y a siete las horas de trabajo diario. El día de las elecciones, los partidarios de Ponciano disfrutarían de una gratificación, que bien podría ascender a dos soles, y de una pachamanca rociada con aguardiente y cerveza.

Por las noches, mientras "Tijeretas" se ocupaba de la honra ajena en la puerta de su peluquería, presidiendo un grupo de deslenguados, Cabrerita se entregaba a un esparcimiento más noble, con miras políticas secretas: Requebraba a Rosalinda, la única hija soltera de don Cástulo Pomalta, Presidente de la Junta Electoral Provincial. La muchacha era bastante agraciada, pero padecía de un romanticismo agudo e incurable. Cuando no leía novelas cursis, cuyas heroínas morían envenenadas o escupiendo sangre en brazos de sus amantes, llenaba cuaderno tras cuaderno de versos ramplones con su estilizada letra de Abadesa.

La aparición de Cabrerita en el pueblo la había trastornado, arrastrándola a un grado de exaltación mayor que cuando llegaban agentes viajeros, cómicos de la legua u oficiales de gendarmes. Al verlo en la Plaza de Armas, durante una retreta, le entornó los ojos, y apenas regresó a su hogar se dispuso a esperarlo en el balcón, convencida de que pasaría por su calle. Y así fue en efecto. Cabrerita no sólo se limitó a ello, sino que se detuvo frente a su casa y le hizo señales para que bajara, a lo cual se negó Rosalinda: Detestaba dialogar con alguien en el umbral de su puerta. Más romántico le parecía situarse en el balcón al igual que muchas heroínas de las novelas que devoraba. Esto no desanimó a Cabrerita. Ya accedería a eso y a mucho más.

Entretanto, Saturnino Ponciano se empeñaba en contrarrestar la campaña emprendida por Carhuasi, acompañado de Cucho, del boticario y otros fieles partidarios. Pero le era difícil reconquistar posiciones, a pesar de sus arrebatadores discursos y de los elocuentes y altisonantes sermones de don Feliciano Carrizal ante su grey. Carhuasi había ganado popularidad merced a su cruzada demagógica, basada en la repartición de tierras y de la fortuna privada, aunque él era rico.

A medida que se acercaba el día de las elecciones, los ánimos se caldeaban. Con frecuencia, grupos de satur-

nianos y de carhuasistas disputaban acaloradamente en lugares públicos, terminando por resolver sus entredichos a garrotazos.

Saturnino Ponciano visitaba a menudo al Subprefecto, viejo timorato y sordo, que abusaba de su condición de lejano pariente de un Ministro para guardar una imparcialidad irritante. Inútil era que le explicara la clase de relaciones que mantenía con el Presidente de la Junta de Gobierno, mostrándole recortes de periódicos de la memorable ceremonia conmemorativa. La autoridad, siempre cordial y mesurada, se circunscribía a asentir con la cabeza y a desearle buena suerte en los comicios. Nada más. De estas visitas salía Ponciano desesperado. Y su arrebató subía de punto cuando el cura le garantizaba el éxito, basándose en que su causa era la de los justos.

Tampoco contaba con los peones de las haciendas. Evaristo Carhuasi, en su desmedido afán de conquistárselos, les había ofrecido hacer aprobar un proyecto, mediante el cual se convertirían en propietarios de la noche a la mañana. En buena cuenta, sus únicos partidarios eran los patrones. Porque no era ni seguro que votaran por él los pocos indios que sabían garabatear su nombre en La Dorotea. Envenenados por la propaganda de Carhuasi, esperaban que triunfara éste para disfrutar, en calidad de dueños, de las tierras de su patrón.

\* \* \*

Cabrerita iniciaba cotidianamente su amable coloquio con Rosalinda a las ocho de la noche, cuando la soledad y el silencio imperaban en el pueblo, y lo prolongaba hasta las once.

Una noche, la sentimental poetisa olvidó de aparecer en el balcón a la hora convenida y Cabrerita tuvo que esperarla largo rato, sufriendo el helado latigazo del viento. Sin embargo, no se aburrió, alucinado como es-

taba por el encanto del plenilunio, cuya incomparable belleza le tornaba romántico, a pesar de su escepticismo burlón, que le inclinaba siempre a juzgar con crueldad las sensiblerías de los demás. Afluían a su memoria vivos recuerdos de su adolescencia atormentada, en la que su única distracción era detenerse, como lo hacía esa noche, bajo el balcón de cierta mozuela con ribetes aristocráticos que le amargó la existencia; aque-la existencia sopor-tada con asco al lado de una madre de moralidad dudosa, viuda de un modesto amanuense, que recibía visitas de desconocidos, a quienes presentaba como parientes de provincias.

Cuando Rosalinda salió al fin al balcón con la alborotada cabellera nimbada de nardos, a Cabrerita se le volatizaron los lejanos recuerdos y se dispuso a perseverar en su empeño de seducirla. Pero advirtió, desde su rincón sombreado, que ella, en lugar de buscarle con la mirada, escudriñaba el cielo, embelesada tal vez por el mágico espectáculo sideral. Esta actitud, fingida o sincera, que en otro momento hubiera tomado como un capricho sin importancia, le disgustó sobremanera. Recordó que llevaba ya más de dos semanas en plan de trovero cursi, dialogando a la distancia con una provinciana extravagante, sin lograr ninguna concesión, y decidió alejarse en silencio. Mas cuando emprendía la retirada oyó que le decía Rosalinda:

—¿Qué mala cara has visto que ya te vas?

—Será la tuya —le disparó Cabrerita, buscando la ruptura— Hace una hora que te aguardo y apenas aparesces te pones a contemplar la luna.

—¿Hay algo de malo en ello? ¡Está tan linda!

—Desde aquí se ve mejor. Baja y la contemplaremos juntos.

—Ya te he dicho mil veces que no me exijas imposibles. ¡No seas prosaico!

—¿Pero entonces quieres que pase aquí las noches

haciéndote guardia? Ya que no te gusta bajar, déjame, por lo menos, subir.

Rosalinda afiló su ironía, mientras dejaba escapar en el silencio nocturno su risa de notas engoladas, segura de que nadie podría llegar a ella por la calle mediante acrobacias riesgosas:

—Si tienes alas, pues vuela hasta acá.

Cabrerita no esperó que le ratificaran la autorización. Sin importarle que alguien pudiera verle, se lanzó sobre la ventana, trepó por sus barrotes para alcanzar la cornisa, hizo luego una flexión rápida, poniendo en ejercicio toda su energía, y en pocos segundos estuvo en el balcón. Inmovilizada por la sorpresa y creyéndose la heroína de un drama antiguo, Rosalinda no tuvo tiempo ni de protestar. Precisamente había soñado muchas veces con una escena semejante bajo el embrujo de la luna.

Cuando Cabrerita se dió cuenta de que las luces del alba se asomaban por las persianas, dijo dulcemente a Rosalinda, que se adormecía a su lado, devanando un ensueño sin fin:

—Ya es hora de que me vaya.

—¿Tan pronto piensas abandonarme?

—Es necesario. Dentro de poco será de día. Ya han cantado los huaychos.

Rosalinda se alarmó, situándose en la realidad:

—Tienes razón. Debes irte.

—Pero, ¿por dónde? —inquirió Cabrerita con el natural temor de repetir, a la inversa, la proeza cuando ya la audacia se le había desvanecido.

—Por donde subiste —le repuso ella— Es el único camino. Y apúrate, porque a esta hora se levanta mi padre.

—¡Tu padre!

Y Cabrerita, para simplificar el esfuerzo que requería el pasar del balcón a la ventana y luego descender

por la misma, colgóse de la cornisa y saltó al suelo, donde estuvo tendido buen rato, frotándose un tobillo lesionado.

Desde entonces tomó la costumbre de abandonar la casa de Rosalinda antes que cantaran los huaychos, usando una cuerda para evitar serios contratiempos.

Nunca había estado más abatido Saturnino Ponciano. Con paso desmayado entró en su casa, lanzando suspiros tan fuertes que desmentían la endeblez de su caja torácica. Sus más leales partidarios: el cura, Cucho, el inspector del cementerio, Cabrerita, el boticario y "Tijeretas" le seguían. El ilustre hombre público acababa de experimentar una nueva derrota política que auguraba a las claras su fracaso electoral definitivo. Ni ánimos tenía para comentarla. Al mitín convocado por sus amigos no había concurrido casi nadie, a pesar de que Cabrerita no fue corto en repartir buena parte del dinero obtenido con la hipoteca de La Dorotea. Ponciano había esperado buen rato en la Plaza de Armas sobre un tabladillo empavesado, pudiendo mentalmente las metáforas de su arenga. Pero llegó la hora de iniciar el acto y sólo aparecieron por allí los sobornados y una parvada vocinglera de muchachos desarrapados. El carapotense tuvo que comenzar su discurso en medio de un fúnebre silencio, que se convirtió de pronto en loca algarabía cuando surgieron de sabe Dios dónde los más exaltados partidarios de Carhuasi y la emprendieron a pedradas con los saturnianos. Los del tabladillo no esperaron bajar por donde habían subido, o sea por una escalera de cuatro peldaños, sino que se arrojaron de cualquier manera, ansiosos de desaparecer de la Plaza de Armas cuanto antes. El único que pudo mantener su impavidez heroica, correspondiendo a la agresión con una retahíla de insultos venenosos, dirigidos a Carhuasi, fue "Tijeretas".

Pero una certera pedrada lo obligó a seguir el ejemplo de sus correligionarios.

El boticario rompió el silencio plagado de suspiros:

—No hay que perder la esperanza. En política, las sorpresas son frecuentes.

—Naturalmente —asintió el cura, que no escarmentaba todavía— Y los milagros también, sobre todo cuando una causa, como la nuestra, reposa en la justicia.

—Mis amigos, huelgan las lamentaciones —declaró Ponciano, cuya desesperación y pesimismo le tornaban sincero— Aquí no me queda otro camino que el que conduce a la capital de la república. Abandono la lucha antes que el resultado de las ánforas anule mi carrera política. Una retirada a tiempo, invocando cualquier pretexto, me evitaría un fracaso bochornoso.

—Tanta lógica y sensatez le honran —elogióle el Inspector del cementerio, ensombreciendo aun más su rostro— Lo que hemos presenciado hoy no deja duda de que nuestros paisanos sufren una crisis pasajera de estupidez y demencia.

Dón Feliciano volvió a la carga:

—Si nuestros grandes santos hubieran abandonado sus cruzadas en defensa de la fe, a estas horas reinaría el paganismo en el mundo. Persevere hasta el final, mi don Saturnino.

—Tiene razón el señor cura —rubricó Cabrerita, sorprendiendo al grupo— Quien toca retirada cuando existen esperanzas, peligra de que le llamen cobarde.

—Así es —corroboró "Tijeretas", deseando llevar la lucha hasta extremos sangrientos para vengarse de Carhuasi— Si no la ganamos por las buenas, la ganaremos por las malas ¡Somos machos!

La protesta de Ponciano vibró en la casa, invocando los principios democráticos que debían ser respetados. Nada de violencias. Preferible era darle oportunidad a Car-

huasi para que cometiese en la Cámara las mayores torpezas y desengañara a sus electores.

Cabrerita se mantuvo firme:

—Me sorprende su manera de pensar. Parece que el ataque carhuasista le ha atemorizado.

Ponciano protestó, saltando del asiento:

—Eso nunca. Cuatro guijarros no pueden amedrentar a un hombre como yo, acostumbrado al zumbido de las balas.

—¡Quién lo duda! —exclamó el telegrafista, aunque pensaba lo contrario— Saturnino no funda su propósito de irse en las amenazas y ataques del enemigo, sino en su impotencia para ganar la elección.

—Me complace oírte, Cucho —le dijo Ponciano— Eres un hombre franco y cuerdo, sin la exaltación peligrosa e inútil de otros. ¿Verdad, gran Cabrerita?

—Sus expresiones no me convencen ni convencerán. Yo he venido a Carapoto como jefe de su campaña electoral y no descansaré hasta verlo sentado cómodamente en su curul.

—¿Pero cree usted...? —silabeó Ponciano, esperanzado en alguna treta de última hora de su amigo, tal era la seguridad que advertía en sus palabras.

El cura se entusiasmó. Sus enormes pies juanetudos empezaron a aplanar, nerviosos, los ladrillos del piso:

—Ya ve usted, don Saturnino. No soy sólo yo el que cree en el milagro. El joven Cabrera participa también de mi opinión, lo cual me prueba que conoce la vida del Apostol Santiago.

Ponciano recobró confianza. Sus gestos histriónicos —eran como el pedestal de su vida— florecieron de nuevo. ¡Combatiría hasta el fin! Evaristo Carhuasi lo podría vencer en el primer encuentro, o sea en el de las ánforas, pero todavía le faltaría defender la validez de la elección en la Junta Electoral Nacional y, en último caso, en la Corte Suprema. Tenían razón Cabrerita y el cura en aconsejarle

firmeza y constancia. Las grandes causas de la historia se habían ganado ejercitando estas virtudes.

Don Feliciano le felicitó, conmovido, ya que el Espíritu Santo le había iluminado en tan solemnes instantes. "Tijeretas" le sopló a Cabrerita:

—Ya verán la que armamos con la gracia del Espíritu Santo.

\* \* \*

Feliz día para los carhuasistas el de aquel sonriente domingo. Hasta el sol asomó temprano su faz mofletuda y rubicunda tras los cerros del oriente, repartiendo su lumbré tibia por las calles engalanadas y por los campos ubérrimos. En el centro de la Plaza de Armas habían sido instaladas las mesas receptoras de sufragios, bajo la vigilancia de un grupo de gendarmes, resuelto a defenderlas a balazos. Entre sus partidarios —eran mayoría— desenvolvía sus actividades Evaristo Carhuasi. Su figura de gorila despertaba admiración. La alegría del triunfo anticipado se reflejaba en la mueca que contraía su rostro de hombre de las cavernas. Su diestra musculosa y velluda apretaba un grueso garrote, que parecía la prolongación de su brazo, pues desde el amanecer cultivaba el torvo propósito de encontrarse con Ponciano y "Tijeretas" y aplicarles una paliza, aprovechando la tolerancia de las autoridades en estas ocasiones. Pero Carhuasi ignoraba que el uno había decidido permanecer encerrado en su casa para evitarse disgustos, y el otro no se pondría a su alcance sino en determinado momento.

Antes de ocupar sus puestos, los miembros de las mesas receptoras acosaron a Carhuasi para vaciar por última vez su escarcela, prometiéndole unanimidad en la elección, pero el candidato radical, en un rasgo de altivez, que honró a la democracia, les repuso:

—¿Unanimidad? La tendré sin que se manchen ustedes la conciencia, violando la ley electoral.

Los miembros de las mesas sonrieron de mala gana, retirándose luego con la esperanza de que Carhuasi modificaría su decisión durante los festejos del triunfo, cuando la vanidad y el alcohol le trastornaran la mente.

Con aire desafiante, Cabrerita recorría la Plaza de Armas, aunque su presencia resultaba inútil al servicio de la causa que defendía, puesto que no encontraba a ninguno de los saturnianos. Y era que los infelices, sintiéndose en minoría, esperaban que sufragasen sus rivales para hacerlo ellos.

Cabrerita depositó su voto bajo la mirada amenazadora o irónica de los contrarios y se fue en busca de "Tijeretas". Este se hallaba en su casa, frente a un plano que había trazado, donde iba indicando a una decena de individuos de inconfundible tipo matonesco, el modo cómo debían actuar cuando escucharan su orden. Cabrerita sugirió algunas modificaciones de orden táctico para imprimir carácter expeditivo al plan, y apenas probaron los presentes conocer su papel a fondo, el peluquero les sirvió algunos litros de aguardiente, que escanciaron con rapidez pasmosa. Luego les repartió pulidas estacas y también filosas cuchillas para que las usaran en casos desesperados.

Los matones abandonaron la casa de manera sigilosa, escondiendo el garrote bajo la chaqueta. "Tijeretas" y Cabrerita se encaminaron a las afueras del pueblo para impartir sus últimas instrucciones a dos individuos ocultos tras una loma.

Antes del mediodía, casi todos los del bando radical habían sufragado y se aprestaban a celebrar el triunfo en una huerta de su candidato, cuando oyeron de pronto tremendas detonaciones, precisamente por donde acababan de estar "Tijeretas" y Cabrerita. Al principio supusieron que algún fanático partidario de Evaristo Carhuasi se adelantaba a proclamar el acontecimiento, gastando pólvora como en los albazos patrióticos o religiosos; mas al ad-

vertir que a los camaretazos sucedía un inusitado relampagueo multicolor, proveniente de tan solitario lugar, se desconcertaron totalmente, y lo primero que hicieron fue correr hacia allá, ansiosos de satisfacer su curiosidad. Los gendarmes que custodiaban las mesas, desoyendo el apremiante pedido de los miembros de ellas, no tardaron en seguirlos, convencidos de que el deber les imponía tal obligación.

Fue en esos instantes cuando Cabrerita y "Tijeretas" pusieron en práctica la segunda parte de su plan antidemocrático, contrariando los deseos de Saturnino Ponciano. Con un arrojito envidiable, y a los gritos de: "¡Por el honor de Carapoto y por Ponciano!", "¡Muera el radical Carhuasi!", lanzáronse a la cabeza de sus huestes sobre las tres mesas y se apoderaron de las ánforas, sin dar importancia al conato de defensa de sus miembros. El peluquero, Cabrerita y uno de los matones, cada cual con una urna bajo el brazo, corrieron en dirección de la casa de Ponciano. Parecían jugadores de *rugby*. Mas, de repente, al llegar a la primera esquina, oyeron disparos y vieron, consternados, que una barrera humana les impedía el paso, en cuyo centro se hallaba Carhuasi en actitud amenazadora y dispuesto a dejar tendido al primero que diese un paso más. Entonces "Tijereta" recurrió de nuevo a los gritos de guerra para impulsar a sus gentes al ataque. Pero todo fue inútil. En menos de lo que imaginaban se vieron rodeados por una veintena de individuos, que les habían esperado en aquel sitio desde que Carhuasi descubrió la treta al oír los camaretazos. De poco les valió esgrimir cuchillas, después de sostener un serio combate a garrotazos. Al observar que dos de los suyos habían caído, heridos de bala, buscaron la forma de salir del anillo humano y se echaron a correr en distintas direcciones. Con una pierna ligeramente lesionada, "Tijeretas" abandonó su ánfora en manos de uno de los contrarios y se refugió en la iglesia. Cabrerita perdió tam-

bién la suya al arrojarla a la cabeza de Carhuasi, y el tercer raptor la tiró al suelo para huir más rápido.

Derrotados completamente los saturnianos, los carhuasistas regresaron a la Plaza de Armas en solemne procesión, conduciendo las tres urnas como si fueran el Arca de la Alianza. Allí las devolvieron a los presidentes de las mesas, que se habían repuesto parcialmente del susto, y se entregaron, en el delirio del triunfo, a emitir gritos destemplados y a bailar danzas estrafalarias.

Realizados los escrutinios, que dieron abrumadora mayoría al candidato radical, los miembros de las mesas, seguidos de la masa carhuasista, llevaron las ánforas a casa del Presidente de la Junta Electoral Provincial, don Cástulo Pomalta, a cuya respetabilidad y honradez las confiaron.

El viejo las recibió jubiloso, felicitando al triunfador del comicio en breve discurso, en el que se advertían chispazos románticos del numen de Rosalinda. En seguida invitó a todos a beber pisco, licor que les excitó aun más el ánimo, induciéndolos a vengarse de Saturnino Ponciano, a quien atribuían la dirección intelectual del "atentado antidemocrático y salvaje", como lo repetía Evaristo Carhuasi, batiendo su garrote con terrible furia.

A pesar de las recomendaciones de Cástulo Pomalta, la turba desenfrenada y ahita de alcohol marchó hacia la residencia de su antiguo ídolo, ante cuya fachada se detuvo, inmovilizada por una especie de supersticioso respeto. Fue necesario que Carhuasi la amenazara con suspender el agasajo para sacarla de su pasividad. Entonces los más exaltados se entregaron con rabia destructora a desempedrar el piso, proveyéndose en escasos minutos de proyectiles, que empezaron a arrojar a la casa del egregio hijo de Carapoto, que ya había huído por los techos. El más enfurecido era Evaristo Carhuasi. Sus manazas, como zarpas de oso, cogían las piedras y las disparaban con precisión matemática, destruyendo puertas y ventanas.

Salvó la casa de su destrucción total el Subprefecto, gracias al telegrama que recibió en esos momentos del Director de Gobierno, en el cual le recomendaba proteger a Ponciano durante los comicios; telegrama que le obligó a ordenar a los gendarmes que atacaran a la enloquecida muchedumbre. Pero los carhuasistas no se arrojaron por la inesperada carga, y en vez de seguir lanzando proyectiles pétreos sobre la casa de Ponciano, los dirigieron contra los soldados, entablándose un reñido combate entre ambos grupos, del que resultaron varios heridos.

Comprendiendo la inutilidad de enfrentarse a la tropa, Carhuasi impartió la única orden que podía detener a sus partidarios: "¡A mi huerta, muchachos!". Sabían que allá les esperaba la tan anunciada fiesta, para la cual se habían sacrificado muchos animales.

\* \* \*

Mientras los carhuasistas celebraban con extraordinario júbilo el triunfo obtenido y oían afiebrados las promesas del jefe sobre la repartición de tierras, Cabrerita ponía en acción su plan de emergencia, encaminándose hacia la casa de Rosalinda en compañía de "Tijeretas". Calculaba que a esa hora la poetisa ya se hubiera retirado del balcón, aburrida de tanto esperarío. El peluquero llevaba bajo el brazo un saco de regulares dimensiones y en el hombro una escalera.

A pesar de su audacia, Cabrerita sentía una vaga inquietud, que contribuía a acentuarle la lobreguez de la noche. No temía por su persona, sino por el resultado del plan. Se había empeñado en sacar a flote a Saturnino Ponciano y hacía cuestión de honor el conseguirlo.

—Ya llegamos —oyó que le decía "Tijeretas", mientras colocaba la escalera sobre el balcón y le entregaba el saco— No hay que perder tiempo. Sube.

Cabrerita no titubeó, y después de escalar rápida-

mente cinco de los peldaños, transpuso el barandal del balcón y penetró en las habitaciones con su fardo a cuestas, el que depositó en un rincón. "Tijeretas" cargó con la escalera y perdióse entre las tinieblas de la calle.

Al sentir rumor de pasos, Rosalinda abandonó su lecho, vestida con una breve camisa de seda, y se encaró a Cabrerita, reprochándole su tardanza. Pero el tunante, acostumbrado a estas escenas teatrales, domeñó al poco rato su furor, usando los recursos apasionados que empleaba siempre en parecidas situaciones.

Antes que cantaran los huaychps, y aprovechando de que su amante dormía dulcemente, Cabrerita abrió el misterioso saco, extrajo de él tres recipientes semejantes a los que se hallaban el día anterior en las mesas receptoras de sufragios, los condujo al cuarto vecino, donde habían otros de igual forma y color, los cambió por estos y se dispuso a descender. Mas, en ese instante, Rosalinda se despertó de pronto, alarmada por el escándalo que hacía su padre al entrar, arremetiendo a bastonazos contra los tiestos del patio y canturreando una cancioncilla picaresca.

—¡Mi padre! —exclamó— Sal, antes que se le ocurra entrar aquí. Creo que viene borracho de la fiesta.

Cabrerita no le repuso nada. Calculó que sería una imprudencia bajar en ese momento, llevando a cuestas la legítima voluntad del pueblo de Carapoto, expresada en los papelitos que encerraban las tres ánforas. Prefirió agazaparse tras un ropero hasta que el viejo se durmiera. Pero no necesitó permanecer mucho tiempo en su escondite, porque un tremendo ruido, proveniente del patio, le dió a comprender que Pomaita había rodado al suelo al pretender subir la escalera.

Mientras Rosalinda corría a auxiliar a su padre, Cabrerita descendió tranquilamente y, a los pocos minutos, se hallaba en la casa de Ponciano.

El mozo no quiso esperar hasta que el candidato

derrotado se levantara. Penetró en su dormitorio y puso ante sus ojos pitañosos el saco, preguntándole en tono declamatorio:

—Mi ilustre Saturnino, ¿adivina usted lo que contiene este maravilloso presente?

—Cabrerita, por Dios, déjeme tranquilo, que no he podido dormir más de una hora.

—¿Quién piensa en cosas tan prosaicas? Yo tampoco he dormido en busca de este tesoro.

—¿Tesoro? No se burle de un hombre que sufre hoy las amargas consecuencias de su derrota.

—Se equivoca —repúsole, jubiloso, Cabrerita— Hoy es su día más feliz, honorable representante por Carapoto.

—Cabrerita, no estoy para bromas. Comprenda mi situación. Como ya le dije, apenas he pegado los ojos, mientras que usted la habrá pasado en sabe Dios qué jarana.

—¿Jarana? Vuelve usted a errar. He estado trabajando por la patria. Vea usted.

Y sin preocuparle el ruido que hicieran las ánforas, volcó el saco y las dejó caer al suelo ante el estupor de Ponciano, quien exclamó:

—¡Qué ha hecho usted, hombre de Dios!

—Poca cosa: traerle los votos radicales.

—Pero esto, en vez de beneficiarme, me acarreará las más graves complicaciones. ¡Me acusarán de ladrón!

Cabrerita soltó la serpentina sonora de su risa mefistofélica:

—Saturnino, Saturnino, a qué abismos de incompreensión lo ha conducido la derrota legal. ¿Cómo se figura usted que haya cometido una torpeza su dilecto amigo?

Ponciano saltó de la cama, movido por una esperanza:

—Explíquese, Cabrerita, explíquese. ¿Qué treta genial puso en práctica?

—Muy fácil. He efectuado un simple cambio de ánforas. Estas que ve usted aquí contienen, como ya le he manifestado, los votos favorables a su contendor, y las que dejé en casa de Pomalta los que yo sufragué por usted.

—¡Imposible! ¿Cómo puede haber hecho eso?

—Le repito, fácilmente: entrando en casa del Presidente de la Junta Electoral Provincial y... haciéndolo.

La sorpresa de Ponciano adquirió caracteres de estupefacción:

—¿Pero es usted acaso un mago para irrumpir en una casa y cambiar las ánforas? ¿Y de dónde sacó usted las otras?

—Su falta de imaginación me alarma, Saturnino. Pues las mandé a hacer previamente, así como las papeletas, presintiendo que las necesitaría. ¿Hay algo de malo en ello?

—No, no; pero, ¿cómo entró en la casa de Pomalta?

—Guiado por Cupido.

—Sigue usted enigmático. ¡No me desespere!

—Entonces seré más claro: atraído por Rosalinda.

Ponciano se enfadó:

—Usted está borracho o delira. ¡Vaya mejor a dormir!

—Lo haré con gusto cuando destruya estas elocuentes pruebas —contestóle Cabrerita, señalando las ánforas— Puede verlas alguien.

Y sin dar mayores explicaciones, cargó con las ánforas hasta el corral, donde las enterró profundamente con la ayuda de la cocinera.

Cuando volvió al dormitorio, Saturnino Ponciano, que ya había aclarado a medias el enigma, le preguntó:

—¿Entonces supone usted...?

—No supongo; aseguro. Usted ha sido elegido representante por tercera vez. Y Dios quiera que no sea la última.

—¿Y las actas de los escrutinios?

—Las consideraremos apócrifas en vista de que las ánforas que remita Pomalta, cuya autenticidad nadie pondrá en duda, contienen apreciable mayoría para el señor Saturnino Ponciano. Y como el Gobierno está empeñado en su elección, todo saldrá de acuerdo con nuestro deseo.

—¡Usted es el demonio en persona! —le gritó Ponciano, lanzándose a abrazarle— Ha reparado una injusticia. La patria se lo agradecerá.

Los asiduos de Broggi cuchichearon ante sus espumantes *bitters* cuando el Honorable Ponciano entró, garboso y perfumado, en aquel establecimiento. Quitóse el hongo, que colgó en una sombrerera, libró sus finas manos de los guantes amarillos y, en seguida, despojóse del abrigo azul, el cual puso sobre una silla. De varias mesas le hicieron cordiales señas para atraerlo, mas él prefirió sentarse a la de sus amigos del Riesco y Pujares: Ambos exhibían de nuevo su prestigio de padres de la patria, agrupados en el sector parlamentario adicto al Gobierno.

Entre la embriagante garrulería ditirámica de sus colegas, Ponciano se sentía importante. Y ya lo era. Encabezaba la mayoría de su Cámara, sus oportunas intervenciones le acreditaban como orador de renombre y el Presidente de la República lo consideraba el más hábil de sus consejeros. ¿Qué más podía ansiar? Al atardecer recorría las calles centrales en su flamante auto, repartiendo saludos a conocidos y desconocidos; luego tomaba el aperitivo *chez Broggi*, como decía, y a las nueve iba a comer a casa de las Lártiga del Molino, donde permanecía hasta la medianoche, rodeado de toda la familia. Porque hasta doña María de la Luz había abandonado ya su noble altivez y le toleraba, convencida de que en los tiempos que vivía era imposible contener el vendaval social que arrasaba con violencia inaudita los prejuicios de casta.

A la sombra de su propia influencia, Saturnino Pon-

ciano amasaba una sólida fortuna. Ya no vivía en su modesta casa del Cercado, sino en una espléndida mansión situada en un barrio aristocrático, cuyo portero era Mamani. A su auriga negro lo había transformado en chofer. Bajo el mando de estos fieles servidores desempeñaban otras funciones dos criados más y un cocinero, especializado en viandas francesas, aunque Ponciano prefería las andinas, condimentadas con ají.

En la suntuosa residencia de Ponciano se resolvían casi todos los problemas políticos. Como un hábil y experimentado maestro, el carapotense llevaba la batuta en las acaloradas discusiones que se promovían, eliminando asperezas y atrayéndole adeptos al Gobierno. Tan ardua tarea tenía, desde luego, gratas compensaciones: Germinaban a menudo las concesiones, dejándole beneficios ampliamente halagüeños.

\* \* \*

Entre el grupo familiar de las Lártiga del Molino, Saturnino Ponciano se sentía feliz. Todos le mimaban y oían con respeto. Sólo cuando aparecía por allí Claudio Venegas se alteraba su sereno reposo. Y es que le desagradaba mantener el espíritu en constante tensión a fin de esgrimir la réplica ágil y oportuna si al viejo periodista se le ocurría huír del ameno campo de las anécdotas para incursionar por el político, derribando ídolos y criticando acerbamente los vicios nacionales. De preferencia la falta de rubor de ciertos individuos para mimetizar sus opiniones, poniéndolas a tono con las de cada Gobierno.

Una noche, durante la sobremesa, Claudio Venegas se complacía en ahondar en tan escabroso tema, sin preocuparle que Ponciano se sintiera intranquilo por ser uno de los más propensos a caer frecuentemente en este defecto camaleónico. El viril anciano empleaba el bisturí

a fondo, suscitando cierto malestar entre los que le escuchaban. El representante por Carapoto supuso que aludía a él —travesuras de la subconsciencia— y con arrosos de paladín pretendió detener el aluvión de dicterios, saliendo a la palestra:

—Es muy fácil, mi ilustre maestro, criticar desde la galería. Pero hay que subir alguna vez a la escena para apreciar mejor el panorama político.

Venegas se sorprendió. No estaba acostumbrado a esa clase de interrupciones oscuras e insidiosas:

—¿Qué me quiere decir, Ponciano?

—Que la crítica oral o escrita debía ser respaldada con el ejemplo.

—¿Acaso yo...?

—No, no —apresuróse a aclarar el carapotense, temeroso de haber ido muy lejos— No me ha entendido, maestro. Lo que he querido explicarle es que un hombre como usted, tan lleno de virtudes cívicas y cuya jerarquía moral merece la veneración de todos, no debía circunscribir sus actividades a censurar los errores y vicios nacionales desde "La Fragua" o en tertulias como ésta, sino dirigir un amplio movimiento renovador, cuyo primer afiliado, créamelo usted, sería yo.

La intencionada réplica produjo resquemor en Venegas al punto de perder su habitual compostura, sobre todo cuando advirtió que también del Noga! y las Lártiga del Molino, presididas por Doña María de la Luz, aprobaban las palabras de Ponciano con cierto retintín. Conteniendo su rabia, fustigó sarcástico:

—Espero complacerlo algún día, señor diputado, en lo que se refiere al movimiento renovador, pero no pienso pedirle que se afilie a él.

—Es que yo lo haría espontáneamente.

—No se lo permitiría —masculló el periodista, distendiendo los labios en una sonrisa amarga.

—¿Por qué?

—Porque usted es variable. Parece un niño mal educado.

—¿Variable yo? —inquirió el carapotense, recorriendo con sorprendida mirada a los presentes— He sido y soy siempre fiel a mis principios.

—Y a todo Mandatario... hasta que deja de convenirle.

—Se equivoca, señor mío —protestó Ponciano, bastante sofocado— Podría haber dicho usted mejor: hasta que se descarrían, separándose del sendero que les señalan la Constitución y las leyes de la república. Proceder de otro modo, o sea guardándoles una fidelidad cerril y estúpida, significaría hacerse cómplice de sus errores y delitos. Y yo, señor, soy un hombre puro, que aplaude lo bueno y censura lo malo, sin usar rebeldías ridículas ni sostener un perenne estado de intemperancia.

Se aprestaba Claudio Venegas a replicar duramente, comprendiendo que Ponciano había aludido veladamente a él, pero el grupo familiar, con estridente cacareo, le contuvo. Y gracias a la intervención de Eloísa Cristina, los discutidores firmaron las paces al poco rato.

\* \* \*

Aunque el sonado asunto de los comicios pertenecía ya a un lejano pasado, los carapotenses de ambos bandos no se explicaban todavía cómo había resultado elegido Saturnino Ponciano. Tan grande había sido su estupefacción y desconcierto a raíz del misterioso suceso, que hasta Evaristo Carhuasi rehusó discutir su legítimo derecho, convencido de que sería inútil todo esfuerzo en ese sentido. Pero no podía olvidar el ruidoso fracaso, y en toda ocasión que se le presentaba esgrimía su rencor contra Pomalta, acusándolo de haberse vendido por una fuerte suma. El ex-presidente de la Junta Electoral Provincial hacía poco caso de tal infundio, satisfecho como

estaba de que la providencia hubiese concedido a Rosalinda la incomparable gracia de un hijo sin intervención extraña, curándola, de paso, de romanticismos y locuras.

Los carapotenses que habían seguido dócilmente a Evaristo Carhuasi durante el período eleccionario, abominaban ahora de sus rabiosas peroratas, considerándolas exageradas e inoportunas, pues otro aliciente les animaba: el de acercarse de cualquier manera a su antiguo ídolo en espera de prebendas. Hasta el director de "El Faro" había virado en redondo, esperanzado en una subvención. Su bisemanario daba mayor importancia a las intervenciones del Honorable Ponciano en la Cámara, así fuesen insignificantes, que a las borrascosas sesiones municipales o a la alarmante sequía del valle. Y cuando no comentaba algún discurso de la "gloria inmortal de Carapoto", reproducía sus viejos sonetos, aquellos que escribiera a amadas imaginarias.

Si Carapoto no olvidaba a Ponciano, tampoco Ponciano olvidaba a Carapoto, porque, con la mirada tendida hacia el porvenir, le hacía de vez en cuando el presente de alguna obra pública, conseguida mediante breve discurso en su Cámara, lo cual ponía a Evaristo Carhuasi en un estado de irritación parecido al que experimentaba las veces que el Subprefecto impedía sus actividades políticas.

En cambio, el cura vivía encantado con la benéfica labor del diputado, "a cuyo esfuerzo y talento se debían la refacción de la iglesia y otras obras". Todas las semanas oficiaba una misa por su salud, en cuyo sermón no descuidaba de elogiar las condiciones excepcionales de Ponciano para representar a Carapoto y su ejemplar devoción por el santo patrono del pueblo.

\* \* \*

"El talento político y la alcurnia han formado un vínculo indisoluble", declaró un cronista de cierto sema-

nario al describir la boda de Saturnino Ponciano y Eloísa Cristina del Nogal y Lártiga del Molino. De "Campanazo social" la calificó otro, no menos almibarado. Y un tercero de "El magno acontecimiento del año". En verdad, hacía mucho tiempo —lo afirmaban también los comentaristas inevitables de esta clase de eventos— que no vibraba tanto la sociedad capitalina con un matrimonio como ése, realizado ante el Arzobispo y celebrado en la nobilísima mansión de las Lártiga del Molino con regio boato y esplendidez pocas veces vista. El Presidente de la República —no podía ser otro— actuó de padrino y doña María de la Luz de madrina.

La espléndida residencia, engalanada con flores y cuajada de luces, alojó durante varias horas a la gente más heterogénea, desde Ministros de Estado y representantes a Congreso, hasta la fauna moceril y vocinglera protegida por Cabrerita. Comentarios favorables y desfavorables florecieron en los salones, donde los finos perfumes de las mujeres se entremezclaron con el aroma de las rosas y el humo de los habanos.

Esa noche, uno de los pocos senadores de la oposición invitados al festejo, quiso tirar de la lengua a Claudio Venegas, que recorría los grupos con gesto altanero y un frac pasado de moda:

—¡Qué alto ha subido este Poncianito!

—¿Le extraña?

—Naturalmente. Recuerde que no hace muchos años mataba el tiempo en su provincia escribiendo malos versos.

Venegas se tornó también mordaz:

—Eso le prueba que en nuestro país se escalan las más altas posiciones con audacia y cinismo.

—Sea usted piadoso, don Claudio, con un eminente político en la noche de sus bodas —le repuso el senador con socarronería— Piense, además, que dentro de poco será Ministro.

—No me extraña. Ponciano irá muy lejos. El terreno le es propicio.

Claudio Venegas pretendió ensañarse aun más con el carapotense, pero, en ese instante, doña María del Rosario lo tomó del brazo y, pródiga en zalemas, le condujo al comedor para que presidiera una de las mesas dedicadas a los escogidos. Comprendía que el periodista no armonizaba en ideas con su flamante hijo político y que debía comprarle con halagos para que “La Fragua” no lanzara chispazos contra él. En el trayecto, la Lártiga del Molino preguntó a Venegas:

—Dígame, Claudio, ¿cree usted que Tina será feliz?

—¡Quién lo duda! —exclamó el viejo mosquetero, ocultando su cólera— Disfrutará del reflejo de los honores que le tributen a su marido.

Doña María del Rosario descubrió su temor:

—La política es traidora.

—Pero no para los equilibristas.

—No lo dirá usted por...

—No, no, de ninguna manera —se apresuró a negar Venegas, obligado por la educación y la galantería— Ponciano llegará lejos con el consejo y la ayuda social de Tina.

Pasada la medianoche, el Honorable Ponciano y Eloísa Cristina escaparon hacia Chorrillos, pero el sarao se prolongó hasta el alba. A esa hora, sólo permanecían en el salón principal, consumiendo los restos del champagne, don Tomás Francisco y Cabrerita.

\* \* \*

El numeroso público arracimado en galerías y pasillos de la Cámara de Diputados escuchaba, afiebrado de emoción, la última parte del discurso del Honorable Ponciano sobre el proyecto que se sometería esa tarde a votación. Proyecto candente y de palpitante actualidad que

había removido la augusta serenidad de las clases conservadoras y de la clerecía capitalina. La voz del representante por Carapoto convertíase en chillido:

—En la Grecia del paganismo, las cortesanas como Safo señalaban rumbos a la gracia y el amor, y daban lecciones de estética, presentando a la contemplación pública las esculturas vivientes de sus cuerpos. Pero las desventuradas que subastan sus caricias en miserables tugurios empotrados en nuestras principales calles, ofrecen sólo un espectáculo lastimoso, mostrando la lascivia en sus rostros pintarrajeados. Es conveniente, pues, erradicar de nuestros barrios centrales esas posadas del vicio. Constituyen ellas una perenne afrenta a las gentes respetables que habitan por esos lugares, y que, de continuar donde se hallan, contaminarán, en breve plazo, a la juventud inocente.

Un largo y ruidoso aplauso premió al orador. En las galerías, una parvada de damas agitaba los brazos en incontenible delirio, afanada en exaltar el proyecto del Honorable Ponciano, el cual disponía que a las mujeres públicas, avicinadas en el área céntrica de la capital, se les obligase a trasladarse a un barrio lejano, que elegiría una comisión formada por miembros de la Cámara.

Como se esperaba, el proyecto fue aprobado por unanimidad, obteniendo ese día el Honorable Ponciano el éxito más resonante de su carrera política. Decenas de mujeres, enfervorizadas por su cálido verbo tribunicio y de moralistas intransigentes, que conocían de cerca aquel problema social por haber realizado estudios nocturnos en el mismo terreno, se apresuraron a felicitarlo. Y no contentos con ello, le siguieron hasta su casa, donde le apabullaron a abrazos ante la viva complacencia de Elío-sa Cristina, que les agasajó con pastas y refrescos.

La Comisión nombrada para elegir el barrio al que debían trasladar las pecadoras su galante negocio sostuvo largas conversaciones en casa de Saturnino Ponciano,

sin llegar a un acuerdo. Uno de sus miembros opinaba por el barrio que se halla al oeste de la capital; otro por el situado al sur, y un tercero se empeñaba en que las descarradas mujeres fueran alojadas en barracas escalonadas a lo largo del camino del Callao. Finalmente Ponciano, que con refinada astucia había cultivado siempre el desacuerdo, manifestó:

—En vista de que los métodos democráticos que hemos puesto en práctica en varias sesiones para discutir el asunto no han surtido efecto, propongo se proceda dictatorialmente, o sea que uno de nosotros decida y los demás acaten el fallo. Y propongo también que el que actúe de Dictador sea nuestro colega Pérez Toledo. Nadie mejor que él...

—No, no, de ninguna manera —se excusó el aludido, hombre gordo y casto, que era el menos apto para resolver el problema— A quien le corresponde asumir la dictadura es a usted, don Saturnino. A usted.

Los demás coincidieron con Pérez Toledo, y Ponciano tuvo que resolverse —no quería otra cosa— a elegir el lugar que se buscaba, para lo cual extrajo del cajón de su escritorio un plano de Lima y lo extendió sobre una mesa. Luego, con parsimonia y señorío, calóse los anteojos —los usaba desde hacía poco para acentuar la dignidad de su expresión— y empezó a señalar diversos puntos de la ciudad, hasta que fijó su índice en el dédalo de calles retorcidas de un barrio lejano, mientras mascullaba con gravedad doctoral, como si emitiera un diagnóstico largamente meditado:

—Este es el sitio ideal.

Los otros miembros de la comisión le rodearon, ansiosos de reconocer el sector indicado, y Pérez Toledo leyó el nombre de dos calles:

—Perra Parida y Temblequeras —agregando por salir del paso y rematar sesión tan aburrida— ¡Magnífico! ¿Cómo no habíamos reparado en este barrio?

—¡Genial idea! —exclamó otro, acercando los ojos miopes hasta escasos centímetros del plano— Por allí no hay escuelas ni vecinos de consideración. Todas son gentes del hampa.

Así es —aprobó un tercer miembro— Es un sector discreto, en el que nadie lo conoce a uno.

Ponciano contrajo el ceño con un falso gesto de enfado:

—Colega, colega, recuerde que usted es un padre de familia modelo y que sus años no le permiten participar en esa clase de aventuras.

—Claro que no, colega —se retractó el imprudente— Yo sólo me ponía en el caso de... Bueno, como no faltan a veces amigos que lo ponen a uno en penoso trance, arrastrándolo...

El Honorable Ponciano se apresuró a redactar el dictamen y todos firmaron, satisfechos de haber cumplido una ardua misión.

Cuando los diputados se despidieron de Ponciano y abandonaron la casa, Cabrerita irrumpió en el Despacho. Había estado esperando en el cuarto vecino. Decidor y dicharachero inquirió:

—¿Y qué sitio han escogido para alojar a mis pobres niñas?

El carapotense acercóse al plano y señaló:

—Aquí.

Cabrerita se lo quedó mirando con fingida sorpresa antes de exclamar:

—¡Colosal acierto el suyo, Saturnino! ¡Usted es un genio!

Una sombra de rubor jugueteó en el rostro cetrino del diputado. La opinión de Cabrerita le estimulaba. Aureolado de modestia aceptó parcialmente el elogio:

—Ha sido sólo después de efectuar un exhaustivo estudio que me decidí a elegir aquel barrio. Porque si usted se detiene a examinar...

Y Ponciano comenzó a repetir todos los argumentos que se habían emitido en la conferencia antes de encontrarse la solución impuesta por él. Sin prestar oídos a las complicadas explicaciones de su amigo y protector, Cabrerita repitió:

—¡Colosal acierto el suyo, Saturnino! Mis queridas niñas vivirán como en el Paraíso en Perra Parida y Temblequeras. Pienso hacerles una visita el 30 de cada mes.

Ponciano se extrañó:

—¿Y por qué desea reducir sus distracciones?

—No califique de distracciones mis visitas diurnas a esos lugares, visitas que me impondrá el deber.

—¿El deber?

—Sí, el deber de cobrar.

Ponciano hizo un gesto de repugnancia:

—Ni por broma diga semejantes herejías.

—No prejuzgue, Saturnino —Cabrerita personificaba la seriedad— Iré a desempeñar la misión que cumple diariamente cualquier cobrador. El trabajo no deshonra. Y me contentaré con un modesto tanto por ciento. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

—¿En qué?

—En darme esa comisión.

—¡Por Dios, Cabrerita! Usted terminará volviéndome loco. ¿A qué comisión se refiere?

—A la que me señalará por cobrarle a las nuevas inquilinas los arriendos de los callejones que posee su digna esposa en Perra Parida y Temblequeras.

Ponciano fingió sorprenderse. No le quedaba otro recurso para sortear la aguda perspicacia de su amigo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué habla usted? ¿Que Eloísa Cristina...? Pero... ¡Caramba! No había caído en la cuenta. Tal vez se refiere usted a alguna propiedad de mi suegra, aunque creo que por ese lado de la ciudad no tiene ninguna.

Cabrerita explotó en carcajadas. Le causaban hilaridad las esquivas histriónicas del carapotense:

—Usted es un desmemoriado, mi ilustre Saturnino —lo censuró bonachonamente— ¿No recuerda que hace poco fue conmigo a Perra Parida para examinar los trabajos que hacían en un callejón ruinoso que administra usted?

Ponciano se demudó. Realmente se le había esfumado de la memoria el recuerdo de la visita que hiciera con Cabrerita a esa calle. Respirando cinismo negó:

—Yo no he ido en su compañía a esa calle. Usted está trascordado, mi amigo. Donde estuvimos juntos fue en Siete Pecados, pues allí posee mi suegra una finca.

—Se equivoca. Fue en Perra Parida. Pregúnteselo a su chofer.

—No, no, ¿para qué? A lo mejor tiene usted razón. Debe haberme llevado el chofer, por encargo de mi señora suegra, a esa calle, cuyo nombre ignoraba. ¡Caramba! ¡Qué contrariedad! Hay casualidades diabólicas. ¿Y qué hago ahora? —la desesperación de Ponciano crecía de manera alarmante, desorientando a Cabrerita, a pesar de su malicia innata y el conocimiento que tenía del diputado— Deme usted algún consejo.

—El único camino que cabe en este caso es que reúna usted de nuevo a la comisión para que ubique en otro barrio a mis niñas.

Ponciano cazurreó:

—¿Lo cree usted? Bueno, el consejo es sensato, pero, como todas las cosas de la vida, tiene su pro y su contra. El informe ya ha sido redactado, firmado y presentado. ¿Cómo se puede dar marcha atrás? ¡Ah, si yo hubiera conocido el nombre de esa maldita calle...! ¡Qué contrariedad!

Cabrerita se amoldó a las circunstancias:

—¿Para qué se aflige, Saturnino? No hay mal que por bien no venga. Los callejones darán una fortuna.

—¡Quién piensa en la plata!

Y Ponciano se dejó caer en un mullido sillón, donde entregóse a hondas meditaciones, la mirada fija en el suelo, el puño en el mentón, mientras Cabrerita pirueteaba por el Despacho, haciendo cálculos sobre el porcentaje que obtendría del cobro de alquileres.

Desde hacía meses, Saturnino Ponciano disfrutaba de todos los halagos, como si el destino, en un gesto de inagotable generosidad, se complaciera en empujarlo hacia la altura. Su residencia era una especie de ágora, a la que concurrían cotidianamente Ministros de Estado, representantes a Congreso, políticos de renombre, directores de diarios, militares, frailes, etc. para discutir, entre rondas de licores, todos los problemas nacionales.

Difícil le era a un ciudadano sin prestigio político o sólida posición económica obtener audiencia del diputado por Carapoto. Los que ansiaban conseguirla debían valerse de Cabrerita, que se cotizaba muy alto, o de Eloísa Cristina, cuyo sincero afán de derrochar favores era ilimitado.

Los únicos que gozaban de cierto privilegio para ingresar a la casa del Honorable Ponciano eran los carapotenses, a pesar de su desmedida voracidad para solicitar recomendaciones. Mamani los conocía a todos, y aunque gruñía al verlos, les franqueaba la entrada, comprendiendo que podrían servirle a su patrón en el futuro. Sin embargo, una mañana estuvo a punto de crear un serio conflicto por exagerar su fidelidad. Presentóse una comisión, venida especialmente de Carapoto, para invitar a Ponciano a la inauguración de su busto en el nuevo parque de aquel pueblo —comisión formada por el cura, Cástulo Pomalta y Evaristo Carhuasi— y el áspero cancerbero, al reconocer al ex-alcalde, cuya reciente conversión al saturninismo ignoraba, se negó a dejarle entrar, así

como a los demás. Estériles resultaron las explicaciones de don Feliciano y los ruegos de Pomalta. El tozudo no cejó en su cerril actitud, invocando las ocupaciones que absorbían en ese momento al diputado. Pero si bien el cura y el cándido progenitor de Rosalinda aceptaron al fin la razón expuesta, Evaristo Carhuasi, que atribuía a consigna la negativa del portero, perdió la ecuanimidad y, sin respetar el suelo que pisaba, explotó en denuestos y amenazas. Felizmente Ponciano, al percibir el escándalo, precipitóse en el patio y les abrió la reja, ya que Mamani se resistía a cumplir esta obligación, encerrado en su belicoso enfurruñamiento. Luego les abrazó conmovido y les rogó que pasaran a una salita vecina a su Despacho, donde los hizo esperar una hora, al cabo de la cual reapareció con aspecto fatigado y triste y les dijo a manera de excusa:

—Desde las ocho de la mañana he estado luchando por declinar un encargo del Presidente de la República.

El cura moduló:

—¿Del señor Presidente de la República? Pero lo habrá usted aceptado.

—Me han vencido al fin sus representantes con un cúmulo de explicaciones —repuso Ponciano, dejando caer los brazos, como si anunciara una gran desgracia— ¡Qué débil se torna uno cuando le invocan la patria!

Movido por la curiosidad, Pomalta dió un paso hacia adelante. Los faldones de su jaqué verdinegro y arrugado se movieron como la cola de un pavo:

—¿Y el encargo es de consideración, señor diputado?

—No moleste con preguntas indiscretas —le reprochó Carhuasi, que todavía guardaba rencor por el ex-presidente de la Junta Electoral— A lo mejor se trata de algún secreto de Estado.

Ponciano terció, embadurnando de miel sus palabras:

—En verdad, lo es hasta... esta tarde, y estaba re-

suelto a ocultárselo a todo el mundo. Pero el cariño que me inspiran ustedes y la satisfacción que siento de tenerlos en mi casa me obligan a cambiar de opinión. Ustedes comprenderán que en política...

—Señor diputado —le interrumpió el cura, enjugándose el rostro con su pañuelo multicolor— la curiosidad tiene cara de hereje. ¿De qué se trata por fin? ¡Hemos visto salir de aquí tantos personajes!

—De poca cosa —repuso Ponciano, retorciendo su boca en una mueca de indiferencia— Que los tiranos a quienes encargó el Presidente que se entrevistaran conmigo han logrado, después de torturarme varias horas, que encabece el nuevo Gabinete. Estoy actualmente barajando nombres. ¡Qué contrariedad!

Como figuras de ajedrez, los tres miembros de la comisión se movieron desconcertados, sin saber qué decir. Al fin el cura rompió el silencio, expresando su sorpresa con la misma emoción que si hubiera recibido la noticia de su ascenso a Obispo:

—¿La Presidencia del Gabinete?

Pomalta coreó:

—¿La Presidencia del Ga...? ¡Qué gran honor para Carapoto!

—Verdad, verdad —masculló Carhuasi, arrepentido ahora de haberle disputado la representación a un hombre de tanto relieve como Ponciano— ¡Es un honor para Carapoto y para todo el país!

—Pero para mí no —dijo el diputado, exagerando su displicencia.

La comisión volvió a sorprenderse:

—¿Cómo?

—Créanme que hubiera preferido continuar en mi Cámara, donde me alienta el leal cariño de mis amigos y el fervor del público. Un Ministro, mis amigos, está expuesto perennemente a las críticas injustas de los envidiosos y a ser víctima, en el momento menos pensado,

de un voto de censura por el más mínimo pretexto, como acaba de suceder con el Gabinete anterior. Y créanme igualmente que si acepté presidir el Gabinete no fue sólo por los ruegos del Mandatario y de los prohombres del régimen, sino también impulsado por mi amor a Carapoto, pues, desde mi Ministerio, podría propiciar mayores obras públicas.

—Dios iluminará su glorioso camino —auguró el cura.

—Así es —aprobó Pomalta— Lástima no más que no podamos agregar el dignísimo título de Presidente del Consejo de Ministros a la leyenda que ha sido grabada ya en el pedestal del busto de don Saturnino.

En ese instante recorrió Cabrerita la cortina de la puerta y asomó su faz pálida, en la que se adivinaba el hambre que le consumía: Era, las dos de la tarde. Pero al reconocer a Pomalta desapareció rápido, creyendo que el viejo había venido a presentar su queja para obligarlo a casarse con Rosalinda. Ese día no almorzó en casa de Ponciano como acostumbraba.

—Y a propósito —recordó el cura— Nos ha traído a Lima, señor diputado... ¡oh, perdón!, señor Ministro, el buen deseo de invitarlo, en nombre de nuestro pueblo, a la inauguración del busto al que acaba de referirse don Cástulo, aunque creo que usted no podrá ya asistir a la ceremonia, dadas sus nuevas ocupaciones.

—Señor cura, sus sensatas palabras me ahorran toda disculpa. Es usted muy gentil. En su oportunidad comisionaré al Prefecto para que me reemplace, ya que las circunstancias me impiden recibir personalmente tan honroso homenaje. Y ahora, les ruego discuparme. El Presidente me espera a almorzar.

Los comisionados mascullaron una precipitada despedida y se fueron al hotelucho que ocupaban.

\* \* \*

—¡Yo lo vaticiné, yo lo vaticiné! —exclamó, vivamente emocionado, don Tomás Francisco, cuando Ponciano comunicó al grupo familiar la noticia de su designación— ¿Lo recuerda, Saturnino?

¡Cómo no lo iba a recordar si se lo decía frecuentemente a manera de disculpa o recompensa cada vez que se dejaba desplumar en el tresilio! Algo parecido afirmó, entre remilgos, doña María del Rosario, y hasta su hermana no se quiso quedar atrás, asegurando que ella, aunque siempre sostuvo lo contrario, no por eso había dejado de creer en el destino triunfal de Ponciano.

Durante la ceremonia de la juramentación, el flamante Presidente del Consejo de Ministros experimentó un malestar parecido al que causa la altura, contemplando el compacto gentío que esperaba el supremo momento de felicitarlo, así como a los demás miembros del Gabinete. Y cuando, una tras otra, tres mil manos ávidas palpitaron al estrechar la suya, y una interminable letanía de elogios, matizada con breves y disimulados pedidos, bombardeó dos horas consecutivas sus oídos, apreció en toda su magnitud la atracción que ejerce el poder. ¡Cuánto servilismo en la mirada de muchos! ¡Cuánta sumisión en el temor de ser saludados fríamente, en el deseo de ofrecerse sin condiciones, en la angustia de pasar inadvertidos! Le parecía que todos captaban su menor gesto, su más insignificante palabra para calcular hasta donde podrían esperar de él algún favor.

Esa noche regresó asqueado a su casa. Se daba cuenta más que nunca del papel que había desempeñado durante tantos años alrededor de los dirigentes del país. ¿Y para qué? Para mejorar su situación política al igual que muchos de los que se habían doblegado a sus pies esa tarde. Y tal vez peor que ellos, pues, a pesar de su calidad de representante, inclinó la cerviz y arqueó, como un bejuco, la columna vertebral.

Al pasar revista mental en su lecho a las personas

que le congratularan, recordó no haber visto a Claudio Venegas, y lamentó que no hubiera estado en Palacio. Habría preferido su presencia a la de todos los demás.

Si ese día comprendió Saturnino Ponciano en toda su intensidad la atracción que ejerce el poder, poco después iba a darse cuenta también de la esclavitud a que somete. Por más esfuerzos que hacía para cumplir su plan de trabajo, siempre se lo alteraban la inevitable y mortificante presencia de peticionarios y la sucesión de actuaciones públicas, así como de agasajos sociales, que no podía esquivar, porque formaban parte de sus obligaciones ministeriales. Lo curioso era que él, que había censurado con frecuencia a los encumbrados políticos desafectos a conceder audiencias, ahora los imitaba, negándose a atender a tanta gentuza adulona y suplicante que le robaba el tiempo. Hasta rehusaba recibir a don Goyo Corcuera, valeroso Alférez creado por su ingenio, quien, encontrándose otra vez en la miseria —le habían suprimido la pensión que le concediera el nieto del héroe de Catibamba— esperaba ayuda de su antiguo protector. E igual actitud adoptaba con doña Celestina, ignorando que el honesto negocio de la viuda del Capitán Bencerros había sido injustamente comprendido entre los que debían ser trasladados al nuevo barrio galante. La anciana confiaba en que su amigo le arreglaría el desaguisado. Diariamente le escribía tarjetas enlutadas, solicitándole una entrevista. Pero el honorable Ministro las arrojaba al canasto, suponiendo que contenían ofrecimientos de carácter pecaminoso. Además, le había tomado a la vieja, por asociación de ideas, una incontrolable antipatía desde aquella noche en que fuera despedido de su casa por un agente de La Secreta; agente que, por una de las tantas ironías del destino, formaba ahora parte del grupo encargado de resguardar su valiosa persona.

No eran todas dulzuras las que encontraba Ponciano en el desempeño de su altísimo cargo. Fuera de sufrir la

empalagosa adulación y persecución de los eternos aspirantes a prebendas y granjerías, sentía en lo más hondo de su espíritu los constantes ataques de la oposición, la cual, como era natural, aumentaba a medida que el Gobierno se acercaba a su término. Inútil era que él y sus colegas de Gabinete desplegaran una actividad sorprendente para complacer a los descontentos. A poco surgían otros más recalcitrantes y osados.

En los diez meses que luchaba el Gabinete por mantener la estabilidad del régimen, muchas veces había tenido que recurrir a medidas de emergencia para controlar varias huelgas. Y también un conato revolucionario encabezado por el "tristemente célebre" Coronel Ramírez Quiñónez, como se le calificara en el Comunicado oficial emitido por el Gobierno. En aquella ocasión, Saturnino Ponciano pudo vengarse de su viejo enemigo. Lo tuvo casi en sus manos, pero prefirió ordenar que se abandonara su persecución, calculando que podría algún día encumbrarse de nuevo. Mas, ¿de qué le había valido al Gabinete salir triunfante cuando el rigor usado con los huelguistas y los sargentos complicados en el motín servía ahora de bandera a la oposición, que no cesaba de emplear todos los medios para denigrarlo?

Uno de los periódicos que atacaba con más saña a Ponciano era "La Fragua". En diversas oportunidades, Eloísa Cristina había rogado a Venegas que moderara la virulencia de sus editoriales. Pero éste, empeñado en luchar por una democracia perfecta, invocó siempre sus ideales, su honradez periodística. También le habían acusado con igual propósito las viejas Lártiga del Molino, y tan lejos fueron en sus exigencias, que el periodista evitó visitarlas para librarse de su desagradable cantinela.

Como casi todos los Ministros estaban de acuerdo en que "La Fragua" desquiciaba el régimen con sus artículos mordaces, en los cuales ponía al descubierto errores y peculados escandalosos, buscaron la forma de acallar su

ruidosa trompetería. Y con el voto en contra de Saturnino Ponciano —tuvo el buen tino de hacerlo saber— la clausuraron. Esta medida no afectó tanto a Claudio Venegas. La esperaba. Pero lo que realmente lastimó en grado sumo su sensibilidad, fue que le atacaran una madrugada, de manera canallesca, dos individuos que pertenecían sin duda alguna a La Secreta. Aunque el periodista no sufrió heridas de consideración por haber ahuyentado a balazos a sus agresores desde el primer momento, el hecho tuvo gran resonancia. Toda la prensa capitalina censuró ácremente el atentado, y varios congresistas lo aprovecharon para dirigir un ataque certero al Gobierno, culpándolo de haber pretendido eliminar a Claudio Venegas. Ante semejante avalancha, los oradores de la mayoría apenas pudieron esbozar una pálida réplica, sobre todo cuando la barra no omitió epítetos para ofenderlos.

Como consecuencia del escándalo producido por el atentado a Venegas, el Gabinete caía cinco días después con el beneplácito público. El Honorable Ponciano retornó a la paz de su hogar, decidido a permanecer alejado de la Cámara por algún tiempo: No deseaba escuchar el eco de los ataques que lo habían derribado.

—Observo que está usted pálido y delgado —le disparó a quemarropa el Presidente de la República al Honorable Saturnino Ponciano durante el chocolate mensual que ofrecía a los miembros del Cuerpo Legislativo.

El carapotense palpóse automáticamente el rostro, como si pudiera apreciar de esa manera su palidez, y se apresuró a contestar:

—Pues no me explico el por qué. A no ser que con el chocolate...

El Mandatario insistió:

—Bueno, si usted quiere, prescindiré de su palidez. Al fin y al cabo, es el legítimo matiz de los estudiosos. Pero, mi estimado amigo, no me va a negar que ha perdido peso. Cuatro quilos, por lo menos. Se advierte en su vestido. Si parece que no es suyo.

—Señor Presidente —tartamudeó el diputado, tocándose esta vez el cuerpo con viva nerviosidad— En verdad, no me había dado cuenta de ello hasta ahora. Creo que he enflaquecido.

—No lo dude. A la vista está. Desgraciadamente no se lo han querido decir antes otras personas para no preocuparlo. Usted ha trabajado mucho en los últimos tiempos, mi amigo. Necesita descansar.

—En eso he pensado, señor Presidente. Y espero aprovechar el receso de las Cámaras para refugiarme en mi rancho de Chorrillos.

—Grave error el suyo, Ponciano. Así no recuperará la salud.

—¿Salud?

—Sí, salud, pues quien pierde de la noche a la mañana varios quilos de peso tiene que estar indudablemente enfermo. Y su enfermedad no es de las que se curan a un paso de Lima, donde la política le mantendría igualmente inquieto. ¿Tengo razón?

—Usted siempre la tiene, señor Presidente; pero, ¿a dónde podría ir si no es a mi casa de Chorrillos? Carapoto queda muy lejos y mi esposa no se acostumbraría en esas alturas.

—¿Por qué supone que he pensado en Carapoto al recomendarle descanso? Esas sierras acabarían por matarlo. Usted debe distender las alas y volar lejos.

—¿Lejos?

—Sí, lejos. La salud reclama tales sacrificios. Viaje usted a Europa, por ejemplo.

—Imposible, señor. Mis deberes políticos me impiden dejar el Perú. Perdería una situación...

—El que perdería, y mucho, sería mi Gobierno —interrumpiéndole el Mandatario, iniciando un finteo de cortesías— Pero, aún así, preferiría sufrir la pérdida de uno de mis más leales amigos y defensores del régimen, antes que verlo languidecer lamentablemente.

Ponciano sintió un estremecimiento. Sin poder evitarlo inquirió:

—¿Tan mal me ve usted, señor?

El Presidente menguó la crudeza de su diagnóstico:

—Bueno, conceptúo una pésima interpretación de mis palabras aquello de "tan mal". He estado muy lejos de juzgar de esa manera su dolencia. Simplemente le he aconsejado descansar en vista de que su aspecto no es envidiable.

—Gracias, señor, gracias. El interés que se toma por mi persona compromete mi gratitud. Procuraré descansar, aunque sea en mi casa, ya que no podría realizar un

largo viaje en las actuales circunstancias por muchas razones, entre ellas...

—...la falta de valor para lanzarse al viejo mundo.

—Valor nos sobra. Y hablo en plural, porque iría, naturalmente, con mi esposa, o, tal vez, con toda la familia. Pero, como comprenderá, señor, un viaje demanda también tiempo y dinero.

—El impedimento motivado por la falta de tiempo podría eliminarlo con un simple pedido de licencia. Y en cuanto al dinero, eso lo resolverá el Gobierno.

—¿Cómo así? —se intrigó Ponciano, creyendo que al Mandatario se le había ocurrido de repente poner en sus manos la lámpara de Aladino.

—Pero, mi estimado amigo, ¿acaso le he dicho que derroche su propio dinero en un viaje de esa naturaleza? Usted iría, como le he manifestado, por cuenta del Gobierno. Y para que no suponga que mi promesa es quimérica, lo autorizo a entrevistarse mañana con el Ministro de Relaciones Exteriores. El es un hombre dúctil e inteligente y sabrá convertir en realidad su propósito.

Y el mandatario se alejó en busca del Presidente del Consejo, a quien le dijo por lo bajo:

—Ya arreglé el asunto.

—Me felicito por ello —se infló el Ministro, satisfecho de que el Presidente hubiese aceptado su consejo de alejar a Ponciano del Perú— Un mes más en Lima ese individuo y nos creaba una situación embarazosa. Sus últimas intervenciones en la Cámara han tenido un aspecto claramente opositor. Y sé también que intriga para que se interpele al Ministro de Gobierno. ¡Es voluble y péfido! Todavía dudo que acepte viajar.

El Presidente garantizó:

—Pierda cuidado. Ponciano irá dentro de poco a Europa con un cargo diplomático. ¿Cuál? Eso se lo dejo al Ministro del ramo. Entretanto, crea usted que el cabeci-

lla de los nuevos revoltosos parlamentarios está eliminado.

—Dios lo quiera.

Y el Presidente del Gabinete se llevó a la boca la taza que sostenía con la diestra, sin observar que el chocolate conservaba un grado de calor cercano al de la ebullición.

\* \* \*

No necesitó el Honorable Ponciano hacer antesala en Relaciones Exteriores. Por recomendación expresa del Presidente, el Ministro le esperaba desde hacía rato, pensando a qué país europeo podría nombrarlo. Ya había pasado lista a todos los que contaban con representación peruana. Pero, infortunadamente, ninguno le parecía conveniente, ya sea porque los Ministros acreditados ante sus gobiernos pertenecían a la respetable clase de los inamovibles, dadas sus influencias, o porque los consideraba de escasa importancia para despertar las ambiciones del futuro diplomático.

Al ver entrar al diputado por Carapoto, el Ministro se puso de pie con dificultad. El exceso de caviar, mariscos, viandas condimentadas y vinos franceses le anquilosaba las "bisagras", como llamaba espiritualmente a las articulaciones. Su enjocada mano se extendió cordial:

—Pues le estaba esperando, mi estimado Saturnino. Anoche me informó el señor Presidente que usted pensaba viajar al viejo mundo en busca de salud. Estoy pronto a hacerle extender un pasaporte diplomático a fin de que no le molesten en las aduanas. ¡Quién como usted, Saturnino! Lo envidio.

Ponciano manifestó extrañeza. El no había ido allí para solicitar un simple pasaporte. Entonado repuso:

—Parece que existe en esto un mal entendido. Yo...

—¿Acaso ha cambiado de opinión? —le interrumpió el Ministro, lamentando haber iniciado el diálogo con un

ofrecimiento ridículo— Pues de ser así, mi contrariedad no tendría límites, ya que el Gobierno tiene vivo interés en que usted, además de recuperar la salud, resuelva en el viejo Continente algunos problemas medulares que atañen de cerca a nuestro país.

Aunque sospechó que el Ministro divagaba para encauzar la conversación hacia el asunto que le habían encomendado, el Honorable Ponciano sintió una ráfaga de satisfacción al oír el elogio. Y mientras su interlocutor remontábase a las celestes esferas de la diplomacia, cuidando a la vez de britanizar sus ademanes, él recorría con la mirada el Despacho, de cuyos muros colgaban varios retratos de Ministros de Relaciones Exteriores de los albores de la república, que parecían vigilar desde la prisión de sus marcos la labor del ilustre colega. Presidía el escritorio colonial, tapizado con expedientes, memorias y notas oficiales, un Talleyrand de terracota. En un ángulo de la estancia se hallaban las condecoraciones del Canciller, encerradas en bella vitrina, verdadera Arca Santa, franqueable sólo a eruditos en distinguir y apreciar esta clase de doradas joyas que iluminan con mágicos destellos el mundo de la diplomacia.

El Honorable Ponciano escapó del incienso de los elogios para preguntar:

—¿Me podría decir, señor Ministro, a qué clase de problemas se refiere usted? Piense que yo soy un neófito en artes diplomáticas.

—Se equivoca usted, querido Saturnino —le contradijo el Ministro, recogiendo, con hábil movimiento de dedos, un puño que había huído de la manga— En usted existe materia prima de diplomático. No lo dude. Se lo digo yo. ¿Comprende? Yo. Y mi experiencia es muy vasta. Créamelo. Usted prestará a esta Cancillería servicios importantísimos. No lo dude. Por eso hemos pensado el Presidente y yo que conviene...

—Estoy pronto a recibir sus órdenes —le interrumpió

pió Ponciano, ansioso de conocer al fin la misión que pensaba encomendársele.

—¿Ve usted? En su respuesta se advierte el innato sentido del deber y el espíritu de sacrificio del buen diplomático. Usted llegará lejos en esta nueva carrera que abraza en momentos cruciales para el mundo, pues conviene que se robustezcan, por medio de una mutua colaboración, los lazos espirituales y materiales que unen a todos los países, a fin de que se cree un sistema de orden y respeto basado en la justicia. ¿Me entiende? De esta manera, cada pueblo ocupará un sitio de honor en el concierto de las naciones para avanzar, con impulso propio, hacia su engrandecimiento, sin que nadie pueda atentar contra su soberanía ni contra su integridad territorial e independencia. Ya hemos adelantado mucho en el gradual perfeccionamiento del orden jurídico y político, pero es necesario que hombres de ideas elevadas e ideales puros como usted, presten también su concurso para que se logre alcanzar el objetivo ansiado.

Sonó el teléfono, y el Ministro, luego de exclamar disgustado: "No me dejan ni un instante tranquilo", pidió disculpas a Ponciano y tomó el fono:

—¿Ahlo, ahloo? ¿Quién habla? Ah, es usted, Oficial Mayor. ¿Cómo? ¿Que me ha molestado para...? Bueno; despache, pues, a ese Primer Secretario, pero recomíndele que no vuelva a emular a Magallanes, porque la vez pasada... ¿Cómo? ¿Que hay que complacerlo porque lo recomiendan varios senadores y...? No, no, mi estimado Oficial. Ordénele que viaje directamente al lugar de su destino. Bien, bien; así me gusta oírle. ¿Cómo? ¿Que también desea el diputado Paniagua que se despache al nuevo Visitador de Consulados? Ajá. Ya hablaremos de eso, mi estimado Oficial Mayor.

Y colgó el fono, dirigiéndose en seguida a Ponciano:

—Ah, mi buen amigo. Hay ciertos representantes que lo vuelven a uno loco.

—Esta tortura la conozco yo también de memoria.

—Verdad, verdad, que usted presidió el anterior Gabinete. No había caído en la cuenta. ¡Tántos problemas!

De repente, el Canciller se quedó mirando fijamente al diputado algunos instantes y se golpeó luego la frente con la palma de la mano, exclamando:

—¡Eureka!

—¿Decía? —se sorprendió Ponciano.

—Que usted, querido Saturnino, será mi mejor colaborador —le repuso el Ministro, posando con ternura la mirada sobre el busto de Talleyrand, especie de dios tutelar para él— Piense que desde aquí yo no puedo vigilar ni controlar la labor diplomática de las Legaciones. ¿No es cierto? Pero usted será el que lo haga en mi nombre y representación.

—¿De qué manera?

—Viajando a Europa con el cargo de Visitador General de Legaciones.

—¿Existe el cargo?

—No, pero se creará. Ahora mismo le haré extender el nombramiento. Y usted apresúrese a solicitar la respectiva licencia a su Cámara, que no dudo se la concederá apenas conozca la importancia de la misión que le confío. Y si no es indiscreción, ¿ya ha consultado el asunto con su digna esposa?

—Sí; está pronta a seguir mi suerte.

—¡Dichosa suerte! —el Ministro sonrió, dejando al descubierto una dentadura marfileña, obra maestra de un dentista bostoniano.

Convenido lo del cargo, Saturnino Ponciano se interesó por conocer el sueldo que percibiría en esterlinas, informándole el Ministro que sería igual al del representante en Londres, más los gastos de viaje por todo el Continente. También quiso saber si su "oficina ambulante" —así empezó a llamarla— contaría con algún secretario. El Ministro opuso algunas objeciones al principio,

pero, a la postre, cedió: Se le presentaba la oportunidad de nombrar a uno de sus recomendados. Entonces el carapotense, que pisaba ya terreno firme, no tuvo reparo en pedirle el nombramiento de Cabrerita, lo cual provocó en el Canciller una inesperada aunque inútil reacción, obligándolo a decirle con visible desaliento, después de discutir con él un buen rato:

—Que sea su voluntad. Hay que complacer a los hombres que necesita el país para cimentar su fama en el exterior.

Y el Ministro de Relaciones Exteriores volvió a fijar la mirada en la estatuita de Talleyrand, como rogándole que le concediera resignación. En seguida tocó un timbre y dijo a Ponciano:

—Señor Ministro...

—¿Ministro?

—¿Le sorprende? Naturalmente, todavía no lo es, pero ante mi opinión pasa como si lo fuera, pues, según está convenido, desempeñará su difícil misión con esta categoría diplomática. Será usted un Ministro *at large*, como dicen en Saint James. No podría ser de otra manera. Quien controla y vigila a Ministros, debe tener mayor categoría que ellos o, por lo menos, igual.

Abrióse una puerta del Despacho y apareció el secretario. Era un estudiante de Letras, pecosó y espigado, con desmedidas aspiraciones a escalar en breve tiempo los más altos puestos del Servicio. Desde su niñez, dos tías solteronas habían cultivado su deseo subconsciente de abrazar la carrera diplomática, exclamando cada vez que silenciaba algún pecadillo de sus hermanos o negaba descaradamente sus propias travesuras: "Este es el diplomático de la familia".

—¿Deseaba usted, se...?

—Que me llame al Introdutor de Ministros.

—Muy bien, señor —y salió a pasitos menudos.

El Canciller se dirigió a Saturnino Ponciano:

—Es conveniente, mi flamante Ministro, que prepare maletas a la brevedad posible. Los informes que he recibido me obligan a rogarle que se constituya en el término de la distancia en Europa. Su presencia es necesaria allá para que resuelva asuntos de vital importancia que conciernen a nuestro país. Usted, con la habilidad que le caracteriza, podrá enviarme un informe detallado sobre ciertos aspectos de la gestión diplomática de nuestros representantes y, además, indicarles el rumbo que deben seguir para que su función concuerde con las directivas de esta Cancillería, pues...

—¿Me necesitaba, señor Ministro? —oyó que le decía el Introdutor de Ministros, presentándose de repente en el Despacho, sin haber tocado previamente a la puerta.

—Sí, sí; hace media hora que le espero.

—Señor, no ha sido culpa mía que llegue en este momento, porque acaban de transmitirme su llamada.

—Bueno —carraspeó el Canciller, satisfecho de haber dado muestras de su energía ante un testigo importante como el diputado por Carapoto— Sírvase extender un pasaporte al señor Ministro Saturnino Ponciano y a su señora esposa.

—¿Ministro en...?

—Ministro Visitador de Legaciones en Europa.

—¿Visitador de...?

—Me sorprende su carencia de ligereza mental, doctor —enfadóse el Canciller, observando la expresión bobalicona del funcionario— Vi si ta dor de Le ga cio nes.

—Discúlpeme, señor —reaccionó el Instructor dentro de los límites que le señalaban las normas diplomáticas— Es que ignoraba este nombramiento.

Ponciano terció contemporizador:

—La razón le asiste, doctor. Es lógico que lo haya ignorado porque todavía no he sido favorecido con el cargo. Cargo que, en realidad, no existe. El señor Can-

cillier lo va a crear, lo cual pone de manifiesto su espíritu innovador.

—Padezco de esa virtud —resopló el Ministro, escondiendo su vanidad tras un gesto de resignación— Lo peor es que me la reconocen. El doctor es uno de ellos.

Extremadamente ceremonioso, el Introdutor de Ministros asintió con una melosa sonrisa, la misma que usaba siempre para aprobar y celebrar las paradojas, epigramas, reticencias y doctas opiniones de los miembros del Cuerpo Diplomático.

El Canciller continuó, mientras su enojada mano acariciaba suavemente la estatuita del genial Talleyrand, en cuya obra diplomática se inspiraba:

—¿No es así, doctor?

El Introdutor tornó a acuñar otro ejemplar de su sonrisa diplomática, encrespando esta vez el espíritu de mando de su jefe:

—Doctor, conviene que ponga usted de su parte la mayor diligencia para acelerar el viaje del señor Ponciano, quien le proporcionará las fotografías y datos necesarios. Entretanto, yo ordenaré al Oficial Mayor el asunto del nombramiento. Tenga en cuenta que el señor Presidente y yo tenemos sumo interés en que nuestro nuevo Ministro arribe cuanto antes a Europa para que inicie la labor que tantos beneficios dará al país.

La vacua palabrería del Ministro desquició ligeramente la serenidad diplomática del funcionario:

—Nunca he dejado de cumplir las instrucciones que se me imparten.

Advirtiendo un asomo de rebeldía en las frases del Introdutor de Ministros, el Canciller le reprochó:

—No invoque perfecciones, doctor, que *errare humanum est*. Recuerde que hace dos días el señor Ministro de China se quejó amargamente de que se le hubiera señalado un puesto equivocado en el banquete que ofrecí.

—Pero... —tartamudeó el funcionario.

—No, no, mi estimado doctor. Esa clase de descuidos echan por tierra las buenas relaciones entre los países. Y la China, doctor, debe merecernos el respeto que inspiran los pueblos milenarios, que conocieron los albores de la civilización. Por otra parte, su Ministro, el doctor Yuen-Yu-Tan es persona estimabilísima y de gran cultura, y pertenece, además, a una de las familias más antiguas de su país. Desciende nada menos que de Yu, primer Emperador de la dinastía Yia. Ha debido, pues, evitar este serio contratiempo.

—Señor —se atrevió a replicarle el Introdutor de Ministros— El representante de China sufre un error al suponer que le correspondía un sitio antes que el Ministro de Alemania.

—¿Cómo? —chilló el Canciller— ¿Pretende disimular su incalificable *gaffe*, culpando al doctor Yuen-Yu-Tan?

—Señor, el Ministro de China presentó credenciales el 8 de febrero del pasado año.

—¿Y von Strassenberg?

—También el 8. Pero media hora antes. Por lo tanto, le corresponde la precedencia.

El orgullo del Canciller sufrió un rudo quebranto, precisamente cuando quería exhibir ante Saturnino Ponciano su erudición diplomática en esos asuntos. Pero, maestro en sabias retiradas, argumentó todavía:

—Tengo la certeza de que el doctor Yuen-Yu-Tan presentó primero credenciales. Vaya y compruebe su error, mientras termino de cambiar ideas con el señor Ponciano.

El Introdutor de Ministros hizo una venia, y después de girar ceremonioso, se fue suavemente.

El Canciller volvióse al carapotense. En su gesto se adivinaba la desesperación y en sus ademanes sajones marcados resabios latinoamericanos:

—Esta árdua labor ministerial acabará con mis úl-

timos átomos de paciencia, mi estimado Saturnino. Tengo que estar alerta para que no sufra menoscabo nuestra diplomacia. Ya imaginará usted la contrariedad que sufrí al escuchar la queja del Plenipotenciario asiático, hombre de ingenio sutil, refinados gustos y, además, exquisito anfitrión. ¡Colocarlo en la mesa después de aquel rudo germano! Bueno, le ruego presentar mis felicitaciones a la señora Ministra. Y prepare maletas. Precisamente el 20 parte el Delfín del Pacífico, que es la mejor nave que nos conecta con el viejo mundo. ¡Ah, si yo pudiera sacudirme de esta monotonía burocrática y volver a paladear los encantos de la cara Lutecia, del neblinoso Londres, de la Ciudad Eterna, del gigantesco Berlín, del incomparable Madrid, de... en fin de todo ese mundo maravilloso que enciende sueños en la mente. Ah, mi estimado Saturnino, usted es un hombre feliz. ¡Cuánto daría por cambiarme por usted!

En ese instante reapareció el Introdutor de Ministros con un legajo en la mano, y el Canciller, suponiendo que deseaba corroborar su aseveración, le ordenó, antes que principiara a hablar:

—Regrese mejor más tarde, doctor. No he terminado todavía de discutir un importante asunto con el Ministro Ponciano. Y no olvide lo del pasaporte.

En los labios del funcionario se estereotipó una nueva sonrisa y sus pies giraron en dirección de la puerta.

Al despedirse Ponciano, el Canciller le repitió:

—Usted es un hombre feliz, mi estimado Saturnino. ¡Cuánto daría por cambiarme por usted! ¡Oh, cara Lutecia...!

Fuerte impresión les causó a las Lártiga del Molino el nombramiento de Saturnino Ponciano. ¡Separarse de Eloísa Cristina! Pero don Tomás Francisco, que estaba siempre pronto a buscarle a los problemas familiares una solución que coincidiera con sus deseos, resolvió las cosas de manera expeditiva y agradable. ¡Viajarían todos a Europa! De poco valió la seria oposición de su mujer y de doña María de la Luz, basada en que tres ancianos poltrones sólo servirían de estorbo en un largo viaje a través del viejo Continente, más aún cuando el flamante Ministro requería tranquilidad y tiempo para cumplir la difícil misión que se le había encomendado. Sin embargo, el viejo no cejó en su propósito, que apoyaba ardientemente Ponciano, calculando que las dos señoras podrían acompañar a Eloísa Cristina cuando él se dedicase a ver algo más que museos, templos y monumentos públicos.

A del Nogal no le movía solamente a emprender viaje el natural deseo de estar al lado de su hija, sino también el de repetir sus distracciones moceriles en París, cuando vibraba de entusiasmo admirando las maravillosas curvas de la Bella Otero y de Cleo de Merode. Imaginaba igualmente poder disfrutar de los encantos de Chez Maxim's como en los dichosos tiempos en que el futuro Eduardo VII lo prestigiaba con su presencia. Hasta pretendió arrastrar a la aventura a del Carril, con quien había corrido una turbulenta bohemia en aquella capital, sin pensar en que, tanto él como su amigo, pasaban de los quince lustros. Mas del Carril, comprendiendo que el reuma y

otros achaques propios de su edad le impedirían disfrutar esta vez de las dulzuras incomparables de París, se negó a complacerlo.

Incomprensible le pareció a Ponciano la reacción de Cabrerita cuando le comunicó la noticia de su nombramiento como "Secretario del Ministro Visitador de Legaciones". El, que creía deslumbrarlo con tan grata sorpresa, estuvo a punto de desvanecerse al oírle decir: "De ninguna manera, Saturnino. No cambio el encanto de mi Lima por el de todas las capitales europeas". Fue necesario que le enumerara, durante una hora, las ventajas que obtendría y que don Tomás Francisco le describiese con los colores más vivos la vida de París para que se resolviera a aceptar el cargo.

Si a muchos políticos les encantó saber que Saturnino Ponciano se ausentaría en breve del Perú, a los carapotenses les produjo esta noticia estupor y pesar, como si de pronto se hubiesen quedado huérfanos. "El Faro" lanzó una edición extraordinaria dando cuenta del suceso en varios artículos plagados de románticas lamentaciones, que hicieron asomar lágrimas a los ojos de los heroicos hijos del lugar. Y el cura ofició tres misas para que el Santo Patrono de Carapoto protegiese en el viaje la vida del diplomático, cuyo busto acababa de ser inaugurado con derroche de discursos, marchas y bengalas.

Durante varias semanas, los diarios de Lima registraron en su sección social las numerosas fiestas de despedida prodigadas "a los distinguidos esposos Ponciano, que dejarán un hondo vacío en nuestros aristocráticos círculos", y "a la digna familia del Nogal-Lártiga del Molino, cuyo hogar ha sido siempre un nido tibio y acogedor". Hasta que, finalmente, dieron cuenta de la partida del "Excelentísimo Señor Ministro Saturnino Ponciano y familia, a los que despidieron en el Callao incontables personas de nuestro mundo diplomático, político y social". Agregaban que el Presidente de la República se había

hecho representar en el cálido homenaje por uno de sus Edecanes.

Los testigos de este acontecimiento recuerdan con emoción la tristeza que nublaba el semblante de los presentes, sobre todo el de los numerosos miembros de la colonia carapotense que habían acudido al vecino puerto, llevando ramos de flores para ofrecérselos a Eloísa Cristina.

También Cabrerita, convertido en diplomático, recibió el abrazo de despedida de sus amigos, todos mozos pendencieros y jaranistas, que habían realizado el sacrificio más grande de su vida, dejando el lecho a mediodía para trasladarse al Callao.

Cuando la sirena de El Delfín del Pacífico aulló, anunciando que zarparía en breve, Saturnino Ponciano, desprendiéndose de tantos brazos que pretendían todavía retenerlo, descendió por la resbaladiza escalerilla del muelle de fleteros y acomodóse en el empavesado bote, donde se hallaban ya sus familiares. Cabrerita le siguió con una pena infinita en el alma, que pugnaba por convertirse en sollozos.

Sobre la bruñida lámina del mar se erguía El Delfín del Pacífico, tan blanco como las gaviotas que revoloteaban a su alrededor.

\* \* \*

Poco o nada se sabría de este célebre viaje ni de las interesantes aventuras de Saturnino Ponciano si no se hubiera contado con dos fuentes de información valiosísimas, como son sus propias Memorias y las referencias de Rodolfo Cabrera. Como es de suponer, recurrimos de manera preferente a las primeras, rellenando sólo los vacíos que se advierten en ellas con los inapreciables, aunque exagerados, relatos de Cabrerita. Y para evitar que algún apasionado admirador del carapotense dé una torcida

interpretación a ciertos aspectos de la presente biografía, copiamos literalmente la parte de las Memorias referente a su viaje y estada en París, cuidando sólo de suprimir algunos pasajes escabrosos que menguarían ligeramente su buen nombre y fama, así como otros faltos de interés, en los cuales describe monumentos públicos o hechos históricos.

El más intonso en asuntos literarios descubrirá, desde el instante en que comience a leer los párrafos que siguen, el inconfundible estilo de Saturnino Ponciano, tan engalanado de metáforas brillantes y giros afortunados.

---

7 de enero.

Fatigado por la insuperable eclosión de afecto que recibiera en el Callao de tantos amigos, me refugié en mi cabina. ¡Qué solo me sentí, Dios mío! Me torturaba el remordimiento —como hasta este momento— de haber abandonado mi Cámara. ¿Quién podrá ahora dirigir la política con la misma maestría? ¡Todos son unos ingenuos!

Sofocado por la pena, a poco salí a cubierta. Los visitantes de esta maravillosa nave descendían apresuradamente. En los pasillos cuchicheaban varias *girls*, que ansían romantizar el viaje con alguna aventurilla, y se desperezaban algunas decenas de ancianas inglesas. “¡Qué bien se van a sentir doña María de la Luz y mi suegra!” —me dije. Y, alentado por este pensamiento, seguir recorriendo El Delfín del Pacífico para pasar revista visual a mis compañeros de viaje. Pero, ¡oh, desgracia!, a la postre me pareció vivir en un asilo flotante de ancianos, que una sociedad grandemente caritativa hubiera ataviado con elegantes galas. ¡Cuántas viejas detestables!

A las siete, cuando las sombras amortajaban el mar, el barco zarpó con retraso y contemplé por última vez las

luces del puerto, que parpadeaban entre la negrura de la noche de verano, preñada de presagios.

---

8 y 9 de enero.

Desesperante monotonía del mar, costas lejanas, aburrimiento infinito en esta gigantesca mansión confortable, contagiada de la vejez de las turistas inglesas, que agonizan de *splín* y de reuma.

Cabrerita piruetea sin éxito entre las *girls*, entendiéndose con ellas por medio de gestos y ademanes; Eloísa Cristina no abandona todavía nuestra cabina, atormentada por el mareo; doña María del Rosario y doña María de la Luz se han alineado a lo largo de la fila de ancianas, que ahorcan el tiempo leyendo novelas de aventuras o tejiendo, y don Tomás Francisco cojea por cubierta. A cada instante me habla con incontrolable entusiasmo del Moulin Rouge, Chez Maxim's y de tantos otros lugares de diversión de París, así como de artistas y cortesanas que, de vivir todavía, deben ser ya abuelas.

Llegamos a Paita. El sol temprano dora el racimo de frágiles casas. ¿En cuál de ellas viviría sus postreros años aquella turbulenta e impávida mujer que endulzó las agitadas horas del Libertador, cuyo nombre fue Manuelita Sáenz? El cadencioso y grato sonsonete de los fleteros me distrae.

Sabedor de que viaje en esta nave, el Prefecto ha venido especialmente desde la capital del Departamento para presentarme sus respetos. Es un hombre gordo y cordial, que me florea lisonjas sin saber que estoy harto de escucharlas. ¡Qué aburrida es la popularidad!

Poco después, El Delfín del Pacífico enfila de nuevo hacia el norte como un caballero andante que mitigara su cansancio en las posadas acogedoras del camino.

---

11 de enero.

Atraviesa la nave la línea ecuatorial. El calor me derrite. La brisa apenas refresca. Y estos malditos ingleses por aquí y por allá, sintiéndose dueños del barco. ¡Ni siquiera saben quien soy!

En la pasada noche, Eloísa Cristina y yo trabamos amistad con un castellano jacarandoso y dicharachero: don Sancho Alonso de la Polvareda, conde de Roblechico. Como es erudito en genealogías, al poco rato de departir con nosotros descubrió que le ligaba parentesco bastante cercano con Eloísa Cristina. Un Lártiga del Molino, que existió a fines del siglo XVIII, era primo de un tal don Jaime de Logroño, ascendiente directo de él. Esta noticia, por cierto muy halagüeña, la celebramos mucho. Y dió también la casualidad que nuestro amigo tuviera igualmente vinculación con los del Nogal, lo cual sirvió para que don Tomás Francisco, alborotado en extremo, olvidase sus ansias de engullirse París como a una fruta almibarada. Desde anoche no aborda otro tema que el de su árbol genealógico, por cuyas ramas trepa incansablemente, ansioso de alcanzar la cima, que corresponde a los tiempos de la Reconquista. El conde lo ayuda en estas investigaciones, citando nombres y fechas con pasmosa exactitud, al decir del anciano.

---

14 de enero.

Ayer tocamos en Panamá, ciudad alegre, inquieta y comercial. Todos los pasajeros abandonamos nuestro encierro para lanzarnos a recorrer sus calles y adquirir algunos "recuerdos" de las bien surtidas tiendas. En la tarde nos condujeron en varios vehículos a la vieja Panamá, destruída en el siglo XVII por el pirata inglés Morgan. ¡Cuánta grandeza en aquellas piedras que nos hablan de tiempos románticamente heroicos, cuando los españoles reali-

zaban prodigios asombrosos! Junto al puente que atravesó Pizarro para ir al Perú encontré a don Tomás Francisco, prendido del brazo de don Sancho Alonso, quien le decía:

—Allá tenéis, noble pariente, las ruinas del Cabildo y las de la Catedral, con aquella torre que parece surgir de edades pretéritas como un mudo testigo de las hazañas de nuestros antepasados. En una tarde como ésta, la torre tenía vida; vibraba con la armonía de sus campanas, cuyos sonos argentinos recogían el golfo y las selvas mortíferas; y en esas casas se oía la dulce lengua de Castilla, y desde aquel árbol gigantesco, que veis allá, atisbaban los vigías. Por aquí ceñía su coraza Balboa...

A don Sancho Alonso se le encandilaban las pupilas relatando las proezas de sus antepasados, aquellos conquistadores rudos, magníficos y tenaces, que hacían de su vida un espléndido poema, templando su alma en las luchas terribles contra los indios y la naturaleza bravía. Y al conjuro de sus palabras, don Tomás Francisco lagrimeaba de emoción, creyéndose sin duda un conquistador redivivo. Infortunadamente, cuando más le emocionaba el monólogo evocativo, un violento chaparrón, de aquellos traidores que sueltan los cielos tropicales en el momento menos pensado, le obligó, así como a todos nosotros, a huir más ligero que si nos hubieran anunciado un ataque pirata.

Esta mañana fui despertado por los golpes que daba alguien en la puerta de mi cabina. Tan insistentes eran, que supuse que la nave ardía por todos lados. Abrí, inquieto, y me encontré con uno de los oficiales:

—Señor Ministro —me dijo, cuadrándose— ya vamos a pasar el Canal.

—Me complacerá mucho admirar esta grandiosa obra de ingeniería que ha asombrado al mundo; pero no necesitaba comunicarme la noticia de manera tan violenta. Mi esposa no se siente bien y...

—Es que no lo he molestado para que admire el

Canal, sino para informarle que su secretario no ha regresado todavía de tierra.

—¿Es posible?

—Sí, señor Ministro. Faltan él y una señora de la Segunda clase, cuyo marido, un turco o polaco, no lo sé a punto fijo, la busca desesperado.

—Desde luego no encontrará usted relación...

—De ningún modo —se apresuró a responderme el oficial— Lo único que deseo advertirle, cumpliendo una orden del Capitán, es que si dentro de diez minutos no se halla su secretario a bordo, nos iremos sin él.

—Pero...

El Oficial no me dejó tiempo para exponerle la conveniencia de retrasar más la partida a fin de buscar a Cabrerita. Cuadróse, llevándose la diestra a la sien, y se fue. Entonces empecé a vestirme rápidamente y, mientras lo hacía, veo que Cabrerita entraba todo sofocado y pálido, susurrando: "¡Me persigue una fiera!". Y no mentía ni exageraba, pues, cuando entreabrí de nuevo la puerta y abarqué un sector de cubierta, distinguí a un individuo que caminaba de un lado a otro, vociferando en una lengua extraña y cuyas intenciones de aniquilar a Cabrerita eran notorias.

El Delfín del Pacífico prosigue al fin su viaje. Esta vez en la estrecha calle líquida que une dos mares. El portento de ingeniería me sobrecoge e inspira. Me inspira la idea de propiciar una obra parecida, aunque de menos proporciones, en Carapoto para unir dos ríos. ¡Qué grandioso monumento me erigirían a la entrada del canal, perennizando mi gloria! Don Sancho Alonso de la Polvareda, que ha atravesado varias veces el Canal, renuncia por breve tiempo a sus temas genealógicos y me explica el funcionamiento de las esclusas.

Agotados por el calor llegamos a Colón, puerto yanquizado que se yergue frente al Atlántico. Ambulo por sus calles, donde hormigüea una población flotante, pro-

cedente de los puertos más remotos del mundo, y, curioso, huroneo en los negocios de hindúes, repletos de sederías y de figulinas de marfil. Adquiero un Buda barrigón para obsequiárselo a doña María de la Luz, y me alejo por una larga avenida bajo el encanto milagroso de una lunita de retablo, que clava sus cuernos de oro en un vellón de nubes. A mi paso, las palmeras, estremecidas por la brisa juguetona de la noche naciente, parece que se inclinan para saludarme. Cuando retorno, El Delfín del Pacífico, todo empavesado y fulgurante, semeja una casa de ensueño.

Y vuelven las horas aburridas abordo. Las mismas viejas inglesas leen en la cubierta alta; el mismo sabor tienen las comidas; los mismos bailables interpreta la orquesta, y don Sancho Alonso repite por centésima vez los nombres de los ascendientes comunes que honran a las Lártiga del Molino y a él. Don Tomás Francisco y Eloísa Cristina no se cansan de oírle, y para retener sus sabias lecciones trazan bosques genealógicos en una libreta, que ya resulta pequeña para atesorar tantos nombres ilustres.

Concluída su docta enseñanza, don Sancho Alonso forma mesa de póker con mi suegro y otras personas, entre ellas un argentino que, según afirma él mismo, juega Polo tan bien como baila tango, y un millonario chileno, propietario de varias salitreras. Pero el pobre don Tomás Francisco, ya sea porque sus conocimientos en el póker son escasos o porque tiene una suerte indigna, vuelve siempre a su cabina con la cartera vacía. Hoy lo reemplacé yo, que he tenido noches memorables en varios Clubs de Lima y, al igual que el viejo, sufrí una tremenda derrota. ¡Qué suerte más grande la del castellano! ¡Las "escaleras reales" florecen en sus manos! Sin embargo, él asegura que es la primera vez que le sonríe la fortuna. El polista argentino no se queda atrás. Estuve tentado de decirle que me parece más expedito en el juego del póker que en el tango.

17 de enero.

Fondea El Delfín del Pacífico en Kingston bajo la gracia de un crepúsculo multicolor, que convierte el cielo en una inmensa paleta, tal la maravillosa sinfonía de arboles que ostenta, y una legión de canoas le circunda. Sus ocupantes —piezas de ébano, que envidiaría un negrero de calidad— nos muestran sus mercaderías —caracoles, cueros lustrosos, cestos y el renombrado Bay Rum— mientras difunden la loca algarabía de su jerga gutural abominable, en la que se adivinan vocablos españoles bastardeados.

Bajo a tierra con don Sancho Alonso, el polista argentino y el chileno de las salitreras. Don Tomás Francisco se ha resistido, muy juiciosamente, a acompañarnos. Descender por empinadas escaleras y navegar en frágil bote le parecen peripecias peligrosas.

Un taxi nos conduce a través de calles asfaltadas y oscuras, donde los negros, ataviados como los bailarines de *cake walk*, se esfuman en las tinieblas. El chofer —negro pícaro, que esconde sus mañas tras un dialecto detestable— nos lleva al hotel Constant Spring, haciéndonos pasar, como por arte de magia, de un rincón africano a otro europeo. Flemáticos ingleses beben *whisky*. Son los amos. A pesar de todo, no los creo más felices que las parejas de manumitidos que recorren las calles, echando al viento el trompetazo de su bronca risa.

Cerca de la medianoche retornamos al barco, y mientras mis tres amigos se disputan el derecho de hablar, ignorando lamentablemente mi calidad de brillante tribuno, admiro la belleza de los campos venteados, adormecidos bajo la suave claridad de la luna, que asoma en la altura su faz enharinada.

19 de enero.

Las interesantes informaciones de mi pariente —me reconoce como tal— Sancho Alonso de la Polvareda, han trastornado a los miembros de mi familia, al punto de que no se cansan de trazar los planes más estrafalarios para radicarse en Madrid, olvidando que el centro de mis actividades diplomáticas será París, como conviene a los altos intereses de mi patria. No es extraño oírles decir con una naturalidad que asombra: “Mi primo el Marqués de los Almirantes” o “Mi tío, el duque de Sierramala” o “Mi sobrinito, el conde de Oriflama”. Lo peor es que cuando me sorprendo involuntariamente al escucharles mencionar nombres de parientes que jamás hemos conocido, me fustigan con un sonoro: “¡Qué pelmazo!”, aprendido de Sancho Alonso. Y, para ganar mi voluntad, pretenden encandilarme con la ilusión de que pronto recobrarán sus títulos y que yo podré también ostentar alguno de los que le corresponden por derecho a Eloísa Cristina, según lo establecen no sé qué leyes heráldicas.

Entretanto, de la Polvareda continúa favorecido por la suerte. Esta tarde le ganó a don Tomás Francisco cincuenta esterlinas, desgracia que ignora todavía su mujer, pues, de saberla, le quitaría el privilegio temprano de manejar el dinero.

---

20 de enero.

Ataviada de gracia y de luz nos recibe La Habana, riendo sin término como una cortesana a quien lisonjean su belleza. Por sus calles bulliciosas ambulan mujeres de ojos coruscantes y bocas sensuales, contoneándose con incitante encanto, y se embriaga de sol la criollera vocinglera.

Para desintoxicar a mi familia de su pasión herál-

dica, la conduzco a la encantadora urbe. Un chofer zalamero nos sirve de cicerone, mostrándonos con orgullo patriótico los principales monumentos y, cuando termina el recorrido, nos tienta a conocer un aspecto del folklore nacional en cierto teatro de arquitectura morisca. Acogemos su insinuación y ocupamos un palco. La primera parte del espectáculo nos entusiasma. Comprende una serie de bailes interpretados por ágiles artistas al compás de la cadenciosa y lánguida música cubana, y una comedia que debe ser graciosa, pues, aunque no comprendemos la jerga de los actores, observamos que el público se sofoca de tanto reír.

Al recorrer con escudriñadora mirada la platea, descubro a Cabrerita. Rehuía verme desde el día en que casi pierde el vapor. Le acompaña una morena maciza, de seno prominente y ojos turbadores. Tal vez la mujer del turco celoso u otra de sus conquistas. Advierto que, al verme, se sorprende mucho, lo cual atribuyo al remordimiento que debe sentir como consecuencia de su última aventura.

Concluido el intermedio, apáganse las luces y comienza la segunda parte del programa: una cinta cinematográfica. Supongo que trata de vaqueros o *gansters*, temas que encienden mi imaginación, pero, con el consiguiente estupor, veo que las escenas galantes de una pareja semidesnuda se suceden a ritmo acelerado. Yo no sé qué actitud tomar, tal es mi desconcierto. Noto que doña María de la Luz se persigna y que mi suegra se cubre los ojos con el pañuelo, mientras Eloísa Cristina me pisa el pie y don Tomás Francisco hace aspavientos y alarga el cuello en un afán incontrolable de apreciar mejor los melosos arrumacos de la pareja pecadora. "¡Dios mío, dónde nos ha traído Saturnino!" —oigo que grita doña María de la Luz. Y en seguida se pone de pie y encabeza la retirada.

Ya en la calle, Eloísa Cristina me ayuda a establecer

las paces con la rabiosa señora. ¡Cómo debe haberse reído de mí Cabrerita!

---

23 al 29 de enero.

El clima ha hecho el milagro de rescatar de su marasmo a las inglesas. Las momias sonríen ahora, y en vez de tejer y devorar libros, pasean, discuten y hasta bailan. El rebaño trashumante de Tercera ha engrosado sus filas con un nuevo torrente de españoles, turba bullanguera que ansía llegar pronto a sus exuberantes tierras de Galicia.

Desengañado nuevamente de requebrar sin éxito a las *girls*, Cabrerita vuelve a los compartimentos bajos de la nave, donde abundan las italianas de mirar acariciante y las espeñolas de macizas prominencias.

El brusco cambio de temperatura ha resucitado el reuma de don Tomás Francisco, obligándolo a refugiarse en su cabina, donde tose y grita de dolor. Juzgo su dolencia providencial. Ya habría pasado el resto de las esterlinas familiares a manos de Sancho Alonso, cuya suerte crece a medida que se acerca la nave a Europa. Un mexicano rumboso y dos cubanos parlanchines han sido también sus víctimas. ¡Que el diablo no me arrastre a jugar con él!

Esta mañana fresca y dorada he despertado oyendo una lengua nueva. El Delfín del Pacífico ancló temprano en San Miguel. Desde cubierta admiro sus casitas blancas y amarillas, recostadas sobre la verdura de los cerros. Al pie del mar, en una punta rocosa, se yergue una especie de fuerte, y en el fondo, como en los paisajes holandeses, mueven sus aspas algunos molinos, mientras revolotean, bajo la diafanidad del cielo, bandadas de albas palomas.

A mediodía, con mar encrespado, que provoca espasmos estomacales, dejamos Las Azores y enfilamos hacia España.

---

31 de enero.

Allá, en el límite del mar enfurecido, diviso las costas de Galicia, y, al fondo, varios caseríos colgados en la falda de los cerros como nidos de águila. El Delfín del Pacífico se halla frente a Vigo. La ilusión que he acariciado toda mi vida se convierte en realidad ¡Europa, yo te saludo! Vengo a tus playas con una carga de presentes espirituales.

Infelizmente, esta incomparable satisfacción me la nubla al poco rato un desdichado contratiempo. Apenas la nave atraca al muelle, suben las autoridades y por quien primero preguntan es por don Sancho Alonso de la Polvareda, lo cual hace crecer mi orgullo. No les es difícil encontrarlo. El hidalgo remata una partida de póker en el salón, que le ha producido una ingente suma. Pero, en contra de lo que supongo, un oficial del grupo le pone la mano en el hombro y le dice con incalificable grosería: "Belarmino Pérez Gurdales, síguenos". Como es de imaginar, mi amigo reacciona furioso al ver que se le confunde con un cualquiera. Derrochando altivez, increpa al oficial su conducta, sin lograr que el tozudo modifique su actitud. Intervengo yo, dando a conocer mi categoría diplomática, y aunque el policía me trata cortésmente, empeñase siempre en llevarse a Sancho Alonso, suponiéndolo un vulgar Pérez Gurdales, estafador de profesión, a quien buscan desde hace tiempo, y que debe tener, indudablemente, gran parecido con él. En vista de que no surten efecto mis sensatos argumentos, le recomiendo a mi amigo paciencia y resignación, confiado en que un jefe de policía consciente podrá aclarar en breve tan censurable confusión. Desgraciadamente, hasta este momento —y ya va a zarpar el barco— no ha vuelto el detenido, lo cual me está probando que la autoridad con quien debe haber tratado es tan testaruda e imbécil como el individuo que lo apresó. Menos mal que se queda en España.

---

2 de febrero.

Después del infortunio sufrido por Sancho Alonso de la Polvareda no me restó entusiasmo para conocer La Coruña y Santander, y en la mañana de ayer desembarcaba en La Pallice. ¡Por fin la heroica Francia de mis ensueños! Pisé tierra, ágil y animoso, no así mis familiares, que parecían escapados de un lazareto. Sobre todo don Tomás Francisco, que no se podía mantener en pie, tal era su lastimosa postración. Cabrerita y yo tuvimos que bajarlo cargado, mas cuando se dió cuenta que estaba en suelo galo, echó a andar, gritando a todo pulmón: "¡A París, a París!" Parecía que había bebido un cordial mágico, que lo impulsara una corriente eléctrica. Verdad es que sus pasos fueron contados: Cayó a poco sobre un hacinamiento de cajones.

Todos los miembros de la Legación me esperaban en la estación de Montparnasse. En medio de ellos, mi viejo amigo el Ministro exhibía su plebeya redondez, agitando con la diestra el hongo y el bastón. En los rizos aceitados de su melena se quebraba el haz rojizo de un foco eléctrico. Al acercarse a mí abrió su sonrisa cordial, llena de mieles diplomáticas, y me abrazó emocionado. Luego, imperativo, hizo un guiño y el Primer Secretario puso en sus manos un fragante *bouquet* de rosas blancas y rojas, que entregó a Eloísa Cristina.

Mientras recibía yo el saludo del personal de nuestra representación, Cabrerita y doña María del Rosario lograron sacar del vagón a don Tomás Francisco, quien, sofocado por el entusiasmo y las botellas de Beaujolais que ingiriera en el viaje, se desgañitaba entonando una popular tonadilla de La Viuda Alegre.

Sabio en lisonjas, cumplidos y humanidades, el Ministro echó hacia adelante el amplio bombo del vientre, engalanado por áurea cadena, y nos expresó:

—Escasas ocasiones he tenido de recibir y presentar

mis respetos en esta capital, que es radiante foco de cultura, a personas de tan alta calidad como vosotras. Bienvenidas seais.

Y en seguida nos condujo al confortable Rolls Royce que acababa de adquirir. El Consejero se encargó de las dos señoras y de don Tomás Francisco, que pretendía enrumbar hacia Chez Maxim's.

---

5 de febrero.

Después de agasajarme con un almuerzo, que prestigiaron importantes figuras del mundo político y diplomático, el Ministro se dedicó a mostrarme las oficinas de la Legación y a explicarme con fatigante minuciosidad los complicados problemas que resuelve cotidianamente. Imprimiendo siempre entonación nasal francesa a ciertos vocablos, me dijo:

—Sostener con firmeza y tesón el equilibrio en las relaciones que mantiene nuestro país con Francia me roba todas las horas y es causa perenne de mis desvelos. Las figuras más representativas de Francia han desfilado por estos salones. Aquí se han discutido altos asuntos culturales; aquí se ha rendido homenaje a esta noble nación coronada por la fama y cuna de egregios poetas, de maravillosos artistas, de heroicos guerreros, de extraordinarios santos y de tantos otros hombres que han dado forma al pensamiento y gloria al genio latino. *N'est-ce pas?* Debo precisarle también, estimado colega, que el intercambio de condecoraciones, por cierto muy benéfico, se debe en gran parte a mi constante preocupación de que se premie a los legítimos exponentes de ambos países. *N'est-ce pas?* Como apreciará usted, mi gestión diplomática tiene contornos bien definidos. Y esto no es ningún secreto, pues no sólo lo reconocen así todos los altos funcionarios del Quai d'Orsay, sino también mis colegas latino-americanos.

En este solemne tono continuó el Ministro, mientras exhalaba bocanadas de humo de un Partagás auténtico, hasta que me despedí de él, tan impresionado de su erudición diplomática como satisfecho de su amabilidad.

---

7 de febrero.

Esta madrugada, cuando regresaba de recorrer los románticos cafés de Montparnasse —Le Dome, La Coupole, La Rotonde— en los que se embriagan los artistas con *pernod* y ensueños, presencié un espectáculo desolador. Un chofer de taxi y el portero del hotel traían cargado a don Tomás Francisco. Más parecía muerto que vivo. Babeaba y roncaba. En compañía de un antiguo amigo, que vive en París desde hace cuarenta años, sabiendo a todos los turistas peruanos, había bebido inmoderadamente en Chez Maxim's y, como consecuencia, promovido una escena ridícula al pretender bailar can-can, pues resbaló en el piso, de donde lo recogieron en lamentable estado. El ansia de querer quemar en una sola noche sus restos de energía, que eran escasos, le ha costado muy caro: varias costillas estropeadas y una seria dolencia hepática. Doña María del Rosario está afligida y alarmada. Asegura que París es una sucursal del infierno. Hasta ha aconsejado a Eloísa Cristina que vigile mis pasos, invocando el ejemplo de su marido y el embrujo malhechor que ejercen los hombres de tipo exótico en las bailarinas y otras mujeres. Ha decidido, además, ir en peregrinación a Lourdes para que don Tomás Francisco logre recuperar su salud física y espiritual. Desgraciadamente, yo no podré acompañarlos debido a mis ocupaciones. Redacto un sesudo informe sobre la labor diplomática de la Legación, poniendo muy alto las condiciones y méritos del Ministro y recomendando se condecere a

cuarentisiete prominentes ciudadanos, cuyos nombres me ha sugerido el citado diplomático.

---

3 de marzo.

Un torbellino incontenible de banquetes, excursiones, conferencias, entrevistas con personalidades, visitas a todos los rincones de París y cien mil otros trabajos y distracciones me han absorbido completamente el tiempo, al punto de no disponer ni de cortos instantes para fijar mis impresiones en estas Memorias. Mis horas diurnas las he dedicado a recibir a los numerosos miembros de la colonia, a admirar los grandes monumentos y a sostener largas conversaciones con el Ministro para imponer un ritmo más acelerado al desarrollo de las relaciones franco-peruanas. Y las nocturnas a realizar un concienzudo estudio sobre las distracciones que constituyen un imán en esta seductora urbe. Y es así cómo he penetrado, sin querer, en el maravilloso mundo de los cabarets y otros lugares misteriosos, donde el champagne y la música perturban la mente e inclinan al pecado. También he estrangulado mi tiempo para reconfortar a don Tomás Francisco en la clínica donde se halla.

Para mis excursiones nocturnas he encontrado el cicero más perfecto. Es limeño de vieja estirpe y se llama Toribio de Lorayza, pero los suramericanos le apodan Aromito, mote que seguramente arrastra desde el colegio. Conoce a todo París y todo París lo conoce a él. Especialmente en tiendas, teatros, restaurantes y cabarets. Los *maitres* y mozos se inclinan reverentes ante su persona. Saben que de sus bien cuidadas manos brotan siempre, como de las de los prestidigitadores, monedas o billetes. A todos tutea con cierta displicencia no exenta de campechanería: "*Jean, une table pour trois*", "*Maurice, nous avons besoin de quatre belles demoiselles*", "*Albert,*

*du caviar et champagne sec bien frappé*". Lorayza tiene la tez de un moreno pálido y el cabello endrino y lustroso como el de los bailarines argentinos de tango. Sus trajes están cortados por el mejor sastre de París y sus corbatas provienen de Londres.

Este magnífico cicerone me ha guiado noche tras noche por los lugares más exóticos y entretenidos. Debido a él he disfrutado de todos los placeres, excepto, naturalmente, de los que condenan los moralistas y rechazan los espíritus sanos. Con frecuencia, Cabrerita ha participado de estas correrías, en las que Baco alterna siempre con Venus, pero, a veces, ha alterado el desarrollo de ellas con chistes subidos de color, bromas de mal gusto o violentos asaltos a nuestras deliciosas amigas.

Meticuloso en sus maneras y devoto de las formas protocolarias, Aromito me llama siempre "*Excellence*", mágica palabra que hace curvar hasta el suelo a los *maitres*, acelerar el paso a los mozos, sonreír con más gracia a las mujeres y extender con mayor rapidez la mano a los porteros. Una noche, en Le Chat Vert, como advirtiera mi cicerone que este título no producía suficiente efecto entre las damas que nos rodeaban, por absorberles la atención dos tanguistas argentinos, tuvo la genialidad de reemplazarlo por el de Príncipe Sayre Topa Ponciano y de referir en seguida, con incomparable amenidad, que descendía yo directamente de Sayre Topa Inga, noble que casó con Coya Cusi Huarca, hija de Huascar, que fue la única mujer de aquel infortunado Inca que salvó de ser asesinada por las feroces huestes de Atahualpa. El resultado fue inmediato. Todas las muchachas me asediaron cariñosas y brindaron por mí, y hasta el Director de la orquesta, sabedor de que honraba el cabaret un príncipe incaico, interpretó un huaynito con cadencia de vals.

9 de marzo.

Anoche ofrecí una conferencia en el círculo Les Amis de L'Amérique Latine ante un auditorio compuesto en su mayoría por damas, que me aplaudieron rabiamente. Estuve a la altura de las circunstancias, al decir del Ministro, quien aprovechó la ocasión para elogiar una vez más mis virtudes cívicas. Doña María de la Luz, mi suegra y Eloísa Cristina, que ocupaban la primera fila en la sala, lloraron de emoción. Se dieron cuenta que triunfaba hasta en París. Mañana parten a Lourdes, satisfechas de mi éxito.

---

20 de abril.

Toribio de Lorayza se halla desorientado. Ya me ha hecho recorrer todos los cabarets y nidos galantes sin que mi ánimo haya decaído un ápice. Y ahora no encuentra adonde conducirme, pues me resisto a pisar los lugares ya conocidos y a tratar a las mismas mujeres. Todo lo imagino viejo de un día para otro en esta furia turística que me arrebató.

---

28 de abril.

Cuando menos lo esperaba, Aromito vino anoche a verme. Su aire desmayado y sus ojos sin brillo se adelantaron a anunciarme que en París no existían ya misterios para mí. ¡Todos los había desentrañado! Pero, movido por su orgullo, me insinuó con un entusiasmo que olía a falsedad:

—¿Quieres visitar Le Casino des Artistes? No faltan chicas agradables.

—¿Al Casino des Artistes? ¡Qué locura! No iría por nada del mundo. Estuve allí con un Secretario de la Le-

gación al segundo día de mi llegada y bostecé cuarenta y ocho veces en una hora.

Mi respuesta hizo empalidecer el atezado rostro del gran Aromito. Su desaliento era evidente. Sin embargo, jugó una nueva carta, que seguramente ocultaba en algún repliegue del espíritu.

—Entonces vamos al circo Hagenbeck. Un espectáculo extraordinario: cincuenta leones, treinta elefantes, cien caballos blancos, doce payasos, una preciosa trape-cista, sensible a las miradas de los príncipes hindúes e incaicos, y...

—¡Qué propuesta más insensata! —le repuse— Fui una tarde a ese... grandioso espectáculo con mi familia y salí desilusionado. Yo no he venido a París a ver fieras. Cuando las quiera ver iré al Africa.

En los ojos de mi cicerone observé una chispa de irritación. Su noble arte menguaba a las claras ante la apreciación de un cliente de nota como yo:

—Te invito entonces a casa de Madame Soraya Schiapirelia. Hoy, como todos los jueves, reúne a los iniciados en el espiritismo.

—De ninguna manera —rehusé— El espiritismo es aburrido y se puede practicar en cualquier parte del mundo.

—Bueno, vamos al Paradis Decadent —me disparó desesperado.

—¿Qué lugar es ése?

—Acompáñame y lo sabrás.

Y Aromito, antes de que entrase yo en nuevas preguntas o me desanimara, cogióme del brazo y me sacó de mi departamento. En la puerta del hotel encontramos a Cabrerita, quien venía para llevarme a una fiesta, y le convencimos de que nos siguiera.

Au Paradis Decadent me produjo una impresión extraña, como si, de repente, hubiese retrocedido a través del laberinto del tiempo y me hallara en una esplendorosa

mansión romana, arbolada de columnas, decorada con frescos de estilo pompeyano y perfumada con aromas orientales. Porteros ataviados como centuriones y mozos con libreas de esclavos saludaban a la manera romana a los asombrados clientes que, para ponerse a tono con el ambiente y disfrutar debidamente del festín, vestían también túnicas de la época. Toribio de Lorayza a'quiló tres de ellas, las cuales nos pusimos sobre nuestro traje. Pero, ya sea debido al champagne que escanciaba con deleite o a la fascinación que ejercía sobre mí el ambiente, lo cierto fue que me sentí un senador romano en una orgía imperial. Y esta maravillosa sensación adquirió mayor plenitud cuando me recosté en uno de los canapés del *triclínium* junto a una adolescente de cabel'era melada, ojos luminosos, en los que sonreía el candor, y labios escarlata como la pulpa de las granadas, que me pareció, al calor perturbador del vino, la Ligia de "Quo vadis?". Una música lejana de violas y flautines acariciaba mis oídos. Frente a mí, Cabrerita, incómodo bajo su túnica, cambiaba besos con la morena, coronada de rosas, que ceñía entre sus brazos. Los esclavos le servían Falerno —así llaman allí al champagne— y él parecía sentirse un aristócrata del Imperio. En un rincón, Aromito platicaba con una dama cuarentona y regordeta, que oficiaba seguramente de vigilante. Un rumor de besos y de risas, que crecía con las libaciones, apagaba poco a poco la música suave de los instrumentos.

A la medianoche se iniciaron las danzas al compás de otra orquesta. Las parejas, estrechamente unidas, se deslizaban por el piso de mármol, girando caprichosamente. Mi Ligia me tentó a imitarlas y nos lanzamos al frenesí del baile, cambiando frases quemantes que auguraban una madrugada triunfal. Me había colgado del cuello una guirnalda de flores y en los momentos de reposo incitábame a beber sin tregua como lo hacían los romanos en sus bacanales paganas. A mi mente afiebrada aflora-

ban los sueños. Mi vista captaba ya las imágenes dobles, el corazón me galopaba en el pecho, todo mi ser se hundía en una blanda y rosada nebulosa. Gozaba la noche más encantadora de mi existencia. Ligia proseguía susurrándome palabras de exaltada pasión y abrazándome con febril vehemencia, hasta que al fin, sin que pudiera evitarlo, me arrastró al interior de la regia mansión. ¿Después? Después se nubló mi memoria. Sólo recuerdo vagamente que, al poco rato, salí tambaleándome, presa de un horrible malestar, y perseguido por Ligia, la cual, con fuerza inusitada, pretendía retenerme, a la vez que chillaba desaforada, dedicándome una retahíla de injurias. Recuerdo también —quizá sea un sueño, aunque mi cartera me prueba lo contrario— que uno de los robustos centuriones me detuvo con gesto fiero y puso ante mis ojos la cuenta. Cuenta que, por lo abultada, me hizo suponer que había sido yo el anfitrión de esa espléndida orgía, digna de un Emperador romano.

---

29 de abril.

Me ahoga la vergüenza de haber escrito las páginas anteriores y hasta tentado estoy de destruirlas. Constituyen la más deplorable y explícita confesión de ingenuidad que pueda redactar un hombre que presume de perspicaz. Quiera Dios que Aromito no se ponga al alcance de mis manos. Desfogaría en él mi furia. Y también en Cabrerita, su cínico cómplice en arrastrarme a aquel maldito antro de depravación, que merece arder en las llamas que consumieron Sodoma y Gomorra. ¿Qué esencia ponzoñosa vertieron en mi copa que el champagne me nubló tan rápidamente la vista y el entendimiento, al punto de no darme cuenta que bajo el disfraz de cariñosas *demoiselles* se escondían degenerados mocetones?

\* \* \*

Como se habrá observado, la parte de las Memorias de Saturnino Ponciano que antecede, a pesar de adolecer de explicables omisiones, es de incalculable valor por la sinceridad que la enaltece. Servirá sin duda alguna para que otros biógrafos más autorizados tracen con mano segura los firmes lineamientos de la complicada personalidad del carapotense. En cuanto a la parte que comprende su recorrido por España e Italia, aunque también de positivo valor, no merece ser insertada en la presente biografía, pues Ponciano se ha limitado en ella a describir y elogiar con pedantesca erudición las bellezas arquitectónicas y artísticas, sin dejar traslucir íntegramente las grandes aventuras que vivió bajo el cielo luminoso de ambos países.

En esta segunda parte, Saturnino Ponciano nos cuenta que su familia, de regreso de Lourdes, donde el viejo del Nogal recuperó milagrosamente la salud, le conminó a ir a España. Describe con viva emoción los paisajes que admiró desde la ventanilla del vagón en que viajaba, y luego la visita que hizo a los principales lugares de ese país. No rehuye referir, aunque con cierta discreción, los afanes de las Lártiga del Molino para buscar a su numerosa parentela. Pero no puede disimular su desengaño cuando agrega que todas las averiguaciones resultaron infructuosas, ya que nadie les supo informar algo positivo sobre la existencia de tan connotadas gentes. Sin embargo, se consuela en seguida al recordar que varias personas de rancio abolengo las visitaron, invocando cercano parentesco, y a quienes se vieron obligadas a favorecer en vista de su penosa situación económica.

Dichoso se siente Ponciano cuando relata que no bien llegó a Madrid reemplazó su elegante abrigo de cuello de piel con una amplia capa y su hongo británico con un sombrero de ala ancha, como los que usan los toreros.

Un año pasa el carapotense en la capital española, durante el cual se vincula con las más prominentes figuras po-

líticas y literarias, aprovechando de que las Lártiga del Molino y Eloísa Cristina visitan conventos e iglesias o buscan nuevos parientes. La labor diplomática que realiza ha señalado rumbos a la Cancillería. Cuando algún biógrafo acucioso enfoque este aspecto de su fecunda vida, recurrirá sin duda al archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde se hallan, empastados en cuero, sus informes y notas, constituyendo una verdadera fuente de incalculable valor para las nuevas generaciones de diplomáticos.

Con qué cálido entusiasmo cuenta Ponciano su visita a Andalucía. Se supone que no deja rincón por conocer. Donde más tiempo vive es en Sevilla. Su descripción del Alcázar sorprende. Y no le va a la zaga la que hace de la Casa de Pilatos, así como la de la Catedral, la Giralda, el parque María Luisa, la Plaza de Toros de la Maestranza y el Cementerio. Relata también con cierto humorismo que al visitar la iglesia y el hospital de la Santa Caridad, fundados por Miguel de Mañara, doña María de la Luz, mostrándole la estancia donde viviera y muriera aquel libertino convertido, le incita a seguir su ejemplo, pues sospecha que en los últimos tiempos se ha descarriado.

Una de las anécdotas más entretenidas que figura en las citadas Memorias es la que vive Saturnino en la Venta de Antequera, donde unos señoritos juerguistas lo confunden con un *cantaor* gitano, llamado el Niño Malage, y quieren obligarlo a cantar. Como resultado de esta graciosa confusión, lo enrolan en la fiesta, y uno de ellos lo invita a pasar unos días en su cortijo, donde, según él mismo asegura, aprende a torear mejor que Bonarillo y el Guerra.

El Visitador de Legaciones ya no regresa a Madrid, a pesar de que su familia lo hace, ansiosa de cultivar mayores relaciones con la nobleza. Sus obligaciones lo reclaman en Italia. Y una mañana soleada deja apenado Sevilla y, en compañía de Cabrerita, enrumba hacia Alge-

ciras, de donde pasa a Gibraltar. Se embarca allí en una lujosa nave y, dos días después, admira asombrado Nápoles, desmereciéndose bajo un cielo azul, de claridad cegadora.

Poco tiempo se detiene en el gran puerto del Mediterráneo. El deseo de cumplir cuanto antes su misión lo lleva a Roma, donde se le reúne la familia.

Al decir de los que conocen de cerca su actuación diplomática en Europa, Saturnino Ponciano cimienta también en Italia las relaciones económicas y culturales entre este país y el nuestro. Y a pesar de que ello le roba sus mejores horas, "inventa tiempo", como él afirma, para visitar rincones que, las más de las veces, pasan inadvertidos a los turistas y que ni siquiera figuran en las guías conocidas. Esta parte de sus Memorias, aunque fatigante por la minuciosidad con que describe los más nimios detalles de los monumentos arqueológicos, puede servir de orientación a los cultores del arte. En ciertos momentos se pone a la altura de muchos escritores que han escrito páginas inmortales sobre la Ciudad Eterna como Taine, Madame Stael, el autor de "Fausto", el de "Reisebilder", Castelar, Dumas, Stendhal, Blasco Ibáñez y otros no menos notables. Su descripción del Vaticano llena tres voluminosos cuadernos, y la de las iglesias, el Coliseo, los Foros, plazas, fontanas, museos, etc., más de diez, lo cual prueba que Ponciano se esforzó en estos nobles trabajos para transmitir a la posteridad sus impresiones y juicios críticos.

Las Lártiga del Molino y Eloísa Cristina no estuvieron disgustadas en la Ciudad Eterna. Por lo menos, así lo consigna Ponciano. Además de haber encontrado hasta un Príncipe entre sus parientes italianos, tuvieron oportunidad de rogar con sincero fervor a todos los santos de las cuatrocientas iglesias de Roma para que Saturnino escalase mayores alturas y para que la promesa que le

habían hecho altos purpurados romanos de conseguirle un título nobiliario se transformase en realidad.

Cuando Ponciano creyó terminada su labor diplomática en Roma y la no menos importante de saturar su espíritu con tantas bellezas, efectuó un recorrido por las ciudades del norte de Italia, trasladándose luego a Suiza y, finalmente, a Francia, sede de su misión, donde debía permanecer varios años, observando de lejos algunos cambios más de gobierno en el Perú y los vaivenes azarosos de la política.

Un criado de librea se acercó ceremonioso a Saturnino Ponciano, que acababa de tomar el desayuno, para avisarle que le llamaban por teléfono. El Ministro Visitador de Legaciones exteriorizó su contrariedad, agitando *Le Figaro* que leía y mirando duramente al servidor. Creía que le molestaba algún compatriota, de aquellos que defendían heroicamente su estómago, saboteando a los miembros de la representación diplomática y consular:

—*Qui me derange de si bonne heure?*

—*Monsieur le Ministre.*

Ponciano permaneció unos instantes con la vista baja, conturbado por un presentimiento. Luego se puso de pie y se encaminó al teléfono:

—¡Ah! ¿Qué tal, estimado colega? ¿Algo de importancia?

Al otro extremo del hilo vibró la voz del Plenipotenciario, cargada de inflexiones nasales:

—No, no. Quería preguntarle solamente si algún diario de la mañana registra la noticia. ¡Como usted los lee todos...!

A pesar de la inquietud que sentía, Ponciano contuvo su curiosidad:

—Es una especie de deber, colega. Hay que estar al tanto de todo lo que sucede en este pícaro mundo. ¿No le parece?

—Naturalmente, naturalmente. Pero es que yo no he tenido tiempo de hacerlo todavía por habérmelo impedido una ocupación urgente.

—¿Urgente? —la voz de Ponciano se redujo de volumen— Pero...

Sabio en sostener situaciones embarazosas, el Ministro continuó enigmático:

—Aunque no se trata, querido colega, de un asunto que reviste vital importancia, he querido cambiar ideas con usted sobre...

—¿Acaso ha fallecido mi suegro? —le interrumpió, nervioso, Ponciano, suponiendo que don Tomás Francisco hubiese descansado ya de sus tribulaciones en el Sanatorio donde se hallaba.

—No, no, todavía no —apresuróse el Ministro a sacar de su error al carapotense— El viejo es de roble y vivirá todavía muchos años más.

—¿Lo cree?

—Bueno, usted pudo darse cuenta de su estado la última vez que se escapó del Sanatorio.

—Sí, sí, se comportó admirablemente. Es un hombre de roble. Sí, sí, pero, ¿a qué debo entonces el honor que me proporciona su llamada?

—Eso es precisamente lo que deseo informarle desde hace rato, pero como usted se adelanta siempre a juzgar... Y le repito, no se preocupe por su señor suegro. El debe estar reposando tranquilamente en el Sanatorio y, ¿por qué no decirlo?, reuniendo fuerzas para una nueva escapada. Chez Maxim's le aloca. ¿Y a quién no?

Ponciano empezó a perder la paciencia. La angustia le sofocaba:

—Colega, le ruego precisarme el asunto a que...

—Pues para eso le he telefoneado, colega, para eso le he telefoneado. Esta mañana —cosa inusitada por cierto— recibí un cablegrama y, después de descifrarlo personalmente, me dije: "Voy a llamar a mi distinguido colega, el Visitador de Legaciones, para que me dé su opinión sobre su contenido".

—Entonces léamelo, colega. Entiendo que viene del Perú.

—Exacto, exacto; su perspicacia me confunde.

—Pero ¿qué dice, hombre, qué dice?

—Permítame antes una pregunta, ¿leyó ya los diarios?

—Sí, sí.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Y no traen nada de lo sucedido?

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En el Perú.

—¿Sobre qué?

—Sobre...

En ese momento se cortó la comunicación, y Saturnino Ponciano, que todavía retenía en la diestra Le Figaro, lo arrojó al suelo y comenzó a marcar una y diez veces el número del Ministro. Mas como éste hacía lo mismo con el de él, ambos diplomáticos se desesperaban oyendo el desagradable ruido del aparato al cual llamaban, que les indicaba estar ocupado. Al fin, Saturnino Ponciano dejó de hacer girar la ruedecilla para pasearse por la pieza, mesándose los cabellos, y fue entonces cuando repiqueteó su teléfono:

—¿Ahloooo? —gritó luego de descolgar de nuevo el fono— ¿Qué ha pasado, colega?

—Eso mismo le pregunto yo a usted.

—Bueno, lo lógico es suponer que su teléfono y el mío se descompusieron.

—No; que qué ha pasado en Lima.

—¡Ah! Pues precisamente eso le iba a informar cuando se interrumpió la comunicación. Pero mejor es que se venga acá para que hablemos con mayor detenimiento. Puede interrumpirse...

—Está bien, Ministro —acabó de impacientarse

Ponciano— Usted no me quiere confesar que me han subrogado.

—*¡Mon dieu, colega!* La suposición es absurda. ¿Cómo piensa que el Gobierno pueda prescindir de los importantísimos servicios de un funcionario como usted? Se trata simplemente...

—¿De qué?

—Paciencia, colega, paciencia. Y, como le repito, imaginé que hubiera aparecido la noticia en los diarios. Las agencias noticiosas se pintan para transmitir estas calamidades.

—¿Calamidades? ¿Algún terremoto?

—No, no.

—¿Entonces?

—Le ruego, colega, que me deje terminar. Le decía que se trata sencillamente de uno de esos brotes tan frecuentes en nuestro país, o sea las revueltas. Me informan que una División se sublevó, no me acuerdo dónde, pero que el Gobierno ha tomado ya las providencias del caso para aplastar a esos desleales que...

—¡Gracias a Dios, colega! Creía que lo que deseaba comunicarme era más grave. De todas maneras, me ha alarmado usted un poco. Cosa muy lógica, por otra parte, pues está de por medio la salud de la patria. Naturalmente que ya debe usted haber enviado su más encendida protesta y adhesión al paternal Gobierno que rige los destinos de nuestro país.

—Todavía no, colega. Quería antes hablar con usted del asunto. Si no tiene inconveniente, y supongo que no lo tenga, véngase un rato a la Legación.

—¿Cree usted que es necesario que yo...?

—¿Lo pone en duda, colega? El cablegrama debe ser redactado en términos enérgicos y lapidarios, y nadie mejor que usted para hacerlo.

—Tiene usted razón, colega, —asintió Ponciano sin rubor alguno— Usaré de nuevo aquel estilo tajante que

empleaba en determinadas ocasiones para que vean que mantengo siempre mis arrestos de hombre público. Dentro de media hora estaré con usted. *Au revoir.*

Y después de colgar el fono marcó el número de Cabrerita, quien contestó después de largo rato con voz ronca y soñolienta:

—¡Ahlooo!

—¿Dormía usted? Inútil preguntárselo.

—¿Quién, diablos, habla? Ah, es usted. ¡Caramba! ¿Qué hora es? Sospecho que no serán ni las doce.

—No; sólo son las nueve. Pero levántese, que tengo que comunicarle una importante noticia.

—¿Sobre Giselle? ¿Ya la consiguió? ¡Qué suerte! Claro, debe haber explotado de nuevo el título de Príncipe Sayre Topa Inga. ¡Magnífico, Alteza!

—Déjese de candideces, Cabrerita, y preséntese aquí inmediatamente.

—¿Tan temprano? Me faltan cuatro horas de sueño.

—Para que se despierte del todo le diré que en el Perú arde la revolución.

La voz de Cabrerita se aclaró:

—¿Cómo dijo? ¿La revolución? No bromea, Saturnino. ¿Y quién...?

—Eso lo ignoro. Lo único que sé, porque acaba de comunicármelo el Ministro, es que una División se ha levantado.

—¿Y qué piensa hacer?

—Enviar mi más rabiosa protesta.

—¿Quéee? ¿Está usted loco? ¿Y si la revolución ha triunfado ya?

—Por lo poco que me informó el Ministro, colijo que el Gobierno tiene controlada la situación.

—Aunque así fuese, no se precipite.

—Bueno, guárdese el consejito y venga en seguida, que su jefe se lo ordena.

Y colgó el fono, después de lo cual se fue a su dormitorio y empezó a vestirse rápidamente.

Acababa de entrar Ponciano en su automóvil cuando Cabrerita le abordó nervioso, repantigándose a su lado:

—Ilustre Saturnino, no se adelante a cablegrafiar. Espere mejor las noticias de la prensa. Piense que nadie le recuerda ya en Lima. Aguarde un día más.

—¡No sea cretino! —se sulfuró Ponciano— A mí se me recuerda en el Perú como si me hubiera ausentado ayer. Prueba de ello es que el Gobierno —bien lo sabe usted— me confió hace poco la adquisición de materiales de guerra. ¡Pierre! —ordenó al chofer— A la Legación.

—Verdad, verdad —convino Cabrerita— Y sería una lástima que la revolución, en caso de triunfar, echara por tierra tan pingüe negocio, del que no sólo se favorecerá el señor Visitador de Legaciones, sino también el secretario.

—Cabrerita, no hable herejías. La ventaja que obtendré con...

—Que obtendremos, dirá usted.

—Por favor, no me interrumpa. La ventaja que obtendré no será por haberla solicitado, sino porque me fue ofrecida de manera espontánea por los directores de las fábricas productoras. Una simple comisión, como se acostumbra, que, en buena cuenta, se la agradeceré *in mente* al Gobierno que me confió tan delicada misión; a ese Gobierno que, según usted, debía olvidar en estos difíciles momentos, aplazando mi deseo de presentarle mi adhesión. ¡Ah, Cabrerita, qué desatinado es usted! Cuán extemporáneo resultaría que el Ministro Visitador de Legaciones cablegrafiará cuando todo el mundo lo hubiera hecho ya. Pensarían, y con razón, que había esperado la última hora con la esperanza de que triunfaran los rebeldes.

—Ilustre Saturnino, a pesar de todos sus argumentos, le ruego que aguarde hasta mañana.

—Usted es un monstruo de deslealtad.

Al llegar a la Legación, Cabrerita invocó la fatiga y

el sueño que le doblegaban para quedarse a dormir un rato en el auto. Saturnino Ponciano descendió rápido, sin esperar que el chofer le abriera la puerta del vehículo, y se precipitó en el interior del edificio de la representación peruana. El Ministro lo esperaba impaciente en su Despacho y, al verlo frente a su escritorio, le entregó el cablegrama, cuya lectura reconfortó al carapotense, pues dedujo, por el optimismo que rebosaba, que los principales cabecillas de la revolución estaban por purgar o purgaban ya su felonía.

—¡Qué infamia la de estos ambiciosos! —exclamó, desfigurando su rostro con un gesto amargo— ¡Pretender destruir la genial obra de nuestro Gobierno, que se manifiesta en tan diversas actividades! ¿Y para qué? Para saciar apetitos bastardos, para traicionar a nuestras instituciones democráticas, para convertir nuevamente el Perú en un feudo incivilizado.

—Así es, colega —asintió el Ministro, entristeciendo su faz apoplética— ¿Quién puede poner en duda la gigantesca labor que viene realizando nuestro sabio Gobierno en todo orden de cosas? Nadie mejor que nosotros la conoce por las estadísticas y folletos ilustrativos que recibimos. ¿Y los constantes desembolsos que efectúa para armar el país, como le consta a usted, estimado colega? ¿Y los...?

—No, no; esos traidores merecen una muerte ignominiosa. Pero no perdamos más tiempo, colega, en expandir nuestra cólera y redactemos ahora mismo la protesta.

Y, cogidos del brazo, pasaron a la Cancillería, donde el Ministro Plenipotenciario sentóse ante la máquina de escribir y empezó a teclear con un dedo, mientras Saturnino Ponciano se paseaba de un lado a otro dictando frases al rojo blanco, en las que condenaba la "deslealtad y felonía de un grupo de rapaces guiados por sus rastreras pasiones".

Al poco rato llegó uno de los secretarios de la Lega-

ción y el Ministro le ordenó que pasase en limpio el cablegrama. Luego invitó a Ponciano a brindar por el éxito del Gobierno con un añejo "Napoleón", que reservaba para ciertas ocasiones. Parecía que la protesta que acababa de escribir hubiese sido el tiro de gracia para los rebeldes. Pero cuando se fue el Visitador de Legaciones, satisfecho en extremo de su propia actitud, el Plenipotenciario corrió a la Cancillería para averiguar:

—Secretario, tengo entendido que usted no ha enviado todavía el cable.

—No, señor Ministro. No acostumbro transmitir ningún cable sin su firma. Usted me lo ha ordenado así.

—Muy bien, secretario; su corrección y rectitud lo llevarán a altos sitios diplomáticos. Y ahora, copie de nuevo el mensaje.

—¿De nuevo?

—Sí, de nuevo, pero en singular y con sólo la firma del Ministro Visitador de Legaciones. No me gusta andar amadrinado en esta clase de protestas. Además...

—...no le conviene adelantarse a los acontecimientos —se atrevió el secretario a descubrir el secreto deseo de su jefe.

—Usted lo ha dicho, joven. Un diplomático debe medir sus expresiones, particularmente en estos casos. Frialidad y discreción sobre todo. Me complace su cordura. Las cosas no deben estar tan claras allá como asegura el cable que me dirigieron.

—Usted lo ha dicho, señor Ministro. Acabo de telefonar a la United Press y, según los últimos despachos que ha recibido, el Gobierno se tambalea.

—¡Lástima, lástima! Pero, ¡qué hacer! Estas epidemias nacionales son inevitables como las paperas o el sarampión. Dios es testigo de que hice lo posible para disuadir al Ministro Visitador de Legaciones de su insensato propósito.

Y el Plenipotenciario se fue a su Despacho, frotándose las manos .

\* \* \*

Todavía proyectaban las bombillas eléctricas sus luces rojizas sobre los charcos de la calle y en el cielo se iba precisando lentamente una claridad plomiza, cuando el taxi en que viajaba Cabrerita se detuvo frente a la residencia de Saturnino Ponciano. El soñoliento secretario pagó al chofer una respetable cantidad de francos —venía desde un lejano cabaret— y descendió tambaleándose debido a los innumerables *fine a l'eau* que había ingerido entre mujeres galantes. Bajo el brazo llevaba *Le Matin*, fresco aún de tinta. Presionó varias veces el botón del timbre, y al ver que nadie aparecía, resolvió regresar más tarde. Mas cuando ya se había alejado unos pasos, el portero asomó por la ventanilla del subsuelo su rostro iracundo, coronado por un gorro blanco. Gruñón como todos los franceses que se estiman, el individuo lanzó algunos juramentos tabernarios y, a pesar de conocer a "*Monsieur le secretaire de son Excellence*", no tuvo reparo en zarandearle con ciertos adjetivos del más fino argot parisién. Como respuesta, Cabrerita se limitó a ordenarle que le abriera la puerta. Pero al advertir en su desvarío alcohólico que se negaba a ello, batió ante sus narices el diario recién adquirido; además que, aunque no comprendió bien el portero, lo indujo a abrir la puerta. Sin perder tiempo, Cabrerita irrumpió en la casa y se coló hasta el pasillo que comunicaba con los dormitorios, donde hizo tanto ruido que el carapotense salió en pijama, todo alarmado.

—¡Ilustre Saturnino! —se adelantó a decirle Cabrerita— No se inquiete, que soy yo. Y perdóneme por la inoportunidad de esta visita.

—¿Qué se le ofrece tan temprano? —lo interrogó Ponciano, conteniendo la rabia que lo estremecía.

—Quería sólo saber si usted conoce más noticias que las que publican los diarios.

—¿Qué noticias?

—Entonces lea —y le entregó *Le Matin*— Y no está demás expresarle que ha metido usted la pata, arrastrándome también en su caída.

—¿Caída?

Una voz de timbre melodioso surgió del dormitorio:

—¿Qué sucede, Saturnino?

—Nada, nada, Tina. Sigue durmiendo, que todavía son las seis.

—Pero, ¿con quién hablas?

—Con mi secretario, que se empeña en llevarme a la cacería que ha organizado el conde *Bleurivage*. Naturalmente que no estoy para semejantes distracciones —y volviéndose a *Cabrerita*— Véngase mejor al salón. Ha despertado con sus locuras a toda la casa. No demorarán mucho en aparecer mi suegra y doña *María de la Luz*. ¿Qué contiene este diario? ¿Sigue la lucha civil en el Perú?

—Peor que eso. ¡La revolución ha triunfado! Allí verá usted los nombres de quienes la dirigieron. Todos elementos desconocidos para nosotros, que juzgarán un horrendo delito su melosa lealtad al anterior régimen.

—¡Por Dios, *Cabrerita*! No prosiga, que sus palabras me suenan a toques fúnebres. La única vez que se presenta usted temprano en mi casa y es para darme una mala noticia.

—¿Acaso no es mala también para mí? ¿Le parece poco que regrese al Perú después de varios años, cuando ya me había formado aquí mi manera de vivir?

—¿Y no cree que haya esperanza para nuestra situación?

—Sólo en el improbable caso que el Ministro hubiese olvidado de enviar el cable.

Como pocas veces en su vida, *Saturnino Ponciano*

perdió la serenidad. Presa de la mayor desesperación giraba por la pieza, tropezando con mesas y sillas, mientras sus nerviosas manos tiraban hacia arriba el pantalón del pijama, que tendía a bajarse. Sentíase víctima del infortunio. ¿Qué pensarían en Lima al leer su cabiegrama? Que la vida de Europa le había oscurecido sin duda la visión política. “¡Estoy fundido, Cabrerita!” —exclamaba quejumbroso— Este contratiempo va a desconcertar a mi familia. ¡Cómo contárselo! Precisamente ahora que se halla feliz con sus nuevas amistades del Faubourg Saint Germain. Cabrerita, usted es un desalmado. Ha retribuído mal mis bondades. Busque, por lo menos, una solución efectiva para sacarme de este atolladero. Procure urdir algo como hizo en Carapoto con las ánforas.

—Aquí no hay Rosalindas que me ayuden a salvarlo.

—¡Por Dios, hombre! Ponga a prueba su ingenio. Tal vez exista la posibilidad de enmendar las cosas.

Cabrerita se quedó buen rato silencioso, abriendo un paréntesis de esperanza en la angustia y desolación de su jefe, que le miraba fijamente el pensativo rostro en espera de la ansiada solución, hasta que al fin dijo:

—Queda un último recurso, aunque es un arma de doble filo.

—¿Cuál, cuál?

—Que exprese usted al Gobierno de *facto* su felicitación. Pueda ser que...

—¡Cabrerita, su cinismo me aterra! Eso no lo haré nunca.

—Pero es que usted no lo va a hacer, sino yo. En su nombre, desde luego.

—Da lo mismo.

—Entonces, hasta mañana.

—Cabrerita —transigió finalmente el carapotense— Ya que no existe otra salida para este desaguisado, lo

faculto para que proceda de acuerdo con sus sabias inspiraciones. Me induce a ello el precedente de Carapoto.

—Esperaba su asentimiento —repuso, sonriente, el secretario, tomando su sombrero y encaminándose a la oficina cablegráfica.

Entre las sombras movedizas de proa, Saturnino Ponciano columbraba el misterio de las constelaciones que, al fuerte balanceo de la nave, fingían ante sus ojos cambiar de lugar. El viento helado le azotaba el rostro, mientras la música salvaje del mar tenebroso le alborotaba los recuerdos. Recuerdos melancólicos: Recuento sentimental de los años vividos en Europa entre distracciones y halagos. Y ahora iba en camino hacia la patria lejana, donde el tiempo y los avatares políticos tienden con frecuencia un velo piadoso sobre el recuerdo de los hombres y de los acontecimientos.

Durante los tres meses posteriores al golpe de Estado, Ponciano había devorado con vivo interés todos los periódicos que le llegaban del Perú, pero al fin abandonó esta costumbre, aburrido y desilusionado de leer en ellos tantas procacidades contra los corifeos del régimen fenecido. Sobre todo en las publicaciones esporádicas, especie de hongos malignos —así las calificaba— que brotan en épocas tormentosas. Desde entonces no había sabido nada del Perú, pues evitó hasta reunirse con los miembros de la colonia, temeroso de que le enrostrarán, por maldad o burla, sus concomitancias con los caídos. Y leal a su propósito, rechazó también todas las invitaciones del Ministro a almuerzos y *cocktails*. No podía olvidar, por otra parte, que su resabido colega había pretextado, al día siguiente de la revolución, un viaje para no recibirle, y que le hizo entregar con el Tercer Secretario una nota bastante seca, transmitiéndole su destitución. Contribuyó

igualmente a acentuar su rencor hacia él, el haber descubierto en un diario de Lima el cablegrama que le dictara, sin su firma. Prueba evidente de que le había jugado una infame pasada, rehuyendo comprometerse por conocer tal vez la verdad sobre la revuelta.

A pesar de los meses transcurridos —iban ya para seis— durante los cuales reflexionó sobre su actitud en lo sucedido, Saturnino Ponciano no podía explicarse todavía cómo había cometido la incalificable torpeza de enviar su adhesión a un Gobierno tambaleante. ¿Por qué no esperó un día más, como se lo aconsejaba Cabrerita? ¿Qué endemoniados factores habían influido en su ánimo para dar un traspies de esa naturaleza? ¿Basado en qué circunstancias actuó de buena fe —aquella buena fe que él creía extinguida en su conciencia— y al día siguiente repetía el error, autorizando a Cabrerita a transmitir su felicitación al nuevo Gobierno. ¿Por qué no controló siquiera la redacción del mensaje? ¿Por qué le dejó a aquel frívolo tunante manos libres para que enviara un meloso brulote de majaderías rastreras, en vez de unas cuantas frases de cortesía, que hubieran pasado inadvertidas? ¿Acaso había perdido en Europa la perspicacia?

Saturnino Ponciano había abandonado París, a pesar de su ardiente deseo de continuar allí hasta que hubiese disminuído la tensión política en el Perú, porque las Lártiga del Molino se sintieron desvalidas sin su apoyo diplomático y económico. Ya no podrían llevar el mismo tren de vida ni mantener en un lujoso Sanatorio a don Tomás Francisco, aunque el anciano, sin conocer la difícil situación por la que atravesaba su familia, se había encargado al poco tiempo de remediarla en parte, eliminándose de la manera más razonable. Una noche se escapa nuevamente del Sanatorio para correrla en Chez Maxirn's, pero no logra ni llegar a la Plaza de la Concordia. Un ataque al corazón le roba para siempre sus mengua-

dos arrestos. Y, tal como lo deseaba, se queda en París, en un rinconcito del Pere Lachaise.

Saturnino Ponciano seguía hilvanando recuerdos, mientras en la inmensa cúpula del firmamento brillaba con rara luminosidad la Cruz del Sur, cuya sorprendente belleza lo movía a exclamar: "¡Ah, la *chacana*, (escala celeste) tal como se lo había oído muchas veces a su tía Dorotea en noches embrujadas.

Desligado por varios años del Perú, el carapotense había perdido la noción exacta de la mentalidad de sus compatriotas y, debido a ello, creía ciegamente que se le esperaba para hacerle expiar el delito de haber colaborado con un Gobierno que, según lo leyera en los diarios de tres meses atrás, servía de cabeza de turco a todos los desfuegos tropicales del grupo político triunfante.

Asaltado por esta tenaz idea, Saturnino Ponciano vivía en un incontrolable estado de inquietud, sin conseguir encontrar la forma de eludir la presunta venganza. Hasta concibió un día el proyecto de desembarcar en un puerto cercano a Lima, como lo hiciera un eminente político en los albores de la República para evitar un suntuoso recibimiento. Felizmente, Eloísa Cristina lo disuadió a tiempo de tan descabellado propósito, empleando términos duros y altaneros, desacostumbrados en ella. También Cabrerita se encargó de insuflarle ánimo, pintándole la situación con los más brillantes colores, que extrajo de las canteras de su floreciente optimismo. Sin embargo, cuando supo que el vapor arribaría a las cuatro de la tarde y no en la noche como se lo anunciaran en Panamá, el carapotense se sintió de nuevo desfallecer, imaginando que los agentes de policía le aguardaban ya en el Callao, prontos a aprehenderlo y conducirlo al Panóptico.

Esta infundada sospecha cobró en su espíritu alarmante relieve cuando, al fondear la nave, distinguió desde cubierta un enorme gentío, que se movía tormentoso

y ondulante en el apollillado muelle, presagiando algo trágico. Entonces Ponciano ya no pudo permanecer un instante más impasible. Descendió rápidamente varias escaleras y se refugió en una bodega, de donde le extrajo Cabrerita medio asfijado y sucio, después de haberlo buscado largo rato, y lo acomodó, junto con su familia, en un bote manejado por dos negros.

—¿Dónde ha estado usted, que lo hemos esperado tanto? —le interrogó doña María de la Luz, toda descompuesta por el exagerado movimiento de la embarcación.

—Pues buscando un maletín importante que contiene mis Memorias.

—¿Un maletín...?

Mientras recorrían el trayecto líquido que los separaba de tierra, Cabrerita, curioso por descubrir el motivo que agrupaba a semejante gentío en el muelle, preguntó a Ponciano, quien se sentaba en la proa, dando la espalda a tierra:

—¿A quién vendrá a despedir esa muchedumbre?

—¿A despedir? —coreó el carapotense, procurando levantar su temblorosa voz.

—Naturalmente, a despedir, porque ningún personaje de categoría ha venido con nosotros para que sea objeto de un recibimiento de esta naturaleza. —Y agregó burlón— A no-ser que lo esperen a usted para...

—...matarme quizá.

Eloísa Cristina enarboló su cólera:

—No hables disparates, hombre, que a nadie matan con cartelones y banderas.

—Yo lo que creo es que esperan a Saturnino —afirmó doña María del Rosario, cuyo aprecio por su hijo político rayaba en veneración. Y se dirigió luego a uno de los fúeteros —¿No cree usted lo mismo?

El moreno recogió los remos, limpióse con el ante-

brazo la frente empapada de sudor y repuso después de volver el rostro al muelle:

—¿Que el señó e don Ponciano?

Este inquirió:

—¿Por qué lo preguntas?

—*Poque le pleparan una...*

—¿Una qué?

La respuesta se perdió en la onda sonora que venía de tierra, en la cual se entremezclaban los agudos chillidos de dos mil manifestantes, enfervorizados por un deseo común: el de expresar al viejo batallador político su ferviente bienvenida.

Más que los diarios y los testigos del magno acontecimiento, Saturnino Ponciano lo ha relatado en sus Memorias, usando pintorescas frases: "Semejaba la muchedumbre un mar agitado o un trigal en flor rizado por la brisa de la tarde. Miles de brazos se alargaban hacia mí como los tentáculos de un pulpo monstruoso, ávidos de palparme. En el aire flameaban banderas y tremolaban cartelones con leyendas alusivas a mi retorno y al desgoberno de los hombres que rigen el país. A ratos surgían voces que sobrepasaban mis más ambiciosas pretensiones. Voces —¿por qué no anotarlo cuando existen tantos oídos que las recogieron?— proclamándose candidato a la Presidencia de la República. Voces que partían seguramente de los pechos fraternos de mis conprovincianos. Pues allí estaban, afiebrados de júbilo, no sólo los residentes en Lima, sino también muchos otros venidos de Carapoto, que se abrieron paso a través de la masa delirante para abrazarme con lágrimas en los ojos, como nuestro santo cura, Cucho el telegrafista, el viejo Pomalta y Evaristo Carhuasi".

Al día siguiente, Ponciano completa así sus impresiones: "Mi casa es más visitada que el Palacio de Gobierno en época de bonanza económica. El pobre Mamani tiene que luchar tenazmente para impedir la cons-

tante afuercia de adictos a mi persona, que insisten en montar guardia ante mi puerta, temiendo un desmán del Gobierno. Los diarios de la oposici3n...”.

\* \* \*

—Esto te sucede por no saber controlar tus crisis de timidez —fustig3 a Elo3sa Cristina a Ponciano— De lo contrario habr3as continuado leyendo en Par3s los diarios que te enviaban para conocer con exactitud la situaci3n pol3tica.

—En realidad, ha sido un error lamentable, pero lo compensa la incomparable sorpresa que recib3 al desembarcar.

—Pero no hubieras hablado tantas vaguedades en el Callao de conocer a fondo el giro de la opini3n p3blica.

—¿Vaguedades llamas a los conceptos que emit3 en la mejor improvisaci3n de mi vida?

Elo3sa Cristina no pudo contener su franqueza:

—Tan cierto que fueron vaguedades, adornadas con algunas met3foras de relumbr3n, que muchos creyeron a ratos que hac3as el elogio del r3gimen. Y todo por tu eterna man3a de ensalzar al que manda, sin suponer que la muchedumbre tomaba tu retorno como pretexto para atacar los actos del Gobierno.

Ponciano se sinti3 lastimado:

—Veo con sorpresa y... complacencia que has aprovechado bien tu estada en el viejo mundo para doctorarte en pol3tica y aguzar tus juicios cr3ticos.

—Mi permanencia en Europa no ha influido en estas apreciaciones, sino nuestro amigo Claudio Venegas.

—¿Claudio Venegas ha estado aqu3?

—Estuvo anoche para darnos el p3same. Aprovech3 su visita para obtener una opini3n precisa sobre las actividades pol3ticas del momento. Me dijo que no deb3as dejarte sugestionar por los cantos de sirena del Gobierno. ¡De un Gobierno impopular!

—Venegas morirá en olor de... candorosidad. A su edad parece ignorar que todo Gobierno en Latino-América, salvo raras excepciones, se vuelve impopular a los seis meses o antes. ¿Y por qué? Porque todavía no hemos madurado democráticamente; porque nuestras pasiones nos llevan siempre por caminos extraviados; porque nos tornamos enemigos de los encumbrados políticos por motivos insignificantes. Todo esto es lamentable consecuencia de la anarquía que llevamos dentro y que venimos cultivando a través de los siglos desde las primeras guerras civiles de la Conquista; consecuencia también de nuestro abominable individualismo; de nuestra perenne ansia de vivir a expensas del Estado; de nuestro incorregible defecto de hablar día y noche de política como si no existieran otros temas; de atribuirle a los dirigentes de un régimen toda clase de vicios, hasta los nefandos; de extremar la crítica, sin respeto por las más elementales normas de educación y convivencia humana; de olvidar a los gobernados cuando se es gobernante; de mangonear sin escrúpulo cuando están a nuestro alcance los bienes públicos; de...

—¡Bravo, Saturnino! —Eloísa Cristina batió sus breves manos de azucena, surcadas por finas venas azules— La experiencia que emana de tus juicios políticos prueba a las claras que un brillante porvenir te aguarda.

—¿Lo crees? —interrogó Ponciano con ancha sonrisa, acariciándole a su mujer el ovalado rostro, que empezaba a otoñar— Tu vaticinio me enorgullece.

\* \* \*

Experto en finteos y equilibrios, el Gobierno se propuso atraerse a Saturnino Ponciano, temeroso de que la oposición le rodeara, ya que sus cabecillas estaban presos o desterrados. Al día siguiente de su llegada, un Edecán le presentó los saludos del Jefe del Estado. Y cuando el carapotense fue a Palacio a agradecer la atención, cre-

yendo que saldría del paso con una simple tarjeta, se le condujo ante el Mandatario, quien no ahorró elogios para ponderar sus cualidades de hombre público. Pródigo en lisonjas, agrégole que había censurado duramente la actitud descabellada e inconsulta del Ministro de Relaciones Exteriores al subrogar a un "funcionario de tan irrelevantes méritos, cuya labor en Europa había marcado profunda huella en los anales diplomáticos nacionales". Y, sin consultar su opinión, le aseguró que pensaba nombrarlo Ministro en Francia en reemplazo de "aquel paniaguado que resumía sus funciones a enviar oficios plagados de lugares comunes, auto-elogios y giros galos".

Aleccionado de antemano por Eloísa Cristina y dándose cuenta también del alza de sus bonos políticos, Saturnino Ponciano eludió una respuesta precisa. Entonces el Presidente, firme en su propósito, le envió en misión confidencial a Samuel del Riesco y Carlos Alberto Pujares. Con tono doctoral y rodeos melosos, los antiguos corifeos de la Cruzada Benefactora abrieron ante sus ojos un naipe de alucinantes promesas. Pero el carapotense, que los conocía de sobra, les entretuvo buen rato, hasta que se despidieron sin saber si aceptaba o no colaborar con el régimen.

No termina aquí el plan catequizador. Otros comisionados de mayor categoría cortejan nuevamente a Saturnino Ponciano, coincidiendo esta ofensiva con la de ciertos periodiquillos subvencionados, que propalan insistentes rumores sobre sus relaciones con los Ministros de Estado y otras personalidades, con el deliberado propósito de comprometerlo ante la opinión pública. Hasta anuncian que será nombrado representante diplomático ante la Santa Sede, falsa noticia que despierta fugazmente los aletargados deseos de las Lártiga del Molino de volver a disfrutar de los místicos encantos de Roma y de conseguirle a Saturnino un título nobiliario. Finalmente, el Jefe del Estado, comprendiendo que es imposible atraer

hacia el redil a un hombre que ya capitanea virtualmente la oposición, ordena al Ministro de Gobierno que le haga amedrentar con el Prefecto. Pero Ponciano ha crecido demasiado para someterse dócilmente a una reprimenda. Y se niega a presentarse. Tienen que obligarlo a comparecer por la fuerza, sonado atropello que desata la protesta de la prensa todavía libre y de los estudiantes, cuyas manifestaciones se encarga de disolver a sablazos un pelotón de Caballería.

Para evitar que la oposición se envalentone, asumiendo una actitud más enérgica, las autoridades resuelven apresar al rebelde. ¡Al diablo con los diarios si protestan y con los estudiantes si promueven disturbios! Tarde o temprano tendrán que capitular. Y una noche, mientras Saturnino Ponciano duerme plácidamente, varios agentes de La Secreta entran en su casa por los techos y le apresan. Se justifica la detención alegando que el carapotense había convertido su residencia en un antro de conspiraciones. ¡Hasta se han encontrado en ella armas escondidas! Afirmación que no carece de fundamento, pues, en verdad, los agentes han hallado en un viejo desván dos escopetas —recuerdo de las cacerías de zorros en La Dorotea— y en una cómoda un revólver.

\* \* \*

Ponciano disfrutó en el Panóptico de especiales consideraciones. Mas no por eso dejaron de asaltarle serios temores, nacidos tal vez de su experiencia en esta clase de desventuras carcelarias. En la noche saltaba del lecho al oír el más insignificante rumor y empezaba a pasearse por su celda, agitado por funestos presentimientos. Unas veces suponía que lo iban a conducir a alguna Comisaría lejana para ponerlo en manos de un polizonte desalmado, del tipo de Polvorazo; otras, que planeaban inventarle una fuga y acribillarle a balazos. Este perenne es-

tado de zozobra agostó pronto su salud, al punto de que el Ministro de Gobierno, temiendo mayores complicaciones, lo puso en libertad, no sin antes hacerle advertir que si continuaba manteniendo tan intolerable rebeldía, nadie podría salvarlo en el futuro de pasar una temporada en las exuberantes orillas de los ríos amazónicos.

Pero Ponciano no era rebelde por naturaleza. Las circunstancias eran las que lo obligaban a serlo. ¿Cómo renunciar de repente a su papel de conductor cuando la exaltada oposición se lo imponía? Cualquier traspies, cualquier flaqueza tendría que convertirlo en un felón a su causa, en un ente sin consistencia moral, indigno de dirigir el más modesto movimiento reivindicatorio de las libertades cívicas ultrajadas. Y sin poder torcer su destino, avanzaba ciegamente, arrastrando la amenaza de ser internado en regiones que constituyen la verdadera antesala de la vida eterna.

Desesperado de buscar inútilmente una salida honorable, Saturnino Ponciano acudió a Eloísa Cristina. Apreciaba en mucho su criterio. Y ella, muy juiciosamente, se la indicó:

—Vámonos a La Dorotea.

—¿Vámonos? —se extrañó el carapotense.

—Sí, vámonos. Yo te acompañaré.

Ponciano se opuso al viaje, aduciendo, entre otras razones, la falta de comodidades del lugar y la rusticidad de sus gentes. Pero su mujer insistió, respondiéndole muy ladinamente, que no se preocupara por ello, porque su deseo había sido siempre el de vivir en un medio primitivo para admirar de cerca los encantos de la naturaleza.

Liberado de sus prejuicios por tal declaración, que él creyó sincera, cuando en realidad era producto de la abnegación, Ponciano se apresuró a desaparecer de Lima antes que el Gobierno cumpliera sus amenazas. Y para que no se interpretara su viaje como una fuga, lo hizo anunciar en la sección social de los diarios. Fatal error

que indujo al Director de Gobierno a enviar a Carapoto un agente de su confianza con ciertas instrucciones verbales para el Subprefecto, sospechando que Ponciano pretendía gestar la revolución en la sierra, ya que no lo había logrado en Lima.

Las Lártiga del Molino pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron del viaje. Era la primera vez que iban a separarse de Eloísa Cristina. Mas, no obstante el sentimiento que las turbaba, no imaginaron siquiera acompañarla en esta ocasión. Se habían formado la peor idea de Carapoto, y así lo hubieran tenido por un villorrio encantador, tampoco habrían pretendido visitarlo. El sólo hecho de pensar en subir montañas erizadas de peligros les causaba vértigos.

Saturnino Ponciano no se aventuró a partir con la simple compañía de su mujer y Mamani, sino que contrató los servicios de dos carapotenses con fama de maleantes que ambulaban por Lima. Mas, no obstante este respetable refuerzo, sólo consiguió vencer su temor durante el viaje marítimo cuando tuvo la incomparable sorpresa de descubrir entre las personas que esperaban en el muelle del puerto a Evaristo Carhuasi y a otros amigos, que habían ido a recibirle para acompañarle en su largo recorrido.

Apenas estuvieron en tierra, los viajeros cabalgaron en las bestias que aguardaban cerca y emprendieron camino. Eloísa Cristina montaba en una hacanea blanca y panzona, cargado de años y manchas, pero todavía briosa, que cambiaría por una mula tan luego comenzase la ascensión.

El grupo se comía el árido sendero, que culebreaba hacia la altura entre vastos arenales calcinados. Todos iban mudos, menos el político carapotense. Libre ya de inquietudes, expandía su regocijo en apreciaciones vacuas y preguntas ingenuas, que se apresuraban a absolver sus más cercanos acompañantes.

Al filo del mediodía se talaron a la vera de un riachuelo espumoso y murmurador, bajo la fresca sombra de huarangos y sauces, y luego prosiguieron por un paisaje nemoroso, enmarañado de capulíes, chilcos y cañas bravas, recibiendo la dorada caricia del sol que, poco a poco, perdía luminosidad y ardencia, semiperdido entre nubarrones brillantes.

A medida que avanzaban hacia la altura, Saturnino Ponciano se sentía más optimista. Generoso en palabras, contaba ahora sus recuerdos de Europa, haciendo gala de florida amenidad. Evaristo Carhuasi le escuchaba con viva atención, y cuando la estrechez del sendero le impedía caminar a su lado, escupía maldiciones, furioso de no poder oír íntegramente tan deliciosas añoranzas, que lo movían a planear un viaje por aquellos fantásticos países. A pesar del viento que soplaba ya de los desfiladeros, Eloísa Cristina lograba captar algunos pasajes del largo relato, y sonreía de buena gana, apreciando la portentosa imaginación de su marido para entrelazar con envidiable arte la verdad y la ficción. Desde antes del almuerzo, la improvisada amazona jineteaba en una mula mansa, de escasa alzada y orejas flojas. Iba a horcajadas, orgullosa de que el grupo de rústicos admirara sus arresos para sortear los peligros, que se multiplicaban en esas laderas, cuyos fondos abismales, cubiertos de tupida vegetación, causaban estremecimientos.

Escapando de un vellón de nubes plumizas, el sol destacó su redondez de moneda recién acuñada. Sus resplandores bañaron de ocre claros las cumbres de los cerros. Aquellas cumbres que parecían más altas cuanto más lejos penetraba la mirada en el paisaje vespertino. Pálidos luceros titilaban en la bóveda celeste, anunciando la proximidad de la noche.

—Ya estamos a media lengua del Paso del Guanaco —informó Carhuasi— Si picamos un poco, a las siete avisaremos el pueblo.

Ponciano se volvió a su mujer:

—¿Oíste, Tina?

—¿Quééee?

—Que nos falta poco para llegar a Carapoto. ¿Te sientes cansada?

Un chiflón de viento le trajo la respuesta:

—No te preocupes por mí. Podría cabalgar diez horas más.

—¡Pretenciosa! —la reprendió bonachonamente el carapotense, clavando las espuelas en los sangrientos ijares de su cabalgadura, que transpuso un breve montículo rocoso y descendió a un pasaje donde el camino se separaba del abismo. Mas, de repente, tuvo que frenar. El guía, al distinguir un bulto sospechoso, escurriéndose por los oscuros riscos del frente, había lanzado una especie de aullido de lobo, seguido de esta pregunta:

—¿Quién anda por ahíiiii?

A manera de respuesta, una fuerte detonación, que fue rodando en prolongados ecos por las entrañas de la Cordillera, sembró pánico en los caminantes. Sobre todo cuando vieron al guía agarrarse un hombro, tinto en sangre, y caer a Mamani sobre unos matorrales, donde lo había arrojado felizmente su mula antes de despeñarse, con el vientre herido por una bala. Pero luego reaccionaron los ilesos y, echando pie a tierra, empezaron a disparar sus armas en dirección del sitio del que habían partido los tiros, sin conseguir ningún resultado. Los esbirros del Subprefecto —no podían ser otros y tal vez él andaba entre ellos— comprendiendo que exponían su vida ante fuerzas superiores, ya habían fugado por un desvío del sendero y se perdían tras los cerros que elevaban sus crestas en el fondo, uniformándolas con las del Paso del Guanaco.

Saturnino Ponciano estaba lívido. Apenas si podía tartamudear órdenes, mezclándolas con lamentaciones, para que recogieran a los heridos.

Curados éstos de la mejor manera, al uno lo montaron en su propia cabalgadura y al otro en la hacanea blanca, y los viajeros continuaron subiendo al famoso paso, sin prestar oídos a los trágicos vaticinios de Ponciano,

Las sombras se fueron adensando en la profundidad de los abismos, y del globo cárdeno del sol quedó sólo una alegoría de arrebales, festoneados de oro, como si se hubiera consumido en sus propias llamaradas.

Ya con la noche encima, los jinetes avistaron el pueblo y, una hora después, entraban en él entre una loca algarabía de voces jubilosas, aires musicales y ladridos.

Descabalgando a la puerta de su casa, Ponciano dijo a don Feliciano, que lloraba de emoción:

—Casi ha perdido usted al mejor de sus amigos, que pudo morir sin confesión.

—¿Por causa de algún traspies de su cabalgadura? —inquirió cándidamente el eclesiástico, abrazando a Saturnino— Estos malditos animales...

Carhuasi se adelantó a corregir:

—No le eche la culpa a la pobre mula, doctor. Ha sido el Subprefecto con su cáfila de asesinos.

—Sí, sí —agregó Ponciano— Traidoramente aclararon nuestras filas. Por allí vienen los heridos. Y si no es por nuestra valiente actitud...

—¡Dios santo!

—Doctor —susurró Eloísa Cristina, estrechándole la diestra a don Feliciano— No hablemos mejor de lo sucedido. Han sido simplemente gajes del oficio. ¿No le parece?

—Cuando usted lo asegura, dignísima matrona...

A pesar del entusiasmo público, que prestaba al pueblo inusitada alegría y colorido, Eloísa Cristina sintió un frío extraño en el alma, imaginando vivir largo tiempo en él. ¡Cuán amarga y desconsoladora sería la soledad de sus calles a esa misma hora cuando no se escuchase

ningún bullicio en ellas ni estuviesen iluminadas con luces de verbena!

Eliminando con entereza estos sombríos pensamientos, Eloísa Cristina se ocupó de dictar disposiciones a las criadas de largas trenzas y amplios refajos, sin darse cuenta que apenas podían entenderle su acento limeño, suave y cantarino. Y aunque la dominaba la fatiga, tuvo el valor de presidir la comida, durante la cual abundaron los discursos salpicados de diatribas contra el Gobierno, y de permanecer hasta la madrugada entre tantos palurdos que, a medida que se saturaban de alcohol, iban coloreando su lenguaje de expresiones rudas y giros maliciosos.

\* \* \*

Cuando, a la mañana siguiente, Ponciano buscó a Eloísa Cristina para hacerla confidente de sus justos temores, la encontró por el mercado. Había salido desde el amanecer, ansiosa de impregnarse la retina con la visión de aquel pueblo serrano que la noche anterior le produjera penosa impresión. Pero ya la había modificado. ¡Le parecía ahora tan distinto todo bajo la suave transparencia de la mañana fría! Qué cándida ternura aldeana emanaba de sus casitas endebles de tejados rojizos; de sus calles estrechas y retorcidas, donde se solazaban en plena libertad los animales domésticos; de su Plaza de Armas, cuadrilátero erizado de añosos molles, que sombreaban el busto de un héroe nacional, esculpido por algún picapedrero con ínfulas de artista; de su iglesia blanca; de la inocencia de los niños; de la casta timidez de las mozas de mejillas encendidas y atavío multicolor; de los pastores y gañanes resignados y sufridos, en fin, de todo lo que percibían sus sentidos.

Saturnino Ponciano había sorprendido a Eloísa Cristina cuando se hallaba ensimismada en esa soledad matinal:

—Te he buscado por todas partes, Tina.

—Y aquí me tienes.

—¿Te gusta el pueblo?

—Mucho.

—¿Te parece que debemos quedarnos aquí?

—Imagino que con ese objeto hemos venido.

—¿Y si se repite el intento de asesinarme?

—Más factible es que se repita en Lima. Y para que te libres finalmente de temores, nos refugiaremos en La Dorotea, convirtiéndola antes en una fortaleza.

Ponciano desfiguró su rostro incaico con un gesto ambiguo:

—Qué valiente te sientes.

—Mejor es que no hablemos ahora de planes. Deseo que me indiques donde queda el nuevo parque.

—¿Para qué?

—¿Olvidas que allí te erigieron un busto, que no has visto todavía?

—¡Ah! Verdad. Vamos.

Y la condujo a un ángulo terroso, en el cual crecían algunos arbustos alrededor de un muñeco desproporcionado, que más semejaba un ídolo quechua que la imagen de "El ilustre estadista Saturnino Ponciano...", como rezaba la leyenda de su pedestal.

Eloísa Cristina no pudo disimular la impresión que le producía tal mamaracho y desgranó la maravilla de su risa, espantando a un grupo de palomas blancas que picoteaba semillas en una poza.

\* \* \*

Aunque Evaristo Carhuasi, Cástulo Pomalta y otros vecinos del lugar garantizaron su seguridad personal, Saturnino Ponciano no quiso quedarse muchos días en Carapoto. Comprendió que esa clase de garantías tenían su límite. ¿Quién de ellos se aventuraría a defenderlo si ei

Subprefecto, cumpliendo órdenes, decidía apresarlo? Los tiempos habían cambiado mucho. No. Mejor era seguir el consejo de su mujer. ¡A La Dorotea! Allí estaría libre de sorpresas con sólo apostar guardias armados en los estrechos pasos del camino que conduce a ella, pues nadie, a no ser un loco, intentaría atravesarlos. ¡A La Dorotea! Y no bien los mejores artesanos de Carapoto embellecieron y amoblaron la humilde casa de la hacienda, se trasladó allá con Eloísa Cristina y varios servidores provistos de carabinas.

\* \* \*

El mismo sentimiento pantéista que conturbara a Saturnino Ponciano la segunda vez que visitó La Dorotea, subyuga ahora el espíritu de Eloísa Cristina. ¡Qué distinto le parece todo a lo que ha supuesto! Se cree en un mundo irreal, creado para alucinar su imaginación. Vestida a la usanza del lugar, recorre, desde el amanecer, las largas avenidas de eucaliptos y molles; se interna en los prados encendidos de sol, donde los rebaños de llamas y alpacas ramonean entre gramales de esmeralda; baja al riachuelo, cinta de plata fugitiva, que se desliza entre herbazales y sauces románticos; se atreve a escalar las faldas resbaladizas de los cerros; deleita sus oídos con las melodías de los pájaros, el arrullo de las palomas serranas y los melancólicos *hayllis* de los segadores; dialoga con los pastorcillos humildes y andrajosos, que interpretan en la quena desgarradoras melodías al amor de las fogatas, que encienden en las cumbres para calentarse en noches gélidas; acaricia el suave vellón de los carneritos de ojos húmedos; se adormece contemplando el *arányaj huara chhascja*, lucero de la tarde, y abre el cofre de sus sueños en noches pálidas, cuando la luna amortaja el valle dormido con el hechizo de su luz nacarada. ¡Cuán grata esa ternura bucólica comparada con el alocado tráfico de las grandes urbes ¡Y cuán dulce y puro el aire!

Saturnino Ponciano se siente feliz. No ha imaginado jamás que un sér acostumbrado a las comodidades que brinda la civilización, como Eloísa Cristina, pudiera amoldarse a la rusticidad campesina con tanta rapidez. Esto le hace la vida más llevadera en aquellos picachos fríos y solitarios, a los que sólo suben en ciertas ocasiones sus fieles amigos para informarle sobre el desastroso rumbo que sigue el Gobierno: Unas veces persiguiendo sañudamente a sus enemigos, otras creando impuestos o refrenando con dureza hasta las más tímidas aspiraciones democráticas.

Semanalmente llega a La Dorotea un propio trayendo la correspondencia. Saturnino Ponciano descubre en todas las cartas inconfundibles huellas de haber sido violadas. Hasta las candorosas que le escriben a su mujer las Lártiga del Molino, plagadas de lamentaciones por la prolongada ausencia. Tan pertinaz vigilancia de las autoridades lo obliga a continuar en su inabordable nido de cóndores, a pesar de su deseo de volver al juego político. Pero, a la postre, se resigna a ese monótono vivir, alentado por la inagotable felicidad de Eloísa Cristina.

Y se deslizan los días, los meses y los años, sin que ninguno de los dos piense en retornar a la civilización, ni se dé cuenta de que el tiempo va espolvoreando escarcha en sus cabezas. La naturaleza los ha cogido entre sus redes. Y cuando un buen día llegan a La Dorotea varios vecinos de Carapoto y de otras provincias del Departamento con el propósito de proclamar a Saturnino candidato a una senaduría, les es difícil reconocer en el indiecito viejo y barrigón que les recibe, vestido como un pongo, al ilustre político.

Contagiado del modo de hablar y de la desconfianza de sus infelices súbditos, el hacendado esquivo hábilmente al principio el comprometerse en la nueva aventura. Mas al fin, conmovido por las repetidas y solemnes invocaciones a la patria que hacen los comisionados, se

ve precisado a volver por sus fueros. Y a los pocos días desciende de su predio, ufano y orgulloso, para recorrer el Departamento en gira triunfal, arengando a sus partidarios con ardientes frases, troqueladas mentalmente en tantos años de apartamiento de las actividades políticas.

Sin contendor de fuerza que pueda restarle votos, Ponciano obtiene casi la totalidad de ellos, repercutiendo tan sonada elección en Lima, donde los diarios exhuman su fotografía y le auguran los más brillantes éxitos.

Y no se equivocan en el vaticinio. El egregio senador escala situaciones con asombrosa rapidez, convirtiéndose en escaso tiempo en el político de mayor influencia de la república.

\* \* \*

El hombre más beneficiado con el encumbramiento de Saturnino Ponciano es Cabrerita. Ya no sólo administra las numerosas propiedades de las Lártiga del Molino, muchas de las cuales proporcionan ahora envidiables rentas, como los callejones de Perra Parida y Temblequeras, sino que se dedica también a actuar de intermediario en algunos negociados con el Gobierno. Es una rica veta. Para dar más dignidad e importancia a su labor, ha alquilado en el primer piso de un edificio central un amplio departamento, en cuya puerta de vidrio se lee: "Rodolfo Cabrera. Agente de Negocios. De 4 a 6". Pero el renombrado ex-diplomático no va allí regularmente. Otras ocupaciones le impiden respetar el horario. Por ejemplo, sus frecuentes visitas a las Cámaras, donde sostiene, a la hora del Te, sabias charlas con algunos representantes, o ciertas sesiones de póker con políticos de relieve.

Cabrerita o, mejor dicho, el señor Rodolfo Cabrera, es "un hombre serio y emprendedor". Así se le tilda, empleando el lenguaje burocrático. Ni vestigios quedan en él del tunante de otras épocas. Posee un auto, último mo-

delo, y una lujosa residencia, situada en las cercanías del Country Club, cuidada por un japonés joven, astuto y tan compenetrado de sus obligaciones que, para cumplirlas, no requiere de órdenes. Sabe como debe contestar el teléfono a cada persona y a quienes conviene franquear la puerta. Porque Cabrerita no dispone de tiempo para atender al primero que se presenta, y menos a pedigüños o a mujeres que pretenden entregarse a cambio de un puesto para sus maridos. Su valiosa influencia es un tesoro que cuida con esmero y de la que hace uso discretamente, y siempre en su favor. Y lógico es que sea así. Muchos esfuerzos y dinero le cuesta mantenerla a flote, a pesar de que algunos aseguran que se desarrolla sola bajo la sombra protectora del todopoderoso Saturnino Ponciano.

Cabrerita ya no pasa las noches en aquellas alegres fiestas que le destruían la salud y le apagaban el entendimiento, salvo en raras ocasiones, cuando los altos intereses lo reclaman. Al atardecer enrumba en su Lincoln a Miraflores para comer en casa de Silvia Teresa Moratín, su novia. Es hija única de Baldomero Moratín, conocido corredor de inmuebles, que ha amasado una inmensa fortuna comprando terrenos a ínfimo precio y vendiéndolos en veinte veces más.

Cabrerita guarda sincera devoción por ella. Y, en realidad, se la merece. Es inteligente y comprensiva, aunque el tiempo ha trazado ya ligeras huellas en su agraciado rostro, que se adivinan tras el maquillaje. Pero él pasa por alto estas nimiedades. Comprende que su edad no le permite aspirar a una adolescente llena de atractivos, no obstante tener todavía el cutis fresco, el cabello retinto y los músculos vigorosos.

Más que con los negocios y el *póker*, Cabrerita se distrae con sus caballos. Les llama: mis favoritos. Los ha importado de Inglaterra y Argentina. Con las primeras luces opacas del alba limeña va a Santa Beatriz y, reloj

en mano, vigila sus entrenamientos. Da consejos a los *jockeys* y se atreve también a cabalgar, al igual que ellos. Los domingos, es el primero, invariablemente, en apostarse en la tribuna de socios del Hipódromo para presenciar el real deporte. En los días de gala viste jaqué y sombrero de pelo. Parece un *lord*. Ciertos deslenguados y envidiosos propalan que los caballos son de Saturnino Ponciano, pero las gentes sensatas destruyen este malévolo infundio, alegando que no necesita de nadie para poseer *pur sang*. Y es cierto: sus cuantiosas entradas le permiten tales desembolsos, que casi siempre regresan aumentados a sus bolsillos.

Saturnino Ponciano no era de aquellos representantes que sólo sirven para formar *quorum* en su Cámara. El ilustre senador era hombre de consulta, árbitro en asuntos escabrosos, vocero de la mayoría, intermediario entre sus colegas timoratos y el Presidente de la República, consejero en arduos problemas económicos, director material y espiritual del presupuesto y, en general, una especie de dios tutelar del régimen. Nada se hacía sin su consentimiento. Sus recomendaciones equivalían a nombramientos. Ministros y Directores las tomaban como órdenes. Por eso se las mendigaban tantas personas, empleando expresiones melcsas y actitudes de grotesca humildad. Pero Ponciano ya no las prodigaba como antes. Encallecido en ese ajetreo cotidiano, que escamoteaba precioso tiempo a sus labores políticas, había eliminado de su espíritu la generosidad. Su casa ya no se abría a cualquiera. Mamani era más terrible que el cancerbero mitológico. Los pedigüenos le esperaban ahora en la puerta principal o en la falsa para asaltarle, aunque sabían de sobra que ya no se detenía, como en pasada época, a florear promesas sinceras o falsas, sino que transponía rápido el corto espacio que le separaba del auto, alargando los brazos en ademán descortés o elevando los ojos nipones al cielo en demanda de resignación.

Tantos años de vida agitada no habían restado fuerzas al padre de la patria. Al contrario: le habían endurecido e insuflado mayor vitalidad, manteniéndolo lúcido y ágil. Todavía caminaba con aquel paso monorrítmico de chasqui, que le caracterizaba en su juventud, y tal era su energía,

que en los saraos de Palacio no perdía ocasión de arrastrar en el vértigo de los va'ses a señoronas voluminosas.

Desde hacía tiempo, Eloísa Cristina se abstenía de asistir a las fiestas y actuaciones públicas de endiosamiento del régimen, agitada por una perenne preocupación: la de vigilar la salud de su madre y de su tía, en cuya casa vivía ahora con su marido. Las dos ancianas se apagaban lentamente, rodeadas de imágenes sagradas y de viejas servidoras. Recostadas en mullidas butacas, frente al jardín luminoso y fragante, susurraban oraciones, mientras sus niveas manos recorrían las cuentas del rosario de perlas. Tan entecas estaban, que sólo eran un atadito de huesos revestido de piel apergaminada. Sin embargo, vivían felices en su atardecer pródigo en dones espirituales. Sólo una que otra vez se les encabritaba el corazón, pero al primer síntoma alarmante acudía el médico, maletín en mano, respondiendo al llamado de Eloísa Cristina. La única inquietud que las perturbaba era que Saturnino Ponciano no hubiese sido enaltecido todavía con un título nobiliario. Escasa importancia daban a los cargos, privilegios y condecoraciones que había obtenido en su larga vida política y diplomática. ¡Ansiaban para él un título! Un título que le acercase al nivel social de Eloísa Cristina. Lástima que las gestiones ante el Vaticano para conseguirle uno de Conde hubiese fracasado por culpa de aquel maldito golpe de Estado que las obligó a abandonar Europa, precisamente cuando se preparaban a retornar a Roma. Y ahora sólo les restaba una esperanza: La Soberana Orden Militar del Yelmo Dorado, aunque hasta la fecha no se vislumbraba el resultado apetecido.

Preocupada por la angustia que causaba a las ancianas este anhelo insatisfecho, Eloísa Cristina preguntó un día a Cabrerita si realmente existía alguna posibilidad de incorporar a su marido a aquella Orden.

—Claro que sí —le disparó el agente de negocios con el arco de su eterno optimismo.

—¿Pero acaso no respondieron que se requería...?

—No importa, Saturnino puede probar que...

—No bromea, hombre —Eloísa Cristina quebró la serenidad de su rostro de matrona romana con un gesto de disgusto— Usted no habla nunca en serio.

—Prueba de lo contrario es que estoy en activa correspondencia con el secretario del Gran Maestre de la Soberana Orden del Yelmo Dorado.

—¿Y qué dice de esto Saturnino?

—Nada, nada. ¡tántos problemas lo atribulan!

—Pues háblele del asunto ahora mismo.

\* \* \*

Cabrerita tuvo que repantigarse más de una hora en la sala de Edecanes, esperando que Saturnino Ponciano concluyese de hablar con el Presidente y el Ministro de Gobierno. Al verlo salir, púsose de pie y avanzó hacia él. Una sombra de enojo reconcentrado descomponía las nobles facciones incaicas del ilustre senador:

—¿Usted aquí, Cabrerita?

—¿Le sorprende? Me trae un encargo que me confió la señora Eloísa Cristina.

—¿Acaso alguna de las Lártiga...? —Ponciano retrocedió un paso, impulsado por la inquietud.

Cabrerita le calmó. Las ancianas se hallaban bien. Su vitalidad era asombrosa. Todavía tendrían cuerda para diez años más.

—¿Y entonces?

—Es que sus males son espirituales. No pueden alcanzar la serenidad sabiendo que usted todavía no es...

—Basta, basta, Cabrerita. Ya sé adonde va usted — el padre de la patria volvió a contraer el ceño. Su mal humor se acentuó— ¿Y por qué, demonios, se presta usted a semejantes comisiones? ¿Qué necesidad tenía Eloísa Cristina de enviarlo hasta aquí cuando podía ella hablarme del asunto? ¿Qué urgencia existía para...? No, no.

Esto adquiere ya caracteres de locura. Ocurrírseles tales frivolidades en las actuales circunstancias. ¡En las actuales circunstancias!

—¿Ha sucedido algo, Saturnino?

—Nada, nada. Pero mejor salgamos. Este lugar me irrita los nervios. ¿Y por qué me lo pregunta?

—Porque trae usted un aire bastante extraño. ¿Algún desacuerdo con el Presidente?

Ponciano se detuvo. Era su costumbre cuando deseaba exponer sus ideas o absolver alguna pregunta:

—¿Desacuerdo? ¡Qué ocurrencia! Mantengo con el Presidente la mejor armonía. Precisamente hoy me pidió que viniera aquí para consultarme ciertos asuntos que lo tienen mortificado. ¿Así que a Tina le ha dado también por la chifladura de...? Y en resumidas cuentas, ¿qué quiere?

—Que le hable a usted de la Orden del Yelmo Dorado.

—¿Cómo? Buenas tardes —Ponciano saludó, quitándose el hongo, al oficial de guardia que se había cuadrado a su paso. Luego volvió a hilvanar— ¿Y por qué se afanan las Lártiga por un asunto que considero imposible dadas las reglas de esa Orden? No hay que hacerles caso. Están un poco chifladas. ¡Cosas de la edad!

Esta vez, Cabrerita se detuvo para reprochar al padre de la patria su pesimismo. Accionando vivamente le explicó que él estaba resuelto a convertirlo en Caballero deí Yelmo Dorado. Ya tenía la argumentación preparada para el caso. Pero Saturnino Ponciano, cogiéndolo del brazo, lo hizo avanzar hacia su automóvil, a la vez que le recomendaba:

—No pierda su tiempo en tonterías, Cabrerita. Un individuo es caballero por su conducta, por sus actos, por su obra política, como en mi caso. Yo no necesito de esos oropeles para ser quien soy. Y tampoco es el momento para ocuparse de ello. La situación...

—Pues ha debido principiar por eso. Decirme claramente que las cosas no marchan bien.

El senador hizo un mohín de fastidio y empujó con energía a Cabrerita al interior del automóvil, cuya puerta sostenía abierta un chofer uniformado. Luego subió a aquél y barbotó:

—¿Quién le ha dicho que las cosas no marchan bien? ¿Por qué supone absurdos? ¿Ignora usted que estamos más firmes que nunca, que nada puede acontecer cuando se cuenta con fuerza suficiente para aplastar cualquier intento subversivo?

—Es que...

Ponciano continuó con mayor ardor, lo cual no hacía más que probar a Cabrerita su acritud espiritual:

—¿Cree usted que el régimen peligrá porque unos cuantos malos patriotas hacen una campaña ruin contra nosotros desde sus cloacas? ¿Imagina que con hojillas clandestinas, que destilan bilis, y con rumores callejeros de levantamientos en tal o cual parte se puede derribar el sólido edificio que hemos construído? Le habrán dicho a usted, naturalmente tergiversado, adulterado y exagerado —la voz de Ponciano cobraba sonoridades de predicador— que un grupo de descarriados pretendió levantarse por las sierras del norte, más con el fin de saquear y de matar que alentado por un ideal político...

—Pues lo ignoraba —mintió Cabrerita— Conque habían pretendido...

—Le habrán dicho también, porque para eso se pinta esa morralla enemiga del Gobierno, que en el sur intentaron subvertir el orden unos cuantos sargentos, ilusionados por ascensos y que... Bueno, estoy hablando de más. Todo eso no tiene la menor importancia. Y si he de ser ampliamente franco, la culpa es del Ministro de Gobierno, que no tiene dedos para organista. Y el miedo lo vence. Tiembla al leer cualquier inmundo pasquín o el más vil anónimo. Por eso hoy le dije bien claro delante

del Presidente: "A usted le falta amarrarse los pantalones y no andarse por las ramas. ¡Sentar la mano! Sobre todo a los estudiantes. ¿Por qué consiente que un grupito de bul'angueros se lance por las calles a gritar procacidades contra el Gobierno más benéfico que ha tenido la república? ¡Palo con ellos! Ya está harto el país de esas mo'jigangas. La gente sana desea paz, trabajo, progreso". Ojalá ese paniaguado tome en cuenta mis sugerencias. De lo contrario, todo se irá al diablo. Y yo llegaré a la triste conclusión, al final casi de mi vida y después de militar más de cuarenta años en la política, que este país es ingobernable; que el ciudadano que no es afecto al régimen es conspirador, y que todos ansían vivir del Estado de una manera u otra.

—No exagere, ilustre Saturnino —intentó polemizar Cabrerita— Confiese que, poco a' poco, se van corrigiendo estos vicios nacionales. En la actualidad, muchos son los que abominan vivir del Gobierno.

—Se equivoca, son pocos. Se les puede contar con los dedos de la mano.

—¿Y cree usted que la oposición...?

Moviendo el brazo como un péndulo, el senador marcó rotundo acápite al tema:

—No hablemos más de política. Me da náuseas.

Cabrerita enfundó su incontrolable deseo de empararse en buena fuente del problema político del momento y, de mala gana, tornó a referirse a sus gestiones ante la Orden del Yelmo Dorado. Pero Saturnino Ponciano, cambiando de postura en el asiento del auto, que rodaba por lejanas urbanizaciones, protestó:

—Hoy está usted pesado. No contribuya a agravarme el disgusto. Ya hemos convenido en que el proyecto de las Lártiga es descabellado. Propio de cerebros gastados.

Cabrerita repuso con viveza:

—Gran error el suyo, Saturnino. Usted será dentro de poco Caballero del Yelmo Dorado.

—No sea ingenuo. ¿Cómo supone usted que la Orden vaya a violar sus reglas? Se necesita poseer varias ramas nobles para. . .

—Y usted las tiene.

El padre de la patria, encendido aun más en cólera, se dirigió al chofer:

—Juan, vamos a casa —y como monologando— Hoy no estoy para tolerar insensateces. Ya oí suficientes en Palacio. El Ministro de Gobierno, por defenderse, abundó en ellas.

Cabrerita se manifestó ofendido. Se creía dueño de la razón. Su voz se volvió aguda y temblorosa debido al sentimiento que la conmovía:

—Han transcurrido ya muchos años para que me conozca usted bien. Yo no doy pasos en falso ni hablo tonterías. Dentro de poco probaré de manera irrefutable su ascendencia nobiliaria.

—¿Usted ha bebido o está loco? ¡Juan, aligera!

—Escúcheme, Saturnino. Mis informaciones son valiosísimas. Uno de sus ascendientes es nada menos que el Príncipe Sayre Topa Inga, cuyo título ya usó usted en París.

—¿Cómo?

—¿Y por qué le sorprende? ¡Tantos hijos dejaban esos indios nobles! Pero hagamos un cálculo modesto y atribuyámosle sólo veinte, y a cada uno de sus retoños también veinte. Pues allí tiene usted en solamente tres generaciones, cuatrocientos individuos. Y si continuamos multiplicando hasta la fecha en que usted vió la luz en la bella Carapoto. . .

—¡Juan, acelera, aunque mates a alguien! Quiero descansar en casa.

—No lo podrá —le advirtió Cabrerita— Allá le aguardan las Lártiga para hablarle de lo mismo.

\* \* \*

Pese a los vientos borrascosos que soplaban, Saturnino Ponciano seguía impertérrito en su pedestal, sin advertir que se resquebrajaba. Cabrerita y otras personas que le conocían de cerca estaban sorprendidas de su serenidad, atribuyéndola a una confianza ilimitada en la firmeza del régimen o a un profundo sentimiento de lealtad, nuevo en él. No se explicaban cómo no viraba en redondo al igual que en pasadas ocasiones. Pero la verdad era otra. Saturnino se hallaba demasiado vinculado al Gobierno para zafarse de sus redes. En buena cuenta era una parte del mismo. La oposición lo consideraba ciegamente el autor de todas las medidas drásticas para reprimir sus balbuceos democráticos, el hombre fuerte que señalaba derroteros al Presidente y sus Ministros, el que se hinchaba más los bolsillos con los dineros públicos, el causante, en fin, de todos los males que aquejaban al país.

\* \* \*

A Saturnino Ponciano le sorprendió la catástrofe cuando esperaba un cambio parcial del Gabinete. Y no fue ninguno de sus colegas ni otro jerarca quien le llevó la noticia —cada cual estaría por salvarse— sino Cabrerita. El agente de negocios se convirtió otra vez en ave agorera, exactamente como en París. Al llegar a sus oídos lo que todo el mundo comentaba por calles y plazas, sin temor a soplones y policías, corrió hacia la casa del carapotense. Lo consideraba un deber.

Al principio, Ponciano no quiso dar pábulo a “rumores callejeros”. ¡Tanto conocía también el modo de exagerar de Cabrerita! Mas luego, asaltado por un presentimiento, que en buena cuenta tenía su origen en lo que acababa de oír, telefoneó a Palacio. Con el alma en suspenso, Cabrerita siguió todos los gestos y palabras de Ponciano, desde que tomó el fono e introdujo el índice en los agujeros numerados, hasta que se volvió a él para decirle con una hebra de voz: “Es cierto”. Breves palabras que

le sonaron como si fueran los últimos martillazos de un sepulturero en los clavos del ataúd de un ser querido. "Es cierto". Sin embargo, todavía balbuceó:

—¿Entonces no hay esperanza?

Desde el sillón donde se había recostado para evitar un desvanecimiento, Ponciano susurró:

—No creo —su voz goteaba desolación, pena, amargura infinita— Hemos edificado en el viento.

Cabrerita encontró un eco de tragedia trasnochada en esta frase, que creyó haber escuchado o leído en su juventud, y ávido por conocer los detalles oficiales del derumbe total, insistió:

—¿Entonces no hay esperanza?

Saturnino Ponciano fue impotente para contener su propia irritación:

—No sea necio, hombre. ¿Cuántas veces quiere que le diga que nos hemos reventado?

—Pero si la catástrofe es irremediable, ¿cómo, demonios, se queda usted allí tan tranquilo?

—¿Y qué otra cosa piensa que haga?

—Huír.

—¿Huír? ¿Y por qué?

—Porque su vida peligrá. Cuando la Guarnición de Lima se sume al movimiento, ya no podrá usted salir de esta casa.

La reflexión de Cabrerita hizo el milagro de sacar a Ponciano de su impasibilidad. Llamó a gritos a Mamani y le ordenó que colocara en una maleta sus cosas de valor. Luego, de rondón, precipitóse en las habitaciones interiores en busca de Eloísa Cristina, a la que informó de su propósito, y volvió a su cuarto para combinar con Cabrerita el plan de fuga, pero ya no lo halló. El agente de negocios había salido precipitadamente hacia la casa de Moratín, seguro de que éste podría encontrarle un refugio adecuado, antes que se intensificara el desarrollo del drama.

Al verse solo con Mamani, Saturnino Ponciano se desplomó sobre un sillón. Qué desdichado se sentía. ¡Hasta Cabrerita lo abandonaba! ¿En quién podría confiar ya en esos momentos de desconcierto?

Siempre perspicaz, el indio Mamani adivinó pronto el terrible conflicto en que se hallaba su patrón, y atrevióse:

—¿Y *pur qui* no *ti* vas como don Cabreritas?

Ponciano alzó los fatigados ojos y se quedó mirando al criado. Fue sólo unos instantes, porque en seguida, impulsado por una de aquellas decisiones que tantos éxitos le habían valido en su larga vida política, púsose de pie y le preguntó:

—¿Está lista la maleta?

—Listita, *siñor*.

—Entonces vámonos.

Pero al llegar a la puerta detuvo de repente sus pasos. Una fugaz idea había quebrado su optimismo. ¿Adónde ir? Todos sus amigos estarían en esos momentos angustiados por los mismos afanes. ¿Adónde ir?

La voz de Mamani le rescató de su vacilación:

—¿Estás pensando en despedirte de las *siñoritas*?

—No, no —tartamudeó Ponciano, sorprendido en falta. Había omitido deliberadamente esta elemental obligación— No es necesario. Las despedidas son penosas. Y esas señoras tan enfermas...

—¿Y entonces por *qui ti* quedas paradito ahí?

—Porque no sé adonde ir.

—¿Era sólo por eso? ¡Qué tontería! Pues no *ti preocupes*. Sígueme no más.

Como un autómatas, Saturnino se fue tras el portero. Se entregaba a él íntegramente. No le quedaba otro recurso para escapar en alguna forma del atolladero en que se encontraba.

En la esquina, Mamani lo hizo subir a un taxi y ordenó al chofer:

—A las Cinco Esquinas.

—¿A las Cinco Esquinas? —se extrañó Ponciano.

—No *ti preocupes*. Por allá tengo un huequito *pa meterte*.

—¿Huequito? Será en uno del Cementerio.

—Bueno, pues, si no *intienes* bien te diré que es la casita de una comadre. No *ti preocupes*. Ella es de Carapoto.

Y Saturnino Ponciano, comprendiendo que entrar en mayores averiguaciones sería despertar las sospechas del chofer, alzó las solapas de su saco, hundióse el hongo y se arrellanó en el asiento.

—No *ti preocupes* —le repitió Mamani, empleando el mismo tono protector que usaría un padre al dirigirse al hijo tímido que va en camino del dentista— Dentro de un ratito te pasará el miedo.

Cuando Ponciano le alargó al chofer un billete de una libra, pidiéndole que retuviera el vuelto, aquél le agradeció, llamándole senador. Esto bastó para que Saturnino, sin explicar su repentina y extraña resolución, se echara a caminar en dirección contraria al sitio al cual quería conducirlo Mamani. Tuvo el indio que recordar sus épocas juveniles y correr tras él con la pesada maleta, a riesgo de que los transeúntes sospecharan de su actitud. Cuando le alcanzó, y esfuerzo le había costado, le retuvo de un brazo, sin miramiento alguno, para reprocharle:

—¿*Quiésta* loco, *hombri*? ¿No ves *qui* las gentes *ti* pueden *confondir* con un ratero?

—¡Suéltame, animal! ¿No observaste que el chofer me reconoció?

—¿Y *quiai* con eso? ¿Piensas que me *apiau* junto a mi comadre? Ella vive lejitos *tudavía*.

Y se lo llevó a través de varias callejuelas solitarias hasta una extensa planicie, en cuyo fondo se erguía, sobre una loma pelada y amarillenta, semirodeada por una acequia, un rancho fabricado con cañas, tablones picados, car-

tones y latas oxidadas, en un diabólico entrevero. A su alrededor hociqueaban varios puercos entre los desperdicios, disputándole restos de pellejos a una jauría famélica.

A pesar de dominarlo serias preocupaciones, Ponciano no pudo ocultar su sorpresa al llegar a aquel miserable tugurio:

—¿Y ésta es la... casita?

Mamani afiló su cinismo:

—¿*Ti* parece fea. Pues no *ti* queda otra cosa que vivir ahí. Apúrate a *intrar* que yo *mi* regreso. No puedo perder tiempo. Voy a cuidar tu casa para que no hagan con ella lo mismito *qui* están haciendo con otras.

—¿Cómo?

—Mira allacito, pues.

Y el criado extendió el brazo horizontalmente y señaló con el índice hacia el oeste, donde aparecía la ciudad envuelta en las primeras sombras. En algunos puntos se distinguían resplandores rojizos, que se elevaban hasta el firmamento, formando un abanico escarlata.

—¿Ves? —continuó Mamani— El pueblo quema las casas de los del Gobierno.

Ponciano se alarmó. No había imaginado que se llegara a semejantes extremos. ¿Cuántos delitos se estarían cometiendo en nombre de la revolución triunfante? Su primera reacción fue volver a Lima, movido por el recuerdo de su mujer y de las dos señoras inválidas. Pero Mamani lo convenció de que debía quedarse, probándole que por ese lado de la ciudad no se veía ningún incendio y que su casa no podría ser fácil presa de las llamas dada la calidad de sus materiales.

Convencido por estos argumentos, que él consideró irrefutables, y comprendiendo que su presencia en Lima sólo comprometería más la situación de los suyos, Saturnino penetró en el rancho, cuyo aspecto interior le satisfizo. Contribuyó a serenarlo la dulce humildad y sumisión de la mujer que se le presentó como una sombra para re-

cibirle. Era blanca, con esa blancura mate de las serranas que pierden en la costa el carmín de las mejillas; poseía buenas formas y en su expresión infantil se mezclaban el azoramiento y la timidez. Se llamaba Dolores. Desde las primeras palabras que cambió con ella dedujo que era la querida de Mamani. Este descubrimiento, en vez de molestarlo, le agradó. Bajo su cuidado estaría allí seguro hasta que pudiera abandonar el país.

Cerrada ya la noche, la mujer le sirvió un condumio humeante, sazonado al estilo de Carapoto, que comió con avidez y, al poco rato, se quedó dormido sobre una tarima.

\* \* \*

Después de dormir de un tirón siete horas, debido al cansancio y a su misma inquietud, el carapotense retornó a la vigilia al oír el canto ronco de un gallo viudo que cuidaba maternalmente la serrana. Desperezóse con lánguidos movimientos bajo la frazada, cuyo olor le suscitó añoranzas del terruño, y se puso a hacer un recuento sentimental de sus penalidades. Pero, a los pocos instantes, el ambiente lo captó, alborotándole adormecidos recuerdos. Sintióse en Carapoto cuando era niño. Aquella ave solitaria clarineaba como el Crestón que le regaló su padre y por el cual derramara tantas lágrimas al verlo despumar por la cocinera. Y esas palomas que se arrullaban entre los matorrales emitían notas tristes, con reminiscencias de quena, como las que visitaban el pobre jardín de su casa.

Sugestionado por estas evocaciones auditivas, Saturnino cerró los ojos para que la visión de lo que le rodeaba no desvirtuase su encanto. Y fue así cómo continuó percibiendo lejanas escenas de su infancia, que vivían confundidas en lo hondo de su memoria. En el trajín de la Dolores le pareció descubrir el de su madre cuando haldeaba, preparándole el desayuno y conminándole a alistarse para que fuera al colegio. En la loca algarabía de

los pájaros, que saludaban la tibia lumbre del sol a la vera de la acequia, creyó encontrar el mensaje de las aves canoras de las chacras de su provincia. Y en los gritos del gañán, que arreaba dos bueyes de labranza en el límite de la hacienda vecina, así como en el ladrido de los perros vagabundos y en el lastimero balido de las cabras entecas, que ramoneaban yerbajos por allí, la exacta reproducción de los ruidos cotidianos que oía al despertarse.

Cuando Saturnino tornó a abrir los ojos vió el rancho iluminado. Por las hendiduras del techo se colaba un haz de rayos sesgados y polvorosos. Era como un cálido chorro de oro que formaba en el piso de tierra complicadas figuras geométricas, y que cuando la Dolores, en su ajetreo doméstico, lo atravesaba, parecía que se esparcían sobre su traje floreado puñados de relucientes doblones.

Protegido por una estera colgada a manera de cortina, Ponciano se vistió con la idea de lavarse después en la acequia que viera la tarde anterior junto al rancho, repleta de aguas sonoras y cristalinas. Tomó el café con leche de cabra, que despedía sobre la mesa delicioso aroma, y devoró con fruición dos panecillos viejos, encontrándolos suaves y sabrosos.

—Le voy a dejar listito el almuerzo —le dijo un rato más tarde la Dolores, mientras se asomaba a la puerta para escrutar el paisaje terroso y árido, prestigiado en su fondo por la pincelada verde de unos sembríos de algodón ya cosechado.

—¿Vas a salir?

—Sí, *siñorcito*. Voy a ver a Mamani —en el acento de la mujer se advertía la zozobra— Le puede haber pasado algo.

—Tienes razón —le respondió Ponciano, mordido por el remordimiento,— y tráeme también noticias de los míos.

—Bueno, *siñorcito*.

La Dolores se fue por la pampa esmaltada de sol, camino de la ciudad. Saturnino la vió perderse por un

recodo y luego aparecer más allá. Entonces se dirigió a la acequia con las manos en los bolsillos y silbando como un rapazuelo. Por una explicable paradoja, su desgracia lo volvía feliz. Arrodillóse en el borde de la arteria correntosa y se lavó las manos, la cara, el cuello. Y como el agua estaba templada, desafió los resfríos, desnudándose parcialmente para completar sus abluciones.

Con la noche encima, la mujer regresó. En su faz lechosa descubrió Ponciano un infinito desconuelo. Luego la cyó decir que no había podido ver a Mamani, a pesar de sus esfuerzos para violar el cerco de policía que rodeaba la casa.

—No me dejaron pasar los malditos —se lamentó.

—¿Y para qué la vigilan tanto?

—Pa que *il* pueblo no la asalte como anoche, *siñorcito*.

Ponciano se le acercó tembloroso:

—¿Dices que la asaltaron?

—Sí, *siñorcito*, pero, felizmente, no pudieron entrar. La reja es muy *fueite*. Se contentaron con quemar la puerta del garaje.

—¡Dios santo! —exclamó el carapotense, girando por la pieza. Pero luego volvió donde la afligida— ¿Qué piensas hacer?

—Ir de nuevo, pues. ¿Qué otra cosa me queda? —su fatalismo conmovió a Ponciano— Mañana iré otra vez y pasado lo mismito, hasta que los soldados se aburran de estar ahí paraditos y se larguen. A lo mejor ya se han llevado preso a Mamani *pa* que confiese donde está usted.

Esta inoportuna suposición llenó de espanto al carapotense, al punto de hacerle concebir la idea de escapar de allí. ¿El, preso? ¿Y a sus años? Sería el peor escarnio que le deparase el Destino. No; ¡preferible mil veces la muerte! Pero, en seguida, cobró ánimo al pensar que Mamani era de tal temple moral, que se dejaría cortar la carne a pedazos antes que revelar su escondite. Sin embargo, esa noche y el día siguiente permaneció silencioso y

abatido. Ni siquiera encargó algo a la mujer cuando la vio salir. Supuso, con razón, que era demasiado pronto para que suspendieran la vigilancia de su casa. A la p'ebe le podía haber gustado el olor de la chamusquina.

Cuando retornó la Dolores con la misma cantinela de la noche anterior, Saturnino se alegró de que no hubiera variado la situación. La policía resguardaba todavía su casa. ¡Magnífico! No podría ser, pues, su familia víctima de un ataque vandálico, en el caso de encontrarse allí, ni sus riquezas pasto de las turbas desenfrenadas.

Al quinto día, Saturnino Ponciano, a pesar de que las tinieblas empezaban a espesarse, vio venir a la mujer desde la puerta del rancho donde acostumbraba apostarse. Esta vez, alguien la acompañaba. Al principio creyó que era Mamani. Pero, al acercarse más las dos sombras, descubrió que no era él. ¿Quién podría ser entonces? Una terrible idea cruzó por su mente con la rapidez del relámpago: Sin duda era algún agente que habría perseguido y obligado a la Dolores a revelar su refugio. Y, sin reflexionar un instante más, entró de cuatro zancadas en el dormitorio de la mujer, rompió a puntapiés unas planchas de cartón de la pared y escapó como una liebre. Mas, a poco, cayó de mala manera, al tropezar con una piedra, y se lastimó un pie. Y allí aguardó, aterrado, que le apresasen ¡No cargar consigo un revólver para defenderse o matarse! Sin embargo, no sucedió lo que imaginaba, y en vez de escuchar los pasos de un agente, le invadió los oídos una voz armoniosa y dulce que reconoció en seguida:

—¡Saturninó!

—Tina.

Olvidándose de su lesión, intentó ponerse de pie, pero el dolor le inmovilizó de nuevo.

—¿Dónde estás?

—Acá, herido.

—¿Herido? ¡Dios mío!

Guiadas por la voz, las dos mujeres caminaron entre

sombras y al fin descubrieron a Ponciano. Eloísa Cristina lo acosó a preguntas:

—¿Y qué hacías por aquí, hombre? ¿Se te ha perdido algo? ¿A dónde ibas?

Sofocado por la vergüenza, Saturnino recurrió a la mentira:

—Fues me paseaba por aquí para hacer la digestión. ¡La noche está tan linda! Pero tropecé en una piedra y... ya sabes el resto.

Al regresar al rancho, Eloísa Cristina le refirió, toda nerviosa y agitada como una niña que comete una travesura, que había corrido la aventura más extraordinaria de su vida para llegar hasta allí.

—Apenas entró la Dolores en casa —hilvanó— después de engañar a un sargento que era nuestra criada, me contó todo. Entonces me puse uno de tus vestidos y pasé a la residencia de las Mazarredo por la tapia del jardín.

Ponciano se estremeció al oír la proeza. En sus ojos chispeaba la admiración. ¡Toda una heroína su mujercita! Lo consignaría en sus Memorias. E inquirió emocionado:

—¿Y cómo dejaste a tu madre y a doña María de la Luz? ¿Las alarmó el canallesco asalto?

—No se dieron cuenta de él. Por lo demás, la plebe, después de su fracasado intento de quemar el garaje, se dedicó a gritar. Y ellas son sordas.

—¿A gritar qué?

Por no disgustar a su marido, Eloísa Cristina evitó responder. Y prosiguió:

—Luego pretendieron derribar la reja, pero el pobre Mamani la defendió bastante rato, empleando un palo puntiagudo, hasta que lo hirieron en la cabeza.

—¡Pobre cholo! Es un modelo de lealtad —exclamó Ponciano, viendo que la Dolores se enjugaba con el extremo de su falda las lágrimas que le nublaban los ojos de gacela— ¿Y cómo está?

—Felizmente mejor. Fue una infamia de esos bandi-

dos el herirlo de tal manera. Hasta los diarios lo censuraron.

—Y a propósito —deslizó Saturnino Ponciano— supongo que me hayas traído algunos periódicos. Mi curiosidad no tiene límites por conocer lo sucedido.

—¿Periódicos? Pues me olvidé de traerlos. Por lo demás, dicen lo de siempre.

—¿Cómo lo de siempre?

—Claro, hombre, lo de siempre —el embarazo de Eloísa Cristina creció— Que el pasado Gobierno era malo; que. . . bueno, hombre, lo mismo que has visto y vivido ya veinte veces. Este país no se compone. Los que triunfan acusan de todos los errores y vicios a los caídos.

—¿Y a mí de qué me acusan?

—A tí precisamente no, pero. . .

Eloísa Cristina se abstuvo de revelarle las inculpaciones que le hacían. Comprendió que Saturnino carecía de la firmeza moral necesaria para recibir ese golpe, sobre todo cuando no eran pocos los delitos de que lo acusaban: él había entrado a saco en las arcas fiscales, llevándose muchos millones; él poseía casas, haciendas, tesoros escondidos; él había aconsejado la deportación de cientos de individuos, cuyas familias sufrían necesidades; él había intervenido también en la dación de leyes absurdas, en la creación de impuestos, en la violación de la correspondencia, en el encarcelamiento de ciudadanos honestos, en fin, en todos los actos vituperables de la dictadura.

Igualmente omitió decirle Eloísa Cristina que se le buscaba con afán para hacerle sufrir prisión, como a tantos otros, y que se le confiscarían los bienes.

—Este país no se compone —repitió ella— Lo mismo de siempre. ¿Cómo romper el crisol en que se funden, desde la Independencia, todas estas vergonzosas ruindades?

—¿Y a qué hora piensas regresar? —inquirió Ponciano, volteando la hoja por temor de ahondar en la amarga

verdad, que principiaba a adivinar en las esquiveces de su mujer.

—No he pensado todavía en ello. Quise sólo verte y vine, sin preocuparme del tiempo ni de los peligros.

—Gracias.

—Y también para saber lo que piensas respecto a tu salida del país. Porque conviene que te alejes de este infierno cuanto antes. De lo contrario darían contigo en la cárcel, tarde o temprano.

—Decide tú lo que creas más conveniente.

A la medianoche, Eloísa Cristina se fue. La acompañó la Dolores hasta el Carmen Alto, donde tomó un taxi que la condujo a la casa de las Mazarredo.

\* \* \*

Sosegadas las alharacas populacheras, los caídos, que eran muchos y bien vinculados, empezaron a conectarse desde sus madrigueras. Y con la complicidad de amigos, de los que no sospechaban las autoridades, emprendieron fuga al exterior. Saturnino Ponciano fue uno de los primeros en partir en un vapor que zarpó para el sur. Cuando se sintió en alta mar, como uno de los tantos pasajeros que paseaban por cubierta, creyó que vivía un sueño. ¡Por fin libre!

En Santiago supo las incidencias de la revuelta que lo derrumbara, como a muchos otros. Lleno de desesperación y rabia, leyó todo lo que se había escrito sobre su persona en las últimas semanas. ¡Cuántas anécdotas falsas para denigrarlo, para envilecerlo, para ridiculizarlo! Se le suponía uno de los hombres más ricos del país, propietario de fundos, de fabulosas minas, de numerosas acciones de diversas compañías, de caballos de carrera —los de Cabrerita— de diez callejones etc. Un pasquín pedía que se gestionara su extradición y la de otros más para que fuesen ahorcados en la Plaza de Armas como traidores a los principios y leyes fundamentales de la república. Pe-

ro lo que más hirió a Ponciano fue un editorial de "El Faro", en el que se conminaba al Municipio a cambiarle de nombre a la calle que llevaba el suyo y a derribar inmediatamente su busto. Ese mismo día —lo leyó en el número subsiguiente— los concejales habían aprobado por unanimidad ambas demandas. Y la placa con su nombre fue retirada, colocándose en el mismo lugar otra con el del nuevo Jefe del Estado, y el busto cayó bajo la furia de una legión de muchachos, que se entretuvo en tan edificante tarea más de una hora, adelantándose al propósito del Alcalde, que quería iniciar su destrucción, arrojándole la primera piedra.

"¡No haberme defendido nadie!" —clamó Saturnino Ponciano al conocer esta noticia, sin recordar que sus mejores amigos —el cura, Carhuasi, el telegrafista y Cástulo Pomalta —ya no vivían, y que el único que paseaba con arrogancia sus numerosos años era el director de "El Faro", como si lo preservara de todo el fuego senil que le habían despertado los marchitos encantos de Rosalinda. "¡No haberme defendido nadie!"

Lo que ignoraba todavía el desterrado era que la romántica poetisa, contagiada de la rabia vengativa reinante, había formado un comité "Antiponcianista" para desterrar de Carapoto hasta su recuerdo. El director de "El Faro" había rehusado al principio apoyarla en esta odiosa campaña, recordando que su bisemanario se benefició con una subvención durante el pasado régimen; pero a los pocos días, obligado por Rosalinda, no tuvo reparo en reclamar a los poderes públicos, en un violento editorial, la confiscación de La Dorotea, "a fin de parcelarla y repartirla entre las tantas víctimas de los desafueros y desmanes del abominable político".

\* \* \*

Saturnino Ponciano conoció tardíamente la noticia. Las Lártiga del Molino se habían ausentado de este mundo en un atardecer neblinoso, sin lamentos ni estridencias. Y

casi al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto de acuerdo para señalar la hora de la partida. Ni el cura ni el médico estuvieron presentes. ¿Para qué? No necesitaban ayuda física ni espiritual. El corazón se les detuvo porque ya era tiempo. Dios se los había garantizado hasta esa edad: más de noventa años. Doña María del Rosario se evadió primero. Era la mayor y le correspondía iniciar el viaje. Cuando le consultaron a doña María de la Luz sobre los funerales de su hermana, repuso: "No se precipiten. Arreglen todo para dos entierros". Algunos consideraron la orden producto de su senilidad, agravada por el terrible golpe, pero se equivocaron. A los pocos minutos se quedaba igualmente dormida. Una criada negra, hermana de leche de una de ellas, aseguró haber visto salir de los féretros dos almas aladas en camino al Cielo.

En su calidad de amigo y administrador de las propiedades de las Lártiga del Molino, Cabrerita apareció de sabe Dios dónde. Dispuso el ceremonial del entierro —Eloísa Cristina estaba tan decaída— y presidió el cortejo con algunos parientes lejanos de la familia. Así se lo escribió extensamente a Saturnino, relatándole, de paso, su propia odisea. Dos meses había estado escondido en casa de Moratín, hasta que volvió a respirar el aire puro de la calle al saber que uno de sus mejores amigos era miembro del Gabinete que había jurado el día anterior. Ahora, no solamente estaba limpio de toda sospecha —le agregaba al desterrado— sino que se había vinculado en tal forma al Gobierno, que en breve le confiaría una Prefectura.

Como un rico presente, Cabrerita le ofreció la noticia a Ponciano en una segunda carta: Ya era Prefecto. "Y nada menos que del Departamento prócer que le eligió a usted senador dos veces consecutivas".

Apenas pudo serenarse —la impresión había sido fuerte— Saturnino consideró providencial el nombramiento. ¡Lo que estarían pensando en ese momento sus enemigos

gratuitos de Carapoto! ¿Qué actitud tomarían el director de "El Faro" y Rosalinda? No tuvo que esperar mucho para saberlo. En uno de los números de aquel bisemanario, que coincidía con la fecha del nombramiento de la nueva autoridad política, encontró la fotografía de Cabrerita acompañada de su biografía. Una biografía plagada de datos falsos, elogios y exageraciones. También supo, y con bastante regocijo por cierto, que el desmedido afán de conseguir la subvención, mediante artículos laudatorios, le había traído desagradables consecuencias al director de "El Faro": La romántica poetisa lo trató cruelmente, poniéndolo al borde de la locura.

\* \* \*

Confiados sus bienes a un administrador responsable, Eloísa Cristina viajó a Chile para reunirse con Saturnino. ¡Tanto lo añoraba! Lo encontró viejo y fatigado. Y él, a su vez, advirtió en el empolvado rostro de ella surcos profundos y una blancura integral en su sedosa cabellera. Pero ambos tuvieron el buen tino de no enrostrarse estos irremediables signos de vejez.

Contrariando su voluntad, Eloísa Cristina relleno con auténticos informes las lagunas que habían dejado en la insaciable curiosidad de su marido las noticias de los periódicos y las incompletas y apasionadas de los deportados. De esta manera, el carapotense se formó al fin una idea exacta del panorama político nacional, obteniendo en síntesis que todo lo que sucedía era una vulgar repetición de lo que había acontecido muchas veces en años anteriores.

Una noche le dijo a Eloísa Cristina:

—¿Estás contenta en Santiago?

—Lo estoy donde tú estás.

—Me halaga mucho tu respuesta, pero adivino que la dicta la abnegación. Necesito que me contestes sí o no.

—Pues no. Aquí hay muchos compatriotas que te inquietan con noticias y proyectos, y tú requieres tranquilidad.

—¿Deseas ir a Europa?

—Sí, por ejemplo a España.

Y se fueron sin despedirse de nadie. Esta vez, Saturnino Ponciano se sentía políticamente muerto. No le alegraba siquiera que los hombres que le habían denigrado, declarándolo uno de los más abyectos del país, fuesen ahora víctimas también de los mismos ataques. Consideraba todo la consecuencia de una ley natural. Así era la política en nuestra América.

\* \* \*

Pocos meses después, Saturnino Ponciano, creyendo proporcionarle un poco de alegría a su mujer, abandonó el estudio de un pergamino del siglo XV —se entretenía en esta clase de investigaciones históricas— para mostrarle una carta de Cabrerita, cuyos párrafos principales decían: “Esto se va al diablo. Dejo la Prefectura de su tierra. No espero tranquilamente que me pase lo de la vez anterior. Mejor es escapar a tiempo del incendio. ¡Quién como usted, ilustre Saturnino! Felizmente cuento con amigos en la oposición”.

—¡Uf! —exclamó Eloísa Cristina— Lo mismo de siempre.

Dándose cuenta que le había alborotado a su mujer desagradables recuerdos, Saturnino continuó descifrando el borroso documento. Parecía un escribano de la Colonia, rumiando arcaicas expresiones. Sin embargo, ya no concentraba su atención en lo que hacía. Su pensamiento remontaba el vuelo como un pájaro asustado, escapando lejos, muy lejos, hacia la patria que no podía olvidar.

¡Ha llegado Saturnino Ponciano! La noticia corre como una onda sonora por la capital. La ha echado al vuelo Cabrerita —la supo de manera casual— y ahora la comentan y difunden los diarios. Es el acontecimiento más extraordinario del momento, más aun cuando en el mundo, por un milagro pocas veces registrado, no sucede nada. ¡Nada! Ni guerras, ni bajas de valores, ni muertes de personajes célebres, ni inventos notables, ni escándalos en Hollywood. La aparición inesperada de Saturnino Ponciano es lo único de interés público que enciende el entusiasmo capitalino.

Nadie se dió cuenta en el Callao que aquel viejecito encorbado, enteco, de anteojos negros, que descendía la escala del vapor con dificultad, sostenido por una señora, anciana también, era el célebre Saturnino Ponciano. Y ahora, allí está. Lúcido como en sus mejores tiempos, aunque vacío de ilusiones políticas. Porque a sus años, sólo en Francia las cultivan los viejos batalladores. No lo trae al país el deseo de recobrar los bienes que le confiscaron, como lo supone y propaga Cabrerita. No. No lo ha pensado siquiera. Le sobran las acrecentadas rentas de La Doro-tea, hacienda avaluada ahora en millones por haberse encontrado en sus cerros valiosas minas, y las de Eloísa Cristina, centuplicadas por el desarrollo de las nuevas urbanizaciones. Lo trae sólo un fuerte sentimiento telúrico. Se le reveló en los últimos tiempos en forma de una crónica nostalgia, que no lograron curar ni sus investigaciones históricas ni la simpatía de sus amigos madrileños. Y

se embarcó para el Perú, a pesar de los ruegos de su mujer, quien temía que su presencia despertara las aletargadas pasiones de sus enemigos.

Saturnino Ponciano llega al caserón nobiliario de su mujer y lo primero que descubre al bajar de un viejo taxi, cargado de maletas, es la puerta del garaje, chamuscada por el fuego.

—Mira —le dice a Eloísa Cristina, adolorido por el recuerdo.

Y ella, siempre comprensiva, disimula la impresión que le causa igualmente esa huella negruzca, ocasionada por la plebe vengativa:

—¡Bah! ¿No te dije que los daños no se elevaban ni a cien pesetas, digo, soles?

Saturnino Ponciano transpone el umbral de la mansión, estrangulando el deseo que tiene de gritar: "¡No se trata de dinero! Me lamento por otra cosa más honda". En el zaguán se siente uno de los tantos que esperaban días enteros sin poder entrar a verle. Toca el timbre repetidas veces y nadie viene a abrirle.

—Sin duda no hay alma viviente aquí —dice.

Eloísa Cristina desenvaina la lógica:

—No estaría en ese caso el portón abierto.

El chofer del taxi alinea las maletas sobre un poyo, cobra y se va. Saturnino se impacienta y grita, hasta que, finalmente, aparece Mamani, más viejo y barrigudo. Con la misma aspereza de siempre desborda su mal humor:

—¿*Quí* no saben que no hay *nai*des en esta casa?

—Pues no lo sabíamos.

—Entonces vayan largándose.

Saturnino sonrío. Quiere prolongar la comedia, pero Eloísa Cristina, que por costumbre y tradición no ha bromeado nunca con los criados, se da a conocer. Y el pobre Mamani tiene que sostenerse de los barrotes de la reja para no caer de impresión.

—¡Por fin en nuestra casa! —exclama Ponciano, des-

pués de abrazar al fiel indio— ¡Qué felicidad! ¿Verdad, Eloísa Cristina?

—Naturalmente, naturalmente.

—De aquí no pienso salir hasta que no venga por mí la funeraria. Mamani —se dirige a éste— No estamos para nadie.

—¿Y quién crees que se pueda acordar de nosotros? —le dice Eloísa Cristina, con cierto dejo amargo.

Pero no han acabado de deshacer la primera maleta cuando escuchan un rumor extraño en la puerta, en el que dominan los inconfundibles chillidos de Mamani. Saturnino se alarma. Pálido y nervioso consulta con la vista a su mujer y ésta le enrostra:

—¿No ves? ¿No tenía yo razón? ¿Para qué, diablos, se te metió en la cabeza regresar a esta maldita tierra? Ya volvemos a padecer los mismos sinsabores.

—Tendremos que escapar por el jardín.

Eloísa Cristina se encoleriza aún más:

—Lo que es yo no me muevo de aquí. Los años ya me pesan para saltar tapias.

Luego aparece Mamani. Sus ojos chispean de ira. Apenas puede tartamudear:

—Se han *cálentau*, pues, *purqui* no les abro.

El rumor decrece, se torna menos confuso, deja apreciar algunas expresiones claras. Ponciano las capta —sus oídos guardan la misma perfección de sesenta años atrás, cuando podía registrar el paso de una culebra a media cuadra de distancia— y le vuelve el ánimo. Ha escuchado vivas. ¡Vivas a él! Eloísa Cristina también las oye y le reprocha a Mamani con entonación madrileña:

—¿Por qué no has abierto, hombre de Dios? Se te pasea la tontería por el cuerpo. ¡Eres un pelmazo!

El criado se defiende:

—A mí me dieron la orden de no abrir y no abro, pues. ¡Caracho!

Saturnino sonrío de nuevo y le manda:

—Abre la reja de par en par, aunque vengan a matarme.

Y un centenar de gentes penetra como torrente impetuoso en el patio, y luego en el salón dorado, donde Oidores y Obispos les miran agresivos desde la cárcel de sus marcos. Y a estos frenéticos manifestantes se suman otros y otros. El afluir de personas de todos los sectores es incontenible. Ya no caben en la casa. Saturnino Ponciano empieza a padecer de afonía; la diestra le duele de tanto ofrecerla a los apretones cordiales.

Mientras tanto, por la anchurosa puerta de la nobiliaria mansión siguen entrando presurosos los empleados de las florerías, portando cestas de rosas, de claveles, de geranios, de tulipanes, de orquídeas para Eloísa Cristina, y cuando llenan de ellas el salón, las van colocando donde pueden. Hasta en el patio y el jardín.

Desde el mediodía, Cabrerita ambula por aquí y por allá. Reparte abrazos, cuenta los últimos chistes, relata viejas aventuras de su exjefe y asegura que en un futuro no lejano será de nuevo el *factótum* en el país.

Al anochecer invaden también la casa diversas comisiones de clubs políticos y de sociedades de distinta índole. Y se suceden los discursos cuajados de metáforas altisonantes, de elogios sin límite, y Saturnino Ponciano, defendiéndose de la ronquera con jerez, agradece el sincero fervor de aquellas gentes que ayer le vituperaban.

El constante relampagueo de los aparatos fotográficos pone una nota alucinante en el ambiente saturado de calor cívico, y el humo del magnesio es como un incienso profano. Disputándose la primacía, los repórteres de los diarios y revistas abordan al héroe del día. Dispáranle preguntas a ritmo bélico de ametralladora. Quieren conocer qué clase de vida ha llevado en España; si tuvo participación en los proyectos revolucionarios y motines de los últimos años; qué planes le alientan para el porvenir; si viene a formar al-

gún partido político; cómo encuentra Lima; qué piensa del Gobierno actual...

Ponciano tiene que acudir a todos sus viejos recursos y mañas para sortear el interrogatorio, defendiéndose con el pretexto de su edad y del desconocimiento de la realidad política del momento.

Las horas avanzan y frescas legiones de ciudadanos reemplazan a las que se han ido. Y mientras Saturnino, animado por el cálido entusiasmo de sus amigos, se entrega a evocar recuerdos, poniendo en sus palabras un dejo de jugosa ironía, Eloísa Cristina, en otro salón, charla con sus amigos, que han acudido también a darle la bienvenida.

Cabrerita anuncia a un grupo de carapotenses. Llegan todos sofocados, disculpándose de presentarse tarde por haber ignorado el suceso, aunque en verdad les ha retenido el remordimiento, recordando que negaron también, como Pedro, a su egregio Maestro. Cuando trataron en sesión general de su club del consabido discurso de bienvenida, todos rehuyeron pronunciarlo. Tuvo el presidente de la institución que valerse a última hora de su hijo —niño reputado de precoz y memorista— incrustarle en la cabeza unas cuantas frases y ponerle en la mano un ramo de flores, para que la comisión pudiera aventurarse a cumplir su cometido.

Pero, en contra de lo que han supuesto, Saturnino Ponciano los recibe con exageradas muestras de afecto. Sonriente y gozoso acaricia al niño y presta toda atención cuando comienza a decirle entre balbuceos:

—Queridísimo y admiradísimo conprovinciano: En representación de todos los carapotenses que... que...

—...vivimos en Lima —le sopla el padre, sin lograr disimular el volumen de su voz.

—...vivimos en Lima, os traigo el saludo de bienvenida. Pocas veces en la historia de la humanidad un

hombre ha podido reunir tantas virtudes en su espíritu. Ni los héroes de... de...

La colérica voz del padre vuelve a empedrar el angustioso silencio:

—¡Plutarco, animal...!

—...de Plutarco, ani... gozaron de este privilegio como nuestro glorioso Saturnino Ponciano.

Los aplausos atruenan. La ternura de la escena conmueve. El niño traga saliva y prosigue, aleccionado por su progenitor, que ha aprovechado del ruido para remarcarlo otras frases:

—Desde que vésteis la primera luz en nuestro querido Carapoto, hasta que llegásteis por vuestro esfuerzo a ser padre de... padre... de... de...

—la patria —renueva su soplido el consueta.

—...padre de la patria...

—¿Padre de la patria? —finge extrañarse Ponciano— No, no, mi querido amiguito. Padre de la patria, no. ¡Hijo de la patria!

Esta salida espiritual, que premian los presentes con risas y elogios, afloja el tenso ambiente. Saturnino carga al niño, le besa con ternura y le arrebató luego las flores. Los aplausos resuenan de nuevo.

En la noche, cuando Ponciano sueña con descansar en su lecho, empiezan a llegar sus antiguos compañeros de Cámara. Muchos de ellos han permanecido en el silencio: caídos u olvidados; otros, en el maravilloso juego de siempre: ¡arriba! Todos se deshacen en cumplidos, en sonrisas, en frases laudatorias. Lo encuentran rebotante de salud, de frescura espiritual, de juventud. Y cuando Saturnino, por desmentirlos, se acaricia la nívea cabellera, indicándoles que las canas no engañan, uno se apresura a encontrarle parecido con el finado Lord George; otro con el sabio Einstein y un tercero con el joven Eden.

En medio del inagotable júbilo, Cabrerita no cesa

de admirar a Ponciano. "Maestro" le llama. Al verlo recostado en amplio sillón, recibiendo en la nevada testa el resplandor de una lámpara cercana, lo compara con un santo glorificado por un nimbo de oro. Los años han purificado su concepto sobre aquel hombre cargado de fama. Ahora sólo ve en él a su eterno protector; al que, sin intención moralizadora, lo extrajo de un mundo frívolo para enrumbarlo hacia el éxito.

Al día siguiente, el aluvión de visitantes es mayor. Lo esperan desde el amanecer. Saturnino Ponciano sale de su dormitorio, disgustado por no haber podido todavía leer los diarios, y atraviesa el patio para ir al salón, en cuya puerta hay dos bandejas repletas de tarjetas. La fragancia dulzona que flota en el ambiente le conturba y desagrada. Le parece la de las capillas fúnebres. Antes de sacrificar su mano a los apretones múltiples, exclama ungido de modestia: "¿Qué he hecho, Señor, para merecer tanto?"

Saturnino Ponciano ignora que a todo el país se ha transmitido la noticia de su llegada y que el primero en recibirla ha sido "El Faro", debido a la diligencia de su corresponsal en la capital. Ignora también que, a esa hora, Carapoto se atavía de fiesta. La pasada noche, el director del citado bisemanario, en vista de que no pudo comunicar el acontecimiento en un volante por hallarse el cajista borracho, fue voceándolo de puerta en puerta. Y el pueblo se prepara a celebrarlo con cohetones, desfile de antorchas, retreta, fuegos artificiales y bailes populares. Además, un comité ha comenzado a coleccionar fondos para erigir un monumento al "preclaro hijo de Carapoto", mejor que el que derribaran por ser indigno de tan glorioso hombre, como aseguran ahora.

Saturnino Ponciano se siente cansado. La gloria le fatiga. Los elogios le abruman. Quiere estar solo con Eloísa Cristina. Soñar junto con ella. Recordar toda su vida política. (¡Ah, cómo viviera Claudio Venegas!).

Anochece. Ya se van esos señores a quienes ni siquiera conoce. El aroma de las flores, mezclado al humo del tabaco, lo atosiga. Padece de náuseas. La cabeza le da vueltas. Un nuevo individuo se presenta. Le da la bienvenida y se va. Por fin solo. ¡Solo! Pero no. Otro señor se le acerca. Es un anciano esmirriado, seco, desgarrado. Le ayuda a sostenerse un recio mozo.

—¿Cómo está usted? —oye que le dice con voz aflautada y temblorosa.

—Muy bien, mi amigo —le responde automáticamente Ponciano —¿Y usted? Ni qué preguntarle. Siempre entero.

—¿Entero? —silabea el anciano— Usted se burla. Estoy con un pie en la tumba. Ya no soy el mismo. Le apuesto uno contra cien que no me ha reconocido. A ver, ¿quién soy? Naturalmente que he cambiado mucho, pero un político debe tener buena memoria. Verdad es también que hace como medio siglo que no nos vemos. A ver, ¿quién soy?

Saturnino Ponciano comienza a perder la paciencia. ¡En qué mala hora se le ha ocurrido venir a este viejo larguirucho y flaco como la momia de Don Quijote! Ni asiento le ofrece. ¿Para qué? Se quedaría hablando insensateces una eternidad. Y él está cansado. Además, ya lo espera Eloísa Cristina para comer. Hace treinta y seis horas que no prueba bocado sólido. Y el viejo allí, como un esperpento, con su rosario de preguntas.

—Bueno, ¿quién soy? Le apuesto que...

Al fin Saturnino Ponciano le confiesa:

—En realidad, no le reconozco —y continúa con una mentira— Pero no es culpa de mi memoria, sino de mi pobre vista. Veo sólo sombras.

—Con razón, con razón —dice el viejo, extrayendo de su bolsillo una cajita con unos polvos blancos, de los que toma, con el índice y el pulgar, una porción y se la lleva a la boca— Bicarbonato, bicarbonato para la aci-

dez. No me deja tranquila. Me llevaron los médicos medio estómago y en el resto han vuelto a aparecer úlceras. Estoy de malas. ¡Maldita sea! ¿Así que no me reconoce? Qué tal, don Saturninito. ¿Se acuerda de la conspiración que tramamos?

El disgusto de Ponciano se acentúa:

—¿Cuál conspiración? ¡He tomado parte en tantas!

—Bueno, bueno, no se acuerda.

El mozo que sirve de lazarillo al viejo dispara su enojo e impaciencia:

—Dígale de una vez, abuelo, quien es usted o se lo digo yo.

—Vaya, vaya, muchacho, has heredado mi mismo carácter. No puedes negar que eres mi nieto. ¡Que Dios te ayude! Se lo diré, pues: soy el Coronel Ramírez Quiñónez.

Ponciano retrocede involuntariamente. Aquellos dos apellidos con fragor de descarga le han estremecido hasta las más íntimas fibras, eliminándole el cansancio. Todo un jirón de sus viejos recuerdos ha aparecido nítido y claro en su memoria al influjo mágico de ese espectro. Porque aquel anciano no puede ser el Coronel Ramírez Quiñónez, personaje real en este mundo, sino un espectro. Nada más que un espectro. Y, como todos los espectros, se ha presentado a esa hora, cuando las sombras amortajan las cosas, dándoles un aspecto fantasmal.

Al comprender que su nombre le ha hecho a Ponciano el efecto de un mazazo, el viejo se despidió:

—Bueno, ya veo que se acuerda de mí. Y eso me alegra. Un día de estos repetiré la visita para pedirle que me gestione el pago de unos devengados que me adeudan desde la época en que estuve corrido por lo de esa maldita conspiración. ¿Se acuerda? Me olvidé de cobrarlos cuando estuve arriba.

—Déjese, abuelo, de cobrar imposibles —le censura el mozo con la misma voz de bajo moscovita que tenía

años atrás el viejo Coronel— Esas son cosas del tiempo del rey Pepino.

—Bueno, bueno, entonces dejaremos que se las mame el Gobierno. Adios, pues, Poncianito. Me alegro de verlo bien. Un día de estos regresaré para comprometerlo en una conspiración. Necesitamos aniquilar a los canallas que gobiernan.

Y se va tambaleándose, arrastrado por su nieto. En el zaguán se detiene para tomar nuevamente los polvos de bicarbonato y le pregunta después al mozo:

—¿Qué te ha parecido ese tipo?

—Un viejecito agradable.

—Pues debes saber que es un grandísimo sinvergüenza.

—¿Y por qué han celebrado su regreso tantas personas?

—Porque han perdido la memoria. En el Perú nadie tiene memoria.

—¿No será más bien porque saben disculpar los pecados políticos?

El viejo se queda un rato pensativo y luego le responde:

—Quizás tengas razón, muchacho.

—Entonces, abuelo, modere otra vez su lengua.

Saturnino Ponciano ya no puede gozar del apetecido descanso. El espectro del Coronel Ramírez Quiñónez, como el de Banco en el festín de Macbeth, le ha robado la serenidad.

Este libro se terminó de imprimir el  
21 de diciembre de 1957, en los Ta-  
lleres Gráficos P. L. Villanueva S. A.  
Jirón Lampa 277 - Lima, Perú.



**EL HONORABLE PONCIANO**

de

**FRANCISCO VEGAS SEMINARIO**

Se terminó de imprimir

en julio de 2016 en los talleres de

Gráfica Editora Don Bosco S.A.

Jr. Huaraz 959, Breña

[administración@editoradonbosco.com](mailto:administración@editoradonbosco.com)





FONDO  
EDITORIAL

